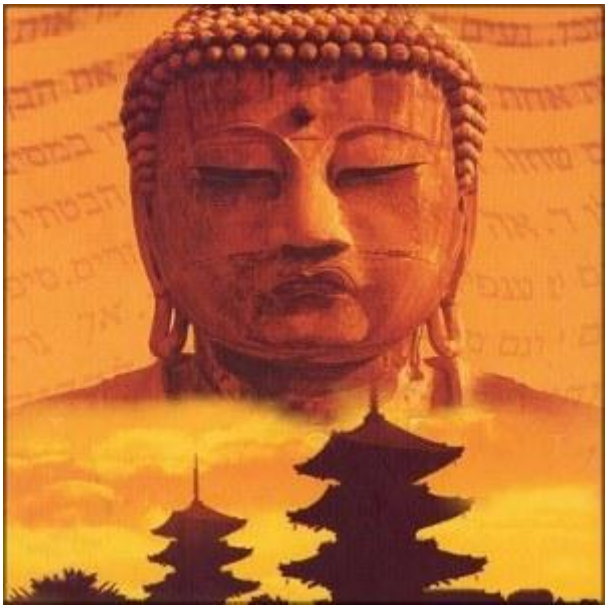
Eliette Abécassis



QUMRÁN, 3

LA ÚLTIMA TRIBU

A Toshihiro Suzuki, mi maestro,
que me inspiró este libro.

INDICE

Prólogo 5
I. El pergamino de Ary 6
II. El pergamino del maestro 20
III. El pergamino de los abismos 37
IV. El pergamino de las tinieblas 57
V. El pergamino de la montaña 74
VI. El pergamino del retiro 85
VII. El pergamino de los demonios 97
VIII. El pergamino de las fiestas 108
IX. El pergamino de Ise 118
X. El pergamino del templo 133

AGRADECIMIENTOS 138

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA 139

Al principio tomé como maestro a mi maestro.
Después tomé como maestro las Escrituras.
Al final tomé como maestro mi espíritu.
SHABKAR

PRÓLOGO

El hombre fue encontrado en el santuario, en lo alto del valle.

Se accedía al edificio por un largo camino flanqueado de árboles. A un lado se extendía una playa de arena, salpicada por arbustos y hierbas sin flores que rodeaban la construcción.

Un arroyo serpenteaba entre los árboles y desaguaba en un río a través de una pequeña cascada que saltaba entre las rocas.

Las nubes se habían ido acumulando después del relámpago que iluminó el cielo. Progresivamente más oscuras, rodeaban con un aura negra las estrellas anunciadoras de la noche.

Anochecía en el jardín, con sus árboles y el estrecho curso de agua que rodeaba el templo; anochecía en el valle, del que se elevaba en volutas el humo de las chimeneas; anochecía sobre el mundo.

Pero aún era posible verlo a la débil luz del crepúsculo, en la estancia vacía: estaba tendido sin vida en el suelo, los brazos en cruz, la cabeza ladeada sobre un hombro, el cuerpo cubierto por un jirón de tela. Sus cabellos descoloridos se deshilachaban como filamentos y su piel, tan fina que parecía desaparecer, revelaba los huesos. Su rostro sin expresión mostraba el rictus del esqueleto. El vigor había abandonado aquel cuerpo consumido por el tiempo, los músculos habían perdido su fuerza, la carne se fundía como si fuese cera; el brazo se había desencajado del hombro, las rodillas parecían derretidas. Todos los fundamentos del cuerpo se disolvían. Los huesos se dislocaban y las entrañas eran como un navío en medio de una furiosa tempestad.

Junto al cuerpo, un fragmento de manuscrito cubierto por una escritura negra y apretada que aquel hombre parecía haber tenido en su mano mucho tiempo atrás...

> Tal es tu visión, y todo lo que contiene está a punto de ocurrir en el mundo... En medio de grandes señales, la tribulación se abatirá sobre el país.
>
> Y después de tantos asesinatos y matanzas, se elevará un Príncipe de las Naciones.

I.
El pergamino de Ary

Entonces dirigiré hacia vosotros mi aliento, a todos vosotros dispensaré mis palabras, en parábolas y enigmas; a aquellos que examinan las raíces del discernimiento y también a quienes siguen los misterios de lo maravilloso, a quienes caminan candidos y a aquellos cuyos actos no son sino intrigas en la cima del tumulto de las naciones, a fin de que distingan entre el bien y el mal, entre la verdad y la falsedad, y comprendan los misterios del pecado. Ellos ignoran los secretos, no han consultado las crónicas, no saben lo que les espera. No han salvado su alma, privados como estaban del secreto de la existencia.

Pergaminos del mar Muerto
Libro de los secretos

Era una mañana de primavera. El sol salía sobre Jerusalén y acariciaba los tejados con su mirada dorada, la mirada que reserva exclusivamente para esa ciudad. Sus rayos se filtraban a través de las ventanas de mi hotel, envolviendo la habitación en un aura amarilla.

Alguien llamó con insistencia a la puerta. Me levanté, me vestí rápidamente y abrí.

Vi entonces a aquel cuya presencia temía, cuyas noticias esperaba con inquietud, y cuyas palabras habían hecho derrumbarse en más de una ocasión los fundamentos de mi vida. Estaba allí, igual a sí mismo, con todo su poder, toda la plenitud de su ser. Imposible ignorarlo. El paso ágil, la edad en la cincuentena bien llevada, la tez cetrina, el cabello oscuro con algunos hilos de plata, vestido con uniforme militar, con guerrera y pantalón beis de tela gruesa.

—Shimon Delam —dije, como para mantenerlo a distancia—, ex comandante del ejército, actual jefe del Shin Beth, los servicios de información interior de Israel...

—No, Ary —respondió Shimon esbozando una sonrisa—, acaban de nombrarme para un nuevo cargo. Ahora estoy en el Mossad.

—Enhorabuena. Me alegro, pero... ¿has venido a estas horas de la madrugada a mi habitación sólo para darme esa noticia?

—¿Madrugada? —repitió Shimon mientras entraba. Se sentó cómodamente en un sillón—. Te informo de que ya son las siete.

Mantuve la puerta abierta de par en par.

—Vamos, Shimon, podemos vernos un poco más tarde, o aún mejor: ¡nunca!

—No quería molestarte, Ary —me interrumpió afectando contrición—, pero se trata de un asunto urgente.

—Un asunto urgente, por supuesto. Siempre se trata de un asunto urgente.

—Urgente tal vez no sea la palabra exacta. Yo diría más bien apremiante.

—Vaya... —repuse, porque estaba acostumbrado a sus sutilezas—. ¿Y cuál es la diferencia?

Shimon sonrió.

—¡Por fin! Perfecto. Ahora ya puedes sentarte.

Obedecí maquinalmente.

—¿Perfecto?

Shimon tenía una asombrosa facilidad para sentirse como en su casa en cualquier circunstancia, y también para hacérselo comprender a los demás.

—Sí, perfecto. Necesito hablarte a solas. Se trata de un trabajo.

—Sabes muy bien que no tengo la menor intención de trabajar.

Shimon hizo un gesto para indicarme que no tenía intención de discutir. Su frente tostada por el sol se arrugó, lo que era signo de una gran inquietud. Me tendió una fotografía.

La examiné, sin comprenden Mostraba un hombre tendido, con los brazos en cruz, aparentemente muerto mucho tiempo atrás: su cuerpo, prácticamente reducido a los huesos, aparecía entre los jirones de una túnica clara; apenas se distinguían los rasgos de su rostro. Se encontraba en un lugar con cierto aire a sinagoga antigua, o a templo.

—¿Y bien? —pregunté.

—Lo han encontrado hace doce días.

—Doce días... ¿Dónde? ¿En el norte del país? ¿Una sinagoga restaurada del Golán?

—Cerca de Kioto, en un santuario.

—¿Kioto?

—En Japón.

—¿Japón? —exclamé—. ¿Qué relación puede tener con...?

—¿Conmigo? —terminó Shimon y cogió un palillo de dientes, signo de tensión nerviosa.

—Sí.

—Muy sencillo. Como ya te he dicho, ahora estoy en el Mossad. No hace falta que te explique que me han asignado a la sección Internacional, a los servicios secretos... ¿Ves adónde quiero llegar? —Mordisqueaba el palillo con aire reflexivo.

—Pero ¿y yo, Shimon? ¿Has pensado en mí? No soy un espía. No tengo formación para ese trabajo. Y además, ¿qué tengo yo que ver con Japón?

—A mi me parece que estás perfectamente entrenado. Has puesto el listón muy alto, como suele decirse. En París, en Nueva York y aquí en Israel...[1] Diría incluso que tienes la mejor formación del mundo para esta clase de misión sobre el terreno.

—Shimon, prefiero advertirte de antemano que...

—Escucha—me interrumpió—, es muy sencillo. Voy a explicártelo.

Examiné de nuevo la fotografía.

—Asesinado, ¿no?

—En efecto, asesinado. Pero hay un pequeño detalle...

—¿Cuál?

Me observó como si le molestara lo que se disponía a decirme.

—Sucedió hace dos mil años —murmuró.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Digo que ese hombre murió hace dos mil años. Asesinado.

—Venga, Shimon —repuse poniéndome en pie—. ¿De qué va todo esto?

—El frío y la nieve han conservado los huesos y los tejidos. Ha sido examinado con el escáner y los investigadores han descubierto una sombra sospechosa debajo del hombro izquierdo, que al parecer está descoyuntado. El examen ha confirmado que la sombra era la punta de un arma cortante, tal vez una flecha. ¿Me sigues?

—No muy bien.

—La punta penetró en el cuerpo y paralizó el brazo. Cortó una vena. La identidad del asesino es un misterio.

—Y la de ese hombre también, supongo.

—No, en absoluto. Al parecer tenía la piel blanca, aunque bronceada. El frío preservó también fragmentos de la túnica que llevaba. Además, se encontró esto en sus manos —añadió al tiempo que me tendía una segunda fotografía.

Se la devolví sin mirarla siquiera.

—Es inútil, me planto. No voy a ponerme a buscar a un asesino que cometió su crimen hace tres mil años...

—Dos mil.

—Además, ese asesino ya no existe. O tal vez sí existe, pero en la misma forma que ese hombre, y en tal caso...

—Tal vez no —murmuró Shimon con aire pensativo.

—¿Tal vez no? Pero ¿qué te pasa, Shimon? ¿Crees en los fantasmas? ¿O en la inmortalidad?

—Uno de los monjes del templo en que encontraron a ese hombre ha desaparecido.

—Te lo repito, no veo qué relación tiene todo eso conmigo.

Shimon no parecía alterado. Tranquilo, sereno, esperó sin decir una palabra. Un momento después, me levanté y le indiqué la puerta.

—Hay algo más —dijo mientras se ponía en pie.

—Si vas a hablarme de dinero, te repito que...

—Se refiere a Jane...

—¿Qué le ocurre? ¿Sabes dónde está?

---

[1] Véase *Qumran* y *El tesoro del templo*

—Llegó un mensaje de la CIA para ella.

Tomé la hoja que me tendía con las fotografías.

—Una orden de misión... ¡para Japón! —exclamé sorprendido.

Se inclinó hacia mí y me dio un billete de avión.

—Date prisa. No podemos perder tiempo.

—Pero ¿qué voy a decir a mi padre? ¿Le has avisado?

Shimon consultó su reloj.

—Esta tarde, a las dieciocho cincuenta. Te quedan aproximadamente doce horas para despedirte de todo el mundo.

Sólo entonces mi mirada cayó sobre una de las fotografías. Estupefacto, vi que se trataba de un manuscrito hebreo. Un manuscrito de Qumrán en un templo de Kioto, Japón.

Qumrán, a treinta kilómetros de Jerusalén, en el desierto de Judea. Era a Qumrán a donde tenía que ir a despedirme. A Qumrán, reino de la belleza, corazón de mi alma, inmensidad celeste, vestigio inmenso de los orígenes, de la creación del mundo, en un lugar tan bajo, tan profundo, que quien sabe inclinarse puede percibir allí la corteza terrestre, desde la terraza superior de piedra caliza, entre las rocas del desierto de Judea, frente al gran acantilado que domina el mar Muerto. Bajo el cielo de Qumrán, el suelo es árido y el sol reina. Hace calor entre las rocas, calor sobre la tierra. No hay viento ni ruido, y puede escucharse el paso del lagarto y el roce de la serpiente en el fondo de los barrancos y las grietas. Más lejos, en Ain Feshka, un riachuelo riega la tierra reseca y sus torrentes alimentan el manto freático de Qumrán.

Es allí donde vivo, donde escribo: me llaman Ary el escriba. Con los ojos fijos en el pergamino y la mano apretando la pluma, escribo. Escribo día y noche: no tengo horario, estación ni calendario, porque la escritura, como el amor, es un mundo donde el tiempo se eterniza, donde la duración prolonga el instante y lo alarga, y nadie sabe cuándo viene la luz ni cuándo llega el día.

Soy Ary el escriba: no hay para mí otra vida que la de escribir, a la sombra, al abrigo del calor tórrido del gran lago, de su reflejo cegador bajo el cielo, y de los días y las noches de quienes caminan bajo el sol.

Tengo treinta y cinco años y ya soy viejo, porque he vivido muchas aventuras lejos del torbellino de las necesidades de la vida, he viajado mucho y meditado mucho. Porque no he intentado ganarme la vida, y con frecuencia me he extraviado bajo el sol. Luego he puesto el mundo entre paréntesis para escribir mi historia, esta historia particular, inmensa e ínfima, esta historia singular de la que no soy responsable y que se entrelaza con la Historia.

Desde siempre he buscado la unión, puedo incluso decir que he consagrado a ella mi vida. Sí, durante largo tiempo he vagado por los meandros del mundo, los pasajes más estrechos y los caminos más anchos y, aunque me he perdido en numerosas ocasiones, no ha sido por culpa de no haber intentado encontrar mi camino. Actualmente vivo lejos de todos, en una cueva secreta, en un lugar apartado y desierto, a unos kilómetros de Jerusalén, que llaman desierto de Judea. Allí se levantan los acantilados de piedra caliza que dominan el lugar más bajo del planeta, el más sulfuroso, el más denso en sal y que al mismo tiempo conserva la vida, el lugar más original y más lejano, el más pequeño y sin embargo el más inmenso, casi irreal: el lugar llamado «Qumrán».

Soy Ary el escriba, pero ya no lo soy. Lo había abandonado todo en ese instante y ya no buscaba la sabiduría. Me había vestido con ropas de ciudad y era como vosotros. Ya no vivía los tormentos, los trances, las angustias del que busca a Dios. ¡A Dios! Cuán lejos estaba de la religión que había invadido las más pequeñas fibras de mi ser.

Los esenios estaban dentro de mi piel, las letras grabadas sobre mi rostro, el nombre de Dios tatuado en mi corazón. Yo era Ary el Mesías, pero lo dejé todo detrás de mí, mi esencia incluso, lejos de mí, y me sentía ligero, muy ligero. A fuerza de estudiar las letras me había convertido en

una letra, la *Vav.* La *Vav* conversiva, la que cambia un futuro en pasado y un pasado en futuro. Había renegado de la religión, ahora practicaba la apostasía y, lo confieso, comía todo lo que me ofrecían. Me alzaba libre y orgulloso, anónimo al fin, sin el peso terrible de la elección, sinese privilegio que no es sino un fardo. Y decía: «¡A mí el mundo! ¡A mí la vida!» Y escribí: «¡A mí el amor!»

Tengo un utensilio puntiagudo que sumerjo en tinta para señalar columnas y líneas. Con la pluma y la resina escribo, y con aceite y agua, y pequeños pedazos de cuero, acabo mi trabajo y las letras se alinean como bailarinas microscópicas, danzan juntas, se mezclan y repliegan, se inclinan con grandes arabescos para saludaros, para daros la bienvenida, para conduciros a algún lugar lejos en este mundo y revelaros su misterio, así sea. «He colocado mis palabras en tu boca, a la sombra de mi mano te he dado refugio.»

En el acantilado hay cuevas, unas excavadas por la mano del hombre y otras naturales. Allí, en esas excavaciones, fueron encontrados en 1947 rollos y fragmentos de pergaminos que contienen documentos judíos esenciales. Decenas de miles de fragmentos: una auténtica biblioteca que data de la época de Jesús, el mayor descubrimiento arqueológico del siglo XX. Esos manuscritos estaban hábilmente conservados en ánforas, envueltos en telas para resguardarlos de la humedad.

Fueron escritos por los esenios: una secta judía, salida de los sacerdotes del Templo, que se había retirado junto al mar Muerto para esperar el fin de los tiempos y prepararse a través de la purificación y la inmersión en agua clara. Cuando llegara el acontecimiento esperado, los malvados serían destruidos y los buenos saldrían victoriosos. Los esenios se consideraban a sí mismos los Hijos de la Luz, en combate con los Hijos de las Tinieblas. Desconfiaban de la mujer seductora, cuyo corazón es una serpiente, y sus vestidos, anzuelos para apartar al hombre justo de su camino: Lilith, según el mito bíblico. Un demonio que vuela en la noche para pervertir a los hombres.

Mi destino ha estado ligado al de los manuscritos. Sin embargo, no estuve predestinado. En mi juventud fui soldado: he formado parte del ejército en la tierra de Israel, y combatido noches enteras en defensa de mi país. Mi familia no era religiosa: mi padre, paleógrafo, había consagrado su vida al estudio de textos antiguos, pero desde un punto de vista científico, o al menos así lo creía yo. Y yo, después del ejército, encontré la religión: ella me acogió una mañana de verano, merced al encuentro con un rabino en el barrio de Mea Shearim, en Jerusalén. Era el Rabí, y fue él quien me enseñó los preceptos de la Torah, las discusiones del Talmud e incluso ciertos misterios de la Cábala que sólo conocen los iniciados. El Rabí se convirtió en mi maestro, mi mentor, y yo en su discípulo. A través de él descubrí un mundo distinto de aquel en que vivía, un mundo habitado por un alma, un mundo revestido de ropajes espléndidos, y yo mismo vestí la sotana oscura de los estudiantes de la Ley.

Con todo mi corazón me entregué al estudio, con toda mi alma y todas mis potencias busqué la sabiduría, y la encontré porque leí mucho, aprendí mucho y descubrí en las danzas misteriosas de los hasidim, en el umbral del amanecer, tanta gracia y tanta belleza que ya no quise abandonarles.

Entonces remonté el vuelo y me alejé de mi familia, atea y despreocupada según yo creía, lejana. Nunca más comí en casa de mi madre porque su cocina no era *kosher*, y veía a mi padre, al que tanto quería, de tarde en tarde, hasta el momento en que a mi pesar me vi arrastrado a una investigación policial. Así fue como yo, Ary Cohen, el oficial, el estudiante, el escriba, me convertí en detective. Durante una investigación realizada junto a mi padre[2], descubrí que los esenios, a los

[2] Véase *Qumrán*

que se creía desaparecidos, muertos por los romanos, barridos por la Historia, seguían existiendo. Sin que nadie lo supiera, habían sobrevivido y habitaban en secreto en las cuevas del desierto de Judea.

Entonces partí hacia el roquedal árido de las orillas del mar Muerto, respiré a fondo el aire del desierto y medité bajo el sol. En el mayor secreto, me reuní con los esenios en aquel lugar duro e inhóspito, despiadado. Y vi a quienes consagran su vida a la purificación, a prepararse para la batalla del Apocalipsis, y junto a ellos combatí a las fuerzas de las Tinieblas. Y descubrí que mi padre, al que yo creía ateo, era uno de ellos, y me dijeron que esperaban al Mesías, y ese Mesías era yo, Ary Cohen, Ary el soldado, el estudiante, el religioso, Ary hijo de David, de la estirpe de los sumos sacerdotes de la Biblia.

Mi camino, plagado de obstáculos, fue largo, muy largo. Concerté una alianza con el pueblo del desierto y prometí que la gloria del Señor descendería a la Tierra, que el Templo de piedra, construido por dos veces y por dos veces destruido, se levantaría de nuevo en Jerusalén, sobre la explanada de las Mezquitas. Acompañé a los esenios y subí a Jerusalén.

Estaba inmerso entonces en el sueño del Templo, finalmente reencontrado y reconstruido. Deseaba una morada para verlo, para ofrecerle sacrificios puros, sacrificios por los pecados, para borrar los pecados. Como David, que hizo sus abluciones antes de penetrar en la casa de Dios, yo me bañé; igual que los esenios se sumergen en las aguas puras al amanecer y de nuevo al caer la noche, como en un santuario sagrado, así me purifiqué.

Los esenios, desde los tiempos de Jesús, tenían un sueño, un proyecto: arrebatar Jerusalén de las manos de los sacerdotes impíos y construir un Templo para las generaciones futuras, donde el servicio divino lo realizarían los sacerdotes de la secta, los descendientes de Zadok, según el calendario solar al que se adhería la secta. Y los que habitaban en secreto en el desierto, a orillas del mar Muerto, en Qumrán, evocaban el admirable edificio de piedra, oro y maderas preciosas, varias veces reconstruido, ampliado y embellecido.

Por fin llegó el día que esperaban[3].

Esperaban la venida de Aquel que lucharía contra los Hijos de las Tinieblas. Decían así:

Y tomará su ejército,
irá a Jerusalén,
entrará por la puerta Dorada,
reconstruirá el Templo
como lo habrá visto en la visión que ha tenido.
Y el Reino de los Cielos
tan esperado
vendrá por él,
el salvador,
que será llamado
el León.

Y yo, Ary, era el león, el Mesías de los esenios, y mi corazón, como el pájaro que ha perdido su nido, suspiraba, languidecía en el atrio del Templo. No cesaba de dirigir mis rezos a Jerusalén. En mis oraciones de la mañana, el mediodía y la tarde, hacía votos por el regreso de los exiliados y

[3] Véase *El tesoro del Templo.*

la restauración de la Ciudad de la Paz. Mis días de ayuno y duelo eran aniversarios de nuestros desastres nacionales, y los servicios más solemnes de nuestro ritual concluían con la invocación: «El año que viene en Jerusalén.» En mis momentos de alegría me interrumpía para orar por la Jerusalén rota como un vaso de cristal, la Jerusalén de luto por la destrucción de su Casa.

Me encontré entonces en un lugar pavoroso, y allí me dispuse a pronunciar su nombre, el Nombre de Dios. Finalmente iba a saber quién era Él, finalmente iba a verle. Me adelanté hasta el propiciatorio en que se encontraban las cenizas de la Vaca Roja. Tomé la antorcha y, según la Ley, iluminé el altar para dispersar en él los restos del animal sacrificado. Y delante de mí desfilaron los sacerdotes en el orden debido, uno después de otro, y los levitas tras ellos, y los samaritanos con su jefe, uno después de otro, a fin de que fueran conocidos todos los hombres de Israel, cada uno en el lugar señalado por su condición, en la Comunidad de Dios.

Las letras estaban allí, delante de mí, a la espera de ser pronunciadas.

Los esenios esperaban que yo las leyera: que pronunciara el nombre de Dios.

Entonces invoqué, una a una, las letras supremas. Dije la *Yod,* la letra del inicio; dije la *Hé,* letra del soplo de la creación, dije...

Y me volví y vi a Jane, la mujer a la que amaba, allí, detrás de mí. Sus ojos imploraban y suplicaban que no lo dijera. Yo no tenía ojos sino para ella, y dije su nombre.

Al día siguiente... ¿Cómo podré rememorar ese momento sin que mi corazón se llene de una inmensa nostalgia y sienta una punzada al evocar el recuerdo? ¡Oh, cómo desearía poder verme transportado, únicamente a través del pensamiento, hasta aquel día fatídico, determinante, infinitamente próximo y sin embargo tan lejano hoy!

Cómo querría poder decir: tales fueron mis actos, ayer y hoy, porque me he mantenido fiel al instante de mi promesa.

Al día siguiente, digo, las campanas anunciaron el comienzo del día en Jerusalén, y muy pronto el canto más apagado del muecín les hizo eco. Una brisa ligera entraba por la ventana entreabierta de mi habitación de hotel. Frente a mí, el monte Sión surgía de la bruma del amanecer envuelto en una luz rosada.

Yo acababa de vivir la experiencia más increíble, más sobrenatural, más conmovedora, más real y también más irreal. Era una muerte, era un nacimiento, era una boda, sí, era todo eso a la vez: una comunión, un abandono de todos los principios y todas las contingencias, una pérdida de sí en el seno de un gran reconocimiento.

Oh, amigos míos, vosotros que me seguís; oh, vosotros que sabéis. ¿Cómo decíroslo? ¿Cómo encontrar las palabras para expresar lo que sentí? Nunca había conocido tanta fuerza, tanta intensidad, tanta alegría, tanta unidad como aquélla, nunca me había sido dado contemplar tanta belleza, tanta inmensidad, tanta grandeza, sublime entre todas, real e irreal, terrestre y sobrehumana, antigua y actual, evanescente y eterna, profunda y celeste, inmensa y minúscula, ordinaria y extraordinaria. ¿Cómo decirlo? ¿Cómo comprenderlo? Mi corazón rebosaba de alegría hasta el punto de que mi cuerpo sufría. Había deseado tanto, soñado tanto, esperado tanto, tenido tanta paciencia, toda mi vida había esperado, y sin embargo qué asombro, qué sorpresa, amigos míos.

Al pronunciar su Nombre, la inefable belleza se abrió a mí en forma de evidencia. La revelación suprema se produjo ante mis ojos, brotó como una luz enloquecida de rayos cegadores. Fue un instante de verdad pura, uno de esos momentos supremos en los que sabemos por qué razón vivimos, por qué existe el mundo.

De súbito, me sentí absolutamente unido, tan unido que no supe ya quién era yo. Yo que

pensaba no ser sino uno para siempre, yo que casi había caído en la desesperación, de súbito era uno en la carne. ¡Oh Dios! Ya no era soldado, no era hasid, no era esenio, no era detective. Ya no era Ary.

Oh, amigos míos que me escucháis, oíd esto: yo no soy Ary el escriba. Soy el hombre de la paz del atardecer y la bruma del alba. Soy el otro, el de la noche.

Era de noche, noche oscura, tiniebla cerrada, polvo ardiente, estrella fugaz, era de noche, cántico de la tarde, y mi corazón se elevó, era de noche y yo ya no buscaba, no huía, no me encontraba ya sumido en el espanto de la noche, no tenía miedo de la negrura, miedo de mí, no estaba solo, polvo ardiente, polvo de fuego, tierra que retorna a la tierra, era de noche y, alma misteriosa, era yo.

El suelo tembló, vaciló, y yo morí, todos los fundamentos de mi ser se derrumbaron, el pasado no existía, comprended, nada existía y mi vida había desaparecido porque me encontraba en el límite extremo.

Aparté los velos, alcé el brazo, busqué el final, pero no había límites a lo que yo podía sentir. Era omnisciente, era presente, era infinitamente, era en definitiva. En el fondo de mi tumba de piedra estaba vivo, era y no era, renacía.

Era como si la inteligencia total, súbita, se me hubiera aparecido, y sin embargo no tenía alma, no tenía yo, no tenía nada. Estaba loco, sí, estaba loco, el gozo desgarraba mi corazón, atravesaba mi alma. Todo estaba vacío a mi alrededor, también mi percepción de mí mismo, porque también yo estaba vacío. Vacío y lleno; no de mí, porque ya no existía un mí, no existía nada en el mundo. El sentido de mi búsqueda estaba ahí, delante de mí, se me había aparecido en la noche oscura, y era el final de la ansiedad y el miedo, así sea.

¡Oh, amigos, si supieseis! Mi lengua se trabó, la letra no llegó, y me volví hacia Jane en el momento de decir, después de la *Yod* y la *Hé*, la *Vav;* y ésta se alargó misteriosamente y se convirtió en *Noun.* Y dije: *Yohan,* Jane.

Y de pronto llegó la evidencia: yo no quería encontrar a Dios, quería encontrar a la que tenía ese nombre, a Jane. Quería amarla como se ama a Dios, porque es así como se ama. Desde que nos conocimos, ella me había buscado, luego fui yo quien la siguió y la perdió, y creí buscar a Dios cuando era a ella a quien quería, con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi voluntad y todo mi poder. Pero la mujer a la que amaba estaba allí, detrás de mí, y por eso cedí a la llamada de su nombre y su nombre vino a mis labios: «Jane.»

Jane y yo partimos, unidos en aquella noche, en la Jerusalén dormida después de los combates de la víspera. Solos. Lejos de todos, éramos. La tomé en mis brazos y le di un beso de amor, ella me lo devolvió y nuestros alientos se mezclaron, nuestros cuerpos se tocaron mediante una gran caricia, así sea. La amé en su verdad, su dulzura, su carne y su espíritu. En mis miradas ella estaba presente, en sus ojos yo era consciente, yo nacía y ella surgía a la vida, y yo descubrí la existencia que es amor. Y yo le dije: «Que el Eterno te guarde. Que Él te cubra con su diestra. El día, el ardor del sol, no te quemará, y la noche, el frescor de la luna, no llegará hasta ti.»

Al día siguiente, las campanas repicaban en Jerusalén y yo dormía. Junto a mí no había nadie. ¿Había soñado? No estaban su fino rostro de pómulos altivos, sus ojos oscuros y su cabello rubio apenas revuelto por el sueño, su boca de labios escarlata, no estaba la sonrisa de Jane ni sus ojos en los que yo veía el reflejo de mi rostro, sus ojos en los que yo me amé por amor. Yo tenía una barba corta, poco espesa, que ocultaba mis pómulos salientes, una boca de labios finos y ojos

azules protegidos por unas gafas redondas. Mis músculos destacaban en la piel porque había ayunado mucho cuando me volví hacia la religión, y en el reflejo de sus ojos me veía bello y delicado, me amaba a través de su mirada.

Quería tomarla entre mis brazos, envolverla en mi abrazo, pero no había nadie; sólo el aura del sol en las sábanas blancas, sólo su luz sobre la Jerusalén febril, sólo la ventana entreabierta por la que entraba una suave brisa. Pero mi amiga había desaparecido.

Pocos días después llamaron a mi puerta, y era Shimon que venía a verme a mi habitación. Como un ángel anunciador, me reveló que Jane había marchado a Japón. Sin una palabra, sin un hasta la vista, sin un adiós. Se había marchado.

Pero él sabía, y yo también, que iría a buscarla allá donde estuviese, al fin del mundo, a la bóveda celeste o a las profundidades del infierno, iría a buscarla. Así sea.

Después de la entrevista con Shimon viajé a Qumrán. Subí al autobús que seguía la ruta que, partiendo de Jerusalén, desciende serpenteando al desierto de Judea. Eran las primeras horas de la tarde, la luz era fuerte y el sol caía a plomo, pero el paisaje desierto era suave y las sombras subrayaban las formas redondeadas de sus valles y oquedades, como en un paisaje campestre.

Yo amaba sus colinas salpicadas de arbustos y tiendas de beduinos, los matices de color, beis, ocre, pajizo. Amaba el desvío que salía de la carretera formando una abrupta pendiente, siempre sentía deseos de tomarlo, como si fuera a llevarme a un lugar aún más lejano, aún más secreto. Siempre regresaba a este desierto de Judea, provisto de una sombra de vegetación, de algunos rebaños y de dátiles multicolores, como si me llamara la orilla, como el marino que regresa siempre al mar. Admiraba esa gran inmersión hacia el punto más bajo del mundo, y la sensación de que el tiempo se detiene o retrocede cuando los oídos se taponan y la vista se nubla. Polvo del desierto: el único que envuelve con un manto cálido los corazones más fríos.

Sin embargo, en esa ocasión regresaba a Qumrán con el corazón atenazado por mil pensamientos, atormentado como la uva prensada, como el vino que se escurre en el lagar. ¿Qué significaba la misión de Jane en Japón? ¿Qué esperaba Shimon de mí? Y ¿qué escondía ese hombre asesinado dos mil años atrás? ¿Cuál era el objetivo que perseguía un hombre de acción, pragmático y eficaz como Shimon Delam? ¿Qué contenía el manuscrito encontrado junto al cuerpo, y quién lo había llevado allí, tan lejos de Israel, que era al parecer su procedencia? ¿Se trataba de un manuscrito hebreo auténtico?

Finalmente, el autobús me dejó al borde de la carretera, no lejos de Qumrán, frente a una tienda delante de las ruinas del antiguo asentamiento esenio, punto de partida de las visitas turísticas. De aquel lugar arrancaba un acantilado de piedra caliza, en el reborde de la meseta del desierto de Judea, a una cincuentena de metros por encima de la orilla del mar Muerto. En ese lugar están las cuevas en que fueron encontrados los pergaminos de los esenios, mezclados con la marga caída del techo: centenares de manuscritos en ánforas conservadas intactas por el paso inexorable del tiempo.

Emprendí a pie el camino que únicamente conocen los esenios, el que conduce a las cuevas que sólo ellos habitan, en las anfractuosidades secretas del acantilado. Hacía mucho calor y el viento barría el paisaje. Bajo su soplo seco y ardiente, subí los escalones naturales que llevan a la cima del acantilado y, al ascender, vi a lo lejos el mar Muerto, con las montañas de Moab envueltas en la bruma y los cristales de sal brillando con mil luces, atenuados sus contornos por las pequeñas olas blancas ante los caminos de asfalto negro. Seguí el lecho reseco de los torrentes y, después de una larga y difícil marcha por el desierto, llegué finalmente a las cuevas.

Me agaché para entrar en la primera, y luego crucé la segunda hasta llegar al largo camino subterráneo que iba a llevarme al *scriptorium,* la pequeña cueva aislada pero abierta al cielo y las estrellas en la que yo escribía. La encontré tal como la había dejado, con la gran mesa de madera,

las plumas de oca, la tinta y los pergaminos empezados.

Empujado por la costumbre o por un largo atavismo, me senté a la larga mesa de madera en que trabajaba y tomé mi cortaplumas para rascar el cuero del pergamino. Ante mí se encontraban varios textos. Uno de ellos era el rollo de las trampas de la mujer, en el que se denuncian todas las triquiñuelas de que se valen las mujeres para atraer a los hombres y perderlos. Otro era un tratado de astrología, que permitía predecir el destino de las personas a partir de su porte y actitud. Se establecía una comparación entre las personas y los animales, según su fisonomía, y de ahí se deducían su carácter y sus acciones futuras. Leí: «Toda persona de ojos finos y alargados, y de muslos largos y delgados, y nacida durante el segundo cuarto de la luna, posee un espíritu compuesto por seis partes de luz, pero las tres partes restantes residen en la Casa de las Tinieblas...»

Pensé en Jane. ¿No tenía los ojos finos y alargados, y el cuerpo...? Mi mente se extravió en un ensueño que me arrastró lejos de aquel lugar, por rumbos que habrían hecho arrugar la frente de los esenios, y también la mía si no hubiera estado además solo e inquieto... y decidido a luchar.

No había vuelto a ver a los esenios desde el momento en que debía haber pronunciado el nombre de Dios. A decir verdad, no pensaba volver a verles tan pronto, con tanta prisa, ni en esas condiciones.

Al cabo de unos minutos, vi aparecer a Leví el levita, el sacerdote que había sido mi instructor, un hombre deedad madura, sedoso cabello gris, piel curtida por el sol, un hombre duro y árido, pero caluroso, como el desierto donde vivía. Iba vestido con una túnica de lino cuya blancura destacaba aún más el negro profundo de sus ojos.

—Así pues, Ary —dijo con su voz cálida y pedregosa como el desierto—, ¿estás de vuelta entre nosotros?

—No —respondí—. He venido para deciros adiós.

Me miró con detenimiento.

—Estamos seguros de que fuiste presa del temor en el momento de pronunciar el nombre de Dios. ¿Quién no tendría miedo a la muerte? ¿Quién no temería morir al ir al encuentro de Él? Hemos comprendido tu temor, y por eso te esperamos. Sabíamos que regresarías porque tú eres El que esperamos, El que todos esperan.

—No —repliqué—. Estáis equivocados. No soy el que creéis. Habéis errado el camino... y yo también.

—Pero ¿qué dices? ¿No ves lo mal que va el mundo? ¿No ves cuánto te necesitamos? No puedes abandonar tu misión y marcharte. Has recibido la elección y tienes una responsabilidad hacia nosotros, no puedes sustraerte. Lo sabes, y por eso has vuelto. Está escrito en nuestros textos y nuestros corazones. Tú eres Ary, el León, el salvador.

—He vuelto para deciros que amo a una mujer y que voy a marcharme para reunirme con ella.

—Desconfía de la mujer, Ary. Sabes hasta qué punto es peligrosa, como está escrito en nuestros textos. Sus ojos lanzan miradas a derecha e izquierda para seducir a los hombres, para tenderles trampas, y marcha a través de los caminos volviéndose para mirar, pone obstáculos al paso de los hombres, les roba su poder a la puerta de las ciudades. Persigue al justo, ¡es el ángel del mal!

—¡No, es falso! —grité—. ¡Te equivocas!

—Aparta al hombre de su camino, y luego se alza ante él para inspirarle terror. ¡Lilith! ¡Ella gobierna el reino de las Tinieblas!

Entonces, Leví el levita se acercó a mí y con el dedo señaló el manuscrito que había empezado a copiar, y en el que estaba escrito:

«Ella manchará su nombre, y el nombre de su padre y el nombre de su marido. Ella ensucia su propia reputación y atrae la deshonra sobre sus parientes y conocidos, y sobre su padre. El nombre de su desgracia quedará siempre asociado al de su familia, para todas las generaciones venideras.»

—Y tú —murmuró Leví el levita—, ¿no eres el Mesías?

Guardé los últimos manuscritos que había copiado y recogí algunos objetos para mi viaje, entre ellos mis filacterias, mi chal de los rezos y mi kipá. También estaba allí el *efod* —túnica sacerdotal— que pertenecía a mi familia y había sido transmitido de padre a hijo por generaciones de Cohen, los sumos sacerdotes. Era un vestido de lino violeta y púrpura, tejido con hilo de oro, sobre el cual se colocaba un peto consistente en un rectángulo de cobre que llevaba engastadas cuatro hileras de piedras preciosas. Sobre éstas se leían los nombres de las doce tribus. Dejé el vestido y me llevé el pequeño peto. De las piedras preciosas faltaba únicamente una: el diamante que representaba a la tribu de Zabulón, probablemente robado o extraviado, nadie lo sabía con certeza, en el curso de los siglos.

Volví a pasar frente a las ruinas de Khirbet Qumrán, donde se estaban efectuando excavaciones, y al ver a varios arqueólogos a la entrada de una cueva, no lejos del complejo principal, me acerqué a ellos.

Me presenté diciéndoles que había trabajado con los manuscritos del mar Muerto y les pregunté qué buscaban. Eran arqueólogos israelíes, de la Universidad de Jerusalén. Uno de ellos, un joven moreno y fornido, de una treintena de años, se acercó a mí.

—¿Tiene usted alguna relación con el profesor David Cohen?

—En efecto —dije—, es mi padre.

—Yo soy alumno suyo. Acabamos de encontrar una nueva cueva, construida por la mano del hombre, con nuevos fragmentos. Hemos enseñado uno de ellos a su padre. Un manuscrito muy particular...

—¿De qué se trata?

Se alejó del grupo y me indicó que le siguiera.

—De momento lo que le cuento es confidencial; en el fragmento se encuentra la expresión «Hijo de Dios» utilizada en los Evangelios. Hay otra expresión común a los pergaminos y el Nuevo Testamento: «Será grande, y será llamado Hijo del Altísimo... y su reino no tendrá fin.» Tenemos así la prueba de la existencia de frases similares en los manuscritos del mar Muerto y en el Nuevo Testamento.

—Sí, es asombroso.

—Pregunte a su padre: cuando le llevamos los fragmentos para que los examinara, pareció muy excitado. Dató el fragmento de inmediato... Ya le conoce. Nadie en el mundo sabe datar un documento tan bien como él.

Volví a Jerusalén al atardecer. En cuanto llegué, telefoneé a mi padre y le cité en un café situado en el centro del animado barrio de la Colonia Alemana, el único sitio donde los israelíes laicos de Jerusalén pueden encontrarse para comer o para tomar una copa en un ambiente relajado.

Le vi llegar de lejos, con su paso rápido y enérgico. Con sus ojos oscuros, su cabellera poblada y su tipo atlético, no representaba su edad; antes bien, irradiaba una especie de fuerza invencible que daba la sensación de que nunca envejecería. Era antiguo y sabio, eterno y frágil, portador de un mensaje, como los manuscritos a cuyo estudio y datación dedicaba su tiempo. Tampoco a él le había visto desde la ceremonia, e ignoraba lo que pensaba de lo sucedido.

Él me había enseñado a escribir, y también algunas nociones de paleografía. Yo le tenía por

un científico y un sabio, pero ignoraba que en secreto era también un esenio. Un esenio extraño, que había dejado su comunidad después de la creación del Estado de Israel; un profesor, un hombre que no seguía la Ley, en tanto que la Ley regía mi vida todos los días y la organizaba, desde el momento de acostarme al de levantarme, y desde el de levantarme hasta el de acostarme.

Yo creía ser diferente de él, pero no lo era. Mi padre era paleógrafo: era natural que yo tomara la pluma. Mi padre era esenio: ¿no había seguido yo el mismo camino? Ignoraba, cuando creía alejarme de él, que no estaba haciendo otra cosa que encarnar su mensaje.

—Quería decirte... —empecé cuando nos hubimos sentado juntos.

—No hace falta que me lo expliques —dijo mi padre—. Entiendo.

—Fue...

—Lo sé, sí.

—No podré.

—Ellos esperarán. Esperaremos.

No pude evitar sonreír, al pensar que mi padre había recuperado a mis ojos su lugar entre los esenios, cuando durante tanto tiempo había ocultado su pertenencia a la secta detrás de su fachada de sabio racionalista.

—No, es inútil. No podré nunca.

—¿Cómo puedes decir eso, cuando todos creen en ti?

—Porque... —murmuré— porque no soy yo.

—Los textos lo dicen y los hechos lo prueban. Mira en qué estado se encuentra el país. A sangre y fuego. ¿No te da miedo estar sentado aquí, en el café donde el otro día hicieron estallar una bomba? Yo sí tengo miedo.

—No soy yo, te digo. No lo soy. Ahora deseo llevar otra vida.

—¿Cuál? ¿Crees que podrás escapar de ti mismo? ¿Crees ser dueño de todos tus actos? Reflexiona, Ary, sobre todo lo que sabes y todo lo que ignoras aún... Piensa en las palabras de nuestros textos, de nuestros antepasados... —Cerró los ojos y murmuró—: «Su sabiduría superará la de Salomón, será más grande que los patriarcas, más que los profetas que vinieron después de Moisés, y más ensalzado que Moisés. Es un buen pastor, que se preocupa por su pueblo; meditará sobre la Torah y cumplirá las leyes. Enseñará a todo el pueblo judío, revelará nuevas ideas y manifestará los misterios ocultos de la Torah. Todas las naciones reconocerán su sabiduría, y él será también el guía que les instruirá.»

—Me voy —dije.

—¿Adónde?

—Jane ha sido enviada a una misión en Japón.

Ni siquiera parpadeó. Sabía que yo había abandonado mi misión junto a los esenios, tan cerca de la meta, y sabía que lo había hecho por ella.

—He conocido por casualidad a uno de tus alumnos, en Qumrán —dije—. Me ha contado que han encontrado un nuevo fragmento, un fragmento atípico.

—Sí, con expresiones evangélicas.

—Pero ¿qué significa eso?

—Que ese texto va a desencadenar una nueva polémica. Contiene la evocación de un personaje poderoso que aparecerá en una época de tribulación, y que es llamado «Hijo de Dios», o «Hijo del Altísimo». Todas las naciones le obedecerán. Son expresiones que recuerdan a los Evangelios...

—Sabíamos que Jesús fue un esenio.

—Pero todos pensaban que la novedad del cristianismo era la idea de un Mesías que era a la vez hombre y Dios. Ahora sabemos que la idea viene de Qumrán, y por consiguiente de los esenios. —Se inclinó hacia mí y murmuró—: Desde el punto de vista histórico, ese texto remite a la persecución de los judíos bajo el tirano sirio Antíoco IV, en los años 170 a 164 antes de Cristo. El

segundo nombre de ese rey era Epífanes, que significa «Aparición», lo que implica la noción de un rey humano como encarnación de Dios. Las pretensiones humanas a la divinidad nunca fueron bien recibidas en el seno del judaismo. Por mi parte, me pregunto si no podría interpretarse ese texto de una manera muy diferente: el que se llama «Hijo de Dios» es un desalmado, el que ocupa el lugar de Dios es después derribado por «el pueblo de Dios», que tiene a Dios de su lado. Desde esta óptica, el «Hijo de Dios» sería el Anticristo. ¿Qué piensas tú?

—Necesito que me ayudes —dije.

—¿Que te ayude? Claro que sí. ¿En qué?

—Se ha encontrado un manuscrito en un templo de Kioto.

—¿Qué clase de manuscrito?

—Por las fotografías que he visto, se trata de un manuscrito hebreo escrito al parecer en lengua aramea.

Mi padre me miró con incredulidad.

—¿Cómo es posible?

—Habrá que aclarar ese misterio. Y también descifrar el manuscrito. Por eso tengo que ir allí.

En ese momento, una formación de cuatro cazas F16 cruzó el cielo con un rugido terrible. Mi padre siguió los aviones con los ojos y luego me miró, confiado, tranquilo, como si supiera que el destino imperturbable me devolvería a él.

—Según nuestros maestros —continué—, el Mesías no vendrá hasta que el reino más minúsculo no se incline ante Israel, porque está escrito: «En ese tiempo el regalo será ofrecido al Señor por los pueblos dispersos.»

—Los exiliados han vuelto a su tierra. ¡Dicen que están llegando aún de todas partes: de Rusia, de Etiopía, de América del Sur!

—Dicen que el Hijo del Hombre no vendrá hasta que en Israel no quede ningún alma orgullosa, porque está escrito: «Eliminaré a quienes se regocijan en su orgullo y dejaré entre vosotros a un pueblo pobre y afligido que encontrará refugio en el nombre de Dios.»

—¿No estamos afligidos por esta guerra salvaje?

—Según nuestros maestros, Jerusalén será salvada sólo por los justos, porque está escrito: «Sión será salvada según el juicio, y convertida a la justicia.» Y está escrito también: «Todo tu pueblo será bueno, y heredará la tierra para siempre.»

—¿No somos nosotros el pueblo? —objetó mi padre.

—Pero la fecha no ha sido precisada, e Isaías dijo: «Él llegará a su hora.»

—También está escrito: «Yo apresuraré su venida.»

—Se dice que el Mesías reconstruirá el Templo, reunirá a los dispersos de Israel y restaurará las leyes.

A estas palabras, mi padre respondió con una sonrisa extraña.

—En efecto.

Cuando me despedí, tuve la extraña impresión de que no volvería a verle en ese lugar.

Y él me saludó como si yo fuera a volver, aureolado de gloria, ante él, ante ellos, que me esperaban ya.

Partí con esa impresión de malestar, que se prolongó incluso en el taxi que me llevó al aeropuerto. Me adormecí en el trayecto y desperté en Ben-Gurion, en medio de un sueño extraño. Yo estaba en una casa desconocida, que se suponía era la de mis padres, pero no lo era. Parecía más bien una casa de veraneo. Una mujer dormía en una habitación.

Yo dormía en una estancia distinta, hasta las cinco, luego hasta las siete de la tarde. Me desperté, fui hasta la habitación vecina y la vi en la penumbra. Me fui y ella me siguió, la saludé, pero la muchacha se apartó y decía cosas desagradables de mí, a mi espalda.

Al despertar busqué el sentido de ese sueño, pero no lo encontré. Pensé que el porvenir me lo aclararía. Así son a veces los sueños: premoniciones que sólo pueden comprender el que sabe interpretarlos y el que vive su continuación. «Viene la mañana, y le sigue otra noche. Si quieres plantear de nuevo la pregunta, vuelve.»

II.
El pergamino del maestro

Entonces los sacerdotes Cohen tocarán las trompetas de la memoria para declarar la guerra a los Kittim. Las vanguardias se dispondrán en punta entre los dos frentes y, cuando se aproximen, los Cohen tocarán por segunda vez. Luego, cuando lleguen al alcance de las lanzas, cada hombre empuñará su arma y los seis Cohen tocarán las trompetas de los muertos, darán la señal mediante un sonido estridente y otro ahogado. Los levitas y todos los hombres de los cuernos de carnero emitirán un estruendo terrible, y ése será el inicio de la matanza de los kittim.

Manuscritos de Qumrán,
Pergamino de la guerra

Así pues, Jane —Jane Rogers, agente de la CIA— había decidido partir. Pero ¿por qué desapareció así, sin una palabra? ¿Por qué me dejó aquí, sin decirme nada? Tuve miedo por ella, además de sentirme mal. Tuvo que hacerlo, pensé para tranquilizarme, era una orden de misión y no podía decírmelo, y no quería decirme que no podía.

Pero todo eso, ¿no eran elucubraciones mías, sueños, deseos? De hecho, ignoraba por qué se había marchado tan aprisa y tan lejos, después de lo que ella me había murmurado, de lo que yo había dicho, de lo que habíamos vivido juntos. Se fue sin un gesto, sin una palabra, dejándome solo, en la sombra, en la desesperación intensa de su marcha.

¿Tal vez había huido de mí? ¿Tal vez partía para alejarse de mí, tal vez no me amaba ya, o no me había amado nunca? Pero si ése era el caso, ¿tenía derecho yo a perseguirla hasta el fin del mundo? ¿Cómo saber? ¿Cómo interpretar su silencio? ¿Cómo comprender?

Me preguntaba ya si esa orden no era otra manipulación de Shimon Delam, que había comprendido que yo no querría nunca investigar para él, pero menos aún querría vivir sin ella.

Y era cierto: ahora me parecía que, desde que la había encontrado, no había vivido sino para ella, sin saberlo; era a ella a quien amaba, sin confesármelo. Todo lo que yo siempre había buscado estaba ante mis ojos y no lo veía. Tenía que seguirla, como había hecho siempre, por una necesidad interior que reina sobre el alma y el cuerpo, y que se llama amor.

Yo sabía que los esenios pensaban que me estaba dejando arrastrar por la mujer tentadora que aparta al hombre de su camino. Pensaba que sin duda sabían que yo la amaba, y que no tenía intención de volverme atrás. Qué decepcionados debían de sentirse, ellos que habían depositado tantas esperanzas en mí, y qué amarga debía de ser su pena. Casi habían llegado a la meta en que habían creído tanto y desde hacía tanto tiempo, y en el momento crucial, en lugar de pronunciar la palabra que había de propiciar el advenimiento del Eterno, había pronunciado el suyo, el nombre que estaba continuamente en mis labios.

Era tan bella, tan intrépida y voluntariosa... Era como una estrella fugaz; suscitaba deseos de dicha y felicidad, y yo habría querido llevármela lejos de todas las vicisitudes de la vida, lejos de su profesión. ¿Por qué no me había dejado esa opción?

Al preparar mi equipaje para ese viaje precipitado, había dejado mis túnicas blancas de esenio, mis vestidos de escriba, de sacerdote, de Mesías, pero había llevado el peto del Sumo Sacerdote. Pensaba que las piedras preciosas me ayudarían ahora que ya no tenía ánimo para orar.

Mi padre me enseñó que las doce piedras tenían virtudes curativas, y así se lo había transmitido su padre, y el padre de su padre. La piedra de la tribu de Rubén, el rubí, tiene propiedades tranquilizantes; el topacio de la tribu de Simón limpia la sangre y enseña los beneficios de la duda; el berilo de Leví acrecienta la sabiduría y ayuda al aprendizaje; la turquesa de Judá calma el ánimo y desvanece las preocupaciones; el zafiro de Isacar fortalece la vista y extiende la paz; el jacinto de Dan insufla vigor al corazón y trae la alegría y el éxito a quien lo lleva; el ágata de Neftalí promete la paz y la felicidad y elimina el mal de ojo; el jaspe de Gad da fuerza contra la inquietud y el temor; la esmeralda de Aser potencia el valor y el éxito en los negocios; el ónice de José aumenta la memoria y permite hablar con discernimiento; el jade de Benjamín previene las hemorragias, agudiza la vista y ayuda en los partos. Sólo faltaba una piedra: el diamante de Zabulón, la piedra que asegura la longevidad...

Por la mañana no me puse mis filacterias. Por la noche no pronuncié la oración. Mi oración de la noche era Jane, y la de la mañana también. Sólo quería estar junto a ella.

Ya no quería ser un religioso, porque profesaba la religión del amor, y no quería ser un esenio porque quería vivir con Jane antes del fin del mundo, y tampoco quería ser el Mesías porque quería que el mundo siguiera existiendo, para poder seguir amando a Jane.

En conclusión, era de nuevo tal como había sido en mi infancia, y había dejado en la ignorancia y el olvido todos los años de aprendizaje. Ya no me acordaba de nada: había nacido al amor, había nacido por el amor.

Tomé el avión que había de llevarme, después de una escala en Europa, al país del Sol Naciente.

Confortablemente instalado en mi asiento, extraje las fotografías de mi bolsa de viaje. Me quité las gafas redondas con montura de acero y las coloqué encima, como una lupa, para examinar la imagen con mayor comodidad. De pronto, mi corazón empezó a latir más deprisa, más fuerte, al contemplar la fotografía del manuscrito que, según Shimon, había sido encontrado junto al cadáver. Al mirarla de cerca, reconocí la textura del pergamino y la escritura fina y apretada propia de los manuscritos hebreos.

Ese manuscrito parecía un original, pero ¿quién lo había llevado a un lugar como aquél, y por qué motivo? ¿Era reciente? ¿Era antiguo? ¿De cuándo databa?

Para responder a esas preguntas, habría sido preciso examinarlo en detalle, y más de cerca. Por esa razón Shimon me enviaba a Japón, y también por eso yo habría necesitado a mi padre, que era un experto en ese delicado terreno.

En París, durante la escala, pensé en todos los momentos que había pasado en esa ciudad con ocasión de la investigación sobre los manuscritos del mar Muerto; y cada vez Jane había estado allí. Fue en París donde la conocí, en un apartamento en que había entrado forzando la puerta sin saber que ella había hecho lo mismo unos minutos antes. Creo que de inmediato supe que la amaba, por más que sepulté ese sentimiento en el fondo de mi ser durante años y en medio de mil tormentos. Era como si el corazón, mucho antes que la razón, presintiera la verdad profunda de las cosas, olvidada y disfrazada por los prejuicios de la vida. Después, no habíamos dejado de vernos, de entrevernos, de perdernos y encontrarnos, de buscarnos, el uno sin el otro, el uno por el otro, sin reencontrarnos, hasta amarnos; ¿y perdernos de nuevo? ¿Hasta cuándo, Dios mío?

Por fin, subí al inmenso avión de la Japan Air Lines, en el que Shimon había tenido la previsión de encargar una comida *kosher,* cosa que nunca había hecho por mí, ni siquiera cuando yo era ultraortodoxo. ¿Era una forma de llamarme al orden, él también? ¿A mi misión, no mi misión mesiánica, sino a la que me veía obligado a cumplir para él?

En cualquier caso, advertí la extrema amabilidad de las azafatas, que me dedicaron atenciones que no tenían con los demás pasajeros. Fueron más que amables: me trataron con una especie de deferencia o respeto. Venían con frecuencia a interesarse por mi comodidad, y me traían un vasito de sake, un zumo de naranja, o bien bombones. Para mi asombro, una de ellas me dijo:

—Es usted sacerdote, ¿no es así?

—Sí —respondí—. En fin... lo era. Pero ¿cómo lo sabe?

—En Japón son los sacerdotes quienes siguen regímenes especiales.

Mi espíritu se extravió en un sueño que me condujo hasta orillas del mar Muerto, en los tiempos en que era sacerdote, yo el Cohen, hijo de Cohen, de la estirpe de Moisés y Aarón, el Sumo Sacerdote. Y viví en aquel país árido, a ejemplo de los hebreos, que habían recorrido el desierto. En ese desierto había empezado todo. La palabra de Dios a nuestro antepasado Abraham: «Deja tu país, tu familia y tu casa.» «¿Para ir adonde?» «Al país que yo te indicaré.» Dios prometió a Abraham una tierra, una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar. A Moisés le confió las tablas de la Ley. Luego el pueblo fue expulsado de su tierra, el Templo fue

destruido, y la gran mayoría de los hebreos se dispersó por los cuatro puntos cardinales. De las doce tribus que formaban el pueblo de Moisés, únicamente subsistieron dos: la de Judá y la de Benjamín, y de ellas descienden todos los judíos actuales.

Curiosamente, me di cuenta de que esa historia, que siempre me hacía vibrar, ahora me resultaba lejana. No era indiferencia, sino una especie de desapego. Pensaba en ese pueblo como si me fuera extraño. Yo había decidido consagrar mi vida a la suya, pero ahora estaba habitado por otra cosa, y su destino ya no me conmovía. Había nacido entre ellos, pero ¿debía sacrificar mi vida a esa leyenda, a su historia? Yo que nunca había entendido cómo mi madre, que era rusa, sentía indiferencia por las tradiciones de su pueblo; yo que la criticaba por vivir en lo que me parecía la negación de sí misma, por primera vez concebía la posibilidad de desear no ser judío, de no querer ser diferente. Veía en Israel a un pueblo como otro, un país como otro. Sí, como otro. Así, yo no tenía una misión particular: bastaba que yo lo decidiera. Todo es cuestión de elegir, y no hay destino, ley ni deber distintos de los que nosotros mismos nos imponemos. ¿No es cierto?

En el aeropuerto, cuando tuve que hacer cola para facturar mi equipaje, ese baño de multitudes me desagradó. Y por primera vez me di cuenta de que estaba en medio de judíos. Nunca había pensado en esos términos, porque estaba mezclado con ellos o, mejor aún, yo era ellos. Allí, de pronto fue distinto. Aquellas familias, parejas, niños, aquellos jóvenes de aire atormentado, y los otros que hablaban en voz muy alta y reían, eran judíos... Pero ¿qué les diferencia? De los japoneses, por ejemplo. ¿Qué les hace distintos? Me había encontrado en medio de una multitud americana o francesa, y no me hice esa reflexión. Sin embargo, eran muchos los que se hacían, o se habían hecho, la misma observación: «Estoy en medio de judíos.» Les había mirado uno a uno, sus ojos claros o bien oscuros, la piel blanca o cetrina, pelirrojos, morenos o rubios, grandes o pequeños, ¿qué les unía? Y de pronto vi con claridad lo que les unía, lo que les hacía diferentes: era precisamente que eran diferentes; no diferentes de los demás, sino diferentes entre ellos. Y lo que les unía, fueran rubios o morenos, blancos o negros, pequeños o grandes, débiles o fuertes, felices o desgraciados, gentiles o malvados, lo que les unificaba no era otra cosa que el Libro, su libro, el libro que había definido su identidad y les había dicho: yo soy vuestro Dios, y no tendréis otro Dios sino yo. Ashkenazi o sefardita, judío o israelí, religioso o ateo, ese pueblo tenía el mismo Dios, y no había otro Dios para él.

Entonces empecé a plantearme que una persona puede no amar su país, su tierra, como tampoco a su familia o su infancia, sencillamente porque ha crecido, porque ha madurado y puede decidir sustraerse a su destino, que no es su destino. Eso me asombró, y en un sentido me reconfortó: yo era libre.

Me sentí feliz por partir tan lejos de todo, de todos, de aquella tierra habitada por los míos y de aquel Dios que ya no era el mío.

Por fin, el avión aterrizó en Narita. En la entrada del aeropuerto me sorprendió ver un panel de bienvenida dirigido a todos los viajeros. Yo había viajado mucho a lo largo de los años precedentes, por exigirlo las investigaciones que me habían sido confiadas, y creía que Israel era el único país con un cartel parecido. En Israel, la fórmula consagrada era: «Benditos sean los que vienen.» En Japón era un poco distinta: «Bienvenidos los que vienen, siempre que respeten nuestras leyes.» Curiosa advertencia, me dije, como si de algún modo se dirigiera personalmente a mí.

Tal como Shimon me había anunciado, me esperaba un hombre, mi «contacto». En cuanto me vio, se dirigió a mí. Tenía en la mano una fotografía mía; probablemente Shimon se la había enviado. Era bastante joven: no tendría más de treinta años. Su rostro era redondo, y una sonrisa amistosa distendía sus facciones y le daba, con su nariz respingona que sostenía unas gafas cuadradas, un aspecto bastante jovial.

—Toshio Matsuri —se presentó—. Bienvenido, señor Ary. Soy feliz de recibirle aquí. Los extranjeros que se aventuran a visitarnos son aún raros...

Esbozó una ligera reverencia, pero pareció pensarlo mejor y me tendió la mano.

Me llevó en su coche, un Toyota recién estrenado con asientos de espuma, en un trayecto que duró varias horas y que me pareció eterno por la impaciencia que sentía por ver de nuevo a Jane y saber de ella. Mi vida, en los últimos tiempos, había adquirido tal sesgo, y una aceleración tan fuerte, que me sentía como fuera de mí, en un estado de excitación extrema y de felicidad, que sólo puede dar el amor consumado y seguro de sí.

Toshio, durante el tiempo que duró el viaje, me prodigó informaciones sobre el país, que yo escuché un tanto distraído porque el sueño me hacía cabecear en el asiento confortable, forrado con una funda blanca. Me dijo que en la ciudad de Narita se encontraba uno de los templos Shingon-Shie, en la tradición del budismo japonés. El coche rodaba por la autopista 3, pero el paisaje no ofrecía ningún elemento característico. Lo único que permitía sentirse en Japón era la forma de conducir: sin adelantar, sin molestar y sin tocar jamás la bocina. Reinaba el orden y la calma, Pero en esa serenidad intuí, no sé por qué, la posibilidad del desorden.

—Empezaremos por ver a Shôjû Rôjin, el maestro del templo en que se encontró el cuerpo. Shôjû Rôjin procede de una antigua familia de samurais y tiene antepasados ilustres. ¿Sabe que ha desaparecido un monje?

—Sí —dije—. Estoy al corriente.

—Se llama Senzo Nakagashi. Ha estudiado diez años junto al maestro.

—¿Y dónde está Shôjû Rôjin?

—En Kioto, señor Ary. Shôjû Rôjin, ya lo verá, es una personalidad impresionante. Son raros los monjes que se atreven a enfrentarse a él. Se ha convertido en uno de los grandes maestros de la lucha en Japón. Y sin embargo aún es joven, no tiene cuarenta años...

»De su padre, que fue también un luchador ilustre, se cuenta la siguiente historia: Un día, uno de sus alumnos jóvenes le dijo que era demasiado viejo ya para combatir. El discípulo le ofreció un sable de madera, pero el maestro le respondió: "Un monje no debe blandir un arma, ni siquiera un arma de madera." El temerario joven dirigió el arma contra su maestro para obligarle a luchar. Entonces él recogió el reto... con su abanico, practicando simplemente el arte de la defensa. El joven discípulo, agotado, acabó por abandonar el combate. "¿Cuál es tu secreto, maestro?", le preguntó. "Mi secreto es el siguiente...", respondió el viejo maestro: "Para vencer, basta con ver claro."

—¿Y Jane Rogers? —pregunté, mientras escuchaba distraído las palabras de mi conductor.

—Jane Rogers...

—¿Cuándo nos reuniremos con ella?

—¿El señor Shimon no se lo ha dicho...?

—No; ¿qué ocurre? —pregunté, inquieto de pronto.

—Hemos perdido el contacto con Jane Rogers.

—¿Perdido el contacto? —exclamé—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, es sencillo: fui yo quien la recogió en el aeropuerto. La dejé en su hotel y tenía que verla al día siguiente, pero me dejó un mensaje diciendo que anulaba la cita.

—Lo cual significa...

—Que ignoramos su paradero.

—¿Dónde está su hotel?

—En el lugar adonde nos dirigimos, señor Ary. Es decir, en Kioto. Es el mismo hotel que el suyo, me parece —añadió, con aire de complicidad.

Finalmente llegamos a la ciudad de Kioto, en la que teníamos la cita con el famoso maestro.

Yo quería pasar antes por el hotel, pero mi contacto me explicó con vehemencia que no era posible llegar con retraso, que no era deseable, que era casi imposible, por no decir absurdo.

Nos dirigimos directamente al templo. Estaba en el fondo de un valle, en las proximidades de Kioto. Para llegar a él había que atravesar un jardín de una belleza serena, por el que serpenteaba un riachuelo al que daban sombra árboles en flor, cerezos y arces, hasta las orillas de un río que se cruzaba por un puente estrecho. Debajo, en un estado de somnolencia eterna, flotaban los lotos blancos, y un poco más lejos una cascada vertía sus aguas sobre unas piedras planas flanqueadas por rocas redondeadas: imágenes de los inicios de la Creación, del tercer día del Génesis, cuando todo se prepara para existir.

Penetramos en el amplio recinto del templo por una larga avenida de viejos cipreses. Los bordes de la avenida estaban cubiertos de arena, entre la cual aparecían manchas de hierbas y flores cuidadosamente dispuestas.

Una cerca formada por cerezos, claveles silvestres y malvarrosas rodeaba armoniosamente el edificio: una casa de madera de ciprés y pino, de dos pisos, con tejados puntiagudos como caperuzas.

Se entraba por un majestuoso portal que se abría a otro jardín de pequeñas dimensiones, situado entre el portal y el vestíbulo de entrada.

Delante de la puerta de corredera de la antecámara nos quitamos los zapatos; era una estancia de dimensiones medianas, iluminada por la luz diurna. Sobre una mesita había dispuestos dos sables: uno pequeño y uno grande. La estancia se abría a una gran sala de madera, de suelo encerado por el que los pies parecían deslizarse. Era un lugar de una simplicidad perfecta, con una mesa baja rodeada de asientos a ras de suelo y un armario de madera blanca. En el centro había un brasero delante de un biombo antiguo de seda. En una alcoba podían verse una estatua y algunas estampas japonesas. El conjunto, bañado por la luz del día, tamizada por celosías, inspiraba un sentimiento de paz y armonía: un retiro alejado de la algarabía de la ciudad.

—Es la sala de la ceremonia del té —murmuró Toshio.

Tomamos asiento junto a la mesa y esperamos.

Al cabo de unos minutos apareció un joven que se presentó como el hijo del maestro Shôjû Rôjin, y nos anunció que éste nos recibiría muy pronto.

Toshio, tieso como un palo, guardó silencio, como si temiera que el menor sonido perturbara la paz que reinaba en el lugar. En cuanto a mí, mi cabeza se inclinaba sin que consiguiera sostenerla, y muy pronto me adormecí.

Una hora más tarde, apareció por fin el maestro. Iba vestido con el mismo hábito del monje, un quimono negro y blanco, de tejido de seda. No pude aplicar el método cabalístico de la lectura de las arrugas porque el maestro Shôjû Rôjin, como muchos asiáticos, tenía una piel absolutamente lisa.

Necesitaba utilizar otro método. Decidí servirme del horóscopo de Qumrán, que permite analizar a las personas por su cabello y por la forma de sus miembros y su rostro.

El maestro tenía cabello largo y suelto sobre los hombros, cutis cetrino, mejillas redondeadas y pómulos salientes, pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos: su mirada era de una inmovilidad y una fuerza tales que era difícil, mejor dicho casi imposible, sostenérsela. Su quimono dejaba ver la parte superior de su torso. Era completamente imberbe, lo que, según el horóscopo, indicaba una persona inclinada a la rectitud y la justa medida. Pero también en ese punto el método era discutible, porque los asiáticos son imberbes.

Sus ojos no eran ni oscuros ni claros, los dientes eran bellos y regulares. No era ni alto ni bajo: poseía ocho partes en la Casa de la Luz y una parte en la Casa de las Tinieblas.

—Venimos a investigar la muerte del hombre de una antigüedad de dos mil años encontrado

en su templo —le dije, después de que el monje nos presentara—. También estamos interesados en la desaparición del monje Nakagashi, si tiene alguna relación con ese hombre.

El maestro me observó en silencio durante largo rato.

Se diría que también me estaba examinando y evaluando según algún método particular suyo.

—Viene usted de lejos para combatir a sus enemigos... —dijo despacio.

—De Israel —dije—, porque al parecer, el hombre congelado encontrado en su templo tenía un manuscrito hebreo.

—Será preciso que se familiarice con el Arte del Combate... porque nuestros enemigos lo practican.

—¿Lo practican?

—Así es. Nuestros enemigos practican el Arte del Combate.

—Maestro, perdone que lo pregunte, pero ¿qué le hace pensar que nuestros enemigos conocen y practican el Arte del Combate?

De nuevo me miró, y sus ojos parecieron atravesarme.

—El monje Nakagashi ha muerto —dijo tras un instante—. Lo hemos encontrado esta noche aquí, en el santuario. Será enterrado mañana, siguiendo la tradición.

—También nosotros —murmuré— enterramos a nuestros muertos al día siguiente... ¿Se sabe de qué ha muerto?

Hubo un frío silencio que casi me hizo estremecer.

—¿Quiere ver la habitación del santuario?

El maestro me indicó que lo siguiera. Me condujo hasta el extremo de un largo pasillo que daba a una puerta de corredera. Ésta se abría a una gran estancia oscura y vacía como la primera. Reconocí la habitación de la fotografía que me había enseñado Shimon. El suelo estaba cubierto por un tatami. Todo era del mismo color, un beis algo anaranjado.

Las paredes estaban tapizadas por una especie de papel de arroz beis. En un pequeño estrado había un armario de madera pintada.

—¿Es aquí donde rezan? —pregunté.

—Es aquí.

—Pero no hay nada.

—No, no hay nada.

—¿Y en el armario?

—En el armario hay rosarios. Y nuestros textos.

Se dirigió al armario y lo entreabrió. Luego volvió hacia mí y me tendió un pequeño collar de perlas blancas y violetas, y una varilla de bambú con inscripciones escritas en toda su longitud.

—Son nuestros textos —me dijo.

—Ah, bien —dije—. También nosotros decimos que los Diez Mandamientos fueron escritos a lo largo, no a lo ancho como en un pergamino...

—Es usted judío, ¿verdad? —dijo el maestro, y por primera vez su rostro se iluminó con una ligera sonrisa—. No todos los agentes israelíes son judíos.

—Sí, en efecto. Si me permite la pregunta, ¿cómo murió el monje Nakagashi?

—La policía no ha podido descubrir la causa de la muerte.

—¿No había huellas? ¿Ni armas?

—No, no había nada junto al cuerpo, ni en su interior, que indicara la causa de la muerte.

—¿Ni contusiones, heridas o llagas?

—Nada.

Le miré incrédulo, pero no parecía que aquello le extrañara.

—¿Cómo sabe que fue abatido según la tradición samurai?

—Yo no he dicho eso... —respondió el maestro con una sonrisa maliciosa.

—No, pero ha dicho que nuestros enemigos practican el Arte del Combate. Yo mismo, que conozco pocas cosas de su civilización, he reconocido aquí la mansión de un samurai... por los sables colocados en la galería. Por eso he llegado a la conclusión de que usted ha deducido que murió según la tradición de los samurais... ¿Me equivoco?

—No —murmuró el maestro, mirándome con atención.

—¿Cree que ese crimen puede tener relación con el hombre de los hielos?

El maestro pareció reflexionar unos instantes.

—Nakagashi era un vigilante.

—¿Qué significa eso?

—No tenía la mentalidad del hombre común, atenta a las apariencias y ligada a las cosas. Quería alcanzar un nivel espiritual elevado, y arraigar en la vida cotidiana.

—¿Fue usted quien le inició?

Hizo un gesto afirmativo.

—Era un buen discípulo, un alumno brillante. Consiguió con rapidez encontrar la experiencia del espíritu original. A partir de ese punto resulta posible superar el apego que engendra la ilusión. Él había alcanzado la libertad por medio de una visión clara y penetrante. Había alcanzado el estado de la «verdadera sustancia indestructible». El miedo y la inquietud le eran desconocidos. Imperturbable y siempre igual a sí mismo, había llegado a ser dueño de cada cosa. Por esa razón se le llamaba: «el hombre de gran vigor».

»Manifestaba valor y voluntad. No tenía un corazón tímido, sino firme, y un espíritu estable, susceptible de trascender las cosas. Por eso era llamado "el hombre de la Vía". Su pensamiento no se aferraba a las apariencias, como les sucede a los hombres comunes.

—Maestro —intervino Toshio—, ¿querría explicar a nuestro huésped Ary Cohen lo que es el Arte del Combate y en qué consiste? Él no ha sido iniciado en nuestros métodos y nuestros preceptos.

—Es un arte ancestral enseñado por nuestro maestro Sun Tzu.

—Y ¿en qué consiste? —pregunté.

Me dirigió una sonrisa y me preguntó con cierta malicia:

—¿Desea que se lo explique en el tiempo en que consiga mantenerse sobre un solo pie?

Tuve un sobresalto. Me sorprendió que el maestro hiciera alusión a los textos de nuestra tradición oral, la tradición de los rabinos del Talmud.

—No sé si lo haré tan bien como nuestro gran sabio Hillel, pero puedo probar...

De nuevo bajó los ojos y, después de una profunda inspiración, murmuró:

—Son otras reglas, leyes distintas de las suyas...

Cuando salimos de la casa era ya de noche. La ciudad estaba iluminada por luces multicolores proyectadas sobre los innumerables templos. Eso me hizo pensar en Jerusalén, cuando las sinagogas aparecen iluminadas por focos que proyectan sobre sus piedras blancas una luz dorada, como un aura. Una ciudad de templos, como Kioto...

Nos dirigimos al gran edificio moderno y gris que alberga las oficinas de la policía de Kioto, y allí nos confirmaron que el cuerpo de Nakagashi no tenía ninguna huella que permitiera definir la causa de su muerte. En cuanto al cuerpo del hombre de los hielos, se encontraba en un laboratorio de análisis médicos que podíamos visitar el día siguiente.

Toshio me llevó por fin al hotel en que tenía reservada habitación, en Kioto, y en el que también se había albergado Jane.

—Pero usted, Toshio —dije mientras él conducía—, ¿conocía el Arte del Combate?

—Por supuesto —respondió—. He sido iniciado por un maestro.

Pensé que también Jane había estudiado ese arte, que conocía las artes marciales, y que por

tanto sabía defenderse, pero la idea no me tranquilizó gran cosa. Yo la creí periodista, y no lo era. La creí arqueóloga, y tampoco lo era. Ahora la creía agente secreta... ¿Qué me ocultaba aún?

«Veamos, Ary —me habría dicho Jane si le hubiese planteado la pregunta—. Soy arqueóloga. Y periodista también, si quieres. Tengo un doctorado en arqueología de Oriente Medio, por Harvard. Mis misiones en la CIA son muy específicas.»

Yo me habría sentado a su lado, la habría rodeado con mis brazos y habría besado sus labios.

«Te amo, Jane —le habría dicho—. Pero no soportaré que me ocultes otro secreto más. Me has comprendido, ¿verdad?»

—Hum —oí de pronto—. Perdone que le moleste, señor Ary, pero ¿va a ejercitarse en el Arte del Combate?

—Prefiero el arte de amar —murmuré.

—Es una verdadera ciencia, señor Ary: es absolutamente necesario practicar para comprenderlo.

—Sí, sí, el arte de amar es exactamente eso.

En la recepción del hotel pedimos la llave de la habitación de Jane.

Era una habitación pequeña y funcional, pero cómoda. Al abrir la puerta, me pareció oler su perfume: un efluvio dulce y rosado, como cuando la había estrechado entre mis brazos, pocos días antes... Aquello evocó como por arte de magia un momento único, y sentí un vuelco en el corazón como si alguien me lo apretara en su puño; todos mis sentidos hibernados despertaron, y se reavivó la llama del deseo que me había abrasado.

Su maleta estaba allí, medio abierta, con sus cosas. Abrí la puerta del armario, donde había algunos vestidos colgados. Al parecer, no tenía intención de huir ni de marcharse para no volver.

Lo que sucedió luego fue una especie de prodigio, y no sé si conseguiré describirlo con exactitud. Pero puedo decir que si permanecí así, sin decir palabra, fue porque todo ocurrió muy deprisa, demasiado deprisa para que yo pudiera intervenir. Dos hombres salieron del cuarto de baño. Iban vestidos de negro y enmascarados.

Al verlos, Toshio se puso en guardia y se entabló un combate entre los tres, en el que Toshio giró sobre sí mismo, más rápido que un corzo joven, para esquivar los golpes que le lanzaban los dos hombres. Por su parte, él no lanzó ningún golpe; se limitó a responder a sus ataques agachándose, con las manos alzadas delante del rostro, hasta el momento en que los dos asaltantes cruzaron una mirada y huyeron por la puerta.

Toshio, sin apenas inmutarse, les vio partir sin perseguirlos.

—Toshio —le dije—, ¿qué ha sido esto?

—Todo está bien, descuide —respondió tras cerrar la puerta con llave—. Pero puedo decirle que esto no volverá a pasar, señor Ary.

—¿Porqué?

—Me ha favorecido el efecto sorpresa. La próxima vez serán más fuertes.

—¿Quiénes eran esos hombres? ¿Y qué hacían en la habitación de Jane?

—Son practicantes. —Se sentó a mi lado—. Creo que el maestro tiene razón, señor Ary.

—¿Razón?

—Debe iniciarse en el Arte del Combate.

—Pero ¿cómo? —dije—. ¿Y en cuánto tiempo puedo aprenderlo? —«¿Y dónde está Jane? ¿Dónde se encuentra?», pensé.

Registramos la habitación metódicamente. Pero no había nada: ninguna señal, ningún indicio. Había desaparecido, sencillamente.

Por la mañana visitamos el laboratorio de análisis médicos. Nos recibió una mujer joven que nos hizo entrar en la sala donde se encontraba el cuerpo del «hombre de los hielos», como lo

llamamos en adelante.

Estaba conservado en una especie de urna de cristal en la que la temperatura se mantenía fría. Estaba desnudo, imberbe. Al lado, en una caja también de cristal, estaban sus vestidos, o más bien los harapos del vestido que llevaba. Lo examiné: los colores se habían desteñido casi por completo, pero el tono parecía púrpura o carmesí.

Me aproximé y lo observé con atención. Mi corazón empezó a latir un poco más aprisa.

Era increíble, era absolutamente irreal y era cierto. Ese hombre tenía dos mil años. Por un instante deseé que despertara y desvelara su secreto, como un viejo manuscrito, pero estaba inmóvil en su ámbito frío, en su eternidad muerta, petrificado, fijado para siempre en su impresión de evanescencia.

Los rasgos de su rostro desaparecían, su piel oscura de profundas arrugas se había cuarteado. No era distinto de un hombre de nuestros días, y sin embargo, algo en él parecía venir de otra parte, como un resto de expresión en su rostro.

—¿Dónde fue encontrado?

—Lo ignoramos... Tal vez aquí, en Japón, donde también hay montañas con nieves eternas. Tal vez en otro lugar... ¿Ve usted la señal que tiene debajo del brazo?

En efecto, tenía algo parecido a un pequeño agujero casi al nivel del hombro. La joven me mostró las radiografías que habían hecho.

—Aquí —dijo—, ¿ve este trazo?

—Sí.

—Es la huella de un arma: una flecha o una punta de lanza, no lo sabemos. Este hombre fue asesinado hace aproximadamente dos mil años. Pero no sabemos cómo fue encontrado, qué hacía aquí, en ese templo, quién lo transportó a ese lugar ni por qué razón.

—¿Y el fragmento?

—¿El fragmento?

—El manuscrito encontrado junto a él.

—La policía se lo quedó, como prueba, después del asesinato de Nakagashi.

Me acerqué al cuerpo y de nuevo contemplé el rostro de rasgos evanescentes, la boca, la piel oscura, los ojos apenas visibles.

—¿No es asiático?

—Es difícil decirlo.

La joven investigadora me explicó que un caso así, inédito en la investigación científica, era muy delicado. Descongelar el cuerpo comportaba riesgos importantes, en cada uno de los estadios del proceso podía sufrir daños irremediables. Un equipo de médicos forenses vigilaba de modo permanente la momia, conservada en una cámara fría especial, a la temperatura exacta de 6 °C bajo cero. Analizaban muestras de tejidos y huesos, pero el cuerpo se había deshidratado debido a los vientos fríos y secos. Las membranas celulares estaban intactas y el corazón se había conservado notablemente bien.

En los intestinos, de los que también habían tomado muestras, habían encontrado restos de alimento: la última comida del hombre de los hielos.

También se había procedido a un examen de la boca, pero la mandíbula helada seguía obstinadamente cerrada. La cuestión era la causa de la muerte, porque la radiografía mostraba una gran mancha negra a la altura del pecho, más una forma extraña en la parte superior del hombro izquierdo, un objeto oscuro de pequeño tamaño, un cuerpo extraño. Con mil precauciones, habían pasado al hombre por el escáner, manteniéndolo en contacto con el hielo, y entonces habían visto una punta de sílex alojada en su espalda.

Tal vez partió hacia la montaña ignorante de que lo perseguían. Tal vez estaba huyendo. Cuando fue atacado, tenía el brazo derecho extendido. Intentaba alcanzar algo, pero ¿qué? No se sabía con exactitud cuánto había tardado en morir. Si la flecha había seccionado una arteria, habría

muerto en apenas unos minutos; si atravesó una vena, pudo tardar horas. En cualquier caso, no cabía duda de que había sido asesinado.

Al salir del laboratorio, Toshio me propuso que volviéramos a ver al maestro Shôjû Rôjin.

—No —dije—; antes querría examinar el manuscrito. Me gustaría comprobar por mí mismo que se trata de unfragmento hebreo... He de identificarlo... Tenemos que ir a la policía.

—De acuerdo, señor Ary —dijo Toshio con una ligera reverencia—, intentaré concertar una cita. Pero ahora el maestro querrá verlo, porque ha aceptado enseñarle su arte.

—Ya. Pero ¿es posible aprenderlo tan aprisa, o hacen falta años de aprendizaje antes de poder practicarlo?

Entonces Toshio me dio una larga explicación de la que se desprendía que, con un maestro así, bastaban unas pocas sesiones, que por supuesto no podían suplir una práctica de años, pero podían dar una base importante, por no decir esencial, a un neófito como yo.

—Además ¿no es verdad que usted tiene ya práctica, señor Ary?

—¿Práctica?

No conseguía acostumbrarme a esa palabra cuando se aplicaba a algo distinto de la religión.

—Del Arte del Combate.

—Hice Krav Maga durante mis tres años en el ejército. Es el Arte del Combate israelí.

—Ah, bueno...

Sonreí para mis adentros al pensar que, de hecho, el Krav Maga era cualquier cosa menos un arte. Nos enseñaban a cegar al adversario con dos dedos, o a neutralizarlo. Sin embargo, los golpes, extraídos tanto del kárate como del boxeo y la lucha libre, podían resultar de una eficacia temible.

De nuevo, nos hicieron esperar varias horas en la sala de la ceremonia del té. Luego un servidor nos condujo hasta el primer piso de la casa, donde se encontraba el dojo, la sala de combate. Era una estancia sin ningún mueble, excepto un tatami, más grueso que los anteriores, y puertas correderas a ambos lados de las grandes paredes desnudas.

—Hay que quitarse los zapatos y hacer el *sareí,* es decir, el saludo —explicó Toshio antes de entrar—. Todos deben hacer el *sareí,* para entrar y salir del dojo. El Maestro del dojo sólo puede saludar de pie. Pero también hay que saludar cuando el profesor da un consejo o una corrección técnica; y asimismo cuando entra y sale del templo.

Me quité los zapatos y saludé con una ligera inclinación, tal como me mostraba Toshio, y tuve una ligera impresión de deferencia, como si me encontrara delante de un ídolo, que me hizo sentir incómodo.

El maestro Shôjû Rôjin nos esperaba de pie. Nos devolvió el saludo inclinando ligeramente la cabeza.

Toshio tomó la iniciativa y le preguntó si accedía a iniciarme en su arte. Entonces el maestro se volvió hacia mí:

—Así pues, ¿deseas aprender el Arte del Combate, Ary Cohen?

—Soy consciente de la audacia de mi petición, pero he comprendido la importancia que tiene para mí conocer al menos los rudimentos del Arte del Combate, porque sin ellos no estaré seguro en este país.

—Estoy dispuesto a enseñarte el Arte del Combate —respondió el Maestro—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me enseñes tú también tu arte.

—¿Mi arte? —dije—. No tengo ningún arte.

—Conoces un arte, ¿no es así? —repuso el maestro con cierta malicia—. Tu arte es el judaismo. Quiero que me enseñes el judaismo.

—Mi arte no se enseña —respondí—. Se practica. Sólo después de una larga práctica es posible comprender las enseñanzas que se han recibido.

—Bien —respondió el maestro—. Acabas de enunciar la primera regla del Arte del Combate...

—Mi arte es un arte de vida —añadí—, no un arte marcial. Engendra la paz.

—Debes saber que el Arte del Combate no consiste en matar al adversario, sino en eliminar el mal. El Arte del Combate tiene como objetivo la vida de la mayoría, al expulsar el mal encarnado en ciertas personas.

Al decir esas palabras, con un gesto ágil se puso en guardia, con las piernas flexionadas, un brazo delante del rostro y el otro más estirado.

Yo lo imité.

—Ahora —dijo el maestro—, coloca el brazo a la altura de la oreja, avanza una cadera para ofrecer una presa menor al adversario, y ataca con el brazo sin mover las caderas.

Lancé mi brazo en un ataque ligero, pero el maestro me cogió la mano y la dobló con la misma agilidad, casi sin esfuerzo, haciendo que me tambaleara.

—Ya ves la importancia de la oscilación —dijo—. En la vida todo es oscilación, la vida misma oscila entre dos extremos, nacimiento y muerte, día y noche, luz y tinieblas. La vida es un paso, y nosotros estamos aquí de paso... En el tiempo de que disponemos, todo lo que podemos hacer es intentar alcanzar el equilibrio.

»El Arte del Combate no es otra cosa que la búsqueda del equilibrio propio y el desequilibrio del adversario. La base del éxito de sus técnicas es el desequilibrio, *kuzushi.* Es muy importante, y la manera de crearlo es distinta. El desequilibrio, ya ves, es el secreto de la victoria.

»Ahora, repite el gesto de ataque que has hecho.

Volví a ponerme en guardia y repetí el ataque, pero esta vez con más fuerza y velocidad, de modo que el maestro no tuvo tiempo de sujetar mi brazo. Sin embargo, lanzó su puño contra mi rostro y yo me aparté a toda prisa, al tiempo que él me daba un golpe ligero en el vientre.

—No todos los desplazamientos tienen el mismo efecto —dijo—. Para conseguir una eficacia mayor, se pueden utilizar fintas y transiciones, que a su vez generan reacciones. En este ejemplo, si querías evitar mi finta habrías tenido que desplazarte más lejos, y por consiguiente con mucha mayor rapidez. *Ma-ai:* así llamamos a la distancia de los cuerpos en la preparación... Puedes alejarte o aproximarte, pero hazlo deprisa.

Permanecí frente al maestro, en actitud vigilante.

Me miró directamente a los ojos. Intenté sostener su mirada. De pronto hubo una especie de rayo caído del cielo. Emitió un grito, un aullido de tal profundidad y fuerza que vacilé y estuve a punto de caer al suelo. Fue como un grito silencioso, procedente de las profundidades del ser, y proyectó una energía sutil, de modo que quedé literalmente paralizado por esa vibración increíble que me estremeció en lo más profundo y me hizo temblar de arriba abajo, en todas las fibras de mi cuerpo.

—Acabo de enseñarte un gran secreto previo a la ejecución de todo acto de combate.

—Escucho —dije, todavía aturdido.

Tras haber pronunciado esas palabras en un tono tranquilo, se acercó a mí con ligereza, con las piernas flexionadas, y extendió el brazo dándome un golpe en la cara. Instintivamente alcé una mano para protegerme.

—Ya ves —dijo el maestro—, si alguien intenta golpearte en la cabeza con un bastón, o si tiene intención de combatir, el instinto natural y primario será protegerte o esquivarlo. La emoción suministra reacciones a gran velocidad, mientras que el espíritu de reflexión exige tiempo.

Nuestras emociones nos preservan de las agresiones. Sólo después viene la reflexión; porque el espíritu analítico es demasiado lento para el combate, y no puede garantizar la victoria. Así pues, aprenderemos a servirnos de nuestros instintos.

Al acabar su frase, me agarró con violencia del cuello. Me resistí con todas mis fuerzas, pero él parecía más fuerte que yo.

—Esta, ya lo ves, es una mala reacción instintiva. Si alguien te agarra brutalmente, te empuja o te tira, tú te opones, resistes, sean cuales sean tu capacidad física y la suya. Pero ¿qué ocurrirá si él es más fuerte?

Apretó más su presa, y yo me debatí para zafarme, sin conseguirlo.

—Ocurre lo mismo con el animal que coges del pescuezo, o el pescado en la red, que se debatirá hasta el agotamiento total, lo cual le llevará a la muerte.

—Creía que únicamente tenía que servirme de mis instintos —dije, agarrándome a él tan fuerte como pude y cogiéndolo del cuello como hacía él.

Me dejó hacer, y luego cedió a mi apretón, me cogió la mano y la dobló, al tiempo que se liberaba mediante un rápido movimiento.

—Así, cediendo con agilidad, es posible vencer al adversario, incluso cuando es más fuerte. Por tanto, has de comprender que la reacción instintiva no es siempre la buena. Por esa razón es necesario entrenar los sentidos para estar alerta, con el fin de ser capaz de adivinar las intenciones del adversario. Tus cinco sentidos son antenas de percepción que el Arte del Combate te enseña a afinar. Para ello, has de aprender a observar el entorno, al adversario, su rostro, sus manos... Todo lo que se presenta ante ti debe ser observado y aprovechado. Sólo entonces podrás percibir los puntos fuertes y los débiles del adversario...

—Dicho de otra manera, el Arte del Combate sirve para educar los instintos.

—En efecto, te permitirá dominar los malos instintos en el caso de un ataque, tales como la resistencia, el bloqueo y la rigidez. Se trata de educar tu percepción para que, por instinto, no te resistas cuando te agarren.

—Maestro —dije de pronto—, tengo que saber de dónde proviene el manuscrito que poseía el hombre de los hielos.

—¿De dónde crees que proviene?

Adelantó su brazo para atraparme, pero lo esquivé con un gesto ágil y veloz.

—¿Del monje Nakagashi, tal vez? ¿No fue él quien introdujo al hombre de los hielos en vuestro templo?

Repitió su gesto, pero en esta ocasión me escurrí con éxito. No me quitaba los ojos de encima. Me pregunté quién era. ¿Un amigo, un enemigo, un neutral? ¿Qué relación tenía con Nakagashi, con el hombre de los hielos y el manuscrito? ¿Qué interés tenía en ayudarme? Parecía querer hacerlo..., pero ¿y si era sólo una finta? Porque yo estaba en sus manos, en cualquier momento podía matarme.

—Ya ves, esta vez te has anticipado a mi ataque, y eso te ha permitido vencer. La próxima vez te anticiparás de inmediato, porque tu adversario no te dará una segunda oportunidad atacando dos veces de la misma manera... Ahora te toca a ti, agárrame.

—El tratado Baba Kamma del Talmud —dije mientras lo sujetaba como le había visto hacer a él— trata del problema del robo y el bandidismo. ¿Sabe cuál es la diferencia entre un ladrón y un bandido?

—La ignoro —dijo, al tiempo que interceptó mi presa reculando para que mi propio impulso me desequilibrara. Luego, con un gesto preciso, me proyectó al suelo. Caí pesadamente—. Tienes miedo de caer, Ary Cohen. Hay que ser como la flor del cerezo, que no se marchita al caer. Si sabes cómo hacerlo, no tendrás miedo de la agresión, porque evitarás hacerte daño. Tu espíritu será libre si logras asimilar que el hecho de caer no entraña un peligro. Para eso habrás de evitar los puntos de choque: la cabeza, las muñecas, los codos, las rodillas. Además, tienes que controlar tu caída,

caer en buena posición para poder levantarte con rapidez y sin vacilación, y recuperar el equilibrio.

—El ladrón roba furtivamente —dije, al tiempo que me levantaba con dificultad porque había caído de espaldas—, en tanto que el bandido lo hace abiertamente y por la fuerza. La ley de la Torah es más severa con el ladrón que con el bandido. Un ladrón está obligado a pagar el doble de lo que ha robado, mientras que el bandido debe únicamente restituir el objeto robado, o su valor. ¿Sabe porqué?

—No. Me parece muy extraño, porque el bandido ha utilizado la fuerza, en tanto que el ladrón ha sido más discreto.

Me cogió del brazo con una mano y del hombro con la otra, para hacerme caer. Yo apoyé la mano en el suelo para no caer, y se me dobló de tal forma que los huesos crujieron.

—Ésa es una mala posición del brazo: porque no has querido caer, y te has puesto en peligro de romperte la mano. Siempre tienes que responder por la agilidad, y no por la resistencia.

Lo miré fijamente y lancé mi brazo hacia él.

—La respuesta es —dije, mientras mi mano le golpeaba en el centro del pecho— que el bandido coloca el honor de la sociedad humana en el mismo nivel que el del dueño de ella, es decir, de Dios, mientras que el ladrón no coloca el honor de la sociedad humana en el mismo nivel que el de su Señor. Actúa como si el ojo de la Providencia no mirara. Actúa en las tinieblas diciendo: «¿Quién me ve? ¿Quién me conoce?» Piensa que Dios no nos ve, como ha escrito Ezequiel: «El Señor ha desertado de la Tierra, el Señor no los ve.»

—Pero el bandido, al pecar de forma abierta, ¿no desafía a Dios?

Con un gesto rápido, me indicó que me pusiera en guardia, y con un puntapié circular intentó tocarme el pecho, pero yo me agaché; entonces intentó agarrarme.

—No —dije esquivándole—, porque el ladrón tiene miedo de los hombres, pero no de Dios. El bandido peca de forma abierta y no tiene miedo de los hombres, pero nada prueba que no tenga temor de Dios.

—Está bien —aprobó—. Es muy interesante... Pero presta atención a tu gesto: cuando el cuerpo adopta una posición tranquila, el espíritu no debe permanecer inactivo. Para eso tienes que aprender a conocerte; de esa forma actuarás libre de toda duda, vacilación o temor, y llegarás a la percepción. Cuando percibes algo a través del corazón y el espíritu, tus ojos son capaces de captar el mundo... Sigue enseñándome tu arte, y yo seguiré enseñándote el mío.

—Dos personas que viven en una ciudad dan banquetes. El primero invita a sus vecinos y no invita a la familia real, el segundo no invita a sus vecinos ni a la familia real. ¿Cuál merece el castigo más duro?

—Ciertamente, el que invita a los vecinos pero no a la familia real.

—Por la misma razón, si el bandido devuelve dañado el objeto robado, está obligado a dar compensaciones, pero si lo devuelve mejorado, debe ser indemnizado. Por ejemplo, si roba un pedazo de madera y hace con él una estatua, puede vender la estatua y dar al propietario el precio de la madera.

—Nosotros... —dijo el maestro, tomando un sable— nosotros decimos que es necesario ver las cosas de una sola ojeada y no fijar en ellas el espíritu. Cuando tu espíritu se entretiene en el mundo, los pensamientos llenan tu corazón y se desplazan al interior de tu espíritu, perturbándolo.

»Por ejemplo, si al ver el sable de tu adversario piensas en parar el golpe, o dicho de otra manera, si tu espíritu se detiene en el sable, recibirás un tajo. Es lo que llamamos «fijación» o «sujeción». Aunque percibas el movimiento del sable, no fijes tu espíritu en él. ¿Dónde debes situar tu espíritu?

—En los movimientos del adversario —dije, mientras observaba el sable que se movía de arriba abajo.

—No —dijo él, y de súbito apuntó directamente a mi corazón—. El espíritu se fijará a ellos.

—¿En el sable, entonces?

—Tampoco. Si miras el sable, correrás el riesgo de un golpe en la cara.

—En la voluntad de exterminar al adversario —dije, y le miré a los ojos.

—Tampoco.

—¿En la idea de escapar?

—No; si colocas el espíritu en alguna parte, quedará fijado en ese punto y tú perderás la ventaja.

—¿Dónde, pues?

—El espíritu se coloca en tu vientre, en el abdomen inferior: eso genera calma y concentración. Reflexionar es verse atrapado por la reflexión. De modo que debes dejar el espíritu encarnado en todo tu cuerpo, sin pensamiento ni juicio, sin detención ni sujeción.

»El espíritu no se sujeta a ninguna parte, sino que se difunde por todo el cuerpo, mientras que el espíritu de ilusión se focaliza en un punto único.

—Intento no pensar.

—Intenta no pensar, pero no pienses que no estás pensando, porque entonces piensas... Sea cual sea tu percepción, no dejes que tu espíritu se fije en un punto: ésta es la esencia de la enseñanza que puedo darte.

»Ahora veo que estás cansado. Respira, concéntrate. La Vía de nuestros antiguos maestros se funda enteramente en la concentración. ¿Qué haces en la vida?

—Escribo.

—Pues bien, si cuando escribes tienes conciencia de estar escribiendo, tu pluma temblará. ¿Qué necesitas para escribir?

—Necesito llegar a un estado de espíritu totalmente disponible, como si el corazón se vaciara.

—Uno de nuestros proverbios reza: «Es eso, pero si te fijas en eso, entonces ya no es eso.» Como el espejo que refleja todas las imágenes, pero sin tener conciencia de que lo hace. El corazón de quienes transitan por la Vía es semejante al espejo, vacío y transparente, en el olvido del pensamiento, pero en la realización de todo. Quien consigue actuar así es llamado «adepto».

—Hay aún una cosa que quisiera saber, maestro.

—Habla y te responderé.

—¿Conoce a los hombres que se encontraban ayer en la habitación de mi compañera Jane Rogers?

El maestro me miró antes de contestar.

—No intentes encontrarlos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque son samurais. Mientras no estés preparado para el combate, representarán un gran peligro para ti...

Me miró de una manera extraña y tuve la impresión de que una ligera emoción iluminaba aquel rostro impasible. Pero fue tan furtiva que me pregunté si no habría soñado o proyectado mi propia emoción.

Estaba claro, pensé, que sería un gran peligro para mí. Pero era el mismo peligro que estaba corriendo Jane, y todo lo que yo deseaba era volver a verla después de aquella noche de la que empezaba a preguntarme si la había soñado o si había sido real.

La imagen misma de Jane parecía borrarse en mi espíritu, hasta el punto de que llegaba a preguntarme si Jane existía en realidad; pero el sentimiento seguía allí. La impaciencia tamborileaba en mi pecho, agitaba mi corazón. Ahora sentía una gran inquietud ante la idea de verla, y también ante la idea de no volver a verla.

—Estás distraído —dijo el maestro—. La sesión ha terminado.

Por la noche, solo en la habitación del hotel, telefoneé a Shimon Delam para informarle de lo que había visto y hecho.

—Con el maestro Shôjû Rôjin he aprendido el Arte del Combate —le dije.

—Vaya, ¿de verdad? ¿En tan poco tiempo?

—No, claro que no, sólo el comienzo de lo más esencial.

—¿Y en qué consiste?

—En primer lugar, en no pensar.

—¿No pensar?

—Eso es.

—Hum...

Oí los ruiditos de su mondadientes.

—¿Me dices que te han atacado dos hombres?

—En efecto.

—¿Y Toshio les ha hecho frente él solo?

—Puede hacerse, si se conoce bien el Arte del Combate —respondí.

—Sabes que en el ejército yo mismo he practicado técnicas de combate.

—Yo también, pero era el Krav Maga.

—¿Y pretendes que es posible enfrentarse a varios hombres simultáneamente, aunque sean expertos en artes marciales, sin pensar?

—Es posible, con la ayuda del «efecto sorpresa».

—Ya, el efecto sorpresa... Interesante.

—Shimon —le dije—, tenía que reunirme con Jane, o por lo menos ayudarla; ahora me entero de que voy a tener que combatir con expertos en artes marciales; y estoy solo...

—Escucha, Ary, si hay problemas te enviaré refuerzos. ¿De acuerdo?

—¿Quién? ¿Qué refuerzos? ¿Cuándo?

Hubo un silencio.

—Tu padre, por ejemplo —dijo Shimon a regañadientes.

—¿Mi padre? ¡No será él quien me defienda frente a cinturones negros japoneses!

—No lo creas. El Arte del Combate es también un arte de defensa psicológica, si se tiene en cuenta el efecto sorpresa...

De pronto me acordé de mi padre y de los esenios, y de mi vida junto a ellos, de todo lo que habían esperado de mí, de todo lo que les había prometido, y de mi marcha precipitada, convencido de que era lo que tenía que hacer, que no podía obrar de otra manera.

De Qumrán no quedaban más que ruinas. Como las que dominan el mar Muerto, las grandes piedras, las cisternas y los baños, el refectorio y el *scriptorium:* ruinas con fragmentos de vajilla de cerámica. Un molino de harina, un establo, todo lo necesario para vivir, y, no lejos de allí, el gran cementerio. ¿Qué quedaba de Qumrán? ¿Qué había hecho yo de mí mismo? Yo que era el Mesías, su Mesías, yo que debía pronunciar el nombre de Dios para el advenimiento del mundo nuevo. Yo que sabía todos los secretos del alfabeto, los pequeños y los grandes...

La comunidad vivía, a la espera de ese momento, refugiada en las cuevas, y yo recorría el mundo para combatir a los Hijos de las Tinieblas.

Y la humanidad estaba sumergida en las Tinieblas, y, con el fin de evitar ese destino, los miembros de la secta habían elegido un lugar agreste y resguardado donde llevar una vida piadosa de preparación. Se purificaban, a la espera del fin de los tiempos.

Querían reconstruir el Templo. Y yo ya no era el maestro justo, el guía que esperaban, el que iba a liberarles como estaba escrito; yo no quería, ni podía, serlo, porque quería vivir mi vida de hombre, lejos de las ruinas de Qumrán.

Y me había apartado de mis hermanos, de la meseta rocosa entre los acantilados, en la que mi vida había encontrado un refugio a la sombra de las vidas de ellos. Había compartido sus comidas, me había sumergido en el agua purificadora, en la balsa ritual tallada en la roca, cubierta por una bóveda de cañón, con dos o tres escalones por los que se baja progresivamente. La balsa actual contiene una cantidad de agua de lluvia suficiente para el baño, de modo que se mantiene pura al alimentarse únicamente del agua del cielo, con la ayuda de algunos depósitos cuando es necesario, o del agua del mar, a fin de consagrar la pureza de la carne.

Y marché al desierto, entre los troncos nudosos de los tamarindos, entre acacias y palmeras, árboles que crecen en el suelo arenoso, y luego el follaje leve de los arbustos, que en algunos lugares filtran la luz pálida del sol. Y seguí avanzando, como si aquél fuera mi último combate.

Para ellos, Jane era la tentadora, la seductora, la prostituta que lleva a los hombres al pecado; era la corrupción, el mal habitaba en sus manos y sus piernas, en sus vestidos y todos sus adornos. ¿Me conducirían sus pasos al Sheol?

Ella se ocultaba en lugares secretos. Muy cierto que se ocultaba, y nunca, no, nunca, dejaría de buscarla, y la salvaría, dondequiera que se encontrara; pasara lo que pasara, yo estaría allí. «Si pasas a través de las aguas, yo estaré contigo. Cruzarás los ríos y no te sumergirán. Si caminas en medio del fuego, no te quemarás, y la llama no calcinará tu carne.»

Era viernes por la noche. La noche del Sabbath, y lo recordé. Recordé las palabras de mi rabino: el Sabbath es uno de los fundamentos del judaismo, uno de los pilares sobre los que reposa la existencia del mundo. Si Dios creó el mundo, es porque sabía que Israel aceptaría la Ley, y por consiguiente el Sabbath, que equivale a todas las leyes. Se ha dicho que si todo Israel observara dos Sabbaths consecutivos, vendría el Mesías. Y yo, que ya no guardaba el Sabbath, me acordaba de todas sus leyes, de todas las barreras que rodean las leyes y cuya estricta aplicación es el único medio de asegurar el reposo: están prohibidos veintinueve trabajos, tales como la preparación de los alimentos, el lavado de la ropa, el acto de escribir, el hacer fuego, viajar, transportar objetos y muchos otros.

«Recibamos el Sabbath —cantaba yo cuando era hasid, cuando era esenio, cuando estaba allá abajo—, oh mi bien amada, vamos delante de la novia, el Señor ha dicho que debemos guardar el recuerdo de la fidelidad, despierta te digo, llega el alba, hay que cantar, más fuerte, dominarás el oeste por medio del hijo de Peres, proclamarás al Altísimo, y entonces todos los corazones rebosarán de alegría y la felicidad reinará entre nosotros.» Pero mi corazón estaba triste y no encontraba el reposo. Para mí ya no había Sabbath, ya no había alegría ni deleite sin Jane. Tomé la pluma, encendí el fuego, tomé el agua y los vestidos, y me sentí solo en mi cama japonesa, más solo que nunca, aislado sin el Sabbath, sin la comunidad, sin mi padre desde luego, pero sobre todo tan próximo a Jane y sin embargo tan lejos, tan lejos...

No había huella de Jane, me sentía perdido sin mi amiga, y mi corazón se desolaba en su ausencia, en la impaciencia, en la maledicencia, porque maldecía todas las horas que nos separaban, todos los caminos que nos extraviaban, todas las palabras que nos contradecían.

Esa noche tuve un sueño: tenía que coger el tren, iba con retraso, tenía que correr, pero era preciso tomar la buena dirección. Llegué a la estación y pregunté a todo el mundo dónde estaba el andén. Un hombre me informó, y yo me dirigí allí corriendo. Estaba en un lugar muy bajo y era necesario agacharse para entrar. Me sentí aliviado por no haber perdido el tren, y al mismo tiempo temía encontrarme solo en aquel lugar tan lejano, tan remoto.

III.
EL PERGAMINO DE LOS ABISMOS

Yo era como un marino en un navio, el mar estaba agitado, sus olas y rompientes se abatían sobre mí empujados por vientos de tempestad. No había pausa para recuperar el aliento, ni lugar hacia donde enderezar el timón. El abismo rugía ahogando mis gemidos, llegué a las puertas de la muerte y, como aquel que, en el interior de la ciudad asediada, confía en su imponente muralla, yo esperé la salvación.

Pergaminos de Qumrán,
Pergamino de los himnos.

A la mañana siguiente había niebla en Kioto. La ciudad de los mil seiscientos santuarios, de los rascacielos y las luces rojas de neón, parecía perdida entre sus tres montañas en un halo de bruma. Aunque he practicado bastante la orientación nocturna, confieso que me habría costado mucho no perderme.

Por suerte, Toshio había venido a buscarme al hotel, cerca del mediodía. Paseamos ante los templos, de madera oscura o pintada. Los altares dorados brillaban en la niebla, y Toshio me explicaba los nombres de los templos que surgían aquí y allá, como si los hiciera aparecer al nombrarlos con palabras de una sonoridad extraña y familiar a la vez: el templo Sanjusangengo, con las mil estatuas doradas de Buda, cada una de más de dos metros de altura; el templo Toji, la mayor pagoda de Japón; el santuario Heian, con sus magníficos jardines en los que no había ninguna flor. Para mi asombro, Toshio me explicó que, en la concepción japonesa, un jardín debe ser permanentemente bello, y por esa razón no hay flores, ya que se marchitan. Los japoneses prefieren el musgo, el agua, las piedras y la hierba, con todo lo cual crean paisajes simbólicos y duraderos.

Finalmente, llegamos al centro de la ciudad, invadido por los automóviles y por numerosos peatones, la mayoría de ellos turistas o japoneses venidos en peregrinación a visitar los templos.

—Dicen nuestras tradiciones que fue Jimmu Tenno, antepasado del actual emperador, quien creó el imperio japonés...

—¿Cuándo fue?

—En el año 600 antes de Cristo... Hace mucho tiempo...

—En esa época, la tierra de Israel estaba dividida en dos: el reino del Sur, con las tribus de Judá y Benjamín, y el reino del Norte, llamado Samaria, habitado por las diez tribus restantes. Samaria cayó el 722 antes de Cristo en manos de los asirios, después de un asedio de tres años. Siguiendo su estrategia bélica, Asiría deportó a todos los habitantes y los exilió en medio de otros pueblos conquistados y procedentes de tierras lejanas...

—El emperador Kammu fundó la capital de Japón en Kioto, en 794. Esta ciudad fue la residencia del emperador hasta finales del siglo XIX. Los shogunes desplegaron en este lugar una corte grandiosa antes de establecerse en Edo, la actual Tokio... Pero Kioto es también la ciudad de las geishas. Los barrios de Gion y Pontocho son conocidos en el mundo entero por el refinamiento de sus *zashiki.*

—*¿Zashiki?*

—Los lugares donde se encuentran las geishas; allí las *maiko,* las jóvenes geishas, reciben la enseñanza auténtica. Y allí nos dirigimos ahora.

—¿Allí? —dije—. Pero ¿no teníamos que ir a ver al maestro?

—El maestro ha dicho que para nuestra investigación es necesario que hablemos con la geisha del monje Nakagashi, la señorita Yoko Shi Guya.

Habíamos tomado la avenida principal, Shijo Dori, donde numerosos vehículos se amontonaban delante de los teatros y arcadas.

Por fin, llegamos a Gion, el barrio de las geishas, y el paisaje cambió de una manera radical: allí se alzaban las antiguas casas de madera, con las fachadas de las *zashiki* o las *machirya,* según me explicó Toshio: un grupo de casas agrupadas en torno a una avenida central. Numerosas tiendas, pastelerías, salones de té, restaurantes y casitas bajas con ventanas enrejadas contribuían a un ambiente de animación alegre. A veces se oía música tradicional procedente de las casas de té.

—Posiblemente le guste quedarse aquí, señor Ary —dijo Toshio.

—¿Quedarme aquí?

—Sí, algunas noches.

—Pero no quiero...

—Oh, tendrá que hacerlo. Hay que quedarse aquí varias noches.

—No puedo... Es completamente imposible. No puedo quedarme en un barrio de prostitutas.

—Por favor —dijo Toshio—, por favor, señor Ary, no se equivoque. Las geishas no son prostitutas. Son artistas. *Gei* en japonés significa «arte», y *sha,* «persona». Viven de su protector, el *danna-san,* no del dinero de los clientes, que apenas les llega para cubrir sus gastos de *toilette.*

—En todo caso —dije—, no tengo la menor intención de pasar el rato con una geisha. Le recuerdo, señor Toshio, que estamos aquí para investigar. Hemos de entrevistarnos con la amante de Nakagashi con la esperanza de conseguir a través de ella información sobre él. Eso es lo que ha dicho el maestro, ¿no es así?

—El maestro, en efecto, ha hablado de Yoko Shi Guya, la geisha de Nakagashi.

Me ponía un poco nervioso la idea de entrar en una casa de geishas. Nunca había ido a un prostíbulo ni había visto de cerca a prostitutas, y me daba apuro hacerme pasar por un cliente. ¿Qué habría dicho mi rabino, en Mea Shearim, el barrio ultraortodoxo de Jerusalén? Y los esenios, ¿qué habrían pensado, sino que estaba cayendo en lo más bajo del mundo, el Sheol, donde se hunden todos los malvados, impíos, insolentes y trapaceros? ¿Estaba siendo arrastrado por los torrentes de Belial como por un fuego devorador? ¿Había caído al fondo del foso, en medio de todas las calamidades? Pero ¿cómo evitarlo si deseaba saber la verdad, si quería volver a ver a Jane?

La noche anterior, después de varias horas de insomnio, había acabado por volver a telefonear a Shimon, pero no había obtenido de él ninguna información suplementaria, salvo que Jane había aceptado una misión de alto riesgo y, además, ultrasecreta.

¿Y yo, cuál era mi papel si ella actuaba sola y en la sombra? Shimon no había contestado a la pregunta. Se había contentado con exhalar un largo suspiro y colgar, según su costumbre en las situaciones embarazosas.

«Pero yo, ser de arcilla, ¿quién soy? Moldeado con barro, ¿quién cuenta conmigo y cuál es mi fuerza? Porque me he presentado en el reino de la impiedad y comparto la suerte de los miserables.»

Se trataba de una casa particular de tres pisos, con un primer techo como remate de un balcón y un segundo más alto y vertical, que dibujaba un triángulo perfecto; una casa de madera, de líneas realzadas con pintura blanca, salvo la del balcón, que era roja; sobre el segundo techo aparecía un tigre dorado; no, no era una casa, sino el diseño de una morada cuya puerta conducía a pasadizos secretos y jardines imaginarios, con arena, una isla encantada, pinos, piedras y miles de arbustos.

No había ninguna ventana aparente en aquella vivienda de doble cubierta que, por ello, parecía doblemente tapada para no dejar ver su fachada. Y el sol acariciaba los techos que la cubrían púdicamente, de modo que toda ella quedaba en la sombra. Era una casa resguardada de las miradas de los paseantes.

Empujamos la pesada puerta de madera y seguimos un pasillo que nos llevó a una gran sala, con suelo de parqué cubierto de tatamis, decorada con sencillez, en un color ladrillo. No había más que una mesa. Al levantar la mirada, vi grandes paneles pintados con escenas eróticas. Varias lámparas daban una luz suave y difusa, y la atmósfera era cálida, casi serena.

—Voy a hacerle pasar por un cliente, señor Ary —dijo Toshio—, y usted pedirá ver a Yoko Shi Guya.

—¿Y usted?

—Yo me iré.

—Pero ¿cómo le hablaré?

—Trataré de ayudarle, señor Ary. La mayoría de estas casas no aceptan al cliente la primera vez. Necesita ser presentado.

Toshio charló largo rato con la joven japonesa que estaba en la recepción. Se diría que estaba parlamentando. Por fin, me hizo seña de que podía entrar «en el santuario de los placeres delicados».

—No ha sido fácil negociar un precio para usted, señor Ary.

—¿Por qué? —pregunté, ligeramente ofendido.

—Porque es un occidental, señor Ary, y los occidentales pagan precios muy elevados.

Me condujeron a un pasillo al que daban numerosas habitaciones. Fui llevado a una de ellas: una pequeña habitación de madera clara, con persianas rojas, en la que únicamente había un tatami. La joven que nos había recibido me sirvió un té humeante y me tendió una especie de libro de gran tamaño.

Era un catálogo escrito en japonés, aparentemente destinado a presentar la casa, y contenía las fotografías de todas las cortesanas, más un texto corto dedicado a cada una de ellas. Lo hojeé. Todas estaban escasamente vestidas, y llevaban el moño con la misma gracia que ponían en sus poses eróticas.

La joven que me había servido volvió al poco rato, y me indicó que le enseñase a quién había elegido.

—Yoko —dije.

Sonrió y bajó la mirada, pero siguió delante de mí, como si yo no hubiera dicho nada.

—Yoko —repetí.

De nuevo bajó los ojos y asintió con la cabeza, mas siguió inmóvil.

—¿Yoko no? —dije.

—Sí —dijo ella con una inclinación de la cabeza, y sin dejar de sonreír. Luego hizo gestos con las manos para explicarme algo que no comprendí.

Se fue y volvió con otra joven. Esta era menuda y delicada, estaba maquillada de blanco y vestida con un quimono azul, de modo que parecía una muñeca de porcelana.

—No puede usted ver a Yoko —murmuró la joven—, pero puede ver a su hermana.

—¿Su hermana?

—Cada geisha tiene una hermana en la casa donde vive. Cada una de nosotras debe elegir una hermana mayor, entre los miembros de su escuela, y Yoko y Miyoko han sellado el pacto bebiendo tres veces tres copas de sake. Tienen el *en*, una relación especial entre ellas. Por eso, su nombre es Miyoko. Cada geisha toma un nuevo nombre que procede del nombre de su hermana.

Ante mi aire de asombro, añadió:

—Ellas bailan juntas la danza del río, en el teatro Pontochokaburenjo, en la primavera y el otoño.

Asentí; al parecer, no tenía otra opción.

Fui conducido al primer piso del establecimiento, a una habitación más lujosa, con colgaduras de seda y una mesita baja. Una joven geisha llevó té y una bandeja con lo necesario para fumar. Poco después, trajo dos grandes bandejas ovales con jarras de sake.

Tras un rato de espera, apareció por fin la cortesana. Tenía un rostro largo y delgado, cejas muy altas, y una actitud dulce y sumisa. Los labios eran pequeños, llenos y rojos como cerezas, y su tez tenía la transparencia del marfil. Su cuello grácil parecía inclinarse y alargarse bajo un pesado moño de cabellos negros y brillantes.

Se sentó en el otro extremo de la mesa, pero de lado, mirando hacia la puerta. Siguiendo las indicaciones precisas que me había dado Toshio, coloqué una copa en la bandeja antes de ofrecérsela. Ella la tomó con una mueca de enfado y simuló beberla.

Luego, sin una palabra, se levantó y salió de la habitación. Tomé la comida que me habían servido, sushis y sashimis, mientras músicas, cantantes y bailarinas iban turnándose para alegrar

mi cena. Comprendí por qué las llaman «geishas», es decir, artistas. Unas violinistas tocaron melodías antiguas, de acentos tristes y graves, que me recordaron algunas canciones hebreas oídas en la *yeshiva.* Luego, me abandoné a una especie de ensueño mientras veía moverse con gracia los brazos y las piernas de las jóvenes bailarinas, que me encantaron. Intenté resistirme a sus cantos, a la fuerza envolvente de la danza que me empujaba hacia el paraíso de las mujeres, pero casi a mi pesar me vi arrastrado hasta su mundo, hechizado por el alcohol, la música y el balanceo de sus cuerpos.

Cuando la cena hubo terminado, abrieron la puerta y vi una silueta que reconocí. ¿Era un delirio, era real? ¿Era la materialización de mi deseo? Mi corazón dio un vuelco y aceleró sus latidos en mi pecho, con tal fuerza que me resultó imposible controlarme. Brinqué del tatami y me precipité por el pasillo, pero la mujer ya había desaparecido.

Era tarde cuando me dormí en mi minúscula habitación. Varias horas después me despertaron dos ojos negros sombreados por largas pestañas que me contemplaban. En conjunto, su rostro parecía una máscara por su blancura. Era la cortesana, vestida con el traje tradicional, con un quimono rojo y largos palillos que sujetaban su cabello azabache en un gran moño. Sus rasgos eran delicados; era hermosa. Me miraba con cierta curiosidad, como si quisiera memorizar mis facciones.

Sabía que estaba prohibido tocarla, que hacerlo supondría una falta de tacto y respeto. La contemplé sin hacer un gesto, sin decir palabra, y ella se fue, serena.

Pasé una noche agitada, poblada de sueños y pesadillas. Veía a Jane aparecer y desaparecer. Corría tras ella, pero ella iba demasiado aprisa y me atraía a un laberinto infernal que desembocaba en el vacío.

Me desperté de forma abrupta, sin saber dónde me encontraba. De súbito, con una especie de terror, comprendí que no estaba en Jerusalén, en mi habitación del hotel, ni en Qumrán, en mi cueva, y tampoco en Israel, sino en Japón, en una casa de geishas, y me pregunté la razón. Tenía que haber un sentido para todo aquello, pero ¿cuál? Era como un sueño, en el que existe la conciencia confusa de que todo tiene sentido, pero éste se nos escapa; y mis sueños, aquella noche, eran más reales que la realidad.

El segundo encuentro tuvo lugar al atardecer del día siguiente. La cortesana volvió, siguiendo la costumbre, después de haber sido anunciada una hora antes, y en esa ocasión se dignó probar, o más bien rozar con los labios, un manjar dispuesto en la mesa. Sin embargo, tampoco pronunció una sola palabra.

Finalizada la cena, se levantó, salió y regresó poco después con un libro.

—*Shunga* —dijo.

Miré una recopilación de cuadros eróticos, en blanco y negro y en color. Entre aquellos dibujos ingenuos, algunos muy bellos mostraban los rostros de los amantes inflamados por el acto carnal, sencillamente el uno encima del otro o en posiciones muy especiales, y siempre con los sexos de ambos al descubierto, totalmente desnudos, dibujados con precisión anatómica. En ocasiones el hombre dominaba a la mujer, y en otras sucedía a la inversa; a veces estaban como anudados, ligados entre ellos de manera indisociable. Vi también instrumentos: látigos, bastones. En uno de los dibujos, la mujer, amordazada, estaba atada a un grueso tronco con las piernas separadas mientras el hombre, colocado encima de ella, la penetraba con decisión. O bien una mujer bebía té delante de un hombre desnudo. O también, el hombre, de pie, tomaba a la mujer por detrás, con las piernas separadas.

De nuevo me vino a la mente la imagen de Jane, y la noche en que nos amamos, y sentí cómo

me ardían las mejillas y la llama del deseo invadía todo mi cuerpo, hasta provocarme dolor. La cortesana, curiosa, se había colocado frente a mí. Pensé que estaba esperando a que yo le mostrase, en aquellos dibujos, lo que deseaba.

Se me acercó, hasta rozarme casi.

—¿Hablas inglés? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Conoces a Yoko?

La pregunta le provocó una mirada asustada. Se habría dicho que tenía miedo.

Me tendió una hoja de papel de arroz en la que habían caligrafiado con esmero lo que me pareció un haiku. Luego me tendió otra hoja, ésta de papel corriente, con la traducción:

Entre el Japón
y el paraíso no hay
más que una corta distancia.

Luego empezó a hablarme en japonés, deprisa, con muchos gestos. Le hice señas de que hablara más despacio, y deletreó las palabras.

Entonces ocurrió algo asombroso, increíble e imprevisible: para mi enorme sorpresa, entendía las palabras que me decía, cuando las deletreaba, no por los gestos con que las acompañaba, sino porque tenían un extraño parecido con la lengua hebrea.

—*Yoko hazukashim...*

En hebreo, *hadak hashem* significa «caer en desgracia.»

—*Anta* —dijo, señalándome, y era como el *Ata* hebreo, que significa «tú»—, *damaru.*

Entendí que *damaru* era «guardar silencio» por el parecido con la palabra hebrea *damam.*

Asentí. Entonces se acercó un poco más y dijo:

—*Yoko horobu.*

—*Horobu* —repetí, buscando un sentido a la palabra. Y entonces recordé *horbe,* «perecer» en hebreo.

—*Samurou* —dijo.

¿Era como *shamar,* «guardar»? El guardián se convierte en hebreo en *samurai,* porque el sufijo *ai* añadido a un verbo forma un nombre.

Me pareció comprender que Yoko había muerto, que Miyoko estaba en peligro, que intentaban matarla porque había caído en desgracia, y que se había visto obligada a refugiarse en un lugar donde alguien podía guardarla, en secreto.

Miyoko me indicó que la siguiera y me arrastró con suavidad hasta el pasillo.

En ese momento nos cruzamos con un hombre, un asiático de gran estatura y de unos cuarenta años. Parecía borracho: cojeaba y vacilaba al caminar. La cortesana le saludó con respeto. Cuando pasó a mi lado, vi su rostro: una venda cubría uno de sus ojos.

—¿Quién es ese hombre? —pregunté a la geisha cuando nos hubimos alejado unos pasos.

—*Damaru* —susurró, y abrió la puerta de otra habitación, más espaciosa que las anteriores y tapizada con sedas de tonos ocres y dorados. *Anta damaru.*

Me indicó que me tendiera sobre el tatami y se sentó a mi lado. Posó una mano sobre mi pecho y empezó a desabrocharme la camisa. Me dejé hacer: los dibujos habían inflamado mi cuerpo y no podía aplacar la oleada dedeseo que me invadía. Acaricié sus hombros y sus senos.

—¿Dónde está Yoko? —pregunté.

Hizo un gesto evasivo. Cuando repetí la pregunta, dejó escapar una risita nerviosa.

—*Damaru.*

—Si quieres ayudarla, has de decírmelo todo.

No me entendía.

Se acercó e intentó besarme. Por un instante percibí el penetrante perfume de su cabello, dulzón y anaranjado, cuando rozó mi mejilla con sus labios, al tiempo que dejaba deslizar su quimono. Estaba allí, desnuda, delante de mí, y yo no era capaz de ver nada más. De pronto sentí un gran calor.

—*Anta daber li* —dije, utilizando la lengua hebrea de una manera absurda.

Estupefacto, vi que me había comprendido.

Volvió a vestirse rápidamente. Yo hice lo mismo y me puse en pie.

—Yoko, Kioto. *Senseí* Fujima. Isurai.

Por su mirada, vi que me estaba diciendo algo importante.

—Miyoko *hazukashim.*

La miré un instante, sin saber qué hacer. *Hazukashim. Hadak hashem...* Comprendí que si me marchaba, ella podía caer en desgracia por no haber dado satisfacción a un cliente. No tenía intención de quedarme, pero ella parecía aterrorizada. No se atrevía a hacer el menor gesto.

Me tendí sobre el tatami. Ella vino a mi lado, se acurrucó a mis pies y se durmió enseguida, como un gatito.

Por la mañana, Toshio, mi contacto y chófer en aquel país extraño y extrañamente familiar, vino a buscarme.

Cuando le conté mis noches en la casa de las geishas y el resultado de mis pesquisas, pareció confuso.

—¡Pero usted pagó a la geisha! —dijo.

Me miraba con asombro. Aparté la mirada. ¿Cómo había podido resistir cuando me encontraba bajo el imperio del deseo, que había dictado su ley? Si él supiese lo cerca que había estado de ceder... Me salvó la lengua en aquel diálogo extraño.

—¿Hay novedades en el tema del manuscrito? —pregunté—. ¿Cuándo podremos examinarlo?

—El jefe de la policía de Kioto se está dedicando en persona al asunto. Piensa que el asesinato de Nakagashi está relacionado con el hombre de los hielos...

—Sí, de eso no hay duda, pero...

—En cuanto al manuscrito, de momento se niega a enseñar lo que considera una prueba de la mayor importancia.

—Pero ¿cómo puede saberlo? Ni siquiera lo ha descifrado. ¿A quién piensa recurrir para hacerlo?

Toshio pareció apurado, como si me estuviera ocultando alguna cosa.

—Lo ignoro, señor Ary. Intentaré informarme al respecto.

Para ir a Isurai pasamos por delante del Ginkaku-ji, el pabellón de plata, cuyos jardines representaban el inicio del «camino de la filosofía», llamado así por los monjes de los templos circundantes que durante siglos fueron a meditar allí. En aquel lugar eran de admirar diversos templos y jardines suntuosos, desde el pabellón de plata hasta el Zenri-ji, donde se encontraba una estatua de Buda que miraba por encima del hombro.

Finalmente llegamos a Koryujin, un templo de madera del siglo XVIII, en el que también había una imagen de Buda, conocida como Miroku Bosatsu, designado oficialmente como tesoro nacional. Al contemplar la estatua más de cerca, la encontré diferente de las demás que había visto. No tenía los ojos rasgados y su actitud no parecía tanto la de la meditación, propia de los Budas, sino más bien la de la oración como la concebimos nosotros.

—Pero ¿cuál es su religión, en Japón? —pregunté—. ¿No es el budismo?

—Aquí, señor Ary, tenemos dos religiones. Tenemos el budismo, que no llegó a Japón hasta el siglo VI. Y tenemos el sintoísmo, mucho más antiguo, la verdadera religión de los japoneses...

Aquí decimos que los japoneses nacen sintoístas y mueren budistas, señor Ary.

—¿Qué es el sintoísmo?

—El culto de los kamis.

—¿Y qué son los kamis, señor Toshio?

—Son divinidades que nos rodean, a miles. Determinados héroes de nuestra historia se convirtieron también en kamis después de su muerte. Las campanas que ve a la entrada de los santuarios han sido colocadas allí para atraer la atención de los kamis cuando se acude a rezar. Si no hay campana, es necesario dar palmadas... Hay hombres kamis y mujeres kamis. Estas son aterradoras, demonios que vienen a perseguir a los hombres en mitad de la noche.

—También nosotros tenemos demonios parecidos...

—Y luego están los tengus. Gastan bromas pesadas a la gente. Tienen una nariz muy larga. A menudo llevan con ellos pequeños santuarios portátiles.

—Como arcas de la Alianza...

—Viven en los bosques y las montañas, y a quienes entran en su territorio les ocurren cosas extrañas.

Frente al templo había un pozo, sobre el que figuraba la inscripción: «Isara Well.» La primera palabra estaba escrita en caracteres fonéticos, lo que indicaba su origen extranjero. De creer en el código especial, contrario al buen sentido pero eficaz, que había elaborado con Miyoko para aprender la lengua japonesa, el nombre habría podido traducirse como: «el pozo de Israel».

Finalmente llegamos al lugar que me había indicado Miyoko. Estaba al fondo, en un jardín de piedra, y era un simple pozo que parecía antiguo, un pozo que recordaba los de la Biblia tal como los imaginamos, de piedra blanca envejecida.

—Es el pozo de Isurai —dijo Toshio—. Algunos lo llaman el pozo de Israel, ignoro por qué.

Por allí había un joven que parecía el encargado. Vestía una túnica blanca, la de los monjes. Su cabeza reposaba en el brazo de una estatua de piedra, en actitud meditativa. Encima de ella llevaba una especie de pequeña caja negra de forma cuadrada.

—Es un yamabushi —murmuró Toshio—, un aprendiz de la religión. Sólo existen en Japón. Llevan hábitos blancos.

—¿Qué es eso que lleva sobre la frente?

—Un *tokin;* está atado a la cabeza por una cuerda negra.

—¿Qué hay dentro del *tokin?*

—Creo, señor Ary... creo que no hay nada, nada en absoluto... —Y en voz más baja añadió—: ¿Sabe, señor Ary?, en nuestras leyendas se dice que los tengus tomaron la forma de yamabushis.

Toshio y el yamabushi charlaron unos minutos, y luego Toshio volvió a mi lado.

—El maestro Fujima se ha marchado —me informó.

—¿Sabes dónde está?

—En su residencia de Tokio.

El yamabushi nos dio la dirección sin poner ningún inconveniente. Al parecer, la casa del maestro Fujima era un lugar conocido en Japón.

Varias horas más tarde estábamos en la autopista que conduce a Tokio.

—A propósito del manuscrito —dijo Toshio mientras conducía—, he recibido una llamada del señor Shimon, que está intentando a través de la CIA presionar al jefe de policía de Kioto, pero el asunto se está complicando... El embajador japonés en Israel se ha quejado a Shimon de la injerencia extranjera en Japón...

—¿Cree que no voy a poder examinar ese manuscrito?

—¿Sabe, señor Ary...? tengo que decirle una cosa. En Japón tenemos un gran respeto por la jerarquía. No es posible conculcar ese orden.

Después de un viaje a través de bosques, entre lagos y cerezos engalanados de flores blancas, llegamos a una sucesión de aglomeraciones urbanas grisáceas que formaban los suburbios de Tokio y se extendían a lo largo de centenares de kilómetros.

De repente llegó el *shock* de la megalópolis, el gris de la contaminación. Se diría que la ciudad había crecido demasiado rápidamente, una ciudad futurista, como en una película de ciencia-ficción, con pantallas gigantes que difundían imágenes virtuales ante muchedumbres uniformes.

Nunca había visto tanta gente en las calles, en las aceras, o saliendo del metro. En el centro de la ciudad se encontraba el Palacio Imperial, en un parque inmenso. Lo contemplé, fascinado: visto desde fuera parecía un espacio verde en cuyo centro se divisaba un edificio muy sencillo, enteramente reconstruido después de la guerra.

—Ahí —explicó Toshio— no se puede entrar. Hay que contentarse con caminar entre los edificios, cuyas puertas están abiertas para que sea posible apreciar la decoración de las estancias. Algunas salas servían para recibir a los dignatarios, y también hay una sala de la coronación. En la ceremonia de Ooharai, el emperador viene a palacio ataviado con vestiduras de lino. Después del ritual, las vestiduras se colocan en un barquito que se deja flotar a la deriva en el río, junto a unas muñecas que representan los pecados. Los antiguos japoneses creían que no podían empezar el año sin pedir perdón por sus pecados.

—Es como el Yom Kippur entre nosotros... Entre los hebreos había la ceremonia del chivo expiatorio, que el Sumo Sacerdote celebraba en el Templo de Jerusalén. También él llevaba vestidos de lino para el Kippur. Imponía las manos sobre la cabeza del chivo, y el chivo cargaba con todos los pecados del pueblo de Israel; luego lo llevaban a un lugar solitario y lo miraban perderse a lo lejos.

Advertí que en lo alto del Palacio Imperial había una señal circular con la forma de una flor de dieciséis pétalos, exactamente la misma que en la puerta de Herodes en Jerusalén. Cuando pregunté por el origen de esa flor, Toshio me explicó que la familia imperial estaba rodeada de secreto y misterio. Solía decirse que el emperador poseía un saber oculto, transmitido de generación en generación desde los inicios de la historia del país.

—¿Y sobre qué versaría ese saber? —pregunté.

—Sobre la familia de Japón, señor Ary. Sobre Japón también, pero no se sabe nada más. Y sobre el propio emperador: en nuestro país se cree que es de origen divino.

Seguimos nuestro camino en aquella ciudad inmensa, de plazas y avenidas gigantescas, todas repletas de gente. De tanto en tanto, Toshio me señalaba un teatro kabuki, una casa de horticultura, en medio de hileras de bazares que ofrecían miles de objetos, de mercados gigantescos, o de grandes almacenes ante los cuales se apretujaba una auténtica marea humana, como un desbordamiento, una invasión, una manifestación.

Finalmente llegamos al barrio de Shibuya, donde se encuentran los teatros y los restaurantes, y como llevábamos adelanto para nuestra cita, Toshio propuso que almorzáramos. Entramos en un pequeño restaurante en el que había una cinta móvil por la que desfilaban platos con pescado crudo preparado de diversas formas. A la entrada había un gran cuenco con sal, sobre un pedestal.

—¿Esa sal es para la purificación?

—Pues sí—respondió Toshio—. ¿Cómo lo sabe? ¡Todos los occidentales se asombran al ver la sal en la entrada! Los sintoístas tienen la costumbre de utilizar la sal o el agua para la purificación. Por esa razón los santuarios japoneses están construidos junto a lagos, estanques o ríos.

—También entre los judíos es esencial la sal. Todos los sacrificios incluyen sal, que representa la conservación, a la inversa que la miel o la levadura, que simbolizan la fermentación y la descomposición.

Nos colocamos frente a la cinta, uno al lado del otro, y Toshio me indicó los nombres de los

pescados cortados en cubos pequeños, en los sushis que desfilaban delante de nosotros.

Tomé un bol de arroz y le planté torpemente mis palillos.

—¡Oh, no! —dijo Toshio, y su carota redonda se demudó en una mueca extraña—. ¡Por favor, señor Ary, no haga eso!

—Perdón —dije, temiendo haberle ofendido, pero sin saber de qué manera—. Pero ¿por qué?

—¡El gesto que hace está reservado a la ofrenda a los muertos!

—Vaya —dije—. ¿Es supersticioso, señor Toshio?

El me miró desde detrás de sus gafas, muy serio.

—También hay que evitar pasar la comida de un palillo al otro, porque es un ritual relacionado con los muertos.

—Pues bien —respondí—, es extraño pero nosotros no podemos pasarnos el pan de mano en mano, porque ese gesto está reservado a los que llevan luto.

—Señor Ary —dijo Toshio con gravedad—, tengo que saber una cosa.

—Sí, señor Toshio.

—¿Es usted sintoísta?

—No, señor Toshio. Soy judío.

—¡Ah! —dijo, tranquilizado—. Nunca había conocido a un judío...

—Pero cuando Shimon Delan contactó con usted, ¿no le dijo que...?

—Sí, pero yo trabajo para mucha gente... no siempre sé quiénes son... No conozco nada de los judíos. Aquí no hay muchos. Hay ciento veinte millones de japoneses, y únicamente mil judíos.

—Y los japoneses y los judíos son tan diferentes como pueden serlo dos culturas y dos pueblos del mundo. ¿No es así, señor Toshio?

La observación pareció dejarlo confuso. Hizo muecas, bajó la cabeza, volvió a levantarla, y finalmente asintió con aire grave.

—En Japón decimos que el sintoísmo fue fundado por el antepasado del emperador, que viene de Dios.

—¿Usted cree en la divinidad del emperador, señor Toshio?

Miró a derecha e izquierda, como para asegurarse de que nadie nos oía.

—Para la mayoría de los japoneses, el emperador es un dios viviente —murmuró—. Desciende en línea directa de Amaterasu, la diosa del Sol. Su aniversario, el veintitrés de diciembre, es una fiesta nacional.

—¿Cómo se llama el emperador actual?

—No puedo decírselo, señor Ary —susurró.

—¿Por qué no? ¿Es que no lo sabe?

—No, pero no puedo nombrarlo en un lugar público. —Se inclinó hacia mí y dijo en voz muy baja—: El emperador actual se llama Akihito, pero sólo los extranjeros lo llaman así. Para los japoneses, su nombre es tabú. Pronunciarlo implica correr graves peligros. Es su nombre, porque los emperadores no tienen apellido, y los japoneses lo respetan demasiado para permitirse una familiaridad semejante.

—Entonces, ¿no lo llaman de ninguna manera? Pues es como nuestro Dios, del que no se pronuncia el nombre.

—El apelativo utilizado más comúnmente es *tenno,* que significa «venido del Cielo», o bien *mikado,* que quiere decir «el Superior». Es el hijo de Hirohito, cuyo reinado fue el más largo de la historia japonesa. ¿Sabe, señor Ary?, fue muy criticado por su intervención en la Segunda Guerra Mundial. Después de la derrota, pidió a los americanos que le quitaran la vida, pero ellos se negaron. En cambio, le exigieron que desmintiera públicamente su carácter divino. Lo hizo el primero de enero de 1946, y pidió a su pueblo que renunciara a «la falsa idea según la cual el emperador es divino, y el pueblo japonés superior a las demás razas y destinado a gobernar el mundo».

—¿Se deja ver con frecuencia, como la familia real de Inglaterra?

—¡Oh, no! Como le he dicho, es algo muy serio, señor Ary. Dos veces al año, el dos de enero y el veintitrés de diciembre, el emperador aparece en la ventana del palacio para saludar al pueblo. Son las únicas ocasiones en que recibe visitas en su mansión.

De nuevo miró a derecha e izquierda. Luego se inclinó hacia mí.

—Ahora, silencio...

Hundió la pequeña nariz respingona en su bol y empezó a devorar sus sushis, poniéndose la mano delante de la boca para ocultar la masticación.

—*Damaru,* señor Toshio.

—Oh, señor Ary —murmuró, mirándome con extrañeza—. No sabía que hablaba el japonés antiguo.

Después de comer nos dirigimos en coche al barrio de los templos, Ueno, cuya atmósfera era sensiblemente distinta a la de Shibuya. Allí no había más que casas bajas y pequeñas pagodas, delante de las cuales había numerosas macetas con plantas que cubrían la acera, como para formar minijardines japoneses.

Entramos en una mansión con grandes colgaduras de lino beis que vestían sus paredes. Una anciana vestida con un quimono de seda roja nos recibió y nos hizo entrar en un lugar diferente a todo lo que yo había visto con anterioridad.

Era una extensión de arena rastrillada en la que había —colocadas en cuatro lugares no simétricos— gruesas piedras oscuras. El conjunto, rodeado por una cerca en forma de techumbre, semejaba una escultura. Era como un gran océano, como la paz descendida sobre la tierra, como la eternidad del paraíso, un vacío sereno como una hoja de papel en blanco, un mundo de sobriedad y serenidad que invitaba a la contemplación y la meditación.

Era como una extensión de agua que en su curso superior saltaba con ligereza, sin preocupaciones, y en su curso medio superaba distintos obstáculos, hasta desembocar en un lago tranquilo.

En medio de aquella amplia extensión vi cinco grandes bloques de rocas de distinta forma, ante los cuales la arena parecía formar olas. Los contemplé largo rato sin conseguir apartar la mirada. Nada en ese momento parecía enturbiar la paz de mi espíritu, y nada podía hacerlo: no había ningún tallo de hierba, ninguna aspereza, nada que pudiera retenerlo. No había límites.

—Ah, veo que aprecia usted mi jardín.

Me volví. El hombre tenía unos sesenta años, una piel apergaminada de color cobrizo, ojos rasgados muy oscuros, boca delgada de dientes de perla y una sonrisa amable. Su cabeza y su frente eran amplias y abombadas: su piedra era el granito, dicen nuestros textos, una piedra benéfica.

—En Japón, de día, la blancura de la luz deslumbra. De noche, si la luna no brilla, no se distingue nada en la oscuridad. Por esa razón creamos jardines; así, podemos meditar. Eso nos devuelve a nuestros orígenes, a la creación del mundo, si lo prefiere, antes del nacimiento del hombre.

Nuestro anfitrión caminaba apoyado en un bastón magnífico, adornado con una empuñadura de oro que representaba un dragón. Pero lo más asombroso era su forma de vestir: se le habría tomado por un *gentleman,* un caballero del siglo XIX. Una corbata de lazo sobre una camisa de cuello duro, un chaleco y un traje oscuros de excelente corte, y zapatos ingleses: una elegancia rara, unida a una gran prestancia.

—Buenos días —le saludó Toshio—. Este es Ary Cohen.

—En efecto, Toshio *San* —dijo el hombre—. Me han anunciado vuestra visita, y sois bienvenidos a mi casa.

Nos indicó que le siguiéramos al interior de su vivienda. También allí había una atmósfera de calma y serenidad únicas. Los muros exteriores estaban revestidos de un estuco que imitaba la arcilla y daba al conjunto un aspecto rústico. La entrada consistía en dos paneles deslizantes. Un biombo móvil separaba la sala de estar de la estancia principal y permitía que la luz del día penetrara en el interior, aunque filtrada. Por la tarde, las lámparas colocadas en el suelo debían de prolongar aquella luz suave y amortiguada hasta la noche. Con aquella iluminación sutil resplandecía la madera natural de la construcción.

La estancia principal era un ámbito cerrado, limitado por las paredes y el techo. No había ninguna clase de decoración ni de ostentación, tan sólo un tatami rectangular. En las paredes forradas de papel se proyectaban las sombras, ligeras o espesas. En aquel despojamiento casi total se expresaba una serenidad auténtica, gracias a la sugestión infinita de un solo color.

—¡Qué hermoso es esto! —dije a nuestro anfitrión, mientras admiraba el vacío sutil de aquel lugar sin objetos, sin mesa ni sillas, el vacío monocromo y sereno.

—Usted busca la verdad y la belleza —respondió—. Cada día es preciso empezar de nuevo sobre una hoja de papel en blanco, volver de nuevo bajo tierra y sumergirse en uno mismo.

—He sabido que es usted calígrafo —dije—. Yo también; soy escriba. Así es como nos llamamos los calígrafos entre los judíos...

Entonces recordé las largas horas pasadas escribiendo, solo de día y solo en la noche, en veladas en las que proseguía mi trabajo en las cuevas, entre los esenios, y aquello me pareció singularmente lejano, casi de otra existencia, entre el bastón y la piedra, que poco a poco se hacía untuosa e irisada. Hojas arrugadas, fibrosas, devueltas de súbito a la vida, pieles apergaminadas, rozadas, antiguas, portadoras del mensaje; y los esenios esperaban otros relatos, otras copias, rasgos negros sobre rasgos blancos, trazos de fuego sobre trazos de agua.

—He sido un hombre sin palabras —dije—. Trazaba las palabras sobre el papel, pero no hablaba.

—¿Trazar una palabra no es hablar? Es como crear un lazo de unión con el universo.

Salió de la estancia y volvió con un papel cuya caligrafía se parecía a la que me había enseñado Miyoko. Era, más que escritura, un dibujo abstracto y concreto a la vez. Se miraba en la medida en que podía entendérselo y pronunciarlo. Y yo, que había vivido largo tiempo con las letras, no conseguí apartar la mirada de aquellas tan perfectas, tan bellas, redondeadas y firmes en el trazo. Entre las letras está el vacío supremo del que emana el soplo vital que anima el mundo. Y en efecto, aquella escritura reflejaba el mundo, encarnaba la primera palabra a partir de la cual el mundo fue creado.

De pronto todo aquello volvió a mí como por un milagro, porque lo había olvidado y ya no escribía. No escribía ya, y el vacío instalado en mi corazón era tan sólo vacío, y no accedía a la transformación y la vida.

Me acordé de la época en que era escriba, en que a través de la escritura penetraba en todo lo que existe. Podía escuchar por medio del oído de la pluma, y oía el murmullo del mundo. Lo veía a través de los ojos de la pluma, y lo transformaba, lo recreaba, lo poseía, vivo, completamente vivo. Entonces, en el fondo de mi corazón, veía el mundo de mi pluma, y eso me hacía feliz.

—Sí —murmuré—. Lo había olvidado.

—Entonces es como si hubiera olvidado la trascendencia, que no es el uno ni el dos, sino que representa la conjunción de los alientos vitales, el yin y el yang. Ese aliento, nacido del dos, es indispensable para alcanzar la armonía.

—La armonía, el equilibrio —dije—. Se diría que aquí es lo que todo el mundo busca...

—Para alcanzar el estado del vacío, del no-ser, que es necesario para lo lleno: sin él, el aliento no circularía ni se regeneraría. Tiene que volver a la escritura, si es usted escriba, Ary *San.* La escritura permite dar una forma concreta a las ideas abstractas...

Tenía razón; yo había perdido la escritura. Carecía de signos, no disponía de letras, ni de

pluma, ni de pergamino que grabar, que perforar con palabras, que animar. Ya no sabía del gusto acre de la tinta, de su olor y su tacto. Ya no sentía el olor particular de la piel curtida del manuscrito.

Miré los signos trazados por el calígrafo, que parecían seres vivos, con sus actitudes, sus gestos, sus rupturas y su equilibrio, y me dije que la escritura no era otra cosa que ese juego que representa la vida.

¿Había una vida distinta de la que conocemos? ¿Existía otra cosa que el mundo que creamos mediante las palabras? Por esa razón tenía yo miedo de escribir, y de crear un mundo impropio con palabras impuras; tal vez por esa razón había perdido yo la escritura.

El maestro Fujima salió y regresó unos minutos más tarde, con una bandeja en la que había dispuesto todo el material necesario para la caligrafía. Colocó la bandeja sobre la mesita. Preparó la tinta por medio del bastón de tinta, que desprendía un fuerte olor a incienso quemado. Yo tomé la hoja de papel: olía a hierba silvestre. Blanca e inmaculada, esperaba ser fecundada.

El maestro Fujima alzó hacia mí su bello rostro apergaminado y lo distendió en una sonrisa a la vez de los labios y los ojos.

—Una verdadera creación no viene espontáneamente, sino de saber recibir con humildad lo que se presenta a nosotros —dijo, y me tendió el pincel.

Yo no podía rechazar un ofrecimiento hecho con tanta elegancia. Tomé el pincel, me senté a la mesa y, despacio, tracé una letra sobre el papel de arroz. La letra *Yod.*

—Ese rasgo —murmuró Fujima— no es una simple línea, sino la encarnación misma del aliento.

—Sí —dije—, todo empieza por esta letra. Es como un punto...

—Adelante, dibuje otra letra, por favor.

Ya me sentía exaltado, como si me encontrara en el origen del mundo, en el momento en que éste se crea por una contracción de sí mismo... Aspiré, y al tiempo que exhalaba el aire tracé el rasgo, que apareció rotundo sobre la hoja blanca.

De pronto fue como si me encontrara en mi tierra natal. Hablaba con mi mano y escuchaba con los ojos; el pincel acariciaba la hoja, y yo sentía su movimiento como si yo mismo fuera el pincel que trazaba la letra *Hé.*

—Me gusta la lentitud y la gracia de su gesto. Debe de poseer usted la rapidez para dominar hasta ese punto la lentitud.

La pluma susurraba a la hoja. Yo habría querido trazar la curva de los ojos, olía el perfume de Jane entre las nubes, los árboles, el agua en la arena.

Respiré hondo y dibujé una nueva letra: *Vav.*

—He aquí un rasgo sencillo en su verticalidad. ¿Va a trazar usted la siguiente letra?

Le miré. Él me observaba con sus ojos negros y rasgados, y me pareció que había comprendido. Yo había escrito las tres primeras letras del nombre de Dios.

—No.

—Ahora tiene usted miedo. A veces, los gestos van más allá que el pensamiento. Ya lo ve, para usted la escritura no es otra cosa que la vida.

Se sentó, tomó la pluma y trazó varios caracteres. Me pareció que su gesto nacía del fondo de su corazón y se transmitía a la punta de la pluma, pasando por el hombro, el brazo y la muñeca.

Todo su cuerpo estaba inmóvil, casi contraído, pero la mano se elevaba con un impulso grácil. En el silencio, yo oía el aliento de su gesto.

—¿Conoce usted a Yoko Shi Guya? —pregunté.

—Sí —respondió sin mirarme—. La conozco.

Alzó la cabeza y volvió a bajarla.

Dejó de escribir con brusquedad y nos hizo señas de que le siguiéramos. Nos condujo entonces a otra habitación.

Ésta era sensiblemente diferente de la anterior. Parecía una casa de estudios, una biblioteca, o, más aún, una sinagoga. Unas vitrinas grandes y altas, repletas de libros, cubrían las paredes. En el centro de la estancia, un armario entreabierto dejaba asomar hojas de pergamino. Las cortinas que lo cubrían eran del mismo púrpura que las que adornaban las paredes. Uno podía creerse en Jerusalén, en alguna pequeña *yeshiva* del barrio ultraortodoxo de Mea Shearim.

El maestro Fujima tomó un libro y me lo tendió.

Se trataba del *Chulkhan Arukh,* un libro judío de codificación de la Ley, aparecido en 1738.

—¿Todos sus libros son tan antiguos? —pregunté asombrado.

—Poseo, en efecto, una de las colecciones más importantes de libros hebreos del mundo.

—¿De verdad? ¿Por qué le interesan los libros hebreos?

El maestro tomó asiento en una banqueta y nos invitó a hacer lo mismo. Toshio, silencioso, se desplazaba con la ligereza y el sigilo de un gato.

—Desde siempre colecciono antigüedades judías... He viajado por todo el mundo gracias a la caligrafía, y también he estado en Israel. Poseo centenares de libros sobre Israel, sobre el pensamiento judío, y también libros escritos en hebreo. Obras raras como el Talmud de Babilonia, el Zohar, y los rollos de la Torah, salvados al final de la Segunda Guerra Mundial por un soldado estadounidense en Alemania. Colecciono libros judíos desde hace más de cuarenta años, y poseo además cuatro mil seiscientos libros hebreos que están guardados en el museo de Kioto. Siempre me he sentido unido al pueblo judío, a Israel y a Qumrán...

—¿Conoce Qumrán?

—Por supuesto. ¿Quién no conoce Qumrán? Estuve allí hace mucho tiempo, cuando se descubrieron los manuscritos en las cuevas. Era increíble, verdaderamente increíble... La mayor parte eran copias de la Biblia que databan desde el siglo III antes de nuestra era hasta el año setenta. ¡Cuando pienso que hasta treinta y cinco años después de su hallazgo los rollos no fueron traducidos ni publicados, sino perdidos, sustraídos, dispersados por los cuatro puntos cardinales!

—Sólo cincuenta años más tarde los rollos quedaron de nuevo reunidos, en Israel, y las fotografías de todos los manuscritos se hicieron públicas y se pusieron a disposición de todos los que deseaban estudiarlos.

—Para mí —dijo el maestro—, Qumrán fue como la aparición del monte Ararat después de los días del Diluvio, como las montañas por fin emergidas al nacer el día, la paloma y el ramo de olivo. Fue la revelación del secreto más increíble, el que afecta a Jesús. Porque éste no había sido un hombre venido de ninguna parte, ¡era un esenio! Jesús era el Mesías que habían esperado los esenios, era su Maestro de justicia, bautizado por uno de ellos, Juan, que vivía en el desierto entre ellos...

Fujima dio unos pasos y luego se sentó en el tatami y nos invitó a imitarle. Pareció sumirse en sus reflexiones, hasta que empezó a hablar:

—En casa de mis padres, cuando yo era niño, un día descubrimos unas filacterias. Mis padres pensaban que venían de nuestros antepasados.

Le miré, incrédulo. Sus ojos rasgados refulgían con una luz sombría.

—Sí, es extraño, ¿verdad?

Se detuvo, como si no quisiera decir más.

—¿Sabe que ha sido encontrado un hombre con un fragmento hebraico en las manos, en el templo del maestro Shôjû Rôjin? ¿Tiene eso relación con Yoko Shi Guya?

—Ella había empezado a frecuentar el Beth Shalom, en Kioto, un lugar donde se reúnen los amigos de Israel... —De nuevo bajó la cabeza—. Ha sido culpa mía, nunca debí contarle la historia de nuestros antepasados...

—¿Qué historia?

—Pero ¿cómo habría podido no contársela? —continuó—. Quería que parara, ¿comprende?, que saliera de esa casa...

Me observó unos instantes antes de añadir:

—Yoko Shi Guya no se llamaba así. Su verdadero nombre era Isaté Fujima. Ha sido asesinada, igual que el monje Nakagashi. Era mi hija.

Nos despedimos del maestro Fujima. Al regresar, tenía la impresión de que acababan de colocar un peso sobre mis hombros. Me había impresionado la sabiduría de aquel anciano, y aún más su sufrimiento contenido.

Más que nunca temía por Jane, y me preguntaba dónde estaría. Si algo había podido ocurrirle a la hija del maestro Fujima, ¿qué decir de Jane, mezclada en esa historia por su trabajo como agente secreto? ¿Qué ocurría exactamente en aquella casa de placer? ¿Era posible que sirviera de tapadera a algo distinto?

Sabía que la clave de aquel misterio se encontraba en el manuscrito, y que era necesario que yo llegara a leerlo. Dije a Toshio que iría a la policía para intentar saber algo más. Me respondió con silencio y con una mirada impregnada de fatalismo.

Al día siguiente por la mañana, ya de vuelta en Kioto, me dirigí a la comisaría. No había conseguido que Shimon me diera luz verde, pero decidí correr el albur.

Cuando hice mi petición, me contestaron que era imposible, que se trataba de una prueba y que de ninguna manera podían enseñármela. Cuando mencioné el nombre de Shimon Delam, me contestaron que esperara, y muy pronto vi aparecer al jefe de policía.

Era un hombre alto, de cutis muy liso y estriado por una larga cicatriz. Sus ojos tenían una fijeza asombrosa. Iba vestido con traje y corbata azul. Insinuó una sonrisa al tiempo que me tendía la mano.

—Buenos días —dijo—. Soy Jan Yurakuchi. Desde hace varios días estoy en contacto con Shimon Delam. Me ha explicado la situación. Sé que usted es su agente aquí...

—Sí —dije—. Es esencial que pueda consultar ese manuscrito, porque creo que estoy en condiciones de descifrarlo, y eso nos permitiría avanzar mucho en la investigación.

Sacudió la cabeza sin responder.

—Escuche, necesito tener acceso al dossier —insistí—. Querría poder examinar el fragmento encontrado junto al cuerpo del hombre de los hielos.

El policía me observó, muy tranquilo.

—Por lo que se refiere al cuerpo, puede examinarlo... Pero en cuanto al fragmento, me temo que es imposible.

—¿Imposible?

—Imposible.

—Pero comprenda que si estoy aquí es por esa razón. ¡Shimon Delam me envió porque soy un experto en arqueología y paleografía!

Me sonrió e inclinó la cabeza, de la misma manera que me había sonreído la muchacha en la casa de las geishas cuando le pedí ver a Yoko. Empezaba a comprender el sentido de aquella mímica. Quería decir: no vale la pena insistir, usted y yo estamos perdiendo el tiempo.

Guardó silencio, como para indicar que la entrevista había terminado, y siguió observándome fijamente sin decir una palabra.

«Y toda persona de ojos alargados pero fijos, y de muslos largos y delgados, y con los dedos de los pies también largos y delgados, y nacida durante el segundo cuarto de la Luna, posee un espíritu compuesto por seis partes de luz y tres partes en la Casa de las Tinieblas.»

Al salir de la comisaría encontré al fiel Toshio. Le dije que era absolutamente preciso que viera al maestro Shôjû Rôjin. Partimos de nuevo en coche hacia Kioto, adonde llegamos después de cinco horas de viaje. Yo quería recabar algunas informaciones: preguntarle de dónde venía el fragmento encontrado en su templo, cuál había sido el recorrido que lo había llevado hasta aquel lugar incongruente y, sobre todo, quién lo había sacado de Israel: en qué museo, en qué lugar, en qué desierto había sido robado.

Cuando llegué al templo, fui recibido con la misma lentitud que de costumbre, pero había aprendido a no piafar de impaciencia, a esperar en calma: a practicar la paciencia como un arte.

—Tengo necesidad de comprender —dije al maestro—, debo saber, yo que he seguido sus consejos. Explíqueme, dígame todo lo que sepa acerca del monje Nakagashi, del hombre de los hielos, y del fragmento encontrado en sus manos. Ahora tengo que saber, ¿comprende? Alguien está en peligro debido a todo esto, ¡alguien a quien amo y a quien debo salvar!

El maestro llevaba el hábito blanco de combate. Su atuendo inmaculado contrastaba con su piel oscura. Su cinturón negro había sido anudado tres veces, de una manera tan perfecta como el drapeado de su quimono, sin la menor arruga. A lo largo del cinturón había dibujados una serie de signos, letras japonesas como en los júneos que yo había visto en el santuario.

—¡Yo, otra vez yo, siempre yo! —dijo el maestro—. Ese pensamiento es precisamente la raíz profunda de tu miseria, Ary Cohen. Reconocerlo es dar el primer paso por el sendero de la razón, pero hacerlo exige verdadero valor.

—No puedo investigar así —respondí—. ¡Tengo la impresión de que todos me ocultan alguna cosa y de que nadie quiere hablar conmigo!

—Veamos, Ary Cohen, hoy te sientes deprimido. Debes saber que el buen humor constituye una vía hacia el despertar; en tanto que el mal humor conduce directamente a la prisión de los sentidos. Por eso, nosotros decimos que el adepto debe conservar un humor jovial día y noche. Sólo el espíritu de la alegría es capaz de sobreponerse a los problemas a que te enfrentas.

—Por supuesto —murmuré en tono sombrío—, por supuesto. ¿Y cómo puedo estar de buen humor, cuando estoy de mal humor?

—Es muy sencillo —respondió—. El buen humor dispone de medios muy numerosos: el valor, la perseverancia, el hecho de reconocer las cosas positivas que ofrece la vida, la confianza en uno mismo, el respeto, la práctica de la justicia, la atención prestada a los maestros, la bondad, la compasión... Si abres tu espíritu a esos valores, si te impregnas profundamente de ellos, entonces conseguirás apartarte de las malas influencias, y el buen humor brotará de tu espíritu como las flores de la nieve en primavera.

Hizo una pausa, y se acercó a mí.

—Pero las vías del mal humor son la negligencia, la superficialidad, la descortesía, la indiferencia hacia las consecuencias de los propios actos, la incapacidad de captar el sentido de las cosas, el deseo de gloria y fortuna, el gusto por el lujo, la duda y la desconfianza, la terquedad, la timidez, la avaricia, la codicia, la envidia, la ingratitud y el servilismo.

Me miraba con aire preocupado, como si esperara algo. Él, siempre dispuesto a dar lecciones, no parecía querer responder a mis preguntas. De súbito, comprendí el sentido de esa mirada: estaba claro, él no quería dinero, no buscaba esa clase de beneficios. No; era una cosa completamente distinta lo que esperaba de mí.

—Nuestros maestros enseñan —dije— que si alguien busca un objeto perdido por su maestro y un objeto perdido por su padre, se ocupa primero del de su maestro, porque si bien es cierto que su padre le ha traído a este mundo, su maestro, que le ha enseñado la sabiduría, le ha hecho digno del mundo futuro.

El rostro del maestro se iluminó, como si yo acabara de ofrecerle el más bello de los regalos.

—Pero ¿y si su padre es también un sabio?

—En ese caso su padre tendrá la preferencia. E igualmente —proseguí—, si su padre y su

maestro están en prisión, pagará primero la fianza de su maestro y luego la de su padre. Pero si su padre es además un sabio, pagará primero la fianza de su padre y después la de su maestro.

—Sin embargo, si es él mismo quien ha perdido un objeto... ¿debe buscar primero el del maestro, o el suyo?

—Debe preocuparse por sus bienes antes que por los de cualquier otra persona. Si busca un objeto perdido por él y un objeto perdido por su padre, primero ha de ocuparse del suyo.

—¡Ah! —dijo el maestro con aire satisfecho—. Está bien... Quienes se muestran incapaces de reconocer la justicia tampoco podrán comprender el origen de la miseria ni de la felicidad.

Se acercó y me contempló con gratitud. Su quimono revelaba los músculos nudosos de su cuerpo delgado. En aquel instante me pareció verdaderamente invencible, no por su fuerza física, sino por la confianza moral que irradiaba.

Como si adivinara mis pensamientos, murmuró:

—Ahora, si lo deseas, puedo darte tu segunda lección.

—Bien, maestro —dije, y me incliné para saludarle.

—Para aprender el Bu Do, la Vía del Combate, se debe lograr el dominio de uno mismo... Para eso es importante alcanzar la presencia de sí en el menor gesto. También en la vida eso puede tener utilidad. En el combate, quiero decir en el auténtico combate, es una cuestión de vida o muerte. El menor fallo de concentración, el menor alejamiento entre el espíritu y el cuerpo, puede ser fatal. Por eso, el adversario más peligroso no es el que crees...

—¿Quiénes?

—Te lo diré a su debido tiempo. Según nuestra tradición, seguir la Vía es como ascender a una montaña muy alta. Cada gesto debe ser preciso; un momento de desatención, una duda, un paso en falso, supone la caída. Quien ha decidido realizar la ascensión elegirá la vertiente que quiere escalar, luego irá a buscar un guía que le indique el camino. Sin embargo, debe saber que, incluso con el mejor de los guías, nada se da por descontado. Los obstáculos son numerosos, y grande el esfuerzo. El hombre que afronta la montaña sabe que el combate tiene lugar en el interior de sí mismo, y que la montaña no es sino el medio para permitir al hombre encontrarse cara a cara consigo mismo.

—¿Qué hacer entonces, maestro?

—Has de reconocer los verdaderos obstáculos: los que están en tu interior. Y tú, Ary Cohen, eres como el hombre común, sometido a tus costumbres, a tu visión del mundo, a tus prejuicios. Esa realización de ti mismo no podrá ser alcanzada más que a través de un combate contra ti mismo, tus defectos, tus debilidades, tus ilusiones. Orgullo, cobardía, impaciencia, duda: ésas son las temibles trampas en que muchos han caído. Porque el camino no es recto: es largo, difícil y agotador.

—Estoy dispuesto.

—¿Estás seguro?

—¿Cuánto tiempo se necesita para aprender la Vía del Combate?

—El resto de tu vida.

—No puedo esperar tanto tiempo. Si me convierto en su alumno, ¿cuánto tiempo?

—Diez años.

—Si trabajo muy duro, ¿cuánto tiempo?

—Treinta años.

—Pero ¿cómo? —exclamé—. ¡Antes diez, ahora treinta!

—Un hombre con tanta prisa como tú no puede aprender rápidamente.

—Claro que tengo prisa —repliqué con voz temblorosa—. ¿No ve la prisa que tengo?

—Evita la cólera —dijo sin perder la calma—. Esa es quizá la más difícil de todas las artes espirituales. Exige mayor concentración aún que la meditación. Ante ti pueden surgir situaciones penosas, no importa en qué momento. Cosas difíciles de soportar, enemigos, provocadores, e

incluso amigos, personas a las que quieres y que te traicionan...

»Si te planteas tu vida como una carrera de obstáculos, hecha de enemigos que quieren hacerte daño, entonces serás un hombre. Si aprendes a no dejar que la cólera, ni siquiera por un instante, te invada, te tome, se apodere de ti, y en un momento destruya todo lo que has construido durante años, y todo lo que aún has de realizar, entonces serás un guerrero.

—¿Un verdadero guerrero nunca se encoleriza?

—Según la Vía del Combate, la práctica que permite curar esa terrible enfermedad del espíritu que es la cólera comporta dos etapas: profundizar en la sujeción y eliminar la sujeción.

—Pero pensar en suprimir la enfermedad del pensamiento, ¿no significa pensar? Pensar en librarse de la enfermedad es también pensar.

—Creo que eres un alumno inteligente y brillante —dijo con una sonrisa—. En efecto, se utiliza el pensamiento para deshacerse del pensamiento, para llegar al no-pensamiento.

—No consigo practicar el desasimiento...

—¿Lo has intentado siquiera?

—Si por lo menos supiera quién es mi adversario, si al menos le hubiera identificado, podría combatirlo.

—El adversario puede parecer débil e inexperto, cuando en realidad es un combatiente temible. La célebre escuela de Chuan-Shu basa todo su método en esta idea. Sus discípulos se entrenan en imitar a borrachos, para conseguir que ceda la desconfianza inicial del adversario. Entonces aprovechan para dar un golpe inesperado.

»Has de saber lo siguiente: cada cosa obedece a un fenómeno de transmisión. El sueño se contagia, un bostezo también, y lo mismo ocurre con la ebriedad. Cuando veas a tu adversario dominado por la excitación y te parezcaque se precipita, adopta un aire despreocupado, como si te fuera indiferente. Entonces se contagiará y su atención se relajará. En ese momento pasa al ataque con toda rapidez y energía.

Hubo un silencio.

—Esa ha sido tu lección por hoy.

—¿No vamos a combatir?

—¡Ary Cohen! ¡Qué impaciente eres! Tu impaciencia te vuelve estúpido e inofensivo. Acabo de enseñarte las leyes más importantes del combate, ¿y me preguntas dónde está el combate? Ahora siéntate. Voy a presentarte a mis hijos...

Se levantó y colocó un jarrón en la esquina superior de una puerta de corredera, de manera que cayera sobre la cabeza de quien entrara en la habitación. Dio unas palmadas.

—Estoy llamando a mi primer hijo —dijo.

Un joven apareció ante la puerta. Después de entreabrirla, con toda naturalidad cogió el jarrón y entró. Luego cerró la puerta y volvió a colocar el jarrón antes de venir a saludarnos.

—Este es mi hijo mayor. Pronto será un maestro del Combate.

Dio más palmadas para llamar a su segundo hijo. Este abrió la puerta sin ver el jarrón que caía, pero lo atrapó al vuelo antes de que se rompiera, y volvió a colocarlo en el sitio que estaba.

—Este es mi segundo hijo. Todavía está formándose.

El benjamín, un adolescente, entró y el jarrón le golpeó en la nuca; pero antes de que tocara el suelo, con la rapidez del rayo, desenvainó su sable y con un mandoble preciso lo partió en dos.

—Este es mi hijo pequeño, la vergüenza de la familia.

Un servidor trajo el té. Sin una palabra, el hijo mayor tomó la bandeja con el mayor cuidado y luego lo sirvió. Cada uno de sus gestos era tan preciso que alcanzaba una especie de perfección y belleza que sólo podía derivarse de un gran dominio de sí mismo.

—Maestro, ¿puedo preguntarle cómo fue asesinado el monje Nakagashi mediante el Arte del Combate?

Inclinó la cabeza sin dejar de beber su té. Sus tres hijos y él mismo me observaban de refilón,

con la cabeza ligeramente inclinada.

—El monje Nakagashi era invencible —dijo el maestro—. Tenía un sable que era su guardia de corps como guerrero. Nunca se separaba de él.

—¿Cómo sabe que sus enemigos utilizaron el Arte del Combate? —insistí.

—Porque yo estaba allí cuando resonó el *kiai* —respondió por fin—. Acudí de inmediato, pero era demasiado tarde. No pude hacer nada para salvarlo.

—¿Qué es el *kiai,* maestro?

—El monje Nakagashi —respondió tras una pausa— fue desarmado durante el combate; su última oportunidad de sobrevivir era su habilidad para servirse de sus armas naturales: las de su cuerpo. Recurrió al *jiu-jitsu* como método de combate sólo con las manos. Ese arte utiliza técnicas que permiten aprovechar los movimientos del adversario para dejarlo fuera de combate. Pero el monje Nakagashi fracasó por culpa del *kiai.* La potencia del *kiai* es muy grande: permite desarrollar energías importantes.

Enarqué las cejas, preguntándome si se estaba burlando de mí.

—¿Dudas? —dijo—. ¿No me crees?

Entonces hizo una señal con la cabeza al hijo mayor, que se levantó y cogió una colchoneta que había en el suelo. La dobló en cuatro y la colocó contra mi vientre.

—Contrae los abdominales —me dijo.

Dio un puntapié a la colchoneta al tiempo que profería un grito de una potencia tan inaudita que me ensordeció unos segundos. Solté la colchoneta, presa de convulsiones.

—La energía ha atravesado la colchoneta y el vientre contraído, hasta llegar a la columna vertebral —comentó el maestro.

—Ahora... —dije cogiendo aire— que sabemos lo que mató a Nakagashi... ¿podrá usted ponernos sobre la pista del asesino? Pero para eso... —respiré hondo— sería necesario averiguar la procedencia del manuscrito. ¿Lo ha visto usted?

Me miró con aire grave. Los tres hijos guardaron silencio.

Un instante de eternidad, dicen los japoneses.

—Bien, Ary Cohen, ahora que he puesto a prueba tu inteligencia y tu interés por el combate... —Me estudió con atención.

Por primera vez vi en sus ojos opacos, casi duros, una luz de benevolencia.

—¿Por qué ha aceptado enseñarme el Arte del Combate?

—Esa pregunta me permite, además —dijo inclinando ligeramente la cabeza—, comprobar tu perspicacia... Tu perspicacia y tu lealtad en el combate, y por tanto en la vida. He aceptado enseñarte el Arte del Combate —prosiguió— porque deseo que combatas a nuestros enemigos y salgas victorioso. Pero ahora querría devolverte la pregunta y decir que la verdadera cuestión no es por qué he aceptado enseñarte el Arte del Combate, sino por qué tú, Ary Cohen, has aceptado recibir de mí esa enseñanza. Y no me digas que es para tu investigación.

—Es para mi investigación... y por otra razón.

—¿De qué se trata, Ary Cohen?

—Deseaba que me enseñara su tradición —respondí tras un silencio, y la emoción ascendió por mi garganta al añadir—: Nadie me enseña ya nada. Hace mucho tiempo que no he aprendido nada de un maestro. Lo echo de menos. Ya no poseo una tradición. Querría que fuera usted mi maestro, y yo ser su discípulo. Querría saber... quién soy.

—Entonces, puedo decirte que el manuscrito no fue robado.

—¿No? ¿Y de dónde procede?

—Como sabes, fue encontrado junto al hombre de los hielos.

—¡Pero ese fragmento viene de Israel! ¿Cómo es posible que lo hayan encontrado junto a un hombre que vivió hace dos mil años, y además en Japón?

El maestro se puso en pie y colocó una mano en la espalda de su hijo mayor.

—Micha te llevará a un lugar donde tal vez encontrarás respuesta a tus preguntas...

El hijo, sin una palabra, inclinó la cabeza. Aparentaba unos veinte años. Sus pómulos sobresalían y las mandíbulas tenían la firmeza de una estatua. Se mantenía tan rígido y tan erguido que se habría dicho que todo su cuerpo estaba tallado en piedra. Miraba a su padre con esa ausencia de expresión que con frecuencia inquieta a los occidentales en presencia de asiáticos. Pero el rostro tan móvil y expresivo de Toshio me había enseñado que no se trataba de una regla general.

—¿En Kioto? —pregunté—. ¿Cuál es ese lugar?

—Digamos que es un lugar donde las personas se encuentran... Pero antes de eso —añadió— a mis hijos y a mí mismo nos gustaría que nos hablaras de lo que en tu país llamáis la *Brith Milah,* la circuncisión.

Aquella noche, de vuelta en mi hotel, soñé que me encontraba en una casa desconocida. Estaba con Jane, y ella hacía un gesto brusco y golpeaba una pintura, que se abría como una letra. Yo me enfadaba con ella, y entonces se iba. Yo estaba triste, tan triste que lloraba sin poder contenerme. Lloraba tan fuerte que desperté empapado en lágrimas auténticas. Sí, me sentía triste como un río que fluye, y no sabía la razón. «Porque mis ojos son como una mariposa en el fuego, y mi llanto se asemeja a torrentes de agua, mis ojos no encuentran reposo y mi vida está echada a perder.»

IV.
EL PERGAMINO DE LAS TINIEBLAS

Y un mal fatal y un dolor desgarrador se instalaron en las entrañas de Tu servidor, cuya mano vacila y su fuerza decae hasta desvanecerse. Ellos me han alcanzado y no hay esperanza de huida. Me combaten al son de la lira y me denuncian con cánticos, ruina y aniquilación, espasmos de hambre y dolores de parto. Mi corazón está roto, me visto de luto y mi lengua se adhiere al paladar, hasta ese punto sus corazones y sus designios me resultan amargos. El brillo de mi rostro se apaga, y mi esplendor se oscurece.

Manuscritos de Qumrán
Pergaminos de los himnos

En medio de un jardín cubierto de musgo se erguía un león. A su alrededor, rocas de forma alargada, dispuestas horizontalmente de manera que formaban un anillo en torno a una piedra central. Un león tallado en piedra gris, rampante, con las dos patas delanteras en el aire, como disponiéndose a atacar. Se parecía a los animales dibujados en los tejidos púrpura que envuelven los rollos de la Torah. A su lado, dos rocas colocadas juntas, la una apoyada en la otra, separadas por un estrecho espacio. A la izquierda, un estanque en torno al cual había plantados algunos árboles secos.

En el fondo del jardín, una pagoda de dos pisos.

Entré con el hijo mayor del maestro en una galería donde vi una estatua que representaba a una niña occidental cuya cara me resultó conocida. Tenía una melena corta, rostro delgado y altivo, cejas finas que cubrían una mirada oscura y profunda, meditativa, de un aire excesivamente serio para su edad. El busto dejaba aparecer su delgadez y al mismo tiempo la fuerza frágil de su cuerpecito volcado hacia la vida.

Me acerqué, y sólo entonces reconocí a Anna Frank. Toshio me había explicado que la joven víctima de la *Shoah* era muy popular en Japón, cosa que me había sorprendido mucho. Pero me asombró todavía más ver su estatua en Kioto.

Me aguardaban más sorpresas. La habitación daba a un amplio comedor en el que había una pequeña colección de candelabros de siete brazos. En la pared colgaba, enmarcada, una copia de la Declaración de Independencia de Israel. En el techo había doce lámparas, como las doce tribus de Israel.

No tuve tiempo de seguir asombrándome. Al instante fui calurosa y oficialmente recibido por el señor de aquel lugar, que tampoco me resultó desconocido. El maestro Fujima no iba vestido al modo occidental, como cuando lo conocí, sino que llevaba una túnica de lino carmesí que le daba aspecto de viejo sabio chino.

—Bienvenido —dijo inclinándose—. Nos sentimos muy felices de recibirle en nuestra comunidad. En verdad muy felices.

A cada palabra que pronunciaba se inclinaba y yo me sentía obligado a imitarle, de manera que ambos nos hacíamos reverencias simultáneas.

Toda la asistencia, compuesta por hombres, mujeres y algunos niños, se puso en pie y me saludó con idénticas reverencias y sonrisas. Se diría que me estaban esperando, que estaban contentos de acoger a un invitado ilustre, aunque yo no era para ellos más que un extranjero desconocido.

Las mesas habían sido cuidadosamente dispuestas en forma de herradura, con platos y cubiertos, cosa que me sorprendió: desde mi llegada al país no había visto un solo tenedor. Pero lo más asombroso fue el menú que sirvieron: *gefilte fisch, tchulent,* platos judíos de la Europa oriental que yo solía comer en Israel.

—Puede comer—dijo Fujima—, aquí todo es *kosher.*

—¿De verdad? —dije.

—Claro que sí, bajo la vigilancia del rabino de Kobe.

—¿Existe una comunidad judía en Kobe?

—¡Por supuesto! Muy activa, por lo demás. Hoy forman parte de ella muchos estadounidenses y expatriados, pero a principios de siglo la formaban sobre todo judíos huidos de los *pogroms* de Rusia.

Se inclinó hacia mí y prosiguió, en un tono de confidencia:

—Es un gran honor para nosotros recibir a un miembro del Pueblo elegido esta noche... Por supuesto, puede usted quedarse todo el tiempo que desee en esta residencia, dedicada

exclusivamente a los judíos que visitan Japón. Será nuestro invitado. Hay todo lo que puede necesitar, una nevera en la que encontrará alimentos *kosher,* vino y pan sin levadura...

Ante mi gesto de estupefacción, añadió:

—Conocemos bien sus ritos. La mayoría de los miembros de nuestra comunidad ha viajado a Israel, y algunos incluso hablan hebreo.

—¿Cuál es esta comunidad? ¿Cuándo fue creada y por qué razón?

—Fui yo quien la creé hace más de veinte años... ¿Sabe?, entre los japoneses y los judíos hay vínculos que usted no sospecha. Los japoneses salvaron a más de cincuenta mil judíos durante la *Shoah.* La mayor parte venía de Rusia en barco y pasaba por Kobe a la espera de encontrar otro punto de destino...

—Sin embargo —dije mientras devoraba mi *tchulent,* porque no había comido más que arroz y pescado crudo desde mi llegada—, creo recordar que Japón era aliado de la Alemania nazi.

—¡Oh, sí! —respondió el maestro Fujima entornando los ojos e inclinando aún más su rostro—. Pero eso no tuvo nada que ver con los judíos... Ha de saber que el gobierno japonés se negó a exterminar a los judíos, como reclamaban sus aliados nazis. Los actos antijudíos propiamente dichos fueron escasísimos en Japón. El 31 de diciembre de 1940, el ministro japonés de Asuntos Exteriores, Matsuoka Yosuke, dijo a un grupo de hombres de negocios judíos: «Yo he sido el responsable de la alianza con Hitler, pero nunca me he comprometido a llevar una política antijudía en Japón. Esta no es únicamente mi opinión personal, sino la de Japón, y no me avergüenza proclamarla ante el mundo entero.»

El anciano sabio me observó un momento, como para medir el efecto de la frase, y luego, satisfecho, continuó:

—Los primeros judíos llegaron en 1850, en vísperas de la restauración Meiji. Eran un número muy reducido de personas procedentes del Reino Unido, Estados Unidos y Europa central y septentrional, y se establecieron en Japón, en Yokohama y Nagasaki. Después de la Primera Guerra Mundial, en Japón vivían varios miles de judíos, en la gran comunidad de Kobe. Los judíos son felices en este país, Ary *San...* aunque son poco numerosos.

»Todavía hoy el emperador, que no habla con ningún embajador, acostumbra recibir al embajador israelí. Y le dice: "¡Nunca olvidaremos lo que Jacob Shiff hizo por nosotros!"

—¿Quién es Jacob Shiff?

El maestro Fujima se inclinó hacia mí y, entornando de nuevo los ojos como si evocara un recuerdo lejano, murmuró:

—La historia se remonta a 1900, a la guerra ruso-japonesa. El emperador había despachado al enviado Yakahashi a Londres para solicitar un préstamo que le permitiera financiar la continuación de una guerra que los japoneses estaban perdiendo. Los banqueros se negaron, seguros de que los japoneses serían derrotados. Por suerte, Yakahashi encontró a Jacob Schiff, un financiero de la New York Banking Firm. Shiff, que sabía de la existencia de *pogroms* en Rusia, aceptó adelantar la mitad de los fondos que Japón necesitaba, una suma colosal, y le dio una carta como prueba de la existencia del préstamo. Pero los bancos siguieron negándose a conceder el dinero restante. Entonces Jacob Shiff financió los ciento cuarenta millones de dólares en su totalidad. Explicó su gesto diciendo a Yakahashi que le daba el dinero porque era judío y quería luchar contra los *pogroms* en Rusia. Fue así como los japoneses ganaron la guerra.

»Varios años después, Shiff fue invitado al palacio imperial. Nunca antes se había invitado a un plebeyo, y además Shiff tomaba comida *kosher.* El emperador organizó una comida especial para él. "Nunca olvidaremos lo que habéis hecho por nosotros —dijo—. Tal vez llegará el tiempo en que podremos ayudaros."

—Desconocía esa historia, y esos lazos que nos unen...

—¡Es así, Ary *Sanl* Entre nuestros numerosos santuarios y templos sintoístas y budistas, también hay monumentos en honor de los judíos. En 1917, durante la revolución bolchevique, los

judíos de Yokohama y Kobe ayudaron a miles de refugiados. Además, como ya le he contado, Japón fue uno de los países que acogió más refugiados judíos durante la *Shoah.* Los fugitivos recibieron ayuda a través del cónsul holandés de Kaunas, en Lituania, secundado por Chiune Sugihara, primer representante japonés en el consulado de Lituania. Sugihara ignoró las instrucciones recibidas de su gobierno y dio a los judíos miles de visados para Japón. ¡Salvó así diez mil vidas! Sugihara acabó por perder su cargo. Para explicar ese rasgo de heroísmo, citó una máxima samurai del código de Bushido: «Ni siquiera un cazador tiene derecho a matar a un pájaro que huye de su refugio.»

—Sí —dije—, lo sé: Sugihara es el único japonés honrado con un árbol plantado en Yad Vashem, el Jardín de los Justos.

—En 1941 —prosiguió el maestro—, gracias a los esfuerzos del cónsul general de Japón en Kaunas, Lituania, y *layeshiva* Mir, varios centenares de hombres y muchos otros judíos consiguieron escapar de Europa. *Layeshiva* Mir fue la única escuela judía que sobrevivió a la *Shoah.* Los refugiados establecieron sus *Beth Hamidrach* cerca de Kobe, con el beneplácito del gobierno. Vivieron en paz en Japón durante ocho meses. A pesar de las exigencias de los alemanes, los japoneses nunca establecieron leyes contra los judíos, y tampoco eliminaron el gueto de Shanghai, que en el curso de la guerra había crecido con los fugitivos del nazismo.

—¿Formaba parte el monje Nakagashi de vuestra comunidad?

Sin responder, el anciano se inclinó un poco más hacia mí.

—Sentimos mucho su muerte, tan trágica. Tan trágica —repitió.

—Ya sabe —dije— que vengo de Israel para investigar su muerte, relacionada a mi entender con ese hombre encontrado en el hielo.

—En efecto —asintió Fujima—, en efecto. —Miró a derecha e izquierda con aire atareado, y dijo—: Ahora querríamos celebrar una plegaria... Una plegaria por la venida del Mesías.

Se puso en pie y en la sala se hizo el silencio. Entonces entonó un canto, acompañado de inmediato por el conjunto de voces melodiosas de los asistentes.

Un canto triste y profundo se elevó, un lamento hasídico, sin palabras, parecido a los que yo tarareaba cuando era hasid, y a los de los hasidim del barrio de Mea Shearim, en Jerusalén.

—Parece usted triste, joven —susurró el maestro Fujima.

Sí, me sentía desgraciado porque mi amiga había desaparecido y deseaba encontrarla. Me sentía triste y nostálgico en aquel instante. Me acordaba de la época en que cantaba mi tristeza junto a mis camaradas, en la *yeshiva;* recordaba las largas discusiones con mi compañero de estudios Yehuda, el hijo del *Rav,* a quien no había vuelto a ver desde hacía tanto tiempo, a quien no volvería a ver nunca, sin duda. Recordé nuestras conversaciones, horas y horas de charla, comentando juntos las páginas del Talmud, y en aquella época nunca pensé que algún día podría no volver a ver a Yehuda... Creía en el estudio, creía en la amistad. Pero ¿qué vale un amigo si cambiamos? Si nosotros mismos no nos reconocemos, ¿por qué va el amigo a reconocernos y querernos? ¿Existen los amigos? ¿Qué vale la amistad si incluso el amor es incierto y cambiante? ¿Qué son los amigos si no nos siguen en nuestra vida? ¿Y qué vale el amor, si desaparece de inmediato después de revelarse?

En ese momento, cuánto echaba de menos el hombro sobre el que podía descansar, el ingenio que tenía mi amigo para buscar una salida en todas las situaciones delicadas. Pero se trataba de situaciones intelectuales, y ahora yo estaba en medio de la vida, incierto y triste, lejos de mi amigo, lejos de mi amiga, separado por ciudades, países y continentes, y mi corazón estaba desgarrado. Porque he aquí que ahora ya no era hasid, ya no era esenio, ya no tenía tradición, yo que contaba con una tradición tan grande.

—En un tiempo pasado fui hasid —dije—. Me acuerdo de ese tiempo al escuchar vuestros cantos, y suspiro como lo haría un hasid.

—Aquí queremos que los judíos sean más judíos aún.

—Me ayudáis a ser un judío mejor.

Al oír esas palabras, los ojos del maestro Fujima me miraron con fijeza y se humedecieron.

—Gracias —dijo, tomándome las manos con fervor—. Muchas gracias. No se imagina lo que eso significa para mí.

Empecé a tararear sin darme cuenta, en tono muy bajo al principio, más fuerte después, hasta que me dejé arrastrar totalmente por el canto; mi corazón se levantó del fondo del abismo de la desesperación, y mi alma se elevó. Oh, cuan triste y melancólico estaba. Como un hasid tocando al amanecer el saxofón en las orillas del lago Tiberíades; como un hasid sobre una prominencia rocosa, en una colina de Galilea, en la cima de una carretera de montaña llena de curvas, en el camino tortuoso que recorrieron antaño quienes venían de España y Portugal; como un hombre tocado con un gran sombrero negro, cerca de cien sinagogas, que espera los tiempos mesiánicos; como Luria, el león de Safed, que pensaba en la serpiente en el comienzo de la Creación, indispensable para el orden del mundo porque por él nacía toda cosa creada; y como Adán, triste por haber sido creado en este mundo informe. Así estaba de triste yo.

Pero ¿de dónde venía esa nostalgia sorda y difusa, si no del fondo de mi corazón? ¿Por qué mis recuerdos me llevaban tan lejos? ¿Por qué me encontraba en un mar profundo y sombrío, bajo una delgada luna creciente? ¿Qué eran estas tinieblas, y qué era ese misterio? Oh, hasta qué punto era un hasid yo, que ya no lo era.

De súbito, en medio del trance, me asaltó un recuerdo fugaz, una imagen: la de la mujer que había entrevisto en la casa de las geishas. La busqué en los arcanos de mi memoria, con una concentración extrema, la perseguí cuando se alejaba, y de pronto la vi.

La mujer que había visto detrás de la puerta no formaba parte de mi sueño; aquella silueta que había visto y no había querido ver, ahora sabía que era Jane.

Acepté el ofrecimiento del maestro Fujima de pasar la noche en el Beth Shalom. Me condujo a una habitación pequeña provista de un tatami y cerrada con persianas de colores beis y anaranjado que me recordaron la habitación de la casa de las geishas.

Sabía que estaba disfrutando de un lujo raro, porque los hoteles son muy caros en Japón, y los albergues clásicos no tienen más que una sala común muy modesta y dos dormitorios pequeños.

Estaba en la planta baja, en un espacio dominado por una sólida estructura de madera. El parquet era nuevo. Una lámpara con una pantalla de papel de arroz creaba una luz cálida y tamizada.

—El futón está guardado en ese armario de puertas correderas —dijo el maestro Fujima—. De noche, hay que sacarlo y extenderlo en el suelo para dormir. Esta es su casa, Ary *San* —añadió con una reverencia—. Puede quedarse aquí tanto tiempo como le sea agradable. Es nuestra regla, ponemos estas habitaciones a la disposición de los judíos y judías que visitan Kioto.

—Gracias —dije—. Es usted admirable.

—Claro que no, soy normal. Sí, muy normal.

Me pareció que dudaba un poco antes de irse, y por fin se decidió y sacó del bolsillo una bolsita de seda roja de la que extrajo, con muchas precauciones, una piedra pequeña y brillante que dejó con cuidado en la palma de mi mano.

—¿Qué es?

—No sabría decírselo. Estaba en el cuello del hombre de los hielos, sujeta como un colgante.

Contemplé la piedra, que brillaba con mil reflejos.

—Pero ¿no es un diamante?

—Por supuesto que sí, por supuesto, Ary *San* —murmuró el maestro Fujima—. Es un diamante.

Aquella noche desperté cubierto de sudor, sin saber qué hacer. La única idea que me venía a la mente era huir, volver junto a los esenios y proseguir mi misión, la que ellos me habían adjudicado, la que estaba escrita en los textos: yo era Ary, el león. Pero todo parecía ahora tan oscuro, tan confuso... ¿Qué hacía Jane en aquella casa de geishas? ¿En qué investigación estaba involucrado, y que se hacía más incomprensible a medida que avanzaba?

Cogí el teléfono y marqué el número de Shimon.

—Shimon —dije—, ¿estaba Jane al corriente de que yo iba avenir?

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Oí el ruido de un mondadientes, y luego la respuesta:

—No.

—¡Pero Shimon! —exclamé—, ¿cómo has podido...?

—¿Has encontrado su pista?

—Creo que sí.

—Por fin —dijo con un suspiro de alivio—. Estaba seguro de que la encontrarías. ¿Dónde se encuentra?

—Quiero explicaciones.

—De acuerdo. Es muy sencillo: te envié allí porque la CIA me pidió que lo hiciera.

—¿Porqué?

—La CIA cree que Jane está en peligro. No mantiene el menor contacto con ellos. Por esa razón me pidieron que enviara a mi mejor agente para tratar de rescatarla. ¿En quién podía pensar, Ary, si no en ti?

—Pero Shimon, ¿no podías habérmelo dicho?

—No quería asustarte, hacerte suponer lo peor... Quería que estuvieras en plena posesión de tus facultades. Ahora dime, por favor, dónde la has visto.

Solo, en medio de la noche, fui al barrio de Gion. Era muy tarde, las farolas arrojaban sobre aquel lugar una luz tenue, un poco brumosa. El barrio estaba silencioso, vacío, las aceras en sombras. Por las calles deambulaban algunos paseantes, hombres que salían titubeando de casas pequeñas aún iluminadas.

Entré en el vestíbulo de la casa de las geishas. No había nadie. Hice sonar la campanilla de la entrada. Esperé un rato hasta que apareció una anciana, a la que probablemente había despertado. Sus ojillos rasgados me inspeccionaron con aire inquisitivo. Le pedí ver a una geisha llamada Jane Rogers.

Inclinó la cabeza y me tendió un catálogo.

Lo hojeé nervioso, pero no había ninguna foto ni mención de Jane.

—Querría una geisha occidental.

—Geisha occidental muy cara —respondió con una inclinación de la cabeza.

Le indiqué que podía pagar. A pesar de la gravedad de la situación, no pude contener una sonrisa al pensar en la cara que pondría el pobre Shimon cuando se encontrara las dos facturas exorbitantes de la casa de las geishas...

Me llevaron a una habitación pequeña donde, según el ritual, me sirvieron té y comida. Pero nadie vino a verme. Ahora ya conocía el procedimiento: tendría que esperar dos noches. Pero ¿cómo podría resistir todo ese tiempo, cuando mi corazón y mi cuerpo ardían de impaciencia, de espanto y deseos de verla?

Era ya tarde y me dormí, sin darme cuenta de que estaba agotado. En medio de mi sueño me despertó un soplo, un cuchicheo. ¿Era sueño o realidad? Aquellos ojos oscuros en la noche, las manos tan finas, la manera airosa de erguir la cabeza, la sonrisa sincera, tierna, amistosa, la alegría del reconocimiento, ¿eran reales, o se trataba de un ángel custodio, un sol suave que me calentaba inclinándose sobre mi sueño?

Sin embargo, no parecía ella. Llevaba en la cara un maquillaje blanco, de una palidez espectral. Sus ojos estaban destacados con polvos rosados y rojos, los pómulos formaban dos círculos que sobresalían, la boca estaba pintada de un rojo muy vivo, brillante, los cabellos rubios se alzaban en un moño sostenido por largas agujas, su cuerpo se disimulaba bajo un vestido japonés, un quimono rojo, como si fuera una bata holgada sujeta por un cinturón de seda negra, apretada en la cintura y con mangas larguísimas.

—Jane...

—Calla —murmuró colocando un dedo sobre mis labios—. No hagas ruido.

—Pero...

Era Jane, en efecto, quien estaba delante de mí. Vestida, preparada como una geisha. Jane estaba allí, real e irreal a la vez, próxima y distante, tal como siempre la había conocido y enteramente extraña. Mi primer impulso fue abrazarla, como lo había hecho la víspera del día que me dejó. Posé un beso en su frente, en sus mejillas, en sus labios, en su cuello. Empujado por el amor, abrasado por la llama que me consumía desde que me había dejado, la estreché contra mí, su corazón contra el mío, su cuerpo delgado y frágil, fuerte sin embargo, contra el mío, como una evidencia.

La acaricié, mi rostro pegado a su rostro, como cuando ella me dejó. La encontré de nuevo, tal como era, en la eternidad del amor consumado, en su plenitud, en su solicitud, en el deseo inconmensurable de tenerla, como cuando me dejó. Estaba ahí, y la abracé tan fuerte, tan estrechamente que no podría ya escapar, nunca más alejarse de mí, nunca más arrancarse de mí como si me privaran de una parte de mí mismo, nunca más dejarme. Y murmuré en voz baja, muy baja:

—Mi corazón desborda de amor por ti, sufro por no ser tú, tú dices que somos uno cuando habitamos el espíritu del otro, pero yo sufro por no ser tú...

—¿Qué haces aquí? —murmuró ella.

—¿Y tú?

—Esta casa, Ary —me susurró al oído—, pertenece a una secta.

—¿Una secta? Pero ¿y tú...?

—Calla. Habla más bajo. Es posible que nos espíen.

—¿De qué secta se trata?

—Una secta muy poderosa y secreta. Sus hombres no se revelan, están en potencia pero no en acto. Y son muy poderosos: están presentes entre los políticos, los jefes de Estado, las administraciones...

Mi espíritu se había llenado de gozo y felicidad al verla, pero al mismo tiempo se vio invadido por pensamientos nefastos. Me encontraba suspendido en algún lugar entre el placer y el dolor, entre la alegría y la tristeza, entre el alivio y el terror, entre el amor y el odio, entre el deseo y el espanto. Intenté calmarme, pero no lo conseguí.

Jane se puso en pie, fue hasta la puerta y la entreabrió; comprobó que no había nadie al otro lado y regresó a mi lado.

—Escucha, Ary, escucha bien lo que voy a decirte, porque necesito que me ayudes.

—¿Sí?

—Estoy siguiendo la pista de un hombre.

Se sirvió un vaso de sake y lo bebió de golpe, como para darse ánimos. Aquel gesto tan decidido me intrigó: nunca había visto beber a Jane, y menos de aquella manera.

—Un fracasado o un ambicioso, según se mire. En todo caso, un hombre peligroso. ¿Entiendes? Porque no disponemos de mucho tiempo...

—Te escucho.

—Se llama Ono Kashiguri. Está al frente de la secta, que se llama secta de Ono.

—Pero Jane —la interrumpí—, ¿cómo puedo escucharte? Soy demasiado feliz por estar otra vez contigo. He venido hasta aquí a buscarte. ¡Tenía tantas ganas de volver a verte!

—Lo sé, Ary, lo sé... No podía explicártelo. No puedo tener contacto con el exterior. Es demasiado peligroso. Todos mis gestos son espiados, escuchados. He conseguido infiltrarme en esta casa, pero no puedo salir de ella, no puedo ir a ninguna parte, me seguirían. Hay demasiadas ramificaciones. ¿Comprendes? Por eso necesito que me escuches con atención; así transmitirás todas mis informaciones a Shimon, ¿lo has entendido?

—Entendido. Pero ¿cuándo volveremos a vernos?

—Cuando yo te lo indique. Pero, sobre todo, no debes volver aquí, sería demasiado peligroso. No debes ser localizado por ellos, ¿lo entiendes? A ningún precio. Pondrías en peligro tu vida y la mía.

—Han registrado tu habitación del hotel.

—Es probable; sé que me espían.

—Adelante —dije—. Te escucho.

—Éstas son las informaciones que he conseguido reunir. Ono Kashiguri era un hombre corriente al principio; procede de una familia modesta. Fracasó en los estudios y se estableció en Tokio como experto en acupuntura. En 1985, a la edad de veinte años, se casó con una estudiante que le ha dado cinco hijos. Abrió una tienda de remedios chinos tradicionales. En 1992 fue detenido por vender falsos medicamentos. Su comercio quebró. En 1997 fundó su secta, declarada oficialmente una religión. También creó un partido político que lidera, aunque no ha conseguido ser elegido para la Dieta o Parlamento.

»Desde hace varios meses, ha empezado a darse a sí mismo los títulos de "Cristo de nuestros días" y "Salvador de este siglo". Hoy, la secta cuenta con adeptos en todo el país, pero no solamente aquí: se ha extendido a Estados Unidos y Alemania, y también a Rusia.

—¿Cuáles son sus ideas, sus objetivos?

—Sus ideas son a la vez simples y complejas. Su doctrina se define como budista, pero es una mezcla de elementos heterogéneos: culto a Shiva, el dios hinduista de la destrucción; elementos de New Age, ocultismo... Uno de sus héroes es Hitler, «maestro de lo oculto». La obsesión de Ono Kashiguri son las conspiraciones contra Japón; su bestia negra, Estados Unidos y sus aliados occidentales, criaturas, según él, de los masones y los judíos, cuyo elemento privilegiado de destrucción sería el *fast-food,* la comida rápida.

»Hace aproximadamente un mes, la secta anunció el fin del mundo. Desde entonces, Kashiguri se hace adorar por sus discípulos, que se inclinan ante él y le besan los pies. Algunos compran a un alto precio un brebaje preparado con sus secreciones, y lo beben.

—¿Cuántos son sus discípulos?

—Treinta mil en Japón y otros tantos en todo el mundo. Un gran número son personas de edad y ricas que desaparecen después de haber legado todos sus bienes a la secta. Son raptadas, y se ignora cuál es su destino posterior. Pero también hay científicos de alto nivel, abogados, miembros de la policía y, como te he dicho, políticos.

—¿Estás segura de que están infiltrados en la policía?

—Sí, la secta de Ono tiene adeptos informadores incluso en la policía japonesa. Los discípulos, después de haber sido reclutados por el gurú, dejan a sus familias, parientes, esposas, le ceden todos sus bienes y consagran sus vidas trabajando para él. Sus hijos, educados en la les son arrebatados y quedan aislados del mundo.

—¿Cómo son reclutados?

—Por los discursos de Ono... Y además, entre los adeptos, hay científicos, médicos y químicos que trabajan en la fabricación de LSD y otras sustancias alucinógenas. Estas deberán ser utilizadas, al mismo tiempo que los gases tóxicos, para crear un caos total en las grandes ciudades de Japón, para empezar; y después, en el mundo entero.

—¿Tienen medios para conseguir algo así?

—Los activos del grupo están evaluados entre trescientos millones y mil millones de dólares, en bienes inmuebles, tiendas de informática, editoriales, agencias de viajes, restaurantes populares, e incluso una agencia matrimonial, por no mencionar las cuentas bancarias... ¿Me sigues?

—Te escucho. Pero ¿por qué el gobierno no ha prohibido esa secta?

—Un proyecto de ley presentado por el gobierno japonés prevé que las organizaciones religiosas establecidas en más de una prefectura tendrán en adelante que presentar declaración en el Ministerio de Educación. Será obligatorio para ellas presentar un listado de sus bienes y de sus responsables, lo que permitirá vigilarlas y proceder al control de sus cuentas. Esas disposiciones no son molestas para las religiones en el sentido común de la palabra; la población japonesa, en su gran mayoría, se ha mostrado favorable. Pero el principal partido de la oposición, el sintoísmo, creado por la secta Soka Gakkai, ha manifestado su radical desacuerdo, y lo mismo sucede con el cardenal-arzobispo de Tokio, monseñor Shiranayagi, que ve en esa medida una restricción de la libertad religiosa.

—¿La secta quiere tomar el poder? ¿Desestabilizar el gobierno?

—No solamente eso. Pienso que su objetivo es el emperador...

—¿Por qué razón?

—Todavía no lo sé. Pero espero tener muy pronto más información.

—Pero ¿y tú, Jane? —dije mirándola—. ¿Cuánto tiempo piensas seguir aquí? ¿Crees que puedo dejarte en medio de esta gente?

—Estoy aquí para investigar, Ary... Esta casa pertenece a la secta. Miembros influyentes la frecuentan. Vienen a relajarse, es su recompensa. He descubierto que la secta ha abierto una escuela... En apariencia es una escuela para monjes budistas, pero en realidad... He sabido que Ono pasó varios meses, el año pasado, en un monasterio del Himalaya y que a su vuelta anunció que había conocido el *saton,* la iluminación suprema. Y sobre todo, he descubierto que el monje Nakagashi era miembro de la secta, como también su amante, la geisha Yoko Shi Guya.

—Vaya, qué extraño. El monje Nakagashi pertenecía a la casa Beth Shalom, en Kioto, consagrada al pueblo de Israel...

—Es posible que haya querido infiltrarse en la casa Beth Shalom.

—¿Crees que Nakagashi y Yoko Shi Guya fueron asesinados por miembros de la secta?

—O bien por los del Beth Shalom.

—¿Hay una relación con el hombre de los hielos?

—No lo sé aún, pero lo supongo. Fue a la vuelta de su viaje al Tíbet cuando Ono declaró que era el verdadero Cristo; dijo haber descubierto el auténtico sentido del Evangelio; budismo y cristianismo, según él, son totalmente idénticos. Dice que Jesucristo fue crucificado, pero que él, el nuevo Cristo, no morirá en el transcurso de su misión, que irá más lejos y difundirá la verdad por el mundo entero. Jesús vino al mundo para conducir las almas al cielo, y Ono pretende llevarlas aún más arriba: al nirvana, «el mundo de la gran y completa destrucción de los deleites terrenales». A pesar de su afirmación de que no va a ser crucificado, se hace representar en imágenes como Jesús, con una corona de espinas en la cabeza, desnudo salvo por un paño alrededor de las caderas. Esa imagen está pensada para atraer al pueblo ruso, con el que está en comunicación continua, para dar la impresión de que se trata de un libro sobre el cristianismo. Por alguna razón, insiste especialmente en los contubernios criminales de los masones y los judíos.

»A pesar de las numerosas llamadas de alarma, los protectores de Ono se han negado a ver nada, y no parecen particularmente preocupados. Pero si se piensa en las facilidades que

proporciona a Ono su asociación con la inteligencia militar rusa, hay motivos de preocupación. No sólo ha podido procurarse toda clase de productos químicos tóxicos en grandes cantidades, sino que él y sus colaboradores esgrimen ahora la amenaza nuclear... Ya sabes que en Rusia es posible conseguir artefactos de esa clase. Hoy me he enterado de que la secta está experimentando con gases, en el Tíbet y la India.

—¿Qué piensas hacer, Jane? ¿No crees que ya has averiguado bastante? ¿Que podrías escapar de aquí?

Jane bebió otro vaso de sake. Luego encendió un cigarrillo. Me observó unos momentos con sus ojos negros. Vi entonces que tenía miedo, por más que procuraba no demostrarlo.

—Pienso que aquí no podemos hacer nada —dijo por fin, con voz tranquila—. La secta tiene demasiada influencia en círculos elevados. Utilizan Internet o videoconferencias para transmitir sus órdenes y para formar a sus miembros. He leído un texto sobre la web, que confirma que la secta ha reclutado a especialistas para montar páginas web en japonés, inglés y ruso. Si se hiciera un registro, se encontraría una base de datos en clave que contiene los nombres y direcciones de más de cincuenta mil estudiantes susceptibles de ser reclutados o infiltrados.

»Pero ahora lo más urgente son las armas de destrucción masiva con fines terroristas y de terrorismo nuclear. En ese terreno, espero conseguir todavía más informaciones, como qué productos son los más susceptibles de utilización, cómo podrían obtenerlos los terroristas y a través de qué medios podrían lanzarlos sobre los objetivos designados. ¿Se han utilizado ya, o amenazado utilizar, esas armas? Si nunca ha habido una amenaza o un atentado, ¿para qué se están preparando? ¿Qué buscan? A juzgar por lo que se observa actualmente en el mundo y por la evolución reciente de los actos terroristas, es posible que utilicen agentes químicos o biológicos. Forman parte de grupos terroristas que podrían sentirse muy inclinados a recurrir a esos medios.

—Pero dices que Ono se ha convertido al budismo... El budismo ofrece un código moral fundado en la compasión y la no violencia, y no exige en el discípulo la fe, como ocurre en el cristianismo.

—Para Ono, la práctica de la meditación budista se asemeja a la actitud de los cazadores acechando a sus presas, a la de quienes meditan físicamente inmóviles y mentalmente concentrados.

—¿Piensas que Ono quiere servirse del budismo para crear escuelas y formar adeptos que extiendan su religión?

—Exactamente.

—No puedes quedarte sola aquí, Jane. No puedo permitirlo. He venido a buscarte para llevarte conmigo, para estar juntos los dos. Quiero llevarte lejos de aquí, quiero que nos vayamos ahora, enseguida, cuando todavía estamos a tiempo.

—Es imposible, Ary. Tengo que continuar mi misión.

—¿Por qué en Jerusalén no me dijiste que te ibas? ¿Por qué no me diste noticias tuyas? ¿Por qué me dejaste sin una palabra? ¿Has pensado en lo que yo podía sentir?

—No tenía derecho a hacerlo, Ary. Es una misión ultrasensible. No pensé que vendrías hasta aquí.

—Tu misión. ¿No hay nada más que cuente para ti? ¿Y yo? ¿Es que no soy más importante que tu misión? ¿Ya no te acuerdas?

—Claro que sí, Ary. Pero también hay...

—¿Qué?

—El mundo que nos rodea, que va tan mal. Estos peligros terribles. Fuiste tú precisamente quien me habló de nuestra responsabilidad en relación con el mal, ¿no es así?

—Shimon me ha enviado...

—Lo sé. Y además, tú no me habrías dejado ir, ¿no es así?

—Pero Jane, ¿cómo habría podido? Te amo. Quiero que vuelvas conmigo. No quiero

investigar más. Quiero vivir contigo.

—De momento es imposible.

—No puedo dejarte aquí, sola, en peligro —continué, sin escucharla—, y además en una casa de geishas...

—Es mi trabajo.

—¿Tu trabajo? Pero ¿en qué consiste tu trabajo?

—Ary —murmuró—, baja la voz...

Me di cuenta de que gotitas de sudor perlaban sus sienes. Sus manos temblaban ligeramente, como también sus párpados.

—Jane, ¿estás segura de que te encuentras bien? —dije tomándole las manos, húmedas.

—Sí, sí, muy bien. No duermo bien, últimamente. Tal vez me siento un poco fatigada.

La miré, horrorizado.

—¿Fatigada? ¿Por qué?

Su mirada se endureció de pronto.

—Escucha, Ary, no te lo he contado todo sobre mí. Soy...

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¡Eres una prostituta! Jane...

La miré sin comprender, sin querer comprender lo que, por su parte, habían comprendido ya las palabras que habían salido de mi boca.

Lívido, salí de la habitación, mientras Jane intentaba retenerme. De nuevo nos cruzamos en el pasillo con el hombre tuerto que vacilaba, y enseguida, como si le temiera, Jane volvió a entrar en la habitación.

Dejé la casa dormida en la noche, corrí por las calles a la débil luz del amanecer, a la deriva por las calles de Kioto, fuera del barrio de Gion, fuera de aquella ciudad maldita, de aquella mujer; corrí hasta que mis piernas se negaron a sostenerme.

Me había quedado mudo ante aquel desastre, aquel descubrimiento aterrador, ante la extensión del mundo tenebroso en que la propia Jane había quedado sumergida, hundida, perdida, tragada. Yo había caminado, corrido tras ella hasta muy lejos, había deseado amarla siempre, lo había abandonado todo, lo había dado todo por ella, hasta mi Dios, todo lo había sacrificado en el altar del Amor, y ella era la traidora que reinaba sobre el imperio del mal, ella era la reina de las sombras.

¡Oh, Jane! Ahora lo comprendía todo, sí, ahora sabía por qué se había marchado sin decir nada, porque cómo decir lo indecible; sabía por qué se había ido sin una palabra, sin un gesto, sin una señal: porque ella sabía la vergüenza que le esperaba.

Me sentí sumido en un abismo de desesperación, de duda, y la había seguido hasta su madriguera. Ella lo había destrozado todo, saqueado todo, ¿cómo vivir, ahora? Mientras nos amábamos, le pregunté si ella me amaba, y después del amor le hablé del amor, le dije que la amaba.

Nada de todo ello contaba; ahora sólo quería quedarme solo y marcharme, y recordar el momento fulgurante en que la había amado, tanto que habría podido morir de amor.

Nada de todo ello existía ya, nada tenía importancia, y me sentía incapaz de levantarme de nuevo, porque aquello era el fin del amor. Era el fin y yo iba a desaparecer.

Recordé aquella noche y la mañana que la siguió, mis ojos sonrieron después de la noche, pequeño eclipse de sueño, mis ojos se asombraron al verla despertar, felices, prendados, y el Amor sonrió, feliz en su reposo, orgulloso y sereno, sonrisa de lado, sonrisa de frente, sonrisa por nada, placer de la felicidad y placer de la vida, era el Amor el que sonreía, mis ojos en los suyos, mi cuerpo contra el suyo, en medio el Amor que sonreía. Lo recuerdo, oh sí, lo recuerdo muy bien.

Fui hasta ella, le dije: «No hay nada más que tú en el mundo, ninguna otra cosa, ninguna otra persona más que tú, y todo el resto no es sino dolor, materia, vacío, lentitud, torpeza, separación de ti y de mí, no hay nada más que tú, tú eres el objeto de mi pensamiento único, tú me apasionas, me preocupas, me inquietas, yo te quiero, te espero, no hay nada más que tú en esta espiral, estás tú, y es todo.»

Y ahora no había sino noche, oscura, abundante, cortante, había la noche temible, y yo tenía miedo, miedo de la negrura, miedo de mí, había la noche y yo estaba solo. Mi corazón desterrado recordaba su historia. Recordaba, oh tristeza.

Ayer pensaba: «nos hemos reunido, no nos separaremos más», y hoy era un extraño en la noche, un desconocido frente a una desconocida, y aquel amor era un feto, un aborto, un juego tal vez.

Estaba solo en el abismo de la noche.

Así partí a la carrera lejos de Jane, hija de Satán, prostituta que entregaba su cuerpo por la CIA, es decir por su trabajo, o por no sé qué. Jane, a la que amaba por encima de todo, a la que amaba más que nunca y a la que odiaba como nunca había odiado a nadie.

Al amanecer me encontré vagabundeando, huraño, por un Kioto envuelto en niebla. Sin haberlo decidido, mis pasos me condujeron hasta el templo del maestro. Entré en el santuario sin saber muy bien por qué, sin siquiera pensar que buscaba un refugio. Reinaba el silencio en la gran estancia oscura, iluminada por algunas velas, el incienso humeando. La atmósfera digna y calmada de aquel lugar, llena de serenidad, no me apaciguó.

El maestro estaba sumido en la meditación, solo. Pasó largo rato antes de que alzara sus ojos para mirarme.

—Eres un caballo insaciable, Ary Cohen. Día y noche, olvidas cuidar de tu espíritu. Por esa razón te he hecho esperar las veces anteriores, antes de recibirte. Para que estuvieras tranquilo, para que no olvidaras tu espíritu, cuando te comportabas igual que un caballo irascible.

—Ay —dije—, ¿qué puedo hacer? ¿Qué voy a hacer ahora?

—¿No te había dicho que deberías practicar el Arte del Combate?

—No, no quiero combatir, quiero caminar sin rumbo, o tal vez regresar a mi casa y abandonarlo todo.

—¿A tu casa? ¿Sabes siquiera dónde está?

Sonreí; en efecto, no había ninguna «mi casa». No tenía ningún lugar, ni a nadie, que poder llamar mío.

—Debes ser fuerte para recuperarte. Crees haber llegado al límite de tus fuerzas, pero no es así, Ary Cohen, no es así en absoluto. El verdadero blanco al que debes apuntar es tu propio corazón.

—Mi corazón está herido. Desgarrado.

—¿Deseas curarlo?

—No creo que eso sea posible.

—Vamos, vamos, hablas así porque lo ignoras todo acerca de nuestra vía hacia la curación. Es la vía del corazón...

—Pero no había mencionado de qué combate se trataba. El más terrible, el más duro, el más inesperado.

—El combate supremo: el combate contra ti mismo.

Se acercó a mí. Sus ojos negros me examinaron. Su quimono blanco bañaba de una luz casi transparente su fina piel. Colocó la mano en mi hombro y una especie de corriente eléctrica recorrió mi espina dorsal.

—Has de aprender a conocerte —dijo—. Y para eso has de aprender a dominar tu cuerpo. Si

te colocas en armonía con el pequeño universo que es tu cuerpo, éste estará en armonía con el cosmos. Para ello, el comienzo está en la verdadera concentración. La Vía del Combate es convertir el corazón del universo en tu propio corazón, lo que significa estar unido al centro del universo.

—Si conozco mi cuerpo, ¿me conoceré a mí mismo?

—A ti mismo... ¿Por qué hablas de «ti mismo»? No te encontrarás de verdad si antes no te pierdes. Cuando hay un ego, hay un enemigo. Cuando no hay ego, no hay enemigo.

—¿Cómo abandonar el ego?

—¿Qué es el ego? ¿La nariz, el corazón, los oídos, el cerebro? No es posible detener el corazón, y si se quiere dejar de pensar, los pensamientos igual surgen. Se vive por interdependencia. Cuando uno está sujeto a sí mismo, no puede ser feliz.

Me tomó del brazo y me condujo hasta el espejo suspendido sobre el tatami, junto a la entrada. Vi su reflejo y el mío. Él estaba en calma, sus rasgos finos no transparentaban otra cosa que una especie de bondad plácida, y en los míos no se veía otra cosa que el tormento, un alma sufriente.

—En el reflejo del espejo aparece la forma de tu rostro. Te reflejas a ti mismo, puedes ver y comprender tu espíritu, conocer tu verdadero yo.

Sonreí al oír sus consejos, tan sencillos en apariencia y tan difíciles de aplicar.

—¿Hay alguien que realmente conozca el espíritu, en este mundo?

—Quien alcanza el desasimiento llega a desembarazarse de todas las aflicciones, que no son sino las del espíritu.

—Me gustaría llegar a desasirme. Por desgracia, es imposible. No me siento capaz.

—Quererlo es el medio más seguro de no conseguirlo. No, primero hace falta que tomes conciencia de ti mismo, que aprendas a descubrirte. Sea cual sea la extensión de tus conocimientos, si no te conoces a ti mismo, no sabrás nada del mundo ni de los demás, y entonces será cuando verdaderamente perderás tu tiempo.

—Yo creía conocerme. Creía ser un guerrero, y era un monje. Creía ser un monje, y era el Mesías. Creía ser el Mesías, y soy un hombre... ¡Creía amar a una mujer, y la detesto!

—Quienes no se conocen en profundidad critican a los demás desde el punto de vista de su yo inculto. Admiran a quienes les adulan y detestan a quienes les critican. A causa de sus prejuicios, acaban por volverse irascibles, como tú, roídos por la cólera y prisioneros de los sufrimientos que se infligen a sí mismos. Si los demás te parecen malvados, ¿por qué deseas serles agradable? Sólo quienes han conseguido superar los prejuicios no rechazan a los demás, de modo que éstos, a su vez, pueden acogerlos.

Me volví hacia él.

—Así pues —dije—, ¿estudiar su ciencia es estudiarse asimismo?

—Y estudiarse a sí mismo es olvidar el yo. Olvidar el yo es despertar a todas las cosas.

—Entonces, dígame, maestro, ¿cómo puede uno conocerse a sí mismo?

Se acercó a mí, y mirándome al fondo de los ojos murmuró:

—Nuestras ideas y nuestros sentidos son semejantes a bandidos que han robado nuestro espíritu original y son frutos de nuestro propio pensamiento. Debes dejar de ser común, Ary Cohen. Debes dejar de tomar la ilusión por la realidad, y de adoptar la actitud de quien se fija en las apariencias, y de ese modo engendra la cólera, la incomprensión y las necesidades enfermizas. Estás demasiado ocupado en generar toda clase de aflicciones psicológicas; y es porque has perdido el espíritu original. Por esa razón eres incapaz de la menor concentración, y por eso eres un juguete de tu propio pensamiento. Como careces de todo apoyo psicológico, te has convertido en una persona triste y melancólica; como estás sujeto a las apariencias, vagas por el mundo sin destino y, sobre todo, sin comprender.

—Maestro —dije, y me sorprendí de estar llamándole así, por el nombre que daba a mi rabí de la época en que era un hasid—, ¿qué debo hacer? ¿Qué debo hacer para practicar?

—No necesitas sabiduría ni talento, y todo lo que sabes te resultará un estorbo.

—¿Debo convertirme en un guerrero?

—Un guerrero, sí, pero el guerrero último. El guerrero que mata a la propia muerte. Entonces conocerás la perfección. Detendrás los sufrimientos de los demás, proseguirás tu misión, y finalmente encontrarás la paz.

—Maestro, ahora estoy tranquilo, déme una lección y la recibiré.

Me observó largamente, como juzgando si era apto pare recibir una lección suya. Y yo le miré, intentando captar su mirada y resistir el deseo de bajar la mía delante de su fulgor, su perseverancia y clarividencia.

Sólo entonces, vi.

Llevaba una túnica de lino blanco y, sobre ésta, un chal con franjas de ocho hilos y cuatro nudos. Sobre su cabeza había una cajita negra. A su lado se encontraba el cuerno de un animal.

—Maestro, ¿qué ritos está usted realizando? ¿Practica esos ritos por mí?

—Son nuestros ritos.

—¿Cómo? Pero ¿esas filacterias, esas franjas, ese chofar? ¿Ese chal de oración y ese vestido de lino blanco, el de nuestros sumos sacerdotes?

—Son nuestros ritos, Ary Cohen.

—¿Vuestros ritos?

Lo miré perplejo; ¿acaso estaba gastándome una broma? Pero no, parecía serio, tranquilo y sosegado.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Cuál es vuestra doctrina? ¿Cuáles son vuestros ritos?

—Carecemos de objetos sagrados. Los del budismo y el cristianismo impresionan más, así como su arquitectura. Nosotros los sintoístas no tenemos nada de todo eso. Nuestras casas de oración son muy sencillas si se las compara con el Vaticano de Roma, o con las catedrales... Nuestro vino sagrado es el sake. El alimento y la bebida son componentes necesarios de nuestro ritual, con la música y la danza, que celebran la vida. Eso es todo.

—¿Tenéis una Torah? ¿Un texto, un escrito?

—No.

—Los musulmanes tienen el Corán, los budistas tienen los sutras, los cristianos su Biblia y los judíos sus Escritos. ¿Y vosotros?

—El sintoísmo no tiene nada. Todos nuestros escritos, Ary, se han convertido en cenizas... Nuestra memoria quedó asolada en una guerra que nos enfrentó a los budistas, en el siglo VIII. Ellos incendiaron nuestra biblioteca y quemaron todo nuestro patrimonio: nuestros escritos, nuestros textos sagrados. Todo se convirtió en humo, y ahora no nos queda nada. Nada más que nuestros ritos, nuestros templos y nosotros mismos, los descendientes de los sintoístas originales... El día de Año Nuevo, más de ochenta millones de japoneses visitan los santuarios, en Ise, Izumo Taisha, Meiji Jingu o Inari, Hachiman o Kami... Los japoneses suben a las montañas en Kukai o Nichiren. Porque eso es todo lo que nos queda.

—¿Y no tenéis nada escrito? ¿Ningún pergamino, ningún manuscrito?

—Hay algunos escritos, de la antigua mitología, pero no son más que fragmentos. Nos quedan nuestras divinidades, los kamis.

—Entonces, ¿sois politeístas?

—Pero decimos que hay un solo kami, y todos los kamis comparten la misma cualidad, pero un solo kami puede ser dividido en varias partes que pueden funcionar en lugares distintos: en Takaamahara, el cosmos; Takamanohara, el sistema solar; y Onokoro-jima, la Tierra. Cada parte tiene su propia función, que actúa como los miembros del cuerpo humano, con una unidad orgánica. Lo uno es múltiple, pero lo múltiple es uno.

»Ya ves que el sintoísmo es sencillo... En el sintoísmo, nuestro objeto de referencia es un *may gohei,* un pedazo de papel recortado y sagrado que refleja la simplicidad de la creencia sintoísta.

—Y el fundador de vuestra religión, ¿quién es?

—No tenemos un fundador. O al menos no conservamos recuerdo de él.

—Pero todas las religiones tienen un fundador: el budismo, el islam, el judaismo, el cristianismo...

—Pues al nuestro no lo conocemos. Hemos perdido su pista. ¿Sabes lo que es, Ary Cohen, perder la pista? ¿No tener nada en lo que basarse? ¿Haber perdido todos los textos, toda la memoria, no saber ya de dónde venimos?

—Creo que ahora lo sé.

—Siéntate —dijo—. Voy a mostrarte una cosa.

Obedecí.

—¿Estás bien sentado?

—No lo sé. ¿Hay una manera buena de sentarse?

Indicó con la mano la manera como estaba sentado él, con la espalda recta y la cabeza como una prolongación de la columna vertebral.

—¿Cómo puedes luchar si no buscas el equilibrio?

Me dio un ligero empujón y caí hacia atrás.

—Ahora empújame tú.

Lo hice con todas mis fuerzas, pero no pude moverle.

Volví al Beth Shalom. En la sala principal encontré al maestro Fujima sentado, leyendo un libro. Levantó la mirada hacia mí.

—Ary *San* —dijo—, le esperaba.

—Maestro Fujima —dije—, también yo le buscaba. Tengo que hacerle unas preguntas.

—Le escucho.

—El monje Nakagashi ¿formaba parte de su congregación?

—Sí, vino aquí y lo aceptamos porque era amigo de mi hija Isaté.

—¿Qué ocurrió con Nakagashi?

—Quería integrarse en nuestro grupo. Parecía perdido, y le ayudamos. Conoció nuestro secreto...

—¿Vuestro secreto?

—Le hablamos del hombre de los hielos.

—¿Fueron ustedes quienes lo encontraron? ¿Dónde y cuándo? ¿Estaba con él el manuscrito?

—Me plantea demasiadas preguntas a la vez, Ary Cohen. No puedo responder a todas... Pero ese hombre venía del Tíbet. Fueron los campesinos de la aldea quienes lo encontraron en la nieve. Cerca de la frontera china hay un monasterio budista en lo alto de las montañas.

»Únicamente algunos iniciados tienen derecho a ir allí, si conocen al lama. Y nosotros lo conocíamos, porque vino a verme a mi casa de Tokio para que copiara algunos de sus manuscritos. Por esa razón me hizo llegar al que usted llama "el hombre de los hielos". Pensaba que ese hombre no era budista sino sintoísta, y que teníamos que verlo.

Me pregunté si era posible que ese monasterio fuera el mismo al que se había retirado Ono Kashiguri cuando encontró el *satori.*

—Sí —dijo el maestro Fujima, como si me leyera mi pensamiento—. Allí fue encontrado el hombre de los hielos. Ahora me parece que ha venido a perseguirnos, como un tengu...

Di cuenta a Shimon de las últimas novedades de la investigación. Después le dije que quería volver a Israel.

—¿Piensas que Fujima está implicado en el asesinato deNakagashi?

—No lo sé. Es posible. Después de todo, tenía que guardarle rencor por ser el amante de su hija. Sin embargo, no creo que practique el Arte del Combate, y es bastante anciano. De todas maneras —repetí—, en ningún caso voy a viajar al Tíbet. Quiero volver, Shimon, mañana mismo sacaré billete para Israel.

Hubo un silencio.

—¿Y Jane? Gracias a tus informaciones, hemos averiguado que el jefe de la secta, Ono Kashiguri, acaba de partir hacia el Tíbet, a un monasterio junto a la frontera china.

—¿Y ella lo acompaña?

—Al parecer, sí.

—Hay que abandonar esa pista de inmediato. Es un error. Jane sabía lo que hacía al cortar todos los contactos. Eso puede ser muy peligroso para ella. Y yo no quiero salir en su busca.

—Allí es donde tienes que ir si quieres averiguar más cosas sobre el hombre de los hielos —me interrumpió Shimon, imperturbable—. Pero cuidado: en el Tíbet y el Xinjiang China ha impuesto su ley. Es imposible cualquier contacto con extranjeros, bajo pena de prisión. En particular, los monjes tibetanos están mal vistos por los chinos, que les califican de separatistas. El castigo previsto es una reeducación mediante trabajo en unos campos... siniestros.

—No —dije, al tiempo que pensaba que ni siquiera habría sabido situar el país en un mapa—, no iré allí. ¿Por qué tendría que ir? No sé nada del Tíbet ni de sus problemas con China, y no me importa lo más mínimo.

—Bien —repuso Shimon—, voy a explicártelo todo. El país fue ocupado en 1950 por el ejército chino. En marzo de 1959 hubo una sublevación en Lhasa, la capital del Tíbet. Para proteger la vida del Dalai Lama, al que creían en peligro, los tibetanos se agruparon alrededor de su palacio. Por esa razón, el Dalai Lama decidió exiliarse en la India: pensaba que su marcha evitaría un baño de sangre, y le siguieron centenares de miles de refugiados. En marzo, los soldados chinos mataron a ochenta y siete mil personas en Lhasa. Utilizaron toda clase de medios para aniquilar la resistencia nacional tibetana. Se dice que un tibetano de cada diez ha pasado diez años de su vida en prisión o en un campo de trabajo. La ocupación china ha causado la muerte de al menos un millón doscientos mil tibetanos. A nadie le importa, pero es la verdad. De modo que prudencia, Ary, prudencia cuando vayas allí.

Mientras me hablaba, me puse a examinar la piedra que me había dado el maestro Fujima. La había colocado sobre mi mesilla de noche, en su saquito. Era pequeña pero despedía mil reflejos. De pronto se me ocurrió una idea.

—...y nadie podrá ir a rescatarte de una prisión china —seguía Shimon—. ¿Ary?

La voz inquieta de Shimon resonaba en el auricular.

Abrí mi saco de viaje y saqué con precaución el peto del *efod*, la vestidura del sacerdote, que había envuelto en una tela. Extraje el peto, que tenía engastadas las once piedras de las once tribus. Coloqué el diamante en el hueco vacío, el de la tribu de Zabulón.

Encajó a la perfección, como por arte de magia.

—¿Ary?

—Oh, Dios mío...

—¿Qué, Ary? ¿Qué ocurre?

—La piedra —dije, y todo mi cuerpo temblaba—. Es la piedra que faltaba en el *efod.* Oh, Dios mío. Ese hombre...

—¿Qué hombre?

—¡El hombre de los hielos! ¡Es un Cohen!

—¿Cómo? —exclamó Shimon—. ¿Qué dices? Ary, ¿estás seguro?

Examiné la piedra: no había duda, encajaba en el hueco al milímetro. No podía tratarse de una coincidencia. Y únicamente los sumos sacerdotes podían llevar consigo esa clase de piedras. Pero ¿por qué ésa? ¿Por qué no el *efod* entero? ¿Significaba eso que el hombre era de la tribu de

Zabulón, puesto que había cogido el diamante? Tal vez quería poder demostrar quién era, y por esa razón se había llevado la piedra...

—Dicen que en Japón la gente puede volverse loca —dijo Shimon—. Se han dado casos.

—¡Luego, es un sumo sacerdote! Tal vez ese hombre es mi antepasado...

La noche antes de mi partida para el Tíbet estaba en la orilla de un río y perseguía a un hombre que tenía el cuerpo untado de aceite. Me pedía una cerilla. Yo le decía que era muy peligroso y él me contestaba que no.

Se la pasé y empezó a llamear; él intentaba apagar el fuego con su saliva, pero su lengua también ardía, de modo que tomé la cerilla en mi boca y la apagué con mi saliva. ¡Oh, Dios! Desperté tembloroso de esa pesadilla, y recordé los sucesos del sueño y los de la víspera, peores aún que los del sueño.

Lo lamenté todo: no haber pronunciado el nombre de Dios en la ceremonia de los esenios, y sí en cambio el de Jane; haberla seguido y escuchado, haber venido aquí por ella. Y sobre todo, sí, sobre todo, lamenté haberla conocido.

Habría podido librarme de ella y contemplar el espacio ilimitado. Pero en lugar de eso me encontraba en la esfera de la nada, solo e impotente. Todas las palabras del mundo se habían perdido.

V.
EL PERGAMINO DE LA MONTAÑA

Se tenderá sobre un lecho de tristeza, en un lugar de suspiros residirá. Se mantendrá solitario, apartado de todo riesgo. Lejos de la pureza, a doce codos, ellos le hablarán; a esa distancia, al noroeste de toda vivienda, allí residirá.

Manuscritos de Qumrán,
Leyes de pureza ritual

Tomé el avión que me llevó a Katmandú. Desde allí, un autobús me condujo a Bayi, en la carretera Tíbet-Sichuan, donde tomé otro que llevaba cerca del monasterio al que debía trasladarme. La estrecha carretera cruzaba las ocres colinas. El vehículo superó una primera cadena montañosa, cubierta de flores y vegetación exuberante, antes de llegar a una inmensa meseta que apareció de repente, como si surgiera por encima de las nubes.

Luego el camino ascendió. Tuve miedo cuando vi que el autobús enfilaba a toda velocidad un puente colgante verde y amarillo que atravesaba un río. Después de una curva muy cerrada, apareció la primera cumbre blanca en forma de campana: el país de las nieves eternas.

El camino continuó por el flanco de una montaña. Muros y techumbres, mástiles de los que colgaban banderas, anunciaron las primeras aldeas tibetanas. Por el camino transitaban los yaks y en los valles pacían los corderos. El camino alcanzó un nivel superior y apareció un paisaje aún más amplio, más bello, más sereno. Luego cruzamos un puerto de montaña donde se acumulaban piedras sueltas, y finalmente un largo altiplano gris y árido.

Dos camiones militares nos cerraron el paso. El autobús se detuvo en el puesto de control. Un policía chino subió y pidió el pasaporte a todos los viajeros. La atmósfera era tensa porque iban muchos tibetanos. Las distintas verificaciones hicieron que pasara media hora larga hasta que el policía se fue, no sin dedicar una última ojeada al vehículo.

Llegamos a un pueblo del que cruzamos la parte china, en la que vivían los campesinos en casas de adobe, con puertas decoradas con piedrecitas de colores. Las mujeres llevaban vestidos de raso tupido, verde oscuro o negro, y pañuelos de cabeza anudados al cuello. Los hombres llevaban solideos blancos en la cabeza, y los ancianos tenían largas barbas blancas. Delante de mí pasó una pareja de ancianos: la mujer, descarnada, tenía los ojos hundidos y el rostro arrugado y agrietado como un pergamino antiguo.

Al borde del camino estaban sentados los molineros, con grandes sacos de harina. Había también hombres subidos en burros que transportaban objetos o alimentos. Se habría dicho que se trataba de personajes intemporales, surgidos de un pasado muy lejano, de una época antigua, tal vez mítica.

Finalmente, después de cruzar un pequeño puente, lo vi: el monasterio estaba colgado de la montaña. El camino que conducía a él era empinado. Por el fondo del valle, rodeado de montañas cubiertas de nieve, corría un arroyo. En la ladera se veían cuevas naturales en la roca. Estábamos a más de tres mil metros de altitud.

Alrededor, valles y pastos se extendían en forma de landas salvajes en las que pacían corderos guardados por pastores.

Cruzamos la muralla roja que rodeaba el monasterio.

En el patio deambulaban los monjes de cráneo afeitado, vestidos todos de la misma manera, con una especie de hábito de un hermoso tono anaranjado.

Entré en el gran edificio de madera roja y me presenté en la recepción del monasterio. Había allí dos monjes, encargados de acoger a los recién llegados. Uno se presentó como el maestro de canto del monasterio. Más tarde supe que habían cumplido más de quince años de trabajos forzados, y que hasta hacía poco no estaban autorizados a llevar el hábito monástico.

Me esperaban: Toshio, como de costumbre. Había organizado mi visita a la perfección. Oficialmente, me encontraba allí para un retiro de varios días recomendado por el maestro Fujima. Me asignaron una tienda de pieles de yak, sujeta por unas estaquillas exteriores. En el centro tenía una abertura por la que salía el humo de un fuego de bosta seca que ardía día y noche.

Mi tienda estaba situada delante del edificio principal, en un campo, en medio de otras tiendas parecidas. Alrededor se alzaban casas de pequeñas dimensiones, construidas con una

mezcla de madera y tierra, también habitadas por monjes. En el centro de aquel conjunto estaban el monasterio y el centro de retiro.

Dejé mi equipaje en la tienda y me dirigí al monasterio. Los caballos de los monjes pacían en libertad, a la espera de ser montados: era, al parecer, el único medio de locomoción local. Delante de la entrada había jóvenes tibetanos, bien abrigados con pieles de carnero.

En el interior del edificio principal se elevaba un humo que olía a enebro. Me acerqué al lugar del que parecía proceder. Allí había unos monjes que golpeaban rítmicamente unos tambores de cuero. También ellos iban vestidos con gruesas pellizas de carnero. Me explicaron brevemente que aquellas danzas tenían por objeto celebrar el advenimiento del gran maestro Padamnasanbhava, quien había propagado el budismo por el Tíbet en el siglo VIII.

Un joven monje de túnica naranja bailaba alrededor de un murete de piedras planas cubierto con telas. Le miré dar vueltas durante largo rato, absorto en sus evoluciones.

De pronto hubo un alboroto, y enseguida se indicó a todos los presentes que nos dirigiéramos al centro de retiro, porque iba a llegar el lama.

En la gran sala central se habían reunido todos los monjes, bajo arcadas sostenidas por columnas. Las cuatro paredes estaban cubiertas por frescos que ilustraban la historia del budismo en el Tíbet. Así, supe que los tibetanos procedían de las tribus chiang, un pueblo de pastores nómadas establecidos en las estepas del noroeste de China. No fue hasta el siglo V cuando un rey llamado Namri Songtsen empezó a controlar el Tíbet y situarlo bajo la influencia budista. Se le conocía por «Comandante de los cien mil guerreros». Le sucedieron numerosos reyes que o bien favorecieron la penetración del budismo en el Tíbet aportando textos e invitando a sabios, o por el contrario pretendieron erradicarlo mediante represiones sangrientas. Uno de esos reyes, Langdaram, violentamente hostil al budismo, desmanteló las instituciones religiosas instauradas por sus predecesores. Sin embargo, tres monjes consiguieron huir llevándose los textos fundamentales del budismo hacia el oeste y el norte. Ellos lograron ordenar a Gogpo Rabsal, un monje célebre que fue, con Atisha, el impulsor de la segunda difusión del budismo en el Tíbet, hacia el año 900.

En 978, diez monjes que habían estudiado con los maestros budistas regresaron a Lhasa. Su jefe reconstruyó los monasterios de la región de Lhasa, entre ellos el mayor templo tibetano, el Jokhang. A partir de entonces el budismo conoció un gran auge en el Tíbet, tan impresionante que los mogoles decidieron oficializarlo y nombrar virreyes a los lamas. Esta situación duró hasta la ascensión del jefe mogol Gushri Kan. En 1655, a su muerte, los dalai lamas se convirtieron de hecho en los jefes espirituales y temporales del país. El último fresco del muro representaba al actual Dalai Lama huyendo de su mansión, en la ciudad de Lhasa.

El lama estaba instalado en una estancia contigua, donde recibía a quienes se habían reunido ya ante su puerta. Les prodigaba consejos, instrucciones espirituales, enseñanzas o bendiciones. Acudían allí toda clase de personas: campesinos, peregrinos tibetanos o extranjeros, y monjes que traían mensajes enviados por otros lamas.

Supe, por un joven monje que estaba a mi lado, que el lama gozaba de una fama extraordinaria en todo el país. Incluso después de jornadas agotadoras, respondía a las peticiones individuales y recibía a las personas hasta muy avanzada la noche. Cuando las ceremonias duraban el día entero, tomaba rápidamente su comida en el momento de la pausa de mediodía y utilizaba los minutos restantes para la meditación.

Me acerqué a la puerta. Un grupo de personas me tapaba su visión, pero podía oírle: hablaba sin esfuerzo a un ritmo regular, en un tono neutro, sin énfasis, con un flujo continuo de palabras, sin pausas ni vacilaciones, como si leyera un libro invisible abierto en su memoria.

Volví a la sala en que los monjes esperaban la venida de su maestro. Estaban en silencio,

sentados en el suelo. No se oía un ruido, ni una respiración, y sin embargo había más de cien personas en la gran sala iluminada con velas. Los recién llegados se prosternaban al entrar. Los demás parecían sumidos en profundas meditaciones.

Al cabo de una hora aproximadamente, el lama hizo su entrada. No era muy alto y estaba entrado en carnes, pero tenía una presencia física impresionante, a la medida de lo que su voz daba a entender, que inspiraba temor y respeto. Su porte le hacía parecer mayor de lo que era, inmenso, y su rostro, impasible y benévolo como el de un buda, parecía una estatua tallada en piedra. Pero su mirada inquieta era profunda como un abismo. Llevaba, como los demás monjes, una túnica anaranjada y una tiara dorada sobre su cabello largo y lacio.

Comprendí que ese carisma, resultado de una larga búsqueda interior y una fuerza psicológica extrema, era también la razón por la que sus adeptos y discípulos le seguían sin desfallecer.

Tomó asiento en silencio. De inmediato, los monjes se agitaron a su alrededor con cuencos de té humeante y harina de avena cocida. Cada uno recibía en un cuenco una cucharada de harina que mezclaba con el té y luego comía chupándose los dedos.

No lejos del lama, un monje daba los últimos toques a un dibujo hecho con arena de diferentes colores. Cuando hubo terminado, lo enseñó a todos para que lo viesen, y enseguida destruyó su bella obra, sin dudarlo. La arena fue colocada en una urna y llevada en procesión fuera de la sala. Mi vecino, al que pregunté qué sentido tenía aquel ritual, me explicó que se trataba de un mandala; un apoyo figurado a un ritual de liberación que consiste en una representación del universo. Éste, al ser un mandala de arena, era desbaratado para mostrar la naturaleza efímera de todas las cosas.

Entonces los monjes formaron un círculo y empezaron a bailar, saltando con una ligereza increíble, para manifestar su alegría ante la presencia del lama. La danza, puntuada por sonoros golpes de gong, duró mucho tiempo; era como un cuadro vivo de colores alegres. Algunos monjes llevaban máscaras de animales y otros, con el rostro descubierto, parecían concentrarse en los movimientos de la danza. A veces un monje con una máscara de payaso estorbaba a los bailarines con movimientos desordenados y provocaba las risas de toda la asamblea.

Después se hizo el silencio, el lama empezó a hablar con su voz cálida y tono invariable. Sin comprender lo que decía, compartí el respeto de sus discípulos.

Escuché la música de su voz, singular, profunda, liberada de las penas de esta vida pero también de los sufrimientos sin fin del círculo vicioso de la existencia. En el timbre de su voz había un fondo de tristeza y desilusión, al mismo tiempo que una gran sinceridad. Y en su mirada podían leerse una compasión, una comprensión y una solicitud que yo nunca había encontrado en nadie.

Se volvía hacia los monjes dispuestos a su alrededor como si se dirigiera a cada uno de ellos en particular. Se habría dicho que era consciente de cada gesto, de cada expresión, y que se tomaba su tiempo para responder, un poco como si residiera en todos los seres y fuera capaz de percibir su perfección y su pureza originales. Y en cada rostro vuelto hacia él, concentrado, atento, parecía leerse el deseo de compartir un poco de su esencia a través de sus palabras, como si todos quisieran colmar su vacío, su ignorancia, su desconocimiento. De algún modo parecían mendigos en el acto de recibir miles de monedas de oro y plata, tan maravillados que no daban crédito a sus propios ojos. O ciegos que veían el sol, que nunca había dejado de brillar salvo para ellos; o niños en el acto de venir al mundo.

Después del discurso del lama, los monjes hicieron una ofrenda. Había caído la noche. Cada participante tenía una lámpara encendida y se encontraba unido a sus vecinos por medio de unos echarpes blancos que, anudados los unos a los otros, daban la vuelta a toda la asistencia, imagen terrena del vínculo espiritual. Luego los monjes entonaron un cántico que consistía en una única nota, lenta y melodiosa, que me sumergió en un dulce ensueño.

Al día siguiente solicité una entrevista con el lama, que me fue concedida de inmediato. Fui a la salita contigua a la gran sala del monasterio, donde esperaban ya una decena de hombres y mujeres. Me senté junto a los demás y aguardé mi turno.

Al cabo de un rato, un monje me indicó que entrase. Cuando vi al lama, me sentí tan impresionado por la profundidad de su mirada como el día anterior con su timbre de voz.

—Buenos días, Ary Cohen —-dijo en inglés—. El maestro Fujima me ha enviado un mensaje relacionado con usted. Me ha dicho que el propósito de su venida aquí no es un simple retiro.

—De hecho estoy buscando a un hombre que fue monje en este lugar y que ha vuelto a visitarlo no hace mucho tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Ono Kashiguri.

—Sí, estaba aquí hace apenas unos días.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. No preguntamos nada a nadie. La gente llega y se marcha, y nosotros no sabemos de dónde viene ni adonde va.

—Pensamos que ese hombre es malvado. Tenemos que encontrarlo.

—¿Malvado? —repitió el lama—. ¿Por qué dice eso? ¿No sabe que el mundo tiene la naturaleza del Buda, aunque el karma lo modifique? Ese hombre ha hecho zazen aquí, y su karma ha desaparecido.

—No entiendo.

—Es sencillo: el karma es el mal que arrastramos del pasado. Si quiere comprender de verdad, tiene que captar lo que es el ego. Tiene que saber que en último término el ego no existe, porque cambia de instante en instante. ¿Dónde existe el ego, entonces? Es uno con el cosmos. No es sólo el cuerpo y el alma, es también Dios, el Buda, la fuerza cósmica. Si usted hace zazen, su ego se fortalece y puede encontrar su propio yo. Si abandona totalmente el ego, se convierte usted en Dios o en el Buda.

—¿Cree que Ono Kashiguri se ha convertido en el Buda?

—Creo que vino aquí y que lo ha abandonado todo, se ha despojado de todas las cosas, se ha liberado de su conciencia personal.

—Regresó de esta casa proclamando que se había convertido en Dios.

—Si dice que es Dios, es que no es Dios...

—¿Qué significa que su karma ha desaparecido?

—El karma quiere decir acción. Hay un karma del cuerpo, de la palabra y la conciencia. Si mata usted a un hombre, por más que escape a la justicia, un día, con toda seguridad, el karma de esa acción reaparecerá en su existencia y en la de su descendencia.

—Ésa es la razón por la que tenemos que encontrarlo.

El lama me observó unos momentos con aire triste, como si buscase palabras que yo fuera capaz de entender. Porque él y yo no hablábamos el mismo lenguaje. A mí me movía todavía el deseo pragmático de obtener la información que había ido a buscar, mientras él evolucionaba en un mundo muy distinto, que sin embargo no me resultaba del todo desconocido.

—Mire esto —dijo, colocando la mano izquierda sobre la derecha—. Es la mejor posición para concentrarse y evitar la dispersión de la energía. Si uno se deja ganar por la somnolencia, los pulgares caen; si se está nervioso, los pulgares se alzan. De ese modo, es posible controlarse y recuperar la posesión de uno mismo. Con una sencilla mirada a sus dedos puedo decir cuál es su estado de espíritu. Por sus dedos, yo comprendo su karma, su destino...

—¿Qué ve?

—Veo que ha matado a un hombre.

—Es verdad[4] —dije estupefacto, porque nadie en ese lugar conocía aquel hecho.

—Mire —prosiguió el lama, mirándome con atención—. Si controla sus manos y la unión de los pulgares, puede relajar la tensión de los hombros y bajarlos; por esa razón los yoguis meditan con los dedos en círculo... Mire bien: es necesario que los pulgares se toquen. Pero no sirve apretar con mucha fuerza. Las manos tienen que estar perpendiculares al centro. Así expresan la condición de la conciencia.

—Es difícil —comenté, mientras intentaba seguir el hilo de su discurso.

—La mirada es muy importante. Hay que fijar la mirada a una distancia de un metro al frente, y no moverla. Algunos cierran los ojos, así se adormecen... Ahora, sople.

Aspiré y di un largo soplo, como si mi aliento subiera del estómago.

—Así: hay que espirar, no es necesario inspirar; sólo soplar. Cuando se ha exhalado todo el aire, es posible aún respirar un poco. Ahora, apóyese en el suelo con el dedo gordo del pie y coloque el pulgar en el puño izquierdo. ¿Siente la energía en la pelvis?

Cerré los ojos y me esforcé en no fijar mi mente en ningún pensamiento. Intenté olvidarlo todo: el alimento, el entorno, la humedad, el clima, el calor, la mañana, el mediodía y la tarde, todo lo que podía influirme. Permanecí inmóvil, como en las representaciones del Buda.

—Ahora —dijo el lama—, piense en todo lo que posee, en todas las cosas que utiliza, y también en su cuerpo, e intente pensar que va a darlo todo.

—No poseo nada, no tengo nada mío. Mis cosas, como mis mantas, mis libros, mi cama... No tengo nada de todo eso. Lo he dado todo, y ahora estoy solo.

—Veo otra cosa en usted.

—¿Qué ve? —dije, inquieto esta vez.

Inclinó ligeramente la cabeza, y con una sonrisa maliciosa, dijo:

—Veo que muy pronto va a hacerme otra pregunta.

—Querría saber quién encontró al hombre que estaba enterrado entre los hielos.

—A esa pregunta puedo responderle, Ary Cohen. Fueron los campesinos que viven junto al monasterio. Les llaman los chiang min.

—¿Son los mismos chiang de los orígenes del Tíbet, doscientos años antes de nuestra era?

—Se dice que son los mismos. Siempre han vivido un poco apartados, en las montañas. Encontraron al hombre de los hielos en las nieves eternas.

Después de la entrevista con el lama, me presentaron a mi instructor, que me esperaba en la sala de estudios. Era un hombre de edad mediana, alto y bastante grueso, que respondía al nombre de Yukio. A diferencia de los demás monjes, que estaban rapados, tenía el cabello largo. Me dijo que iba a enseñarme el Arte del Debate, que consiste en refutar las concepciones erróneas, distinguir lo verdadero de lo falso, disipar las incertidumbres respecto a la validez de un postulado.

Y me enseñó los cinco colores principales: el rojo del fuego, el amarillo, el verde del agua, el blanco del cielo, el azul del metal. Conocí los secretos de los mandalas: el círculo, símbolo del cielo y el tiempo. El cuadrado, símbolo de la tierra, representaba la estabilidad. El triángulo reflejaba la noción de la armonía, y la estrella era la luz que siempre había guiado al hombre. El rojo era la alegría y la salud; el anaranjado despertaba los sentidos y provocaba bienestar y júbilo, salud y buen humor; el amarillo representaba la luz; el verde, el final y la regeneración del alma, y el azul apaciguaba, como el agua eterna. El negro era la fecundidad; era el centro de la Tierra, que precede a todo lo que existe. El blanco era la unidad y la pureza.

Miré a los adeptos trazar los mandalas en todos sus detalles. Mediante la meditación se

[4] Véase *Qumrán.*

identificaban primero con esa representación, antes de disolverla en el vacío.

Uno de ellos dibujó un mandala que representaba un palacio cuadrado con cuatro columnas marcadas, hacia el centro, con círculos de pétalos de loto. En el centro del mandala se hallaba la deidad principal, sentada en un trono de loto. Alrededor de ella se encontraban sus emanaciones, lo que se llama «cortejo». En los pasillos y los patios del palacio divino había toda clase de deidades secundarias, que formaban la corte. En las puertas del palacio estaban los guardianes, que protegían el palacio de las negatividades. Cada cuartel del palacio tenía un color distinto, que correspondía a un elemento y a su sentido simbólico. El cuartel original era blanco, como el agua; el sur era amarillo, como el Sol; la Tierra, al oeste, era roja, como el fuego; y el norte, que representaba el aire, era verde. El palacio estaba doblemente protegido: en el exterior, en torno a la muralla sagrada indestructible, por un círculo de llamas con los colores de las cinco sabidurías.

Era absolutamente magnífico: una de las obras más bellas que había visto jamás, graciosa y serena, con tanta fuerza interior que parecía destinada a permanecer para siempre. Ante aquel mandala, tuve el deseo de su posesión y la extraña sensación de que me pertenecía porque había sabido verlo. Pregunté si ése era el Templo ideal.

Pero el monje, tan pronto lo hubo acabado, lo rompió en pedazos; yo pasé abruptamente de la sonrisa al estremecimiento, y aprendí así la vanidad y el vacío. Medité entonces sobre el cambio y la corrupción, sobre el cuerpo que desaparece, sobre ese monasterio que, pasados diez mil años o aún menos, habría dejado de existir con todas las aldeas que lo rodeaban.

Medité largamente sobre todos esos temas, delante de una llama. El ejercicio era difícil, vi tantas cosas... Y muchas cosas más habían dejado de existir para mí.

Al día siguiente me dirigí a la aldea próxima al monasterio, donde habitaban los chiang min. Encontré allí a varios hombres jóvenes paseando por la calle e intenté hablarles, pero no parecieron comprenderme. Me llevaron a la casa de uno de ellos, que hablaba inglés. Era joven también; tenía la piel oscura y sus ojos no eran tan rasgados como los de los japoneses o los chinos. Le pregunté si sabía quién había encontrado al hombre de los hielos y en qué lugar, y también quién se lo había llevado de allí.

—Lo encontramos en la montaña —dijo—. El monje Nakagashi, que venía a estudiar al monasterio, se lo quedó y lo llevó a su propio monasterio, porque creía que era importante para él. Nosotros no sabemos quién era ese hombre, de modo que no tiene importancia para nosotros.

—¿Sois budistas?

—No, nosotros creemos en un Dios único; se llama Abachi, que significa Padre de los Cielos, o también Mabichu, el Espíritu de los Cielos, o bien Tian: Cielos. Ese Dios todopoderoso reina sobre el mundo, lo juzga con bondad y da a los justos lo que corresponde a sus méritos, y a los malvados su castigo.

Observé que llevaba una cuerda para ajustar su vestido, y en la mano izquierda un bastón con forma de serpiente.

—¿De dónde viene ese bastón? —le pregunté, porque me recordó al de Moisés.

—Es un bastón ritual. Me lo dio mi padre, y a él se lo dio el suyo.

—¿Cuántos sois en vuestra tribu?

—Unos doscientos cincuenta mil hombres y mujeres.

—¿Procedéis de China?

—Según nuestra tradición, descendemos de nuestro antepasado, el que tenía doce hijos.

—¿Tenéis libros y escritos que den testimonio de vuestra fe?

—Antes teníamos libros y pergaminos, ahora todo está perdido desde hace mucho tiempo, desde las guerras con los budistas. Sólo nos quedan nuestras tradiciones.

Al salir de su casa, vi que en el dintel de la puerta había una mancha roja.

—Los chiang untan sangre de un animal en el dintel, para guardar sus casas —explicó el joven chiang min.

—¿Hacéis sacrificios de animales?

—¿Por qué lo preguntas? —repuso con recelo.

—Para informarme, para saber más cosas de vosotros; también mi pueblo hacía sacrificios de animales. —Quizá temía que yo fuera budista y condenara esa práctica.

—En efecto, los realizamos en memoria de los tiempos antiguos. No comemos alimentos impuros. Nos reunimos para rociar la sangre, aportamos víctimas al sacrificio y procedemos a rociar la sangre.

»Después de la oración, varios órganos de los animales son quemados con la carne; el sacerdote recibe el brazuelo, el pecho, las patas y también la piel, y la comida se reparte entre los adoradores. Así lo hacemos desde hace miles de años.

Estaba a punto de marcharme cuando se me ocurrió una idea.

—¿Puedes enseñarme el lugar donde encontrasteis al hombre de los hielos? Te pagaré si me llevas allí.

El joven rehusó recibir ninguna remuneración, pero aceptó guiarme. Me dijo que se llamaba Elija. Quedamos citados para el día siguiente, al amanecer, para un viaje de duración indeterminada, en la frontera con China.

Elija había colocado en un cestillo unas pocas cosas: pan, té con mantequilla y una manta. Muy pronto, los techos de la pagoda desaparecieron en el horizonte y, no sé por qué, el paisaje me provocó una especie de nostalgia.

Los arrozales en terrazas subían y bajaban por las laderas. De una roca brotaba la curva de un torrente. Yo llevaba unas sandalias prestadas por un monje, y pronto me arrepentí, pues no estaba acostumbrado a caminar, por así decirlo, en contacto con el suelo. Mis pies, hinchados y magullados, empezaron a sangrar.

Estaba en medio de ninguna parte, y sin embargo bajo el mismo cielo, ese cielo infinito, como empujado por una necesidad absoluta. Detrás de mí, el vacío; ante mí, la verdad extrema. Estaba aislado en el espacio, en el flanco de una montaña soleada, y marchaba lejos, siempre más lejos, a pesar de que ignoraba adonde.

Impresiones fugitivas... Los tonos malvas en la frontera entre la tierra y el cielo, los altiplanos áridos e infinitos, los bosques, las orquídeas salvajes... Seguía mi camino por senderos vertiginosos, cruzando puentes estrechos sobre glaciares profundos. La montaña no se acababa, era interminable, y yo sentía la borrachera de la altura.

La primera noche acampamos delante de una pared de rocas rojas, a la entrada de una garganta por la que escapaba un torrente. Al día siguiente seguimos un sendero de cabras y me caí: resbalé por la pendiente, casi a pico, hacia el bosque, sin hacerme daño, porque había aprendido la manera de caer del maestro Shôjû Rôjin, sin saber que utilizaría su lección contra la montaña.

Durante el segundo día remontamos el valle antes de adentrarnos por una pista entre grandes árboles de aroma penetrante. Tenía sed, tenía hambre. Pasamos ante una aldea minúscula cuyos habitantes, gentes chiang min, asombrados y emocionados al vernos, nos dieron té con mantequilla.

La segunda noche me despertaron dos ojos amarillos como llamas: un leopardo. Enorme, magnífico, de piel lustrosa, el felino me observaba con calma, como preguntándose quién era yo. No sabía qué hacer y permanecí inmóvil, sin atreverme a decir una palabra para despertar a mi

guía, porque el miedo me paralizaba. Me quedé así, con la respiración en suspenso, hasta que el leopardo siguió su camino tranquilamente.

¿Era mi imaginación, que tenía necesidad de poblar aquel país inmenso y vacío? ¿Era real? Me sentía seguido, espiado por un grupo misterioso, en las laderas herbosas y las montañas azules. Sentía a mis espaldas una presencia, algo que me acechaba.

Día y noche, afronté lo desconocido en aquel paisaje de grandes arabescos, de pistas minúsculas, de senderos de cabras, y a veces de grandes terrazas en las que pacían los yaks entre las montañas.

Subíamos sin parar. Tenía ampollas y rozaduras en los pies, y a mis pulmones llegaba apenas el aire justo, porque, cuanto más ascendía por la montaña, más sentía la falta del oxígeno. Estaba descubriendo la tierra en su dimensión vertical, entre el sol y el glaciar, en el silencio del universo. Seguía el sendero que se elevaba hasta la línea de las cumbres, la que marca el final del mundo.

Caminábamos desde hacía horas, el cielo se oscurecía. Teníamos que llegar hasta las casas que estaban ya a la vista, donde pernoctaríamos; pero estaban lejanas, como espejismos. Los árboles no paraban de desfilar ante nosotros, y yo escuchaba la noche, el alboroto de los pájaros.

El tercer día tuve fiebre debido a la larga marcha y la fatiga. Me sentía caliente por dentro, a pesar de que el frío me calaba los huesos. Varias veces hube de detenerme, no podía seguir caminando. Tenía la impresión de haberme congelado en un campo de hielo. Mi guía, por su parte, avanzaba en silencio, envuelto en su pelliza, con las mejillas enrojecidas por el frío. No hablábamos mucho, demasiado concentrados en el esfuerzo de caminar.

Habría querido encontrar un lugar donde la muerte no pudiera alcanzarme. Pero ese lugar no existía, no había ningún gran castillo de piedra, ningún barco en la mar, ninguna cabaña en el bosque. Alrededor de nosotros, el desierto, el vacío.

El lama decía que había una manera de detener la muerte. Pero ¿era medicina, o salmodias sagradas? No, ningún doctor había encontrado un medicamento que detuviera la muerte, y ningún sacerdote había descubierto las palabras que podían mantenerla alejada...

¿Cómo añadir horas a la vida?

Yo era un árbol bajo la luna.

Detrás de los glaciares, la luna rodeada de nubes adquirió una forma fantástica. Proyectó una claridad luminosa sobre las colinas; la tierra y los pastos verdeantes desaparecieron. Las hojas brillaban con intensidad a la luz. Fui consciente de que algo iba a producirse, algo que yo esperaba.

El cuarto día nos encontramos en medio de una luz inmensa, cegadora. Todo era blanco, inmaculado: el país de las nieves eternas. Era como un baño de amor. Y de pronto, dejó de existir el yo, lo exterior, no hubo ya bien ni mal, ni verdad ni mentira, ni sagrado ni profano, ni relativo ni absoluto, dejó de existir el yo, el ego; sólo había un cuerpo que marchaba por la montaña, que marchaba de tal manera que no sabía ya dónde estaba la montaña ni dónde estaba el cuerpo. Envuelto en una nube, sentí el calor de una llama, de un fuego y una inmensa alegría, un gozo inefable acompañado por una iluminación, y tuve la impresión de que en ese momento alcanzaba la vida eterna.

Respiré profundamente, hasta agotar mi aliento. Al exhalar, mi respiración se mezclaba con la de ese abismo extraño que es el universo. Yo no existía, yo era una plenitud que no existía, que no estaba en el exterior ni en el interior. Me sentía minúsculo, minúsculo. A mi alrededor todo se diluía y difuminaba.

Sólo subsistía ese vacío pleno. Mi cuerpo fluido, ligero, etéreo, no era sino humo, una sombra que se desplaza, una nube en el aire. Ya no caminaba, me elevaba sin esfuerzo, sin trabas.

Marchaba, mi cuerpo conmigo, los ojos abiertos de par en par. Mi mano no era ya de carne humana. Mi rostro era un espejo, un filtro por el que pasaban todos los rayos de luz: mis ojos los habían absorbido hasta tal punto que distinguían los menores matices y los descomponían en infinidad de colores. Cada color se puso a danzar, a vivir, a juntarse con los demás, a tomarlos y dejarlos. A la sombra de los árboles, o en los rincones más oscuros, la luz se deslizaba, conquistaba, estallaba. Bajo su presión, fragmentos de sombra se encendían poco a poco como gusanos de luz preparándose para nacer. Luego la sombra se llenó de un calor vivo, se convirtió en un ser que respiraba y atraía.

No había nada más que aquella luz radiante sin rayo, sin reflejo, sin línea donde la mirada pudiera por fin reposar. A mi alrededor todo era luz: delante, detrás, encima, debajo, todo luz.

Y reconocí el lenguaje de los colores. El amarillo, color del sol y el oro, que es la luz, el desierto, y la sequedad. El azul, color del cielo, que representa la elevación, el símbolo del infinito, el pariente de la inmortalidad. El rojo, color intenso y potente, que llama a la pasión, al ardor; el verde, los vegetales, la humedad y el frío, la primavera; el anaranjado, que es la unión; el violeta, color secreto de la espiritualidad. El blanco, síntesis de todos los colores, que es luz.

La visión sólo duró unos segundos, pero su recuerdo y el sentido de la realidad que expresaba me acompañaron varios días. A partir de ese momento ya no caminé; saltaba, me estremecía de gozo. Sabía que aquella visión era auténtica; había alcanzado un punto de observación desde cuya altura no podía sino ser así.

Era como un velo que se descorre. Me sentía cerca del hombre que había llegado hasta allí conmigo. Aunque no nos habláramos, me sentía próximo a él. Todo lo demás era y sin embargo no era, y el mundo estaba allí, alrededor de mí, tangible, real, y al mismo tiempo transparente. Me sentía colmado, cautivado. Era feliz, aunque vacío de sentimientos; era feliz como un día de sol.

—Ahí —dijo mi guía, señalando un bastón hundido en la nieve—. Ahí fue hallado el hombre de los hielos por un vecino de la aldea que regresaba con su perro del otro lado de la frontera. El perro se puso de pronto a escarbar la nieve, y fue así como encontró al hombre.

»No sabíamos quién era. Nuestro pueblo ofrece sacrificios de animales, y nos está prohibido adorar a estatuas y dioses extranjeros, y quien ofrece un sacrificio a otro dios es castigado con la pena capital. Pensamos que tal vez se trataba de un dios extranjero... conservado así en la nieve.

»El frío y la nieve preservaron los huesos, y también la ropa. Prendas de lino blanco, como las que nos ponemos para nuestros sacrificios. También había un solideo de lino blanco, parecido al que llevamos nosotros.

Elija sacó dos azadones y empezamos a excavar en la nieve, y luego en el suelo embarrado.

Al cabo de varias horas estábamos empapados en sudor. Habíamos cavado una amplia superficie alrededor del bastón, pero no había nada.

—Vamonos —dijo mi guía—. El descenso será más fácil que la ascensión, pero el camino es largo.

—De acuerdo —respondí, mirando el foso.

De pronto, en el borde derecho, me fijé en un objeto que asomaba del suelo. Me precipité hacia él y lo extraje. Era un fragmento de pergamino. Lo tomé delicadamente, por miedo a que se deshiciera, pero no, era duro y sólido, más que yo mismo. Sentí que mis piernas temblaban a medida que examinaba la escritura aramea, la textura del pergamino, la tinta utilizada, los rasgos de las letras... ¡Oh, si supierais, amigos míos, mi impresión en ese instante! Todo mi cuerpo vaciló, y la fatiga que me había embargado todas aquellas horas, todos aquellos días y noches, se abatió sobre mí de golpe y me hizo vacilar y finalmente caer al suelo, sin sentido.

Era un manuscrito de Qumrán.

Por la noche, con la ayuda de la linterna, descifré el texto del manuscrito. Las letras se

juntaron delante de mí para resucitar una voz, una voz lejana y próxima, venida del fondo de los tiempos, que renacía en silencio a través de mi voz, como un fantasma. Estaba trastornado, sin saber qué pensar, sin comprender hasta qué punto era absurdo, sin sentido, irreal, porque me embargaba una emoción muy fuerte que me decía, en mi corazón, que era cierto, en tanto que mi mente decía: no lo es. Sí, sabía que había un sentido en todo aquello, sabía que tendría sentido, y por eso me sentía feliz, feliz y aliviado, al mismo tiempo que sobrecogido por el terror. He aquí lo que decía la voz:

> Y los hebreos cantaban y bailaban en torno al Arca de la Alianza.
>
> El Arca de la Alianza tenía dos estatuas de querubines, de oro. Los querubines eran ángeles que tenían alas como los pájaros.
>
> Cantaban y bailaban como el rey David y el pueblo de Israel, a los sones de los instrumentos de música, delante del Arca, y tocaban música, una música particular.
>
> Y los sacerdotes y los levitas llegaban al Jordán y lo cruzaban para conmemorar el Éxodo de Egipto. Luego se repartía a cada uno, hombre y mujer, un pan redondo, un trozo de carne y un pastel de uvas.
>
> Y el gran sacerdote, vestido de lino blanco, llevaba el *efod* de David.
>
> Los sacerdotes israelitas enarbolaban una rama con la que santificaban a las personas. Y el sacerdote decía: «Rocíame con el hisopo, y seré puro.»
>
> Delante del Templo israelita había dos columnas que servían de puerta.
>
> Las llamaban «Taraa». Algunas estaban pintadas de rojo, para recordar la sangre del cordero, en la noche que precedió al Éxodo de Egipto.
>
> El sanctasanctórum israelita estaba situado en el ala oeste del Templo. En el Templo de Salomón se encontraba en un nivel superior al de las demás estancias.
>
> Existía también una costumbre en Israel: en el Templo de Dios en Israel, y en el lugar de Salomón, había dos estatuas de leones.
>
> Los fieles se inclinaban ante ellas, y eso quería decir: yo guardo la promesa.

Aquellas palabras procedían de la Biblia. Pero ¿qué sentido tenían aquellas descripciones precisas? Se diría que se trataba de instrucciones, recordatorios, recomendaciones, pero ¿por qué? ¿Para quién? ¿Con qué intención? ¿Qué sentido tenía su presencia allí, en el Tíbet, a años luz de Qumrán? ¿Sabía Shimon, cuando me había enviado, que iba a descubrir unos manuscritos del mar Muerto, o se trataba de una coincidencia?

Me sumergí, agotado por la fatiga, la emoción, la sed y el hambre, en una noche tan profunda que incluso oscureció mis sueños.

VI.
EL PERGAMINO DEL RETIRO

Te doy gracias, Señor, porque me has colocado junto a una fuente viva en tierra firme, junto a un chorro de agua en una tierra árida, que riega un jardín que Tú has plantado, cipreses, pinos, árboles de vida ocultos en un manantial secreto en el seno de la vegetación acuática. Producirán una rama que dará una planta eterna que será injertada antes de florecer y cuyas raíces correrán hacia el río. Emergerá como agua viva. Un tronco será el origen de todo. Las ramas ofrecerán pasto a los animales del bosque, el tronco acogerá a los viajeros, y la copa a todos los pájaros. Todos los árboles del agua crecerán a su alrededor, darán fruto, con sus raíces y sus renuevos hacia el arroyo, y la rama santa se convertirá en planta de verdad, por más que finja el anonimato y oculte en las profundidades su secreto.

Manuscritos de Qumrán,
Pergaminos de los himnos

De vuelta al monasterio, pedí audiencia al lama, esperando conseguir una indicación suya, un indicio relativo al hombre de los hielos y al motivo de su presencia en esa región remota, si realmente venía de Qumrán, y si era un Cohen. Sin embargo, el lama me miró con aire grave y no pareció dispuesto a responderme.

—¿Es porque ignora usted la respuesta? —pregunté.

—La respuesta a tu pregunta llegará a su tiempo —respondió.

—¿Cuándo será ese tiempo?

—Ese tiempo será el tuyo —respondió.

Comprendí que el lama sabía más cosas, pero que debía ganarme su confianza para que aceptara revelármelas. Volví al tema del hombre que buscaba.

—¿Dónde se encuentra ahora Ono Kashiguri?

—Se encuentra aquí.

—¿Aquí? ¿En este monasterio?

El lama sacudió la cabeza.

—¿Dónde?

De nuevo hizo un gesto con la cabeza, sin responder.

Yo estaba más triste que furioso. Me parecía que debería recorrer un largo camino antes de obtener una indicación de su parte, una respuesta a mis preguntas: ¿Dónde se encontraba Ono Kashiguri? ¿Qué hacía en el monasterio? ¿Dónde se ocultaba? Cuando hice estas preguntas a los monjes, me respondieron que no sabían nada. Entonces les pregunté si habían visto a una mujer, y me dijeron que las mujeres no tenían derecho a entrar en el recinto del monasterio. Comprendí que debería quedarme allí, fundirme en su vida.

Dicho de otra manera: tenía que infiltrarme en el monasterio. Por extraño y peligroso que pareciera, debía convertirme en monje budista si quería averiguar algo más.

En el transcurso de las diferentes visitas que hice al lama, aprendí a conocerle mejor. Seguía impresionándome la fuerza de su expresión y su mirada cuando respondía a las preguntas de sus adeptos. Era un guía: no hacía el viaje en el lugar de sus discípulos, pero les señalaba la dirección y les mostraba los obstáculos que encontrarían en el camino. Era él quien les guiaba en un viaje por un territorio desconocido. Les daba escolta en las regiones peligrosas, les ayudaba a cruzar los grandes ríos. Pensaba, hablaba y actuaba en todo momento de acuerdo con sus enseñanzas. Indicaba lo que era necesario hacer para avanzar en la Vía, y sabía qué obstáculos debían ser evitados. A través de él, yo tenía la impresión de haber adquirido una mirada nueva y una intuición justa, en los largos momentos de silencio interior y plenitud que pasaba, solo o en grupo, absorto en la meditación. Era él quien con sus chispazos generaba esos instantes: su presencia, sus palabras, creaban en mí una apertura, una especie de unificación contra la dispersión, hacia la iluminación.

Yo trabajaba, estudiaba y meditaba con los demás monjes del monasterio durante el día, y por la noche exploraba todas las tiendas, todos los rincones del monasterio en los que Ono Kashiguri podía ocultarse. Acurrucado en un rincón, espiaba. Me deslizaba en la noche como una pantera, pero no había nadie escondido.

Dos veces al día, después de la clase con mi instructor, me presentaba al maestro. Cuando sonaba la campana, iba con los monjes a la sala donde se encontraba el lama, y me sentaba en el suelo a esperar mi turno.

A una señal, el primero de la fila se inclinaba antes de emprender la última parte del

trayecto, delante de la puerta de la habitación del lama, y luego se prosternaba por segunda vez. Finalmente, hacía una tercera inclinación cuando llegaba delante del maestro. Y cuando alzaba la mirada hacia él, aparecía una especie de luz intensa. Y todos se dirigían a él como maestro, pero él contestaba que su papel consistía en hacerles descubrir en ellos mismos el Absoluto que ellos buscaban en él.

Yo ocupaba mi sitio entre los monjes, me sentaba correctamente, regulaba mi respiración con un ritmo profundo y pausado. Y mi mente semejaba una ventana abierta a través de la cual sopla el viento. Los pensamientos se elevaban; entonces cesaba el viento y la estancia recobraba la calma.

Situaba mi espíritu en la línea del horizonte, manteniendo la postura exacta para conservar intactas la concentración y la vigilancia. Después alcanzaba la segunda forma de concentración, que consistía en dejar pasar los pensamientos, en apartarme de ellos desde su aparición, en soltarlos apenas advirtiese haberme detenido en ellos.

La tercera y la más difícil, según mi instructor Yukio, era la realización de la verdadera naturaleza propia: ésta, decía él, carece de sustancia. Yo no sabía aún lo que significaba eso, pero sabía que de la comprensión íntima de esa noción debía brotar la iluminación. A ese estado supremo se le llama nirvana, la extinción total de toda forma discriminada en el Uno absoluto.

Para alcanzar el nirvana es necesario librarse de los malos karmas, de las acciones nefastas engendradas por la palabra, el cuerpo o la conciencia. Porque toda acción es la realización del karma pasado y engendra el karma futuro: incluso el karma de nuestros antepasados influye en nosotros.

Yukio me explicó que yo no me conocía porque estaba preso en la trama de velos que enmascaran la realidad. Necesitaba un guía que me indicase cómo salir de las ilusiones y realizar el espíritu puro.

Para liberarse del *samsara,* el círculo vicioso de los renacimientos, y alcanzar la iluminación, es necesario contar con un maestro capaz de mostrar lo que conviene hacer para progresar en la Vía y evitar los obstáculos que se presentan. Comprendí que el lama me conduciría a la iluminación, es decir a la realidad última. Iba a curarme de mi enfermedad: las ilusiones, los prejuicios y las concepciones erróneas debidas al orgullo. Él me ayudaba a ver hasta qué punto son negativos el apego a las cosas materiales y el odio.

Él era el espejo que reflejaba la imagen de mí, tal como era. Me ayudaba a no dejarme atrapar en el fuego de la autoilusión, y su presencia silenciosa me aplacaba, me daba mayor profundidad. Cada día me parecía ser diferente. Cada día renunciaba un poco más a mi anterior estilo de vida.

Yo llevaba el hábito de color azafrán, como los maestros budistas de los orígenes, y de ese modo los tenía presentes. Mi instructor me tonsuró y luego me dio un librito que contenía la lista de todos los maestros, desde Buda hasta el maestro actual. Ese documento, escrito con tinta de cinabrio, se llama *shisho.* Y el joven monje en que me había convertido, en parte a mi pesar y en parte por voluntad propia, fue llamado a constituir un eslabón suplementario en la cadena de transmisión.

Me sentía libre, espontáneo y realizado cuando participaba en los ejercicios de la comunidad. Al margen de la meditación, también realizábamos numerosas actividades prácticas. Volví a la caligrafía. Me convertí en el consejero artístico de los monjes, que me enseñaban sus obras para que les diera opinión sobre los mandalas. Aprendí la cocina de los monjes: todos, por turno, teníamos que encargarnos de ella. Preparaba los *momos* de legumbres: fundía mantequilla en un wok o una sartén a fuego medio, y luego añadía jengibre, ajo y cebolla. Sazonaba con pimiento, pimienta negra, sal y salsa de soja, que dejaba freír. Añadía entonces las legumbres y el tofu, y después lo retiraba del fuego, lo colocaba en un cuenco y lo dejaba enfriar. Incluía una cucharada sopera de salsa, y envolvía una porción de legumbres en pasta. Unía los bordes de la pasta para cerrarla, y finalmente colocaba los *momos* en una cazuela de vapor, bien separados para evitar que se pegaran.

El *kopan masala* era una salsa deliciosa a base de coriandro, comino, cardamomo negro bien picado y nuez moscada; se mezclaban y se majaban en un mortero con cuatro tazas de harina y una cucharada de levadura de pan, dos tazas de agua y sal.

Durante las comidas utilizaba únicamente la mano derecha. Nadie hablaba en la mesa. La televisión, la radio y las revistas estaban prohibidas. Todas las mañanas mojaba pan en el té caliente y graso. Luego dedicaba una hora al reposo antes de reunirme con el profesor, que explicaba el sentido de un texto. A mediodía tomaba el almuerzo según el ritual: en primer lugar los monjes de mayor edad, luego los monjes confirmados, y por fin los novicios, que no podían decir nada, sino sólo agachar la cabeza. En cierto sentido era como en Qumrán.

Comía brotes de bambú y arroz. Tomaba la escudilla con la mano izquierda y luego, con la derecha, tomaba un puñado de comida y me lo llevaba a la boca. Muy pronto abandoné la cuchara, me prosternaba para purificar los actos negativos del cuerpo, para liberarme, para penetrar el sentido de los textos, para realizar el vínculo esencial entre cuerpo y espíritu. Leía a fin de acceder a la iluminación del espíritu, que permite asumir la renunciación y el rechazo del *samsara.*

No extendía mi mirada a más de metro y medio de mi cuerpo, bajaba la cabeza todo lo posible cuando me desplazaba. Hiciera lo que hiciese, me mostraba atento y vigilante, y mi espíritu ya no estaba agitado ni trastornado. Observaba a los monjes con calma, sin dejar de buscar a Ono Kashiguri.

Después de comer me dedicaba a la lectura y estudiaba filosofía; después de la cena, participaba en los debates y las competiciones de dialéctica en el patio grande. Para memorizar los textos que leía, cada noche, antes de dormirme, repasaba el del día anterior y después me aprendía el de la mañana. Las dos primeras noches me dormí mientras leía. Luego mi mente se acostumbró y mi memoria se desarrolló gracias a ese ejercicio cotidiano.

Y todos los días iba a ver al lama y le hacía las mismas preguntas: ¿Sabe dónde está Ono Kashiguri? ¿Sabe por qué ha venido aquí? Y él, invariablemente, me respondía:

—Si alguien viene, lo acoges. Si se va, le dices adiós. Si se enfrenta a ti, te muestras conciliador.

También decía:

—Uno y nueve suman diez. Dos y ocho suman diez. Cinco y cinco suman diez. Son distintas maneras de mostrarse conciliador. No hay nada inconciliable en este mundo; es preciso distinguir muy bien lo real de lo irreal.

O bien:

—Hay que distinguir todo lo que oculta la sombra. Si es grandeza, trasciende el universo. Si se trata de pequeñez, entra en el polvo más minúsculo. Cambia según el momento. Si te encuentras con el éxito, considéralo un sueño o una ilusión. Si te enfrentas con problemas, no te desanimes. Reaviva tu compasión para que cese el mal. Has de saber que, por poderosos que sean los pensamientos, no son sino pensamientos y acabarán por desvanecerse. Cuando conozcas la compasión, esas ideas que aparecen y desaparecen no podrán ya embaucarte.

»Para lograrlo, tienes que hacer el vacío en tu espíritu, de modo que incluso las preocupaciones se desvanezcan. Entonces el deseo y el odio ya no podrán alcanzarte. Las emociones vivas, como la cólera, que proviene del error en la apreciación, dejarán de perturbarte.

O también:

—Que tu espíritu mantenga la calma frente a los problemas.

—Desde que llegué a este lugar, no he recibido respuesta a la pregunta que vine a plantearle —dije al lama.

—Desde que llegaste a este lugar, no he dejado de mostrarte de qué forma puedes encontrar una respuesta.

—¿De qué manera, maestro?

—Cuando me traes una taza de té, la acepto. Cuando me sirves alimento, lo como. Cuando te inclinas delante de mí, te devuelvo el saludo.

—Es cierto —dije—. Pero ¿en qué me ha ayudado eso?

—Cuando alcances el estado del Buda, la duración de tu vida dejará de estar limitada. Estarás atravesado permanentemente por la vida inextinguible. De la misma manera que el cristal toma el color del soporte sobre el que se coloca, sea éste blanco, amarillo, rojo o negro, así la dirección que toma la vida sufre la influencia de lo que se ha encontrado. Pero si quieres proseguir tu camino, es necesario que te liberes del *samsara* y alcances la iluminación.

—Pero yo practico desde muy temprano, antes del amanecer, hasta mediodía. Luego, desde la primera hora de la tarde hasta la noche cerrada. A mediodía leo los libros en voz alta para aprenderlos de memoria.

—¿Crees que eso es suficiente? Yo pasé siete años en una cueva y cuatro en una cabaña, rodeado de espesos bosques y montañas cubiertas de nieve, y sin embargo no era bastante.

—Yo también he vivido en mi cueva —murmuré—. Y no experimentaba el menor deseo de salir de ella. ¿Cree que tengo un mal karma?

—No, porque has tenido numerosas visiones y has descubierto tesoros, ¿no es así, Ary Cohen? Has podido descubrir muchos tesoros para ser útil a los demás. El texto de la Esencia de la vida se ha revelado a tu espíritu y tú lo has puesto por escrito, como un mandala, con el fin de transformar y purificar nuestra percepción ordinaria del mundo.

—Pero tengo que saber dónde está Ono Kashiguri. Es posible que ciertas personas estén en peligro, y se trata de una cuestión urgente.

—Hay que conservar la serenidad en cualquier circunstancia. Pero veo que tu espíritu sigue aún extraviado por el deseo, la cólera y sobre todo la ignorancia. Tu espíritu juzga mal. Si se produce un encuentro imprevisto con tu enemigo, surgirán de manera fortuita pensamientos de deseo o de rencor, y esos pensamientos arraigarán y proliferarán, reforzando el poder de tu deseo o tu rencor habituales y dejando en cada ocasión huellas que te llevarán a hacer el mal y te perseguirán en el futuro, de generación en generación.

»Estás todavía demasiado apegado a lo que crees la realidad de las cosas, y así te dejas atormentar por el deseo o el rencor, el placer o el dolor, los beneficios o las pérdidas, la gloria o la infamia, la alabanza o la crítica, y tu espíritu se bloquea. Ahora bien, has de saber que todo lo que te sucede no tiene realidad tangible. La verdadera naturaleza de lo real es el vacío, por mucho que no lo parezca. Por eso has de liberarte del ascendiente de la ilusión.

—¿Qué más puedo hacer?

—Si sabes dejar que tus pensamientos se disuelvan por sí mismos a medida que surgen, atravesarán tu espíritu como un pájaro el cielo: sin dejar huellas.

Luego, un día, cuando volví a plantearle una vez más la misma pregunta de siempre, el lama me dio esta respuesta sibilina:

—Ya te he dicho que está aquí.

—¿Dónde?

—¿Cómo puedo responder a una pregunta tan mal planteada?

—¿Cómo debo plantearla?

—Me preguntas sin cesar dónde está Ono Kashiguri. Invariablemente te respondo: está aquí. Pero ¿por qué no me preguntas si sé *quién* es Ono Kashiguri?

Medité largo rato esas palabras del lama. Estaba convencido de que encontraría la respuesta

en la pregunta, porque mi instructor me había enseñado que una pregunta bien planteada contiene en sí misma una parte de la respuesta. En cambio, una pregunta mal hecha es como un velo colocado sobre su respuesta.

Para meditar adopté la buena posición, con las palmas de las manos y las plantas de los pies vueltas hacia el cielo. La meditación purificaba los sentidos y el espíritu de todo objeto. Gracias a ella podía alcanzar la idea de la longevidad. Gracias a ella, sobre todo, había descubierto el tiempo. El tiempo que enseñan, el real, el que puede ser experimentado, no el tiempo que se padece. Antes, yo anhelaba tanto obtener satisfacción que trataba el tiempo como un objeto, como una mercancía. Tras superar la infancia, arrastrado por la agitación y la inquietud, únicamente veía el tiempo en términos de límites, de cantidades. Atrapado por el movimiento inexorable, la fuga, la pérdida, el no retorno, me había alejado del tiempo y lo vivía de una manera falsa, injusta, a la altura de mis deseos, y eso me condenaba a nunca disponer de tiempo suficiente, a consumirlo. Aprendí a olvidar el tiempo que no tenía, y descubrí el que sí tenía, y la particular sensación del tiempo que pasa, y del que se fija súbitamente en un instante de eternidad.

Me escapé, lejos del tiempo útil. Lejos del espejo con el que tenía una cita todos los días. Olvidé el tiempo de las mañanas, el de los relojes, el de las construcciones pesadas, las pirámides y las catedrales. Entré en el sentido íntimo del mundo, el de sus ritmos, lentos o rápidos, y de sus transformaciones inasibles. El tiempo, ese maestro, me enseñó que nada es contradictorio y que, al nacer a una verdad, muero a otra. Me reveló también la existencia del presente, en constante relación con la eternidad. Comprendí que no era posible medir el tiempo. Un instante, la duración de un relámpago, puede ser muy largo. Un largo rato puede ser muy corto.

Me encontraba en algún lugar del presente, entre el pasado y el futuro. Había regresado al origen.

¿Cómo decirlo? Comprendí, por la manera como el lama había reformulado la pregunta, «quién es Ono Kashiguri», que éste se encontraba entre nosotros y que yo lo conocía, pero aún no lo había reconocido.

El lama me había puesto en el camino, sin renunciar por ello a su voto de no revelar la identidad de sus discípulos si éstos no lo deseaban.

Al día siguiente, en el instante mismo que resonó el gran toque de gong de las cinco de la mañana anunciando las primeras meditaciones, me levanté ágilmente.

En ese momento comprendí que ya no sufría. No sufría de amor por Jane. El recuerdo de mi tormento no se alejaba, pero se difundía por mi cuerpo y se propagaba por el universo, expandiéndose.

Mi cabeza estaba rapada y llevaba hábitos de monje. Mi piel se había oscurecido y curtido por el frío y el sol. Mi voz se había hecho más suave, más uniforme. Entonces el lama me llamó a su lado.

Sentado en la posición del loto en un sillón, me indicó que me aproximara. Nos rodeaban varios monjes jóvenes. Según el ritual, me incliné tres veces.

Un monje colocó sobre mis hombros un manto amarillo. Entonces el lama humedeció la parte superior de mi cráneo con agua sagrada para eliminar las influencias nefastas. Luego me hizo seña de que me acercara. Con unas tijeras doradas, cortó mi último y solitario mechón de pelo, lo colocó sobre una bandeja que sostenía un monje situado a su lado, hizo voltear tres veces un incensario humeante en torno a mi cabeza, y vertió sobre ella el agua sagrada.

—En adelante, tu nombre será Jhampa.

Tomó un colador, lo sostuvo por un borde y yo por el opuesto.

—Ha sido dicho que te servirás de este colador para ir a buscar agua. De este modo evitarás matar a los animales pequeños, por minúsculos e invisibles que sean.

Dejó a un lado el colador y tomó un cuenco de granos de arroz.

—Así ha dicho el Buda: quienes siguen mis enseñanzas nunca morirán de hambre.

Me tendió una tela amarilla.

—Sea cual sea el lugar en que te sientes para meditar, habrá de ser sobre esta tela.

Agarró una punta de mi hábito.

—Gracias a su hábito, un monje conservará siempre el calor de su cuerpo.

»Para conseguir la voz de la omnisciencia, habrás de respetar tu corazón de novicio: no matar, no robar, no mentir, no calumniar, no tener relaciones sexuales. Así te alejarás de la fuente de los sufrimientos del *samsara.* Respondiendo a tu nombre, abandonarás a tu familia y al mundo exterior.

Luego se inclinó hacia mí y preguntó:

—¿Conoces los inconvenientes del *samsara?*

—Sí, los conozco.

—A partir de hoy, ¿respetarás tus votos?

—Sí, los respetaré.

Entonces me ofreció una mezcla de arroz y uvas fritas con mantequilla, y té con mantequilla.

Los ancianos eruditos entraron en la sala. Les observé con atención mientras los monjes jóvenes servían el té salado con mantequilla. Sin cesar, me preguntaba: «¿Quién es Ono Kashiguri?» La mayoría eran muy jóvenes, imposible que fuera uno de ellos. Otros en cambio eran demasiado viejos.

Una hora más tarde, estábamos sentados en la posición del loto. Mis piernas empezaban a dar signos de entumecimiento. Al cabo de dos horas, mi atención empezó a flotar.

Y no me sorprendía estar allí, con el cráneo rapado, en medio de todos, vestidos de rojo y amarillo, en aquella sala iluminada con lámparas de sebo, perfumada por los densos vapores del incensario, entre los murmullos sordos de las plegarias.

Pensé en mi padre, perdido allá lejos, en las alturas de Jerusalén, y pensé en los esenios en la meseta de Qumrán, y pensé en Jane: y ese pensamiento oprimió mi corazón.

Me di cuenta de que mis pensamientos se detenían y de que todas mis meditaciones me llevaban a Jane. De nuevo estaba inquieto, como presintiendo un peligro inminente.

De súbito me encontré a orillas de un lago, al pie de los picos nevados, y lo vi con claridad en la superficie del agua. Ono Kashiguri... ¿no practicaba el Arte del Combate? ¿No tenía el don de hacerse pasar por otra persona? Por dos veces había visto a un hombre en la casa de las geishas, y por dos veces las mujeres que me acompañaban habían dado muestras de temor. Cojeaba, parecía ebrio, tenía un ojo tapado con un parche.

Salí de la sala y cogí un bambú cortado, y tinta procedente del hollín de las chimeneas finamente molido y mezclado con agua y cola natural. Pensé en lo que me había enseñado mi instructor: «Toda la felicidad del mundo procede de los pensamientos altruistas; y toda su desgracia, de la búsqueda del bien propio.»

Y experimenté la sensación de un gran silencio. ¿Para qué tantas palabras? «El necio está atado a su propio interés, y el Buda se consagra al interés de los demás.»

Dibujé al hombre que había visto en la casa de las geishas, intentando recordar sus rasgos. Examiné mi dibujo, acercándolo y alejándolo, haciendo que las sombras se movieran, despojándolo de sus artificios.

Entonces fui a ver al lama y le enseñé mi dibujo. Él lo miró y dijo:

—¿Has visto antes a este hombre?

—En Kioto.

El lama me observó con atención. Yo nunca había visto en su rostro sereno la menor

expresión reveladora de una alteración. Pero por una vez, para mi asombro, alcancé a distinguir alegría en sus ojos oscuros.

—Así pues, Jhampa —dijo—, tu percepción se ha abierto por fin. Ahora sabes quién es Ono Kashiguri. Ahora sabes interpretar los signos, y puedes comprender y escuchar lo que voy a decirte.

—Sí, maestro.

—¿Conoces la historia del lago? Es nuestra propia historia, nuestro origen...

Bajó de su sitial y se sentó a mi lado, con las piernas cruzadas como yo. Sus ojos profundos como un mar silencioso no dejaban de mirarme, y yo no apartaba mi mirada de ellos.

—Se dice que en el principio había un lago de aguas perfectas, en el que vivían los naga, serpientes mágicas y guardianes de las aguas. En el centro del lago creció un tubérculo con brotes, un loto de mil pétalos, y todos los dioses y diosas descendieron para rendir homenaje al loto, y la tierra tembló. Vivía allí un héroe que se llamaba Dulce Gloria, en sánscrito Manjushri. Vio el lago y el loto, y se sumió en un éxtasis. El lago estaba en un paso de la montaña donde vivía la Tortuga, y Dulce Gloria abrió con su espada una abertura por la que escaparon las aguas. Es lo que hoy se llama Fuerza del Chobhar. Pero la Tortuga se sintió tan ofendida que su cólera no remitió hasta que Manjushri le ofreció un templo consagrado a la Gran Compasión. Manjushri quería desecar el lago, pero el demonio Chepu se oponía. Entonces Manjushri lo cortó: las rocas y las piedras del valle son la sangre de Chepu.

»Pero lo más difícil eran los verdaderos amos del lago: los príncipes naga, medio reptiles medio hombres, a los que Manjushri pidió que permanecieran en el valle para asegurar su fertilidad. Sin embargo, ya no había agua, y por consiguiente no había sitio donde pudieran vivir. Los príncipes naga querían irse a vivir al fondo del océano. Se establecieron junto a las fuentes del actual río Vishnumati. Los demás hermanos se quedaron en el valle para asegurar la fertilidad de la tierra, la prosperidad de los seres que la habitan y la regularidad de las lluvias que propician las cosechas. Manjushri les ofreció un estanque y un palacio submarino: la extensión de agua de Taudaha, al suroeste de la Fuerza de Chobhar.

»El valle era fértil. Un día la tierra se levantó alrededor del estanque y formó una colina que recibió el nombre de "colina ordenada por un *vajra*". El *vajra,* tallado en un hueso del sabio védico Dadhichi, era a la vez un arma, un cetro y el símbolo de la indestructibilidad. La colina se llama hoy Svayambhunath, que significa "protector espontáneo".

»Manjushri se sintió satisfecho del mundo que había creado y se retiró detrás de la colina para contemplar la Dimensión Espontánea de lo Real en el loto de ocho pétalos, y, mientras meditaba, su templo apareció espontáneamente a su alrededor.

—Comprendo —dije—, es lo que me ha pasado a mí mientras meditaba.

—Ahora, Jhampa, dime lo que deseas saber y te lo diré.

—Desearía saber por qué aceptó a Ono Kashiguri en su mansión.

—Todo empezó cuando el pastor chiang min encontró al hombre de los hielos. La comunidad campesina vino a comunicarnos el hallazgo, y también el de un manuscrito que no podían leer, encontrado junto al hombre de los hielos. El cuerpo y el manuscrito fueron llevados a Japón por el monje Nakagashi, que se encontraba aquí de retiro.

—¿Qué ponía el manuscrito?

—Tampoco nosotros conocíamos esa escritura. Por esa razón hicimos que el cuerpo del hombre y el manuscrito fueran remitidos al maestro Fujima, que es calígrafo y conoce todas las escrituras antiguas.

—¿Qué dijo el maestro Fujima?

—El hombre de los hielos era uno de los suyos, no de los nuestros.

—Pero ¿cómo lo supo él?

—Vestía como un monje sintoísta, y además tenía la marca del santuario de Ise, en Japón.

—¿Qué marca?

El lama extrajo de su gran túnica un pequeño medallón con una estrella de cobre que parecía muy antigua, similar a las que pueden verse en los museos de Israel.

—La estrella de seis puntas, los dos triángulos superpuestos. La marca del santuario de Ise.

—¿Por qué fue encontrado ese hombre aquí, si era un sacerdote sintoísta?

—Lo ignoramos. Tal vez estaba realizando una peregrinación por algún motivo ritual...

—Bien —dije, perplejo ante la estrella de David, que él llamaba «la marca del santuario de Ise»—. ¿Qué relación tiene eso con Ono Kashiguri?

—Antes que nada, debes saber que ha partido esta mañana hacia el monasterio Johpang, en Lhasa.

—¿Cómo? ¿No podía habérmelo dicho antes?

—No podía, Jhampa, porque eso es algo que no debe ser revelado a nadie, para no exponerte tú y exponernos a nosotros a un terrible castigo. Las deidades, para vengarse de tu indiscreción, pueden volver contra ti sus poderes maléficos, e incluso algunas, irritadas, podrían abandonarnos para siempre.

—¿Por qué volvió Ono Kashiguri a verle? ¿Por qué aceptó usted que fuera mi instructor?

—Vino a vernos para apoderarse de esto —dijo el lama señalando el pequeño medallón—. Pero no se lo he entregado. Fui yo quien decidió que fuera tu instructor...

—¿Por qué?

—Porque tú me lo pediste... ¿No decías que querías verle?

—Sí —dije, comprendiendo por fin el alcance del juicio erróneo que había tenido respecto de mi instructor, y también de mi maestro, cuya obstinación no había entendido.

—Jhampa —prosiguió él—, ahora que te he revelado lo que querías saber, debes decirme cuál es tu secreto.

—¿Qué secreto?

—Acércate.

Acerqué la cabeza a su oído. Me examinó con sus ojos benévolos, y vi en su frente los signos, algunas arrugas profundas venidas del mundo de las luces.

—Sabes, Jhampa, que los monjes como nosotros están siendo perseguidos y corren el peligro de desaparecer. Durante la invasión china del Tíbet, en 1966, un millón de hombres y mujeres, la sexta parte de la población, murió debido a la persecución del ejército chino y al hambre. Seis mil monasterios fueron destruidos, nuestros libros fueron quemados o arrojados a los ríos; y nuestras estatuas, fundidas para fabricar fusiles y cañones. Se prohibió la enseñanza del budismo. Se encerró y torturó a los monjes y las monjas. Nuestros templos fueron utilizados como silos de arroz, y perdimos nuestra tierra y nuestros maestros.

»Más de cien mil tibetanos, precedidos por nuestro jefe temporal y espiritual, el decimocuarto dalai lama, huyeron a la India y los vecinos Nepal y Bután. Tras la muerte de Mao Zedong las cosas parecieron mejorar. Nuestro pueblo recobró la esperanza. Algunos monasterios fueron reconstruidos y los monjes pudieron reemprender sus estudios. Pero muy pronto advertimos que no era más que un engaño: los chinos estaban recurriendo a otros métodos; en lugar de matar a los tibetanos y convertirlos en mártires, decidieron que era preferible diluirlos entre una multitud de chinos y convertirlos en una minoría en su propio país. En la actualidad, la inmigración de la población china de los han está a punto de conseguir lo que la persecución no logró. Hoy, en Lhasa hay más chinos que tibetanos.

—Comprendo —dije.

—Porque es lo que te ha ocurrido a ti, ¿verdad?

—¿A mí? —La pregunta me desconcertó.

—También eso lo he visto, Jhampa. Tú perteneces al pueblo judío. Por eso deseo conocer tu secreto.

—Pero ¿qué secreto, maestro?

—El secreto de la resistencia espiritual judía en el exilio.

Lo miré, perplejo por esa petición inesperada.

—¿Qué puedo decirle? —respondí—. Sólo que los judíos están sometidos a seiscientas trece leyes.

—Pero las religiones siguen siendo lo que son. En la base de todas las religiones está la meditación.

—No creo que la meditación sea suficiente para la supervivencia de un pueblo.

—Pero no es únicamente espiritual. Como vosotros, también nosotros pensamos que el espíritu y el cuerpo son la misma cosa, como las dos caras de una hoja de papel. Tenemos la meditación. ¿Piensas que eso no basta?

—No —dije—, no basta.

—Ah...

Exhaló un suspiro como si sopesara las palabras que se disponía a pronunciar, y pareció reflexionar un momento. Yo me adelanté:

—Se ha dicho, siguiendo la lectura cabalística de Berechit, que fueron creados cuatro mundos y no uno solo, en correspondencia con las cuatro letras del tetragrama divino: *yod, hé, vav, hé:* espíritu, razón, corazón, cuerpo, o bien emanación, creación, formación, función. O también: intuición, conocimiento, sentimiento, acción.

—Aquí practicamos la intuición, el conocimiento y el sentimiento —dijo—. ¿Es que eso no es suficiente?

—El modo de ser de las criaturas consiste en adherirse a su Creador. Y eso únicamente es posible a través de la acción.

—Nosotros decimos que la palabra creadora, el aliento, fue puesta en la boca del hombre. ¿Acaso no basta con eso?

—La eficacia de la Palabra, que asegura la existencia de la criatura, depende del consentimiento del hombre a la Palabra de Dios —repliqué.

—Nosotros tenemos guías que muestran el camino —dijo—. ¿Tampoco basta con eso?

—La enseñanza es el mapa, y el guía es quien sabe leerlo y tiene ya experiencia del viaje; sin un guía, el ciego no podrá encontrar su camino. Pero tampoco eso basta.

—El Buda decidió abstraerse del mundo —repuso—, apartarse de él y encerrarse en una fortaleza hasta encontrar por fin la solución del enigma que le perseguía, la respuesta a su pregunta. Como tú, vivió en una cueva en el norte de la India: estaba situada en una montaña que dominaba el valle, y era una cavidad minúscula; un hombre tenía que entrar a rastras para instalarse en ella. Allí desarrolló su experiencia ascética hasta tal punto que podía sentir su columna vertebral pinchar la piel de su vientre.

»Cuando supo que su fin se acercaba, el Buda se arrastró fuera de la cueva y bajó al valle para morir a la luz del día. Se apoyó contra un árbol, entre las raíces. Un profesor de música y algunos alumnos se sentaron cerca del Buda. El profesor les dijo: "Mirad las cuerdas del laúd, si están sueltas no darán sonido. Si están demasiado tensas, el sonido será discordante; es preciso que el instrumento esté afinado con precisión para que sea posible la música y obtener los sonidos justos." Y entonces el Buda tuvo un inmenso *saton,* es decir, una inmensa toma de conciencia. Se dijo: "Lo mismo ocurre conmigo, he vivido en el placer y las comodidades, y era un ser inútil y vano; es necesario equilibrar la vida entre el demasiado y el demasiado poco, entre lo necesario y lo superfluo, a fin de crear la armonía." Así fue como encontró el espíritu de la sabiduría. Tomó el universo entero como una sola cosa, porque nada en la tierra ni en el cielo cambia sus vaivenes. Y alcanzó la inmortalidad.

El lama me sonrió con expresión triste.

—¿Sabes lo que le parece la vida a un anciano de setenta años?

—No —dije.

—Imagina un largo sueño, un sueño largo como la vida, lleno en ocasiones de experiencias placenteras, y a veces asolado por momentos de gran dolor. E imagina el instante de despertar... ¿Cómo mira su sueño la persona que acaba de despertar?

—Como un momento de gran verdad.

—Hacia la cuarentena empecé a detestar la sociedad. Mis comidas se reducían a papillas de trigo cocido con agua. Me exponía al viento y la lluvia. Caí enfermo y los médicos no sabían qué hacer por mí, salvo uno que me ordenó comer carne; lo hice, y sané. Pasé todas esas penalidades, Jhampa, porque mi karma era malo, muy malo... En una vida anterior, cometí un acto reprensible, terrible, que no ha dejado de perseguirme hasta hoy. Por eso he dedicado mi vida a la meditación y el arrepentimiento.

—¿Qué acto malo cometió? ¿Y cómo lo supo?

—Cuando mi madre estaba encinta de mí, la familia fue a visitar a un gran lama que vivía en una ermita, a una hora de marcha de nuestra casa. El lama preguntó si mi madre estaba encinta. Mis padres respondieron que sí, y el lama dijo: «Será un varón, y es importante que se me comunique el momento en que nazca.» Dio a mi madre un cordón protector para el momento de mi nacimiento. Cuando llegó el día, antes aún de que yo bebiera la primera gota de leche materna, el lama escribió en mi lengua *dh,* la sílaba fuerte del mantra de Manjushri. Era para salvarme del mal karma, Jhampa. Pasaron unos días y mis padres me llevaron ante el lama, que declaró que yo era un niño especial y que tenía que liberarme de mi karma malo. Y dijo: «Este niño no se parece a ningún otro. Quiero ver las líneas de su mano.» Contempló mis manos a la luz del día y murmuró: «Este niño deberá dedicar su vida a liberarse de su karma.»

»Entonces me regaló una perla magnífica que llevaba colgada al cuello. Fabricó también un cordón de protección de seda y un largo chal blanco, porque sólo un chal inmaculado sería capaz de asegurar la purificación del karma. Dijo a mi padre que debía llevarme a un monasterio, porque yo necesitaba ir allí para cumplir mi misión.

De nuevo se inclinó hacia mí.

—¿Sabes?, mi padre no deseaba que yo me hiciera monje. Teníamos una gran propiedad y él quería que de mayor me ocupara de ella. Pero un día, jugando junto al fuego, me hice graves quemaduras. Estuve en cama, muy enfermo, durante meses. Mi padre, afligido, me preguntó: «¿Qué puedo hacer para que te cures?» Yo le contesté: «Dejar que me haga monje.» Él hizo que me prepararan una túnica y me la puse. Al día siguiente recibí la tonsura. Tenía diez años. Fui a estudiar al monasterio. Allí conocí al lama que me había visto cuando nací; nunca abandonaba la ermita. Tras su muerte vine aquí, Jhampa, desde el valle. No me quedé en el monasterio. Tenía que ir más lejos, siempre más lejos; por eso viví en las cuevas durante siete años.

—¿Por qué, maestro, hacer todo eso? ¿Qué tenía que expiar usted?

Hubo un silencio, como si se tratara de una verdad demasiado difícil de contar y demasiado pesada de soportar.

—Dígame qué hizo durante sus siete años de retiro.

—Medité sobre el amor, la compasión y el deseo de guiar a todos los seres hacia la liberación. Practicaba desde antes del amanecer hasta mediodía. Leía mis libros en voz alta para aprenderlos de memoria. Mis padres venían a verme de vez en cuando. Tenía dieciséis años, y mi hermano dijo que iba a volverme loco. Los pájaros, los ratones y los cuervos eran mi única compañía. Durante tres años no pronuncié una sola palabra. Después del almuerzo, me relajaba un poco estudiando algunos libros. Mi cueva tenía una escalera, y unos oseznos venían a menudo a gruñir abajo, en la entrada. En el bosque había zorros y toda clase de pájaros. Y también leopardos. Un día, se comieron un perrito que me hacía compañía, y sentí una pena tan inmensa que durante tres años más no pronuncié una sola palabra. Día y noche, a pesar del frío glacial, me sentaba sobre una piel de oso, vestido únicamente con un chal blanco y un hábito de seda cruda. Fuera todo estaba

helado, pero en la cueva hacía calor. No me acostaba para pasar la noche; dormía sentado dentro de mi cueva. Cenaba y luego me dedicaba a meditar. Todo ello por culpa de mi mal karma... ¡El karma que expío en este mundo!

Me miraba con gravedad. Por supuesto, estaba expiando alguna culpa; ¿no estamos todos siempre expiando algo?

—Yo no quería salir de la cueva, sólo de vez en cuando estiraba las piernas fuera de ella. Quería ser como Shabkar, el yogui del siglo XIX, que tenía la costumbre de sentarse para entonar sus cantos. No deseaba casarme ni tener hijos. Luego vinieron los chinos y me vi obligado a huir con los demás monjes, ocultándome durante el día y caminando por la noche. Los chinos disparaban si nos veían. De noche hacía mucho frío pero no podíamos encender fuego para preparar el té, porque nos habrían descubierto. Huimos a Nepal, donde nos acogieron en las montañas. Los campesinos nos daban arroz y legumbres secas en cestos de bambú. Luego, cuando las cosas se distendieron, tuve visiones e indicios y regresé aquí, a mi monasterio, porque sabía que era aquí, y en ningún otro lugar, donde podría reparar mi karma.

Le observé: su rostro parecía inquieto, los párpados temblaban ligeramente... Extendió una mano como para tocarme.

—Regresé, Jhampa, porque tenía que encontrarte... Ahora —añadió tras un silencio—, puedes partir si lo deseas, y borrarás de tu memoria tu nuevo nombre; pero para mí, serás siempre Jhampa.

—Maestro, dígame cuál es ese acto a cuya reparación ha consagrado su vida. Dígamelo, se lo suplico.

—Cuando hayas alcanzado la percepción pura, reconocerás tu naturaleza olvidada y la de todos los demás. Para ti, será como volver a ver el sol que nunca ha dejado de brillar, a medida que las nubes que lo ocultaban son desplazadas por el viento...

Y se marchó, dejándome así, en la misma posición, sumido en mis reflexiones.

De vuelta en mi tienda, el corazón me martilleaba el pecho, porque muy pronto iba a partir y sentía que iba a reunirme con Jane, si es que ella seguía acompañando a Ono Kashiguri. Me reproché no haber tenido más discernimiento cuando le veía todos los días, cuando estaba a mi lado. Me había dejado extraviar por la palabra, que es ilusión.

Me dijo que se llamaba «Yukio», y eso había bastado para engañarme. Yo tenía fe en los nombres; pero ¿por qué los nombres habían de ser signos de la verdad? Eso era lo que el lama no dejaba de explicarme y yo no había sabido comprender. Era preciso replanteármelo todo para distinguir con claridad las certezas y los prejuicios del sentido común. Ono Kashiguri había sido mi instructor. Era la persona más cercana a mí en aquel lugar, y tal vez precisamente por esa razón no había sido capaz de verlo. ¿Hubo además otros errores, otras ilusiones que tomé por realidades? Sin duda, y tal vez haría falta toda una vida en las cuevas para llegar a descorrer el velo.

Me dormí y tuve un sueño, más bien una pesadilla. Me encontraba en una casa y era de noche. Tenía que salir al bosque porque estaban ocurriendo cosas extrañas, y me acechaba un gran peligro. Alguien quería destruirme. Salir me daba miedo, pero lo hacía de todos modos, porque en la casa había un hombre de aspecto muy inquietante, un hombre sombrío de mirada enloquecida. Yo pensaba que quería matarme, que estaba preparando algo. Volvía a mi habitación y la encontraba reducida a cenizas: había ardido completamente. Había perdido todas mis pertenencias, mi cama, mi armario, mis libros, mis pergaminos. Ya no tenía nada. Entonces salía al bosque para afrontar solo el peligro.

VII.
EL PERGAMINO DE LOS DEMONIOS

A vosotros que entráis en los cuerpos os lo suplico, en nombre de Dios que nos libra del mal y el pecado, al demonio de la fiebre, al demonio de la enfermedad, al demonio de la tos, os suplico que no contaminéis los días y las noches con pesadillas surgidas del sueño. A vosotros íncubos, a vosotros súcubos, a vosotros demonios que atravesáis las paredes, os lo suplico, así en la tierra como en el cielo.

Manuscritos de Qumrán,
Exorcismo

En medio de una masa de glaciares azules me dirigía a Lhasa, en persecución de Ono Kashiguri.

Me hacía mil preguntas para las que no encontraba respuesta.

¿Por qué Ono Kashiguri se había interesado en el hombre de los hielos? ¿Fue él quien dio muerte al monje Nakagashi? Pero ¿por qué? ¿Cuál era el mal karma del lama? ¿Tenía alguna relación con Ono Kashiguri? Si era así, ¿cuál? ¿Venía de Qumrán el hombre de las nieves? ¿Qué hacía en esa región remota? ¿Y por qué?

Había tomado el autobús a Katmandú bajo un cielo velado por aguaceros repentinos. Desde allí viajaría en minibús hasta Lhasa. El pequeño vehículo nos llevó traqueteando por carreteras sinuosas que remontaban el curso del Ragmati, el río de Katmandú, hasta las riberas donde se incinera a los muertos. Día y noche, los cuerpos se consumían en grandes hogueras.

Luego la ruta dejó las terrazas cultivadas para adentrarse en valles montañosos de paredes abruptas. Al cabo de unas horas franqueamos una tierra de nadie vigilada por milicianos chinos.

Lhasa está situada a 3.650 metros de altitud. Vista de lejos, se diría que es una ciudad irreal, un espejismo vetusto y sombrío. De cerca es diferente.

Al entrar por la colina pasamos delante del Potala, residencia de los dalai lama y sede del gobierno tibetano, que domina desde su altura toda la ciudad. Se trata de un edificio de trece plantas que contiene miles de estancias, santuarios y estatuas, entre ellos el Palacio Blanco, con los apartamentos del dalai lama, y el Palacio Rojo, en el que se celebraban las actividades religiosas; pero todo eso sucedía antes de la invasión china que, mediante la destrucción de la arquitectura, había superpuesto una nueva marca a la huella ancestral.

De súbito aparecieron los grandes edificios y las galerías comerciales, como surgidos de la nada. Era el gran bulevar de Lhasa, bautizado como el Camino de Pekín, que conducía a una amplia plaza, el único espacio abierto en medio de aquella acumulación de cemento. La ciudad moderna de Lhasa es completamente china, con establecimientos y rótulos chinos imponiéndose a los tibetanos; es Lhasa y no lo es, al mismo tiempo.

El minibús dejó en una parada a algunos pasajeros y después continuó hacia el este de la ciudad, donde se encuentra el barrio tibetano. Hubo un cambio brutal al pasar de la ciudad moderna, flamante, a la ciudad antigua de piedra, con sus tradiciones: en el mercado tibetano, la carne de yak estaba expuesta al aire libre. Cruzamos el Barkor, un circuito de peregrinación que se recorre en el sentido de las agujas del reloj. Numerosos peregrinos tibetanos habían acudido a rezar a aquel lugar santo. En esa zona había además un mercado profusamente abastecido y una especie de Bolsa a la tibetana. También se encontraban allí banderas con oraciones, bloques de madera con textos sagrados impresos, pendientes, botas de cuero de yak...

Finalmente nos detuvimos en el corazón del barrio, delante del templo Johkang, uno de los santuarios más venerados del Tíbet.

Construido en el siglo VII, contiene cuatro capillas. Me dirigí a la cuarta, la que me había indicado el lama. Vi entonces con estupefacción el nombre de la capilla: Jhampa. La estatura de Jhampa Truze era impresionante. Según la leyenda, era el Buda del futuro.

Lo contemplé largo rato, sin poder apartar la mirada. ¿Por qué el lama me había dado el nombre de Jhampa? Tampoco me había cuestionado el motivo, y ni siquiera le había preguntado el sentido de aquel nombre; pero ahora estaba seguro de que no se trataba de una casualidad, sino de un signo, de un mensaje que quería transmitirme.

Llevaba una carta del lama gracias a la cual me asignaron una habitación adornada con colgaduras de seda delante de una pila para lavarse, y con pieles de carnero en el suelo, fotos de Budas por todas partes, recipientes diversos y cuencos para el té y las tisanas. Se quemaba incienso, y había tantas comodidades que no conseguí creérmelas, hasta tal punto había perdido la costumbre.

Por la mañana, me reuní con los monjes en cuanto sonó el primer gong, esperando ver a Ono Kashiguri, y tal vez a Jane. Los monjes tenían la cabeza rapada y vestían hábitos grises; uno de ellos derramaba agua sobre las piedras, frente al templo. Yo quemé incienso y me fijé en que un monje me observaba: sabía que yo era un extranjero, a pesar de la tonsura.

Me acerqué a él, le dije que venía de parte del lama, y le pregunté si Ono Kashiguri estaba allí. En un inglés vacilante, me respondió que Ono acababa de partir para una gran fiesta en la India y que todos se disponían a seguirle.

Unos días más tarde me encontré con los cinco monjes del monasterio, en el tren abarrotado que cruzaba el país en dirección a la India. Mis compañeros de viaje recitaban mantras, a cambio de los cuales recibían comida en ocasiones.

Las condiciones del viaje eran difíciles. La gente, instalada para un viaje que había de durar varios días, cocinaba en los compartimientos. El tren no pasaba de los cuarenta kilómetros por hora y hacía numerosas paradas en estaciones superpobladas en las que, de algún modo, se operaba el milagro de llenarlo más todavía.

Nos dirigíamos a Bodh Gaya, el lugar santo más importante del norte de la India; allí se alza el templo de Mahabhodi, una pirámide de más de cincuenta metros de altura, rodeada en su base por cuatro torrecillas. Ese templo guarda en su interior una colosal estatua del Buda rozando el suelo con su mano.

Durante el largo trayecto vi un gran número de estatuas del Buda al borde de los caminos, en los pueblos y delante de los templos. Acabé por preguntar a uno de los monjes quién era exactamente el Buda, porque sólo sabía lo que me había contado el lama.

—¿Eres un discípulo del lama e ignoras la historia del Buda?

—Sí —admití—, soy un novicio. Y tú, ¿eres un discípulo del Buda?

—Soy discípulo de Ono Kashiguri —respondió el joven monje—. Viajo para reunirme con él.

—Pero también eres un discípulo del Buda, ¿no es así?

—Sí, claro. Voy a contarte su historia —dijo, al parecer compadeciéndose de verme tan ignorante—. La historia del príncipe Siddharta...

Mecido por el traqueteo del tren, oí aquella historia para distraerme, sin sospechar hasta qué punto se iba a mezclar con mi propia vida.

—Estamos hacia el año quinientos antes de nuestra era —empezó el joven novicio—. Una bella joven va a alumbrar un niño. En el mismo instante, en el cielo un bienaventurado medita sobre su última aparición en la Tierra, porque quiere preparar su próxima reencarnación. Ha tenido ya muchas existencias anteriores, pero busca la reencarnación suprema que le permita alcanzar la liberación última del nirvana. Al observar tanta belleza y sabiduría en el palacio de Kapilavastu, elige la familia de Qakya para reaparecer, por última vez, entre los hombres.

»En el instante en que toma su decisión, aparecen en las terrazas del palacio centenares de pájaros, árboles cubiertos de flores y estanques con lotos azules. La joven encinta, al ver aquello, se retira al gineceo y se sume en profundas meditaciones.

»Cuando llega el momento del parto, la reina se traslada a los jardines majestuosos que se extienden a las puertas de la ciudad. Da a luz al niño puesta en pie, sujetando con la mano derecha la rama de un árbol, y el niño sale de su costado derecho. Entonces el cielo se desgarra, aparecen

dos reyes naga, del reino de las serpientes, y brota un manantial de agua fría para lavar al recién nacido y darle el baño ritual. Le llaman Siddharta.

»Un anciano llamado Asita, un asceta venido del Himalaya, le predice un gran destino. Es él quien primero distingue los signos de los Budas: la *urna,* o mechón de cabello lanoso blanco entre los ojos, y el sello de la Ley en la planta de los pies. El niño es conducido al templo donde se encuentran las estatuas de las divinidades védicas.

»Cuando el niño crece, impresiona a sus maestros con su sabiduría, porque se muestra más sabio que los ancianos. Un día se encuentra en un campo y ve una mata de hierba arrancada en la que hay huevos e insectos a los que acaban de matar. Profundamente afligido, pensando que ha asistido a una terrible injusticia, se sienta a la sombra de un manzano. Por primera vez, medita sobre el dolor universal. Cae la noche, pero él no se acuesta.

»Después, una vez Siddharta alcanza la edad adecuada, hay que encontrarle una esposa. Reúnen a todas las jóvenes del país, y una es elegida: la joven Gopa. Pero su padre pide, antes de entregar a su hija, que Siddharta demuestre su valor y su fuerza, para ver si la merece. Propone un concurso, y Siddharta es el único que consigue tensar el arco del héroe, su abuelo.

»Desposa a Gopa y descubre las delicias del gineceo. Sin embargo, no puede dejar de pensar en la miseria, y está triste. Su padre, al ver su dolor, ordena que ningún espectáculo del sufrimiento humano pueda ser visto por los ojos demasiado sensibles de Siddharta. A pesar de todas las precauciones, Siddharta tiene cuatro encuentros que cambiarán el curso de su vida: con un anciano, un enfermo, un muerto y finalmente un monje. Cuando ve al monje y percibe su serenidad, decide abrazar la vida religiosa.

»A pesar de todos los intentos de su padre por disuadirlo, Siddharta no cambia de opinión. Ni las músicas ni los jardines repletos de mujeres consiguen apartarle de su camino. Considera el gineceo como un cementerio donde duermen las mujeres.

»Una noche, sale, llama a su caballerizo y le pide que prepare su montura. El hombre le dice: "¿Adonde iréis, lejos de los hombres, vos el de las largas pestañas, el de los ojos bellos como pétalos de loto, adonde iréis?" Y Siddharta le responde: "Iré a donde debo ir." Y se marcha en medio de la noche, lejos del reino y del jardín de las delicias. Tiene veintinueve años y es el día de su aniversario.

»Se adentra en los bosques, corta su larga cabellera y la lanza al cielo, donde los dioses la recogen. Cambia sus vestidos espléndidos de príncipe por los harapos de un cazador furtivo. Vive en el bosque y ya no se llamaba Siddharta, sino Gautama, el asceta de los Çakya. Busca a los maestros brahmanes, peregrina y conoce las ciudades. Recorre el país, difundiendo la buena nueva y recibiendo la hospitalidad de quienes le acogen. El rey de Magadha le ofrece la mitad de su reino. Pero Siddharta tampoco sucumbe a esa tentación.

»Para vivir, pide limosna. Para adquirir la sabiduría y desprenderse del apego a los bienes terrenales, medita en la posición del loto. Practica el ayuno y la austeridad. Durante seis años lleva esa vida ascética. Todos los días realiza ejercicios respiratorios muy difíciles, con la oclusión completa de la vía bucal apretando los dientes y presionando la lengua contra el paladar, con tanta fuerza que el sudor brota de sus axilas. Luego bloquea su respiración, reteniendo el aliento con tanta presión que sus tímpanos corren peligro de estallar. Ayuna hasta un debilitamiento extremo, para ser dueño de su cuerpo y su pensamiento. Cinco discípulos estudian y meditan junto a él.

»Un día se pone en pie, muy debilitado, y como sus vestidos están hecho jirones, toma la mortaja de un cadaver, la lava en un estanque y le da forma de hábito de monje. Entonces decide abandonar la ascesis y parte en busca de alimento. Sus cinco discípulos consideran un fallo imperdonable el abandono del ayuno y se marchan a Benarés.

»Entonces Siddharta acepta el arroz y la leche que le ofrece una joven de la aldea; después se baña en el río y se encamina a Bodh Gaya, donde se encuentra el Árbol de la Ciencia y la Sabiduría, la higuera sagrada, el Bodhi, al pie del cual se sienta a meditar. De nuevo cavila en el

mal y el dolor. Y es entonces cuando se produce la iluminación. Descubre el yo, sobre el cual se fundan los falsos pensamientos y el mundo material, y se dice que si se suprime la voluntad de existir, se abolirá el dolor. Así, a través de la Revelación de la Sabiduría Perfecta, Siddharta accede a la sabiduría del Buda.

»A esa crisis espiritual le siguen siete semanas de reposo, durante las cuales saborea las dulzuras de la liberación. Finalmente se levanta, parte hacia Benarés y "pone en movimiento la Rueda de la Ley". Al llegar a la ciudad se encamina al parque de las Gacelas, donde encuentra a los cinco discípulos que le habían abandonado. Los convierte con los Sermones de Benarés. "Oh monjes —les dice—, hay dos extremos de los que es preciso mantenerse alejado: una vida de placeres, porque es algo bajo, innoble, contrario al espíritu, indigno y vano, y una vida de sacrificio continuo, porque es también triste, indigna y vana. De esos dos extremos, oh monjes, se ha mantenido alejado el Perfecto, y ha descubierto el camino que pasa por en medio, que lleva al reposo, a la ciencia, a la iluminación y al nirvana."

»El Buda reanuda después su vida errante. Va de pueblo en pueblo, predica y hace milagros. De vuelta en Qravasti, en el reino de Kosala, el Buda realiza el Gran Milagro. El rey de aquel país ha organizado un torneo de prodigios entre ascetas, y ese día se le ve elevarse en el aire mientras su cuerpo irradia luces multicolores. Poco después, se le ve sentado sobre un loto creado por los reyes naga. Brahma está a su derecha, Indra a su izquierda, y el cielo se llena de lotos, cada uno de los cuales contiene un Buda mágico.

»Sigue haciendo el bien y difundiendo sus dulces enseñanzas durante más de cuarenta años. Más tarde, admite algunas mujeres en su orden, pero a disgusto. No ha vuelto a ver a su esposa después de tanto tiempo. A los setenta y nueve años, el Buda enseña a todos y sigue mendigando para obtener su sustento.

»Un día dice a su discípulo favorito, Ananda, que le gustaría prolongar su estancia en este mundo, pero éste deja pasar tres ocasiones de pedirle que sobreviva. El Buda opta entonces por la vía de la Extinción Total. Ananda reúne a todos los monjes para escuchar una nueva exhortación, que le hará permanecer un poco más de tiempo en la Tierra. Por fin, cuando es ya muy viejo y siente que se acerca su fin, se encamina al norte del país para contemplar los monasterios que ha fundado. "Soy viejo —dice a su discípulo Ananda, el único al que ha autorizado a seguirle—. Soy un anciano que ha llegado al final de su camino. Así pues, tú habrás de ser tu propia lámpara, oh Ananda. Habrás de ser tu propio refugio. No te separes de la lámpara de la verdad." Se hace preparar su lecho de muerte junto al río, entre dos árboles gemelos que al instante se cubren de flores. Y dice: "En verdad os digo, oh mis discípulos, que todo lo creado está destinado a perecer. Luchad sin descanso."

»Tiene los funerales del hijo de un rey, durante siete días hay bailes y música antes de incinerar su cuerpo. Ha muerto sin sucesor. Por primera vez un hombre, un "león de los hombres", ha sido proclamado soberano de los dioses...

Por fin, tras tres días de viaje agotador, llegamos a Bodh Gaya, una ciudad del color del polvo, como la tierra en la que se asienta, una ciudad del fin del mundo, en un estado de ruina como nunca había visto antes. Delante de los muros decrépitos, los mendigos, los cojos, los mutilados, se arrastraban en el polvo, con la mirada extraviada. Habría querido detenerme delante de cada uno de ellos, pero ¡ay!, eran una multitud incontable. «Sí, estás desprovisto de todo. Pero no digas: como soy pobre, no puedo buscar la verdadera sabiduría.» Mas, ¿cómo era posible buscar la sabiduría cuando el vientre sufría de hambre?

Marchamos hasta el río sagrado, que se llama Naranyadza. Luego llegamos al pie de la higuera, el árbol de la Iluminación donde el Buda, después de siete semanas, había alcanzado el despertar.

En aquella gran peregrinación todos sentían una alegría inmensa. Algunos incluso lloraban.

Los monjes se reunieron alrededor de la pirámide central, cuyos doce pisos esculpidos parecían elevarse hasta el cielo. Una muchedumbre compacta rodeaba la estatua de Ganesh, con cuerpo de hombre y cabeza de elefante, la cual se cree que lleva la prosperidad a los hogares.

Nos dirigimos al monasterio tibetano, donde había un gran edificio rodeado por numerosas tiendas de campaña. En aquel lugar la muchedumbre era muy densa. Los peregrinos venían de muy lejos para participar. Había monjes tibetanos, occidentales y asiáticos; algunos iban con vestimentas normales y parecían ricos, otros eran muy pobres. Había también hombres que miraban en todas direcciones, como si tuvieran la misión de controlar la reunión. Se diría que formaban una especie de milicia.

La cabeza de Ono Kashiguri estaba alineada con la del Buda. No podía oírle bien, de modo que me acerqué un poco más, abriéndome paso entre la multitud aglomerada. Llegué finalmente junto a él. Desde un estrado dominaba al público. No llevaba parche en el ojo, no estaba borracho como cuando me había cruzado con él por dos veces en la casa de las geishas, era tal como lo había conocido en el monasterio bajo los rasgos benévolos, casi alegres, de mi instructor.

—Sí, amigos míos —decía en inglés—, el siglo XXI será japonés si sabemos derrotar a nuestros enemigos, que quieren dominar el mundo entero, a quienes colonizan Europa y América, y también Oriente Medio. ¿Es que los judíos van a controlar Japón como controlan Europa y América? En la provincia de Yamato, cerca de Kioto, hay dos antiguas aldeas con nombre hebreo: Goshen y Menashe... En la ciudad de Usumasa, en un lugar que perteneció a las familias chada hace mil quinientos años, en una piedra está grabado el nombre "Israel"... Sí, están ahí, en secreto, entre nosotros, poderosos y desde hace mucho tiempo. ¡Sí, sin que vosotros lo sepáis, los judíos han conquistado Japón, y nosotros hemos de expulsarlos! ¡Sí, amigos míos, han asaltado incluso el palacio imperial!

Fue entonces cuando, al volver la cabeza, la vi.

Jane. Iba vestida con un quimono y se mantenía un poco apartada. Llevaba un maquillaje blanco, como en la casa de las geishas. Sin embargo, no era la piel pálida lo que la diferenciaba, sino sus ojos, que parecían perdidos, indiferentes, como si mirasen sin ver.

—Desconfiad de los judíos —prosiguió Ono Kashi-guri—. Todo lo que os dirán es falso... Han construido un seminario en Kioto. Se llama Beth Shalom. Dicen que en hebreo Kioto significa «capital de la paz», y Tokio «capital del Este», pero es falso. Poseen una espada, una espada de siete ramas, con un poder maléfico, que llaman *menorah.* Y nosotros, ¡nosotros llegamos al milenio predicho en la Revelación! Llegamos a la era del Anticristo, y él será vencido en la batalla de Armagedón... ¡Sí, el Anticristo está aquí, entre nosotros!

Un monje le susurró algo al oído mientras me señalaba con el dedo. Aparecieron varios hombres, pero yo me escabullí entre la multitud y, como por mi hábito y mi tonsura me parecía a muchos de los asistentes, pasé inadvertido. Me eclipsé rápidamente, mientras reflexionaba sobre lo que acababa de oír.

Por la noche, me deslicé entre las tiendas y llegué con sigilo al lugar donde había hablado Ono Kashiguri. Justo al lado, vi una pequeña tienda de campaña.

Como no había nadie en las proximidades, eché una ojeada al interior. A través de los mosquiteros vi a Jane tendida en el lecho. ¿Dormía? No; no hacía ningún gesto, ni un movimiento, pero sus ojos estaban abiertos de par en par. Unas marcadas ojeras afeaban su bello rostro.

En la penumbra distinguí una forma inmóvil que emitía cierta luminosidad, una especie de sombra de ojos fosforescentes.

Pensé en las palabras del maestro: «No camines ni demasiado deprisa ni demasiado despacio, tu caminar debe ser a la vez imperturbable y desenvuelto. Ni muy cerca, ni muy lejos:

escoge el justo medio. Ir demasiado aprisa revela desorden y agitación; ir demasiado despacio denota timidez, o incluso miedo.»

Me acerqué con calma. Cuando él lanzó su cuchillo contra mi cara, no me sobresalté y me limité a agacharme: así mostraba que mi estado era normal. Mi espíritu se mantuvo inalterable. Capté el segundo gesto que hizo mi enemigo en mi dirección. Sus reacciones eran más lentas de lo que esperaba, y yo actué con toda presteza. Utilicé la técnica del no-sable, que permite evitar la muerte cuando estás desarmado. Me comporté como si no hubiera visto el arma y combatí aprovechando todas mis posibilidades. Hacía los movimientos aprendidos en el Krav Maga, pero utilizando la estrategia que me había enseñado el maestro Shôjû Rôjin.

Dejé que se agotara, esquivando sus ataques. Así, le permitía ejecutar movimientos inútiles, sin responder a todos los ataques. Actuando con método, me centré en anticipar, en cada momento, las menores intenciones de su espíritu, para frustrar desde el inicio todos sus intentos.

Intenté captar el ritmo de mi adversario a medida que él iba perdiendo su energía. Sabía que si dejaba pasar el momento justo, el contraataque sería inminente.

Al cabo de unos minutos empezó a perder fuerzas y jadeaba. Yo sabía que era esencial seguir con atención hasta el menor síntoma de su debilitamiento, para no dejar pasar la ocasión. Utilizando la técnica de agitar las sombras, simulé lanzar un ataque brutal a fin de descubrir lo que él tenía en mente. Detuve las sombras tan pronto percibí su intención de golpearme. Así, iba desbaratando sus impulsos en el momento mismo en que germinaban en su espíritu y a su vez le demostraba mi ventaja. Entonces, dominado por una gran excitación, trató de abalanzarse sobre mí. Yo adopté una actitud relajada, como si me fuera indiferente, y eso le afectó hasta el punto de que también él se relajó. Entonces pasé al ataque y lo cogí por sorpresa, derribándolo.

De pronto aparecieron un par de secuaces suyos. Llevaban puñales y se dispusieron a atacarme. Hice el vacío en mi interior para poder parar el golpe desde la percepción, sin reflexionar ni hacer conjeturas.

Primero tenía que desarmarlos y luego golpearles. Pero para lograrlo no debía fijar mi espíritu en el atacante, en el arma, en la distancia o el ritmo, porque entonces mi acción fracasaría y yo podría resultar apuñalado. La clave era que mi espíritu no debía ocuparse ni de mis enemigos ni de mí mismo. «Sean cuales sean tus actos, si los acompañas con el pensamiento y los ejecutas con una concentración violenta, perderán su eficacia.»

Mi cuerpo, mis pies y mis manos actuaban sin la menor intervención del pensamiento, sin cometer errores, y así nueve asaltos de cada diez. Pero cada vez que tomaba conciencia de lo que había hecho, recibía un golpe y caía al suelo. De inmediato me ponía en pie con agilidad, porque caer no hacía mella en mí: sabía cómo caer. Sin embargo, cuando abandonaba la atención consciente, ganaba todos los asaltos. Los pensamientos que me surgían eran obstáculos, y yo me esforzaba en estar totalmente presente en la acción de combatir. Tenía a mi favor la fuerza y la maestría, sin tensiones ni relajamientos. Desarmé con un movimiento fulminante al primero y después al segundo asaltante, y me encontré frente a ellos esgrimiendo los dos cuchillos.

Me atacaron sucesivamente. Detuve el primer golpe, sin dejar que mi espíritu se atascara en esa impresión, y afronté el siguiente ataque, que olvidé también de inmediato.

Lo controlaba todo: la respiración, la energía interna, la atención al espíritu. Intuía cada uno de sus gestos, y así anticipaba sus movimientos y me mantenía invulnerable. Podía advertir todo pensamiento agresivo emitido contra mí, siempre que no sucumbiera al temor. Había de vencer como el agua que no se opone a nadie, a la que nada puede oponerse, que cede al cuchillo sin que éste pueda desgarrarla, que es invulnerable sin ofrecer resistencia. Había de vencer como el viento, al que nadie puede detener, y como la tempestad, como el mar embravecido, como la montaña inaccesible, había de vencer como setecientos caballeros a las puertas de la batalla, en el día de su venganza, por la gloria y la justicia, había de vencer con un corazón decidido, había de vencer a aquellos cuyas rodillas tiemblan, había de vencer y ser invencible.

Les miraba a los ojos para sumirlos en la confusión. Había conseguido agotar sus fuerzas, sembrar la división en su seno. Al haber aparecido de una manera imprevista, me movía en el terreno de lo inesperado. Era sutil hasta hacerme invisible. Era misterioso hasta hacerme inaudible.

Para terminar, lancé un *kiai:* el grito de la energía interna. Al mismo tiempo, derribé a dos atacantes con sendos golpes, mientras el tercero se daba a la fuga.

Tomé a Jane entre mis brazos y, como un relámpago, la saqué del campamento. La llevé sobre el hombro, caminando aprisa, hasta el pequeño hotel que había visto al llegar, en las afueras de la ciudad. Unos mendigos dormían delante de la puerta. Me dije que serían los guardianes de nuestra noche.

Por fin, deposité a Jane sobre la cama de la habitación. Ella dormía con un sueño profundo, inalterable. La contemplé unos momentos. Tenía un aire angelical en su sueño, exhalaba con suavidad y su piel, más blanca que nunca, parecía inmaculada. Estaba tan bella como el primer día.

Marqué el número de Shimon para anunciarle que había encontrado a Jane.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Duerme. Parece cansada.

—¿Está drogada?

—¿Drogada? No lo sé... Quizá...

—Bien. Ahora, Ary, tienes que desprogramarla.

—¿Qué?

—Ary, la manipulación mental y el acondicionamiento físico son la base del adoctrinamiento en las sectas. Y Jane estuvo en esa secta. No tenía otra opción, pero para lograrlo tuvo que exponerse a la influencia de un gurú. Pocas personas resisten esa clase de manipulación psicológica intensiva. Convierten a los individuos en robots humanos con la finalidad de crear un mecanismo de carne y hueso, programado con nuevas creencias y nuevos procesos de pensamiento.

—¿Crees que se convirtió en geisha no por su misión, sino por el poder que la secta ejercía sobre ella?

—El discípulo, o el persuadido, suele estar privado de libre albedrío. Sufre un bombardeo de lazos afectivos y amorosos que le unen a los demás miembros de la secta, de modo que éstos consiguen obligarle a cumplir sus designios. Incluidos actos demenciales como los suicidios colectivos. Ahora es posible que ella ni siquiera sepa dónde se encuentra, y que tampoco desee saberlo...

—Pero ¿por qué? ¿Por qué la CIA la envió sola a una misión tan peligrosa?

—La CIA se interesa mucho en las sectas asiáticas. Sun Yat Moon, el fundador de la secta Moon, recibió ayuda de la CIA para impulsar su secta e implantarla en Corea...

—¿Para qué?

—Para convertirla en un bastión contra el comunismo, organizando la venta y la producción de armas. Cuando enviaron a Jane a esta misión, supongo que todavía no tenían conciencia de la amplitud del peligro.

—¿Es posible sustraerla a esa influencia?

—Según el experto que he consultado, en la fase de *deprogrammmg* se intenta obtener un vacío de pensamiento, lo cual puede generar una angustia aguda, relacionada con la pérdida de referencias.

—¿Y luego?

—Hay un período de dudas intensas, de pérdida de puntos de apoyo, posiblemente de depresión. Estrés, reducción de los afectos y de interés por el mundo exterior.

—¿Y después?

—Bueno... Pues no lo sé —admitió Shimon.

Tras colgar me sentí bastante inquieto. Miré a Jane, que dormía apaciblemente, o eso parecía.

Sólo entonces comprendí el sentido de las palabras del maestro Shôjû Rôjin: «El ego te impide ver las cosas como son, eres víctima de tus prejuicios, tu peor enemigo no es el que tú crees.» Mi ego y mi orgullo herido me habían cegado, y había dejado a Jane sola, la había aborrecido mortalmente cuando ella necesitaba mi ayuda. Y para comprenderla, había tenido que recorrer un largo camino cuya meta no era otra que la pérdida de mi ego. Sólo así asumiría la verdad: Jane no era una prostituta, estaba bajo la influencia de la secta, se había infiltrado en ella, aun a riesgo de su vida, porque era valiente y admirable.

Se volvió en la cama, con el rostro perlado de sudor. De pronto despertó y miró en todas direcciones. No sabía dónde estaba.

—Jane —le dije—, estás conmigo. No temas.

Ella me miró con expresión de pánico.

—Jane, ¿cómo te sientes?

—¿Qué hacemos aquí? ¿Dónde estamos?

—En un hotel. Te he traído conmigo, lejos de la tienda en la que te tenían encerrada. He venido para llevarte lejos de ellos.

—¿Qué haces aquí? —Me miraba estupefacta.

—Te he seguido.

De pronto pareció muy cansada.

—Pero ¿por qué lo has hecho...? No valía la pena.

—¿Estás bien?

—Sí. Ahora tengo que volver allí.

—¿Volver allí? Ni se te ocurra. Eras su prisionera, Jane. ¡Esos hombres te vigilaban!

—No —dijo sacudiendo la cabeza—. No, no es verdad. Tengo que volver.

—Ni hablar. No te dejaré salir, ¿comprendes?

—No puedo quedarme aquí. Está ocurriendo algo muy grave allí y tengo que ir.

—¿Qué es eso tan grave?

—Algo... No me acuerdo...

—Inténtalo.

—No lo sé... Es como en los sueños, me acuerdo de la sensación pero no del contenido. Me acuerdo de que es grave... como una conspiración. ¡Tengo que saber más!

—No te irás de aquí.

—Ya lo veremos —dijo ella, al tiempo que se ponía en pie y recogía sus cosas.

Intentó ir hacia la puerta, pero le flaquearon las piernas y tuve que sostenerla para que no cayera al suelo.

—Estoy bien —dijo—. Estaré bien enseguida.

—Creo que has sido drogada o hipnotizada...

Me miró asombrada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no estás... normal.

—¿Y tú, crees que estás normal? ¿Qué puedes saber de los demás, ni de lo que ocurre allí? ¿Y de lo que es o no es normal?

Sus rasgos se endurecieron en una expresión de odio. No la reconocía.

—Pero Jane, cuando te vi en la casa de las geishas decías que era una secta, una secta peligrosa, con toda clase de medios a su disposición.

—Ahora es distinto.

—¿Ya no crees que sea cierto lo que me dijiste?

—¿Qué es lo que te dije?

—Que Ono Kashiguri era un gurú, que había hecho asesinar a varias personas, que disponía de medios para hacer mucho daño.

Me miró, con un aire dubitativo.

—Es falso —dijo, y añadió—: ¿Y tú, por qué te marchaste así, sin despedirte? Sabías que yo no podía acompañarte, que no tenía manera de salir de allí.

—Lo sé, Jane... Estabas sola y yo te dejé allí. Me culpo tanto por eso...

—No te preocupes, todo el mundo fue muy amable conmigo. Y descubrí muchas cosas...

—¿Qué descubriste? ¿Quieres contármelo?

Se tendió en la cama y cerró los ojos como esforzándose en recordar.

—Había largas sesiones de mantras, muy largas...

—¿Mantras?

—Había que repetir un sonido, una sílaba o una frase, a un ritmo variable. Esa repetición permitía obtener un estado próximo al sueño, pero que no era sueño... Era como un trance. Después me sentía bien, podía hacer cualquier cosa, decir cualquier cosa. Cuando te presentaste en la casa de las geishas, estábamos casi al principio y aún no lo sabía, pero después... Fue como si me vaciara de mí misma para llenarme de alguien distinto. Y luego —añadió, dirigiéndome una mirada— descubrí el amor, el verdadero... No el que abandona al otro, sino el que está abierto a todos. El amor transforma todo lo que toca. Si progresamos en su luz, aprendemos a amar y a ser amados por todos... Y él...

—¿Quién?

—Ono Kashiguri... Ha sido seguramente el encuentro más importante de mi vida. Ha transformado mi percepción del mundo en que vivo. Me ha permitido alimentar mi energía... He comprendido que puedo cambiar las cosas cambiándome a mí misma... Y además, ahora sé que todo individuo que habita este mundo posee un alma. Y he de esforzarme en recordar quién soy yo, porque lo he olvidado a fuerza de trabajo y de viajes... siempre corriendo a través del mundo. ¿Pero persiguiendo qué cosa? ¿Para qué?

Hablaba con lentitud, en tono fatigado. Se abandonó a una especie de ensueño. Luego empezó a tararear una salmodia, en voz baja y meciéndose,

—Cuéntame más —dije—. Lo que te dijo, lo que ocurrió... ¿Ha habido algún hecho que haya cambiado las cosas?

—Una noche, después de los mantras, vi unas imágenes... Fue extraordinario. No puedes imaginar lo que es llegar a tocar el propio yo interior.

—¿Qué imágenes?

—Como reminiscencias de vidas anteriores, una detrás de la otra, al ralentí; y luego, una de ellas se destacó del conjunto y se situó en el centro... Contuve el aliento... La silueta era poderosa y benévola, me contemplaba con un amor total, con un rostro comprensivo. Me acogió y me dijo: «Soy tu verdadero yo.» Me dijo todo lo que yo siempre había querido saber sobre mí misma. Sobre mi entorno, mi familia, mi vida profesional, y sobre ti, Ary... Las lágrimas resbalaron por mis mejillas y cuando por fin comprendí la realidad interior de las cosas, cambié.

—¿Y yo?

—Tú también, tu única esperanza de sobrevivir es la verdad.

—¿Qué verdad?

—La que es difícil mirar de frente. ¿Qué he hecho yo de mi vida? He pasado los días asumiendo riesgos, cada vez más riesgos. ¿Contra qué he luchado?

—Contra las sectas, Jane. Contra los propagadores de falsas ideas. Esa es tu vida, tu terreno, tus ideales.

—Estaba equivocada. La CIA me adoctrinó. Fui manipulada por personas que me hicieron creer que me necesitaban. Fui adoctrinada porque, en definitiva, ¿qué tenía yo en la vida? Nada que valiera la pena conservar...

—Tu padre era pastor. Te transmitió el cristianismo.

—¡Cristo! Ary, tú sabes muy bien cuántas mentiras se han dicho sobre Cristo y en nombre de Cristo. Cristo no existe... Existió Jesús, y no es seguro que quisiera ser Cristo...

—Y yo, ¿no soy yo importante en tu vida?

—Cuando te encontré —dijo con una sonrisa triste—, hiciste añicos todas mis certezas. Y fue entonces, creo, cuando realmente me perdí. Dediqué mi tiempo a buscarte, a desearte, a amarte, y tú estabas en otra parte, siempre en otra parte. Y yo me negaba a verlo... ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque en el fondo me convenía. Sí, me convenía haber encontrado una historia imposible, que representara una auténtica diversión. Me convenía para llenar el vacío de mi vida.

—¿Tú y yo?

Me miró con gesto indiferente.

—Todos somos partículas de la energía divina universal que es el origen de la vida.

—Ven —dije—, ven a mi lado.

La miré a los ojos. Sus párpados temblaban, parecía ahora muy agitada. Le tomé el brazo y murmuré con fervor:

—«Os conjuro, a vosotros que penetráis en el cuerpo: al demonio que mina las fuerzas del hombre y al demonio que mina las fuerzas de la mujer... os conjuro en nombre del Señor, que borra la iniquidad y la transgresión. Demonio de la fiebre, demonio del escalofrío y demonio de las enfermedades del pecho, no tenéis derecho a sembrar la inquietud de noche por medio de pesadillas ni de día durante el sueño. Oh íncubos, oh súcubos, oh vosotros demonios que atravesáis las murallas pérfidas... ante Él... ante Él... y yo, oh espíritu, te conjuro, oh espíritu... sobre la tierra, entre las nubes...»

—Pero ¿qué dices, Ary? ¿Estás loco? ¡Déjame! —dijo, soltándose con una sacudida brutal.

—¡Sí! —exclamé—. Estoy loco al verte así, estoy loco de tristeza, loco de desesperación, loco de dolor, loco por haberte dejado allí... Pero yo no sabía... de verdad no lo sabía.

Lloré y lloré sin poder contener las lágrimas.

—Ven —dijo ella—, ven a mi lado.

La abracé y tomé su cabeza entre mis manos.

—Perdóname.

—¿Has venido a buscarme, entonces, Ary?

—Sí, he venido hasta aquí por ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, Ary, tengo... tengo miedo.

—¿De qué?

—Aquí...

Sacudió la cabeza y colocó una mano sobre su corazón.

—Mi corazón está vacío.

Lloró largamente sobre mi hombro, y sus lágrimas eran como un torrente que corre montaña abajo. Expresaban una tristeza infinita, cuyo motivo yo tenía miedo de comprender. Jane lo había perdido todo, incluso a sí misma. Lo había perdido todo, y también su amor por mí.

Se durmió y yo pasé la noche mirándola, sin hacer un gesto, un movimiento. Sólo la contemplaba, y mis ojos se llenaron de su visión.

VIII.
EL PERGAMINO DE LAS FIESTAS

Los ríos de Belial sumergirán todos los afluentes superiores, como un fuego devorador que consume todo árbol seco o húmedo. Las chispas inflamarán toda la vegetación a su alrededor. La gleba arcillosa será devorada, la llanura y sus fundamentos serán presa de las llamas, los filones de granito se convertirán en torrentes de pez y serán devorados hasta el fondo del abismo. Los torrentes de Belial harán explosión en el Abbadón. Entonces los conspiradores de la nada se estremecerán en el tumulto de los generadores de fango. La Tierra rugirá ante las desgracias que afligen al universo y todos los conspiradores gemirán.

Manuscritos de Qumrán,
Pergaminos de los himnos

Cuando por la mañana Jane abrió los ojos, sentí nacer en mí una emoción excepcional, indescriptible, inconmensurable. No era pasión, sino algo más fuerte, más verdadero aún, más profundo.

Todos los recuerdos, todas las imágenes de la víspera me asaltaron. Me parecía lejana y al tiempo más próxima que nunca, y jamás la había amado tanto. Fue algo que me inundó sin que supiera por qué, me tomó por sorpresa a la primera mirada, se instaló en cada rincón de mi corazón. Era como el reconocimiento de un tiempo antiguo, remoto, un descubrimiento que se desea expresar en palabras, sin conseguirlo. La pasión que había sentido por ella no estaba muerta: se había transformado, había evolucionado y crecido, para convertirse en compasión.

La contemplé despertar: estábamos viviendo una experiencia sublime, milagrosa, la gran fuga, la cabalgada; ella, a quien yo cuidaba y cuyos desfallecimientos intentaba suplir, y yo que por fin había comprendido, que no estaba ya cegado por el orgullo, de modo que sólo subsistía el amor.

Abrió los ojos y se le llenaron de lágrimas. Jane había estado tan lejos, había tenido tanto miedo, había sido tan desdichada... Me abrazó con sus brazos débiles, encogida, y yo me sentí dichoso por aquel reencuentro. Mi amor, tan grave, tan fuerte, se me hacía insoportable, me sentía mal de tanto amor, y también yo estaba débil.

Me miró con gesto de asombro.

—Pero Ary —murmuró—, ¿por qué llevas la cabeza rapada?

Me pasé la mano por la coronilla. En efecto, mis cabellos empezaban apenas a crecer después de la tonsura de mi iniciación como monje.

De pronto me miró con gran aprensión.

—¡Oh, no! ¡No...! —gritó, presa del pánico—. No quiero. ¡Déjame!

La tomé entre mis brazos. Reía en medio de su llanto, lloraba entre risas, sacudida por temblores. Se habría dicho que no veía, que tenía algo delante de los ojos. Yo no alcanzaba a comprender cómo ella, tan inteligente, había podido caer en las garras de aquella secta. Me miró desconcertada. Parecía privada de sí misma, de sus propios deseos y también de su pensamiento y sus emociones. Pero esa desposesión iba acompañada de una posesión, un sometimiento, como si la habitara un demonio.

—Estás aquí, conmigo... todo va bien ahora.

—Tengo miedo —dijo mirando a todos lados—. Tengo miedo de que nos sigan.

—No, no; no nos siguen.

—¿*Y* quién te asegura que no están aquí?

—Lo sé. He tenido cuidado. No pueden saber que estamos aquí.

—A menos que... —Me miró, todavía más asustada—. A menos que tú se lo hayas dicho.

—¿Yo? ¿Por qué iba a decírselo? ¡He venido a salvarte!

Sacudió la cabeza.

—No, no... no es posible...

De nuevo era necesario combatir, liberarla, liberarme yo también, partir sin mirar atrás, tramar y destramar, invocar, arriesgar. Era necesario vencer, y sobre todo vencerme para encontrarme, perderme para verla, para encontrarla de nuevo, y también era necesario que ella se perdiera para encontrarme a mí.

Y de súbito, el gran estremecimiento, el vértigo frente al vacío; yo también tenía miedo, siempre miedo, del abismo, de la inmensa rotura de las montañas lejanas, de la decadencia, de estar solo en el mundo.

Demasiado inmenso es el abismo del vacío; partamos, pues.

La llevé, cargué con ella en mis brazos hasta la estación del ferrocarril, para alejarnos del peligro. Ella seguía débil, pero a cada hora recuperaba fuerzas.

En el tren que nos llevaba a Nueva Delhi, abrazados, aliviados, arrastrados por el traqueteo incierto del vagón, estábamos solos en medio de la gente.

Ella se aferraba al sueño para expulsar la droga que la había invadido y debilitado. Adormecidos, apretados el uno contra el otro, de camino hacia el fin del mundo, así estábamos. Ella despertaba y me decía: «Cuánta belleza.» Contemplaba el extraordinario paisaje de las montañas y decía: «Durmamos un poco más.» Y yo la miraba, me impacientaba al verla dormir tanto y amaba sus gestos al despertar. Sus rasgos estaban tensos, los ojos fatigados, la tez pálida, enfermiza, la boca reseca... Estaba hermosa.

En la cumbre de la montaña...

Después de la velocidad, el campo, nuestra meta, nuestro itinerario, en la cumbre de las colinas, después del frío, después del miedo y del combate, el horizonte, el dulce horizonte contemplaba nuestras noches estrelladas, nuestras noches recogidas, amantes de las horas que vuelan, que se olvidan, amantes de los días que pasan, detengamos el tiempo, dejemos ahí el instante, alarguemos el momento hasta que dure un día, un día sólo para ti, sólo para mí, cara a cara en un tren que nos lleva a lo desconocido.

Yo había decidido llevarla conmigo hasta el mayor océano: la libertad. Me había apropiado de todos los medios del mundo para llevármela más y más allá, pasando delante de un lago, los árboles buscados, expulsados, suave aroma el de los árboles fragantes de aromas aterciopelados, los árboles recomenzados sin cesar, árboles entre la maleza, en los bosques, en el corazón de un claro, en la ribera del río, yo iré, sí, iré a ver hundirse en el agua las raíces inmensas del árbol junto al cual reposa ella preparando el momento más dulce, «mira—diré yo—, ¡mira el árbol perfecto!»

Cuando llegamos a la estación de Nueva Delhi, propuse ir al hospital para que la examinaran y atendieran.

—No —respondió con una decisión que no le veía desde hacía mucho tiempo—. Tenemos que ir a Kioto.

—¿Por qué a Kioto?

—Allí es donde se dirige Ono Kashiguri. Ahora que ha visto a los chiang min, debe de saber...

—¿Sabes por qué ha ido a ver a los chiang min?

—Los chiang min son los descendientes de los antiguos israelitas que vinieron a China...

—¿Vinieron a China? Pero ¿de dónde? ¿Y cuándo?

—¿Cuándo? —repitió Jane—. Mucho antes de Cristo. Por eso llevan la estrella de David... Vinieron de la tierra de tus antepasados, Ary.

—Cuando estuve en su aldea, observé que algunas costumbres suyas recordaban la tradición israelita antigua. El arado que utilizan es parecido al de los antiguos israelitas, y lo tiran dos bueyes, nunca un buey y un asno... Eso es acorde con la Biblia: «No colocarás juntos un buey y un asno.» Y su concepción del sacrificio es también parecida a la de los israelitas.

—Además, los chiang min creen en un solo Dios. En las épocas de calamidades lanzan un grito: *yaweh.* —Pareció reflexionar un momento, y luego sus ojos se abrieron espantados—. ¡Sí!, ahora lo recuerdo todo... Lo que sé, lo que averigüé, sí, lo recuerdo... Preparan un atentado para la fiesta de Gion.

—¿La fiesta de Gion?

—Es una gran fiesta sintoísta que se celebra en Kioto.

—¿Hemos de avisar a la policía?

—¿La policía? No, no... Es imposible.

—¿Porqué?

—Escucha, Ary, hace diez meses un abogado, su esposa y su hijo de catorce meses desaparecieron. Él representaba a un grupo de familias que habían interpuesto una demanda contra la secta. La policía abandonó la investigación al cabo de pocos meses. El pasado mes de junio, en Matsumoto, donde la secta es propietaria de una extensa finca, las emanaciones de gas mataron a siete personas e intoxicaron a más de doscientas. Los residentes tenían un litigio con la secta. Hubo también la muerte de un farmacéutico en la casa de las geishas. Y luego, el caso de un notario, hermano de un adepto. Se negó a entregar su parte de la herencia y fue raptado por cuatro jóvenes. El mes pasado fueron encontradas cincuenta personas amontonadas en una capilla, medio muertas de hambre y de deshidratación. Pues bien, todas estas investigaciones han sido abandonadas, todos esos casos se han archivado...

—¿Crees que la policía es corrupta?

—La policía se resiste a llevar adelante las investigaciones. Sí, pienso que hay miembros de la secta infiltrados en ella.

—Eso explicaría por qué se negaron a enseñarme el manuscrito del hombre de los hielos.

—Van a llevar a cabo un atentado, Ary... Tenemos que impedirlo...

—¿Cuándo se celebra la fiesta de Gion?

—El diecisiete de julio, con ocasión de la mayor fiesta sintoísta, el Gion Matsuri. Ono ha preparado algo... ¡Hemos de detenerle!

Fuimos al aeropuerto y tomamos el primer vuelo a Tokio. Una vez allí, cogimos el primer tren para Kioto.

Cuando llegamos, dejé a Jane en el hotel y fui a toda prisa a ver al maestro Shôjû Rôjin para prevenirle sobre el atentado y preguntarle qué debíamos hacer.

En el santuario, le encontré orando delante de un ídolo, balanceándose adelante y atrás, con la cabeza inclinada como un hasid.

—Lamento importunarle, maestro.

Alzó la cabeza y me miró a los ojos.

—Esa puerta que ves a la entrada del templo es una puerta Torri: es el símbolo de una puerta sin puerta, porque está abierta tanto en invierno como en verano, noche y día. Nunca me importunas, Ary Cohen. Eres bienvenido entre nosotros. Pienso que vienes de lejos y me hace feliz verte; ya estaba inquieto por ti.

—Maestro —dije—, acabo de regresar del Tíbet y la India. He averiguado que su monje Nakagashi encontró al hombre de los hielos y el manuscrito entre los chiang min, aldeanos de la frontera entre el Tíbet y China, que tienen costumbres similares a las de los hebreos...

—Bien —dijo el maestro. Y tras una breve reflexión, añadió—: Pero entonces, ¿cómo fueron encontrados aquí, en Kioto?

—Al parecer, el maestro Fujima los hizo traer, para examinarlos. El monje Nakagashi formaba parte de la congregación de Beth Shalom, en la que se había infiltrado por instigación de Ono Kashiguri. Creo que el maestro Fujima y la congregación de Beth Shalom deseaban recuperar al hombre de los hielos porque, según el manuscrito que encontré en el lugar en que fue descubierto el cuerpo, ese hombre no era sintoísta, sino ¡judío! Es más, creo que el hombre de los hielos provenía del mismo lugar que yo... de Qumrán. Y he venido a prevenirle de que está usted en peligro...

—¿Qué peligro? —preguntó sin perder la calma.

Respondí con otra pregunta:

—Maestro, dígame, ¿cuál es el significado de la fiesta de Gion?

—En esa fiesta recordamos la mitología japonesa, según la cual la familia imperial y la nación de Yamato descienden de Ninigi, que bajó de los Cielos. Ninigi es el antepasado de la tribu de Yamato, o nación japonesa. Pero, según la mitología japonesa, no fue Ninigi quien bajó de los Cielos, sino otro. Mientras el otro se preparaba, nació Ninigi y ocupó su lugar.

—Según nuestra tradición, Esaú, el hermano de Jacob, estaba destinado a ser el Dios de la nación; sin embargo, la bendición de Dios fue otorgada a Jacob, que se convirtió en el antepasado de los israelitas.

—Después de que Ninigi descendiera de los Cielos —continuó Shôjû Rôjin—, se enamoró de una mujer llamada Konohana-sakuya-hime y quiso casarse con ella. Pero su padre le pidió que se casara con su hermana mayor. Sin embargo, ésta era fea, y por esa razón Ninigi la devolvió a su padre.

—También ese episodio me recuerda la Biblia: la historia de Jacob, que se enamoró de Raquel, pero el padre de ella, Labán, dijo a Jacob que no podía darle a la hermana más joven antes que a la mayor. Fue así como Jacob se casó con Lea, que no era agraciada y a la que no amaba.

—Ninigi y Konohana-sakuya-hime —prosiguió el maestro— tuvieron un hijo al que llamaron Yamasachi-hiko. Pero Yamasachi-hiko fue expulsado por su hermano y hubo de marcharse del país. Lejos de él, Yamasachi-hiko llegó a detentar un gran poder. Pero cuando su hermano fue a verle debido a la hambruna que azotaba el país, le ayudó y le perdonó su pecado.

—Cuando José, hijo de Jacob y Raquel, fue expulsado por sus hermanos, hubo de huir a Egipto. Allí, llegó a ser tan importante para el faraón que fue nombrado primer ministro, y cuando sus hermanos llegaron a Egipto debido a la hambruna, José les ayudó y les perdonó su pecado.

—Yamasachi-hiko se casó con una hija del dios del mar y tuvo un hijo llamado Ugaya-fukiaezu. Éste tuvo cuatro hijos. Pero sus hijos segundo y tercero se fueron de casa. Uno de los hijos restantes fue el emperador Jinmu, que conquistó la tierra de Yamato y fundó la casa imperial de Japón.

—Por su parte, José se casó con la hija del sumo sacerdote de Egipto y tuvo dos hijos: Manases y Efraím. Éste tuvo cuatro hijos, pero dos de ellos murieron. El descendiente del cuarto fue Josué, que conquistó la tierra de Ca-aán. En la estirpe de Efraím está la casa real de las diez tribus de Israel... Jacob vio en sueños a los ángeles de Dios subir y bajar por una larga escala entre el Cielo y la Tierra. Ese sueño simbolizaba la promesa de que sus descendientes heredarían la tierra de Canaán... Maestro, ¿es cierto que algunas mujeres se mantienen apartadas de la ceremonia de Gion?

—En Japón, desde tiempos muy antiguos, las mujeres no pueden acudir a las celebraciones sagradas en los templos durante la menstruación. No deben tener relaciones sexuales con su marido y han de permanecer en un refugio, *gekkei-goya* en japonés, mientras dura la menstruación y hasta siete días después. Luego, la mujer ha de lavarse con agua natural en el río o el mar. Si no hay agua natural, puede lavarse en la bañera.

—¡Lo mismo hacemos nosotros! Antiguamente, las mujeres no podían acudir al Templo durante sus menstruaciones, tenían que estar separadas de sus maridos y encerrarse en un refugio. Luego la mujer acudía a la Mikvah, que era un baño ritual. El agua de la Mikvah tenía que ser de lluvia, o agua natural.

—Entre nosotros —prosiguió el maestro—, a una madre que espera un hijo se la considera impura durante cierto período. Según el antiguo libro sintoísta *Engishiki,* después de tener un hijo la mujer no podía participar en las actividades del templo durante siete días.

—Eso recuerda una costumbre del pueblo judío —dije—: la Biblia dice que cuando una mujer ha concebido y llevado un hijo varón, será impura durante siete días. En el caso de que haya tenido una niña, será impura durante dos semanas.

—En Japón, en la era Meiji, la mujer que tenía un hijo debía encerrarse en un refugio durante

treinta días después del parto.

—Después del período de purificación, la madre no podía volver al Templo con su hijo en el primer mes.

—Después del período de purificación, la madre no podía acudir al santuario llevando a su hijo —dijo—. Era el padre de la madre quien debía llevarlo... ¿Recuerdas que te pedí que me explicaras la *Bar Mitzvah?*

—Sí, le dije que la *Bar Mitzvah* celebra el acceso al mundo adulto.

—Pues bien —dijo el maestro—, en Japón, cuando un niño cumple trece años, acude al santuario con sus padres, hermanos y hermanas, y asiste a la celebración llamada *Genpuku-shiki,* en la cual el chico lleva por primera vez ropas de adulto, y en ocasiones se le cambia el nombre.

—Pero ¿qué sentido tiene todo eso? ¿Por qué los sintoístas se parecen tanto a los hebreos? ¿Es una simple coincidencia?

—También yo me he hecho esa pregunta. Por eso quise averiguar más cosas sobre vosotros. Así llegué a saber que hay una diferencia importante entre vosotros y nosotros.

—¿Cuál? —pregunté.

—No hay altar en los santuarios sintoístas.

—Es posible que la respuesta se encuentre en el Libro de los Números, capítulo doce. Moisés ordenó al pueblo que no ofreciera sacrificios de animales en lugares distintos de su tierra.

—Ah, ¿sí? —El maestro me miraba con atención, y parecía reflexionar intensamente—. También hay un montón de otros detalles, Ary Cohen...

—Pero ¿por qué tantas semejanzas? ¿Qué significa eso? ¿Tiene alguna relación con el atentado?

—¿Qué atentado?

—Creo que Ono Kashiguri prepara una acción resonante en Kioto, tal vez aprovechando la fiesta de Gion...

—En ese caso, tenemos que ir allí y avisar a la policía.

—¿Está seguro, maestro?

—No es posible hacer otra cosa. Vamos, antes de que sea demasiado tarde.

La fiesta de Gion se celebraba en varios lugares de Kioto. El más importante era el Yasaka-jinja, un santuario sintoísta. Me fijé en que la fiesta se celebraba del 17 al 25 de julio. Ahora bien, en la Biblia se dice que el 17 del séptimo mes el arca de Noé encalló en el monte Ararat: «En el mes séptimo, el día diecisiete, varó el arca sobre los montes de Ararat.» Es probable que los hebreos instituyeran una fiesta de acción de gracias ese día. ¿Era una coincidencia? ¿Una influencia? Pero ¿por qué azar habían conocido los japoneses las fiestas judías? Seguía sin comprenderlo.

Además, el maestro Shôjû Rôjin me había dicho que la fiesta de Gion en Kioto empezaba con un voto para que el pueblo no sufriera la peste, un ruego extrañamente similar al texto de la Biblia relativo al rey Salomón.

—¿No encuentra que «Gion» recuerda a «Sión»? —-le pregunté mientras nos dirigíamos al santuario Yasaka-jinja.

—Sí. Es más, Kioto se llamaba Heian-kyo, que significa «ciudad de la paz». Jerusalén en hebreo también quiere decir «ciudad de la paz», ¿no es así?

—Heian-kyo sería entonces Jerusalén en japonés. Eso explicaría por qué es la ciudad de los templos.

Las calles parecían diferentes: estaban decoradas con farolillos de papel y en el barrio residencial de la ciudad, delante de las casas tradicionales japonesas, se exhibían los tesoros familiares: cajas y objetos antiguos, estatuillas y joyas.

Decenas de miles de personas, la mayoría vestidas con quimonos veraniegos, paseaban y

admiraban los distintos objetos, las cerámicas y los grabados. Era la ocasión elegida para actuar por la secta de Ono, según Jane, pero no sabíamos cuándo ni cómo.

Entramos en los diversos templos en que se desarrollaban los festejos, para inspeccionarlos. Vimos el Toji, un templo al este de Kioto, en realidad una pagoda de cinco pisos. Se entraba por una puerta del siglo XII, detrás de la cual se abría un espacio lleno de construcciones magníficas, a la vez impresionantes y sencillas con sus muros blancos, sus pilares rojos y sus techos de tejas.

> *Y los hebreos cantaban y bailaban en torno al Arca de la Alianza. El Arca de la Alianza tenía dos estatuas de querubines, de oro. Los querubines eran ángeles que tenían alas como los pájaros.*
> *Cantaban y bailaban como el rey David y el pueblo de Israel, a los sones de los instrumentos, delante del Arca, y tocaban música, una música particular.*

Una música de una sonoridad extraña, como salida de otro tiempo, con instrumentos antiguos, una música obstinada que no se detenía: venía del interior del santuario. Entonces los hombres llevaron sobre sus hombros las arcas de la Alianza, los *omikoshi*, hacia el río.

En la montaña, los peregrinos, vestidos de blanco, dejaban correr el agua sobre su cuerpo en señal de devoción ritual.

> *Y los sacerdotes y los levitas llegaban al Jordán y* lo *cruzaban para conmemorar el Éxodo de Egipto. Luego se repartía a cada uno, hombre o mujer, un pan redondo, un trozo de carne y un pastel de uvas.*
> *Y el gran sacerdote, vestido de lino blanco, llevaba el efod de David.*
> *Los sacerdotes israelitas enarbolaban una rama con la que santificaban a las personas. Y el sacerdote decía: «Rocíame con el hisopo, y seré puro.»*

Siguiendo a la multitud, nuestros pasos nos condujeron a una larga procesión de personas vestidas para representar distintos períodos de la historia de Kioto.

La secuencia cronológica de la procesión estaba invertida: empezaba por la época más reciente y se remontaba en el tiempo. El primer grupo representaba a los patriotas del siglo XIX que, en lucha contra la regla militarista del sogunado, habían restaurado el poder del emperador. Cada grupo llevaba los vestidos, las armas y la música apropiados. Al final de la larga procesión venía el grupo que representaba el siglo VIII, cuando fue fundada Kioto. Fue entonces, me explicó el maestro Shôjû Rôjin, durante le época Nara, cuando los monjes más influyentes empezaron a decir que las divinidades del sintoísmo eran manifestaciones del Buda. La religión budista llegó a Japón en 538, cuando el rey de Corea ofreció al emperador Kimmei textos sagrados budistas y estatuas. Fue así como apareció el budismo en Japón, después de pasar por el Tíbet, China y Corea, en detrimento del sintoísmo japonés.

Cuando terminó la procesión, seguimos a la muchedumbre que se apretujaba en torno a un santuario sintoísta; allí oímos las primeras entonaciones, repetidas sin cesar, del cántico: «*saireiya, sairyo!*», «la fiesta mejor».

Unos jóvenes que portaban antorchas cantaban con voz impostada. Detrás de ellos desfilaban oleadas de niños, cada uno con una antorcha proporcionada a su estatura. Finalmente venían los hombres, cargados con tocones de pino. Su expresión indicaba que habían ingerido sake en abundancia. Gritaban «*saireiya sairyo*», y el son de la música llegaba desde los escalones de piedra al interior del santuario. Un grupo de unos treinta hombres, casi desnudos, apareció en lo alto de la escalera, transportando el carro del dios del santuario de Yuki; corrían espoleados por los gritos del público y los sones del *gagaku*, una música de corte tradicional tocada por los pífanos y las flautas.

La procesión avanzaba delante de nosotros. La policía, dispuesta con discreción a uno y otro lado, la seguía. De tanto en tanto oíamos gritos. Con frecuencia era el mismo grito repetido: *«en-yara-yahf»* Cuando le pregunté a Shôjû Rôjin el significado de esas palabras, me contestó que en japonés no significaba nada.

Nos aproximábamos al lugar donde se celebraría la ceremonia, el santuario sintoísta cuyas puertas abiertas permitían ver su interior. Entonces vimos al sumo sacerdote, vestido de lino blanco, avanzar lentamente hacia el altar.

De pronto, de un coche surgió una especie de nube. El coche arrancó y se alejó a gran velocidad. Se oyeron gritos de todas partes, y la muchedumbre empezó a forcejear para alejarse de aquel lugar. Eran gases tóxicos.

Algunas personas se desvanecían, otras eran pisoteadas por la multitud presa de pánico. Los sacerdotes sintoístas que llevaban las arcas de la Alianza, como David había llevado el Arca de la Alianza en Jerusalén, corrían en todas direcciones, estorbados por sus largos vestidos de lino, sin abandonar su preciosa carga. Los que bailaban y cantaban al son de los instrumentos se detuvieron y se dispersaron entre la multitud, aterrorizados.

Aprovechando la confusión general, me deslicé en el interior del templo. Llevaba la cabeza rapada, de modo que fácilmente podían tomarme por un monje.

En el santuario se encontraban los sacerdotes sintoístas. Algunos de ellos vestían hábitos rayados, con una especie de cuerdas que caían a los lados de la túnica. Otros llevaban sobre la túnica un peto rectangular que les cubría desde los hombros hasta los muslos. Todos llevaban un solideo en la cabeza, y la túnica ceñida por un cinturón.

En el centro se encontraba el sumo sacerdote, aislado de todos. Un hábito blanco lo cubría hasta los pies, descalzos. Santificó el lugar agitando una rama. En la mano tenía un puñado de sal.

Resonaron los cantos entre el humo del incienso, puntuados por sonoros gongs.

Entonces lo vi: junto a una columna, en la sombra, con un sable en la mano, justo delante del sumo sacerdote.

En el momento que levantó su arma me abalancé sobre el sumo sacerdote y lo aparté a un lado, al tiempo que el sable rozaba nuestras cabezas. Me puse en pie de un brinco y, con un gesto rápido como el relámpago, le retorcí la muñeca y me apoderé del arma.

Me miró con el pánico de quien va a morir, y enseguida dos hombres lo sujetaron con firmeza, impidiéndole el menor movimiento. El agresor, un hombre de gran estatura y mirada fija, con el rostro marcado por una cicatriz, no era otro que Jan Yurakachi, el jefe de policía.

El sumo sacerdote se había retirado, protegido por dos hombres. Un sacerdote se acercó y me indicó que nos apartáramos a un lado.

—¿Quién es usted? —murmuró.

—Me llamo Ary Cohen.

—Enhorabuena, Ary Cohen, acaba de salvarle la vida al emperador de Japón.

Unas horas más tarde, me reuní con Jane en el Beth Shalom. Ella estaba aún adormilada. Había dormido de un tirón, todo el día, y parecía asombrada de que el tiempo hubiera pasado tan deprisa. Cuando le conté las noticias sonrió con tristeza.

—Bravo, Ary, muy bien.

—Todo ha sido gracias a ti.

—Ahora me gustaría marcharme. Estoy muy cansada.

La miré. Sus rasgos estaban tensos, su piel más pálida que nunca, sus ojos casi descoloridos por la fatiga.

—No, Jane —dije—. Te quedarás aquí.

—No, no puedo. Tengo... tengo miedo, Ary.

—¿Miedo? Pero Jane... tú nunca has tenido miedo de nada. Además, conmigo estás segura.

—Tengo miedo... —repitió—. ¿No has visto lo que ha pasado en la fiesta de Gion?

—Los gases lanzados en la calle no eran más que una maniobra de dispersión para el atentado contra el emperador. El jefe de policía ha sido detenido.

—Probablemente es de la secta de Ono... Lo sabrán, y también se enterarán de lo ocurrido. Van a perseguirnos... Tenemos que marcharnos, Ary.

—Veamos —dije, sentándome a su lado—. Eso significa que estamos en el buen camino.

—¿El buen camino? Pero ¿tú sabes por qué quiere asesinar Ono Kashiguri al emperador de Japón? ¿Puedes imaginar siquiera la gravedad de algo así? ¿Y por qué mató al monje Nakagashi? ¿Por qué se interesa tanto en los chiang min del Tíbet?

—¿Y tú? ¿Lo sabes tú?

Me observó.

—Todo empezó cuando el monje Nakagashi, miembro de la secta de Ono, se infiltró en el Beth Shalom gracias a la geisha Yoko Shi Guya, llamada Isaté Fujima, hija del maestro Fujima, que dirige el Beth Shalom. Fue así como Nakagashi supo que los chiang min (antiguos israelitas de China) habían encontrado a un hombre sepultado en los hielos. Este fue transportado a Japón a petición del maestro Fujima. Ono Kashiguri y Nakagashi quisieron apoderarse del cuerpo, pero éste había sido trasladado al templo del maestro Shôjû Rôjin, para esconderlo allí.

—Pero ¿por qué estaba el hombre de los hielos en el templo del maestro Shôjû Rôjin?

—Pues para protegerlo...

—¿De qué?

—De Ono y su secta. Shôjû Rôjin te dijo en una ocasión que el monje Nakagashi era un vigilante. Al cabo de un tiempo, éste se dio cuenta de que estaba siendo manipulado por Ono Kashiguri, y quiso esconder el cuerpo. ¿Qué lugar mejor que el pequeño templo de su maestro?

—Y Ono Kashiguri, que supo que el monje le estaba traicionando, los hizo asesinar, a él y su amante.

—Si no hubiéramos estado nosotros allí, sin duda habría recuperado el cuerpo... Sí, eso es... Ahora tenemos que averiguar cuáles son los próximos objetivos de Ono Kashiguri. Eso es lo que tenemos que descubrir. Qué relación existe entre el hombre de los hielos y el emperador de Japón. Por qué les persigue a los dos la secta de Ono.

Poco después, cuando intenté reunirme con el maestro Fujima, me respondieron que se encontraba en el pozo de Isurai. Tomé un taxi que me llevó al santuario en que se encontraba el pozo, y hallé al calígrafo sentado al pie de un árbol, bajo la luna. Estaba garabateando una hoja de papel de arroz.

—Ah —dijo al verme—, aquí está Ary *San.* ¡Qué placer, verle...!

Estaba impecablemente vestido, como la última vez que le había visto, con el lazo de pajarita, cuello duro y un soberbio traje beis que realzaba su elegancia. La luna llena iluminaba su rostro, prestándole reflejos angulosos. Se habría dicho un personaje surgido de un cuento.

—Buenos días, maestro —dije—. He venido para informarle de los progresos de mi investigación... Creo que su hija y el monje Nakagashi fueron asesinados por los hombres de Ono Kashiguri, de la secta de Ono. Nakagashi no tuvo ninguna participación en la muerte de Isaté, como usted pensaba.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Fue su hija quien introdujo al monje Nakagashi en el santuario de Beth Shalom... Allí supo que había sido encontrado un hombre entre los hielos. Lo que yo desearía saber es si usted sabía que el hombre de los hielos era hebreo, y si sabía de dónde venía... ¿De Qumrán? Y si sabía usted que se trataba de un sumo sacerdote, un Cohen como yo.

Extraje de mi bolsa el peto con las once piedras preciosas. Le enseñé el diamante que él me había dado, y que encajaba a la perfección en el engaste vacío de la tribu de Zabulón. El diamante relució con una luz blanca, casi cegadora.

Entonces el maestro Fujima me enseñó la caligrafía que estaba terminando.

—Aquí está escrito: «*dabem*», que significa «conversar» en japonés.

—En hebreo, *daber* quiere decir «hablar».

—Aquí, he escrito: «*gaijeen*», que quiere decir «un no-japonés».

—*Goi* en hebreo quiere decir «pueblo extranjero».

—Estoy convencido de que los japoneses antiguos hablaban hebreo —dijo el maestro Fujima—. No poseo pruebas, pero hay un gran número de coincidencias, demasiadas para que todo se deba a la casualidad, ¿comprende? Incluso las letras hebraicas y las japonesas se parecen.

—¿Qué puede significar eso?

El maestro me miró unos instantes antes de responder.

—Cuando leí la Torah, Ary *San*, me sorprendió mucho la descripción de las ceremonias religiosas del antiguo Israel. Las fiestas, el templo, el valor de la pureza, todo eso era idéntico para los sintoístas. Por eso me apasioné por el judaismo... Estoy convencido de que el Dios de la Biblia es también el Padre de la nación japonesa. Mire las fiestas de Japón; se parecen tanto a las fiestas del antiguo Israel...

—Pero si ha descubierto eso, ¿por qué no creer en el Dios de la Biblia?

—En determinado momento pensé en convertirme, pero no lo he hecho: en realidad, lo que quería era recuperar la verdadera religión sintoísta.

—Sintoísmo, como la letra *Chin*... Pero, una vez más, ¿qué sentido tiene todo eso? ¿Y cuál es la relación con Ono Kashiguri?

—Lo ignoro, Ary, pero me consta que Ono y su secta están dispuestos a hacer todo lo que puedan para evitar que se sepa.

—¿Por esa razón querían apoderarse del hombre de los hielos? ¿Sabía Ono de dónde venía?

—Pensaba que tal vez era un israelita.

—Todo esto es inquietante, en efecto. Pero sigue habiendo una diferencia esencial entre su pueblo y el mío, una diferencia capital.

—¿Cuál?

—¡Los japoneses no están circuncisos!

Fujima me observó con aire grave. Hubo un silencio antes de que dijera:

—Según cierto rumor, la circuncisión se practica en la familia imperial de Japón...

—¿Me está diciendo que la familia imperial de Japón sería de origen hebreo?

—Existe una leyenda según la cual el nombre del dios de Israel está grabado en un objeto de un templo sintoísta, el templo de Ise. Sólo el emperador tiene derecho a visitarlo. Se dice que es de origen divino y que, una vez al año, se reúne allí con Dios...

Aquella noche, cuando regresé, Jane estaba dormida.

La observé y tuve la impresión de que ya no me pertenecía. Y me dije: «¿Cuándo podré tenerla de nuevo entre mis brazos? ¿Cuándo volverá a mí?» Cuánto la echaba de menos...

Me dormí a su lado y soñé que tenía que acudir a una fiesta. Llegaba con retraso, justo antes del Sabbath. Entraba en la sinagoga, pero era demasiado tarde, el servicio había terminado.

IX.
EL PERGAMINO DE ISE

¡Escuchad, sabios!
Cultivad la sabiduría.
¡Y vosotros, los justos!
Haced que cese la injusticia.
Y vosotros, los íntegros,
sostened sin desfallecer al indigente.
Sed indulgentes con él.
No despreciéis nunca las palabras de los justos
y los actos verdaderos
a fin de difundir la prudencia y la búsqueda del misterio,
de escrutar la verdad y desafiar todos los oráculos.

Manuscritos de Qumrán,
El Sabio a los hijos del alba

Al día siguiente por la mañana, recibí la visita de Toshio, al que no veía desde mi regreso del Tíbet. Parecía muy agitado y me dirigía miradas huidizas, como si no se atreviera a revelarme el motivo de su visita.

Por fin, cuando lo apremié a hablar, respondió que el emperador quería agradecerme que le hubiera salvado la vida durante la fiesta de Gion.

—Ahora —añadió Toshio—, el emperador desea concederle algún favor, como muestra de su gratitud. Quiere saber qué desearía recibir de él.

—Dígale, señor Toshio, que me gustaría visitar el templo de Ise...

—¿El templo de Ise? —exclamó Toshio, sorprendido—. ¡Pero si todo el mundo puede visitarlo!

—No me refiero a eso —respondí—. Yo deseo entrar en el santuario.

Toshio me miró con una especie de espanto, como si yo acabara de proferir un sacrilegio abominable.

—Eso es imposible, imposible—balbuceó—. Es tabú... Sólo el emperador puede entrar en el santuario, una vez al año. Pero usted, señor Ary, no tiene derecho a hacerlo.

—Dígale que ésa es mi petición, por favor, señor Toshio.

Unas horas más tarde, estaba en camino hacia el santuario de Ise. Había dejado a Jane en el Beth Shalom, con la instrucción de que no saliera bajo ningún pretexto.

El tren ascendió y descendió a través de un bosque de árboles gigantescos, antes de llegar a una amplia llanura, al pie de la montaña Kamiki y el monte Shimaki, en la prefectura de Mie. Yo tenía la impresión de entrar en un mundo nuevo, de colinas verdes y onduladas, muy parecido al mundo de los sueños o al de la infancia.

El tren se detuvo en la ciudad de Ise al cabo de dos horas de viaje. Para llegar al templo había que recorrer una serie de calles estrechas en las que se alineaban los tenderetes ambulantes, al estilo japonés antiguo.

Subí los escalones con relieves esculpidos hasta la puerta Torri, cuyas dos jambas son de madera de pino, pintadas de rojo anaranjado. Entré por la puerta siempre abierta que daba al templo. Con su atrio y su pequeño palacio, me hizo pensar en un templo de Salomón en miniatura, tal como lo describen los textos.

El templo estaba rodeado de un jardín de arena en el que únicamente había unos pocos árboles y matas de hierba y flores. El lugar rezumaba un aire de solemnidad; por él circulaba un río con sus meandros, en medio de los cuales había pequeños islotes de arena, accesibles a través de pasarelas.

Los juncos jugueteaban con el agua. Los pinos, las rocas, los árboles seculares y las pequeñas plantas parecían esperar a los visitantes desde siempre. La avenida que conducía al templo estaba flanqueada por farolas, quinientas farolas sobre pedestales de piedra. Me acerqué a una de ellas: tenía grabada una estrella de David.

¿Qué hacían esas estrellas de David en un templo consagrado a la diosa del sol, Amaterasu, adorada por su condición de antepasada de la familia imperial?

Desde la antigüedad, el templo de Amaterasu siempre estuvo situado en Ise, donde era reconstruido cada veinte años, respetando con exactitud estricta el estilo antiguo. Gracias a esa costumbre había subsistido ese estilo de arquitectura hasta nuestros días: réplica exacta de un templo construido hace dos mil años.

Delante del Templo israelita había dos columnas que servían de puerta. Las llamaban «taraa». Algunas estaban pintadas de rojo, para recordar la sangre del cordero en la noche que precedió al Éxodo de Egipto.
El sanctasanctórum israelita estaba situado en el ala oeste del Templo. En el Templo de Salomón se encontraba en un nivel superior al de las demás estancias. Existía también una costumbre en Israel: en el Templo de Dios en Israel, y en la plaza de Salomón, había dos estatuas de leones.

En Ise había dos santuarios, el Naikû y el Geku, situados a seis kilómetros de distancia. Yo quería visitar el segundo, consagrado a la diosa Amaterasu; el primero estaba dedicado a la diosa de los cereales.

Entré en el jardín de cipreses gigantes y alcanforeros. La grava crujía bajo mis pasos. El santuario estaba protegido por una empalizada de bambú. Ningún visitante podía cruzar esa barrera.

Me volví: allí estaba el maestro Shôjû Rôjin.

Se inclinó, juntando las manos delante del rostro.

Eso se hacía en el antiguo Israel para decir: yo guardo la promesa. En las Escrituras, puede encontrarse la palabra que se ha traducido como «promesa». El sentido original de la palabra, en hebreo, es «dar palmadas». Los antiguos israelitas daban palmadas cuando decían alguna cosa importante.
Jacob se inclinó cuando se aproximó a Esaú.

—Por fin has llegado a nuestra casa —dijo el maestro Shôjû Rôjin.

—¿Vuestra casa?

—Somos los guardianes del templo. Yo soy el sumo sacerdote que oficia aquí, bajo la autoridad del emperador, que te ha permitido entrar en el santuario de Ise.

Calló. Luego me hizo entrar, despacio, en la gran pagoda de madera antes de retirarse, en el mismo silencio con que me había recibido.

El interior del santuario estaba iluminado apenas por unas velas, y el incienso esparcía un vapor espeso que difuminaba el contorno de los objetos. Pero reconocí sin dificultad los *mikosi*, los santuarios portátiles que había visto en la fiesta de Gion.

En ambos lados del muro estaba grabada la estrella de David. La estructura del edificio era la misma que la del tabernáculo del antiguo Israel, dividido en dos sectores: el primero era el sancta, y el segundo el sanctasanctórum. También el santuario japonés estaba dividido en dos partes.

En el fondo del santuario había una bella mesa de madera dispuesta con distintas vituallas. El maestro Shôjû Rôjin me había explicado que los peregrinos que iban al templo traían *mochi*, sake, cereales, legumbres y frutas, así como agua y sal, como una ofrenda a la diosa, que depositaban delante del santuario.

Sus ofrendas eran consumidas después de la peregrinación: una comida en compañía de Dios.

Eso me recordó la mesa de madera del tabernáculo de los hebreos, en la que se disponían el pan, los cereales, el vino y el incienso, antes de que los alimentos fueran consumidos por el sacerdote.

Dos estatuas de leones guardaban el recinto del sanctasanctórum. El maestro Shôjû Rôjin me había explicado también que en el Japón antiguo no había leones.

Sabía que ningún visitante podía entrar en el sanctasanctórum. Sólo los sacerdotes sintoístas tenían derecho a penetrar en el sancta en ciertos momentos, durante la celebración de las fiestas. El

emperador era el único que podía entrar en el sanctasanctórum.

Este estaba situado al oeste o al norte del santuario, en un nivel superior al del sancta. Para acceder a él había que subir unos escalones.

A un lado había una pequeña fuente de agua clara.

Me lavé las manos y me enjuagué la boca.

Me acerqué a la pesada puerta de madera, entre los leones.

—Bienvenido, Ary.

De nuevo el maestro Shôjû Rôjin inclinó la cabeza. Le devolví el saludo en silencio, hasta tal punto me asombró verle en ese lugar.

—Te debo una explicación, ¿no, Ary Cohen?

—Si así lo desea...

—No podía decirte quién era yo, Ary Cohen, del mismo modo que el emperador debe permanecer oculto y secreto para no verse en peligro de muerte, como sabes. Por eso te enseñé el Arte del Combate, a fin de darte armas que te permitieran detener a nuestros enemigos de la secta de Ono. Y debo decirte que estamos muy satisfechos de tu trabajo. Por esa razón hemos aceptado recibirte aquí.

—Desearía entrar en el recinto secreto del templo.

El maestro hizo su peculiar gesto de negación, sonriente. A esas alturas, yo estaba ya acostumbrado a su mímica.

—¿Por qué no? —Mi voz despertó un eco en la estancia.

—Es necesario el permiso de los monjes yamabushis —dijo—. Son ellos quienes guardan el recinto sagrado.

—Pero cuento con el visto bueno del emperador, ¿no es así?

—Para el santuario, desde luego... pero no para el recinto sagrado.

—¿Dónde están los yamabushis?

—En este momento se encuentran en Nagano, en una fiesta en el gran santuario sintoísta Suwa-Taisha.

Observé la puerta que tenía delante. Estaba muy cerca, y sin embargo, de nuevo era necesario esperar. Casi me sentí tentado a no hacer caso y entrar. ¿Por qué no? Al mismo tiempo que me asaltaba esa idea, pensé que entablar un combate con el maestro sería pura locura por mi parte.

—Son los yamabushis quienes guardan la llave de la puerta —dijo el maestro como si hubiera escuchado mis pensamientos—. Sólo ellos pueden dártela. Nadie más la posee.

—El sanctasanctórum japonés está situado por lo general al oeste o al norte del santuario, igual que el nuestro. Está elevado, como en el Templo de Salomón. Y esas estatuas de leones, también como en el Templo de Salomón... ¿qué significado puede tener todo eso? Incluso vuestra puerta Torri se parece a la del templo israelita, en el que había dos pilares delante de la entrada. Más aún, las puertas Torri son rojas, lo que recuerda la sangre con que se marcaba el dintel de las casas la noche anterior a la huida de Egipto.

Shôjû Rôjin se inclinó.

—La respuesta está en el interior.

—Y también vuestra costumbre de inclinaros recuerda a los hebreos: está dicho que Jacob se inclinó al ver a su hermano Esaú. Hoy los judíos se inclinan al recitar sus plegarias. ¡Y vuestras tablillas de bambú, que recuerdan las tablas de la Ley de Moisés! ¡Vosotros y nosotros... somos los mismos!

El maestro se inclinó de nuevo; en esta ocasión, con una especie de respeto.

En cuanto a mí, necesitaba entrar en el sanctasanctórum. Sí, tenía que comprender.

Cuando regresé al Beth Shalom, ya entrada la noche, me esperaba una sorpresa. Nunca había pensado en verlo allí, en el otro extremo del mundo, en aquel lugar insólito: mi padre había venido a encontrarse conmigo, por supuesto instigado por Shimon Delam.

Cuando lo vi, la emoción me puso el corazón en un puño. Seguía igual, con su cabello espeso, abundante, con reflejos plateados, y su mirada oscura e intensa. No había cambiado, y en cambio a mí me parecía haber envejecido.

—Al parecer, necesitas de mi experiencia en materia de paleografía. Shimon me dijo que estabas en este... ¿Beth Shalom?

—Sí, en efecto. Te explicaré. Ahora podemos consultar el manuscrito, y tal como le dije a Shimon, creo que te necesitaré... Pero no pensaba verte aquí.

—Ya lo conoces: en realidad no me dejó opción.

Sonreí. Habían pasado tantas cosas desde la última vez que le vi... Tantas cosas, sí. Y este misterio, del que me disponía a retirar todos los velos que lo cubrían, uno a uno.

Me sentía cansado y hambriento. Subí a ver a Jane, a la que informé de que mi padre estaba allí. Cenamos juntos en un pequeño restaurante cerca del Beth Shalom, un bol de arroz, sopa de miso, fruta, espinacas y té verde.

—Hay otra cosa —dije a mi padre, y le pasé las notas que había tomado de la conversación con el maestro Fujima sobre la lengua hebrea—. Querría una opinión científica sobre una cuestión que tal vez te parecerá absurda.

—Te escucho.

—Pues bien... ¿Es posible que los japoneses sean judíos?

Mi padre frunció el entrecejo y me interrogó con la mirada, como para averiguar si estaba burlándome de él.

—Te lo he dicho, intenta enfocar la cuestión desde un punto de vista racional, científico e histórico.

—¿Judíos? —dijo—. ¿O... hebreos?

—Sí. ¿Sería posible que fueran hebreos? ¿Cuándo habrían venido a Japón? Hace más de dos mil años...

—Ah —dijo mi padre, y una sonrisa iluminó su rostro—. Sabes que, a la muerte de Salomón, Israel quedó dividido en dos reinos; uno era el del Sur, el reino de Judá, que incluía a Jerusalén y estaba bajo la égida de las tribus de Judá y Benjamín. De ese reino procedemos nosotros, los judíos. El otro era el reino del Norte, el reino de Israel. El primer rey de éste fue Jeroboam, de la tribu de Efraím, y gobernó sobre las diez tribus restantes de Israel.

»Sin embargo, estalló una guerra terrible entre los dos reinos, una guerra por las fronteras y por el poder. Terminó cuando el reino del Norte se vio a su vez sacudido por una guerra civil interna, que finalizó cuando el rey Omri fue reconocido como rey único del reino de Israel; eso sucedió el 881 antes de nuestra era. Omri se esforzó por devolver la paz al reino. Fundó una nueva capital, Samaria, y puso fin a la guerra contra el reino de Judá. Pero, mientras tanto, la amenaza asiria empezó a gravitar sobre el país.

»A la muerte de Omri, su hijo Ajab buscó una alianza con el reino de Judá para prevenir la guerra con Asiria. Hubo un precario acercamiento entre los dos reinos hasta el golpe militar del general Jehú, que se hizo con el poder en el reino de Israel.

»Fue entonces cuando Salmanasar III, rey de Asiria, atacó el reino de Israel, el año 841. Israel se vio reducido en poco tiempo a la condición de vasallo de Damasco. El último rey de Israel se llamó Oseas. Después de sufrir un asedio de dos años fue deportado, junto a treinta mil israelitas. Lo que quedaba del reino de Israel se convirtió en una provincia asiria.

»Ese fue el resultado de uno de los períodos más tormentosos de la historia de Israel, en el que hubo por lo menos ocho golpes de Estado durante los cuales los profetas Elias, Amos u Oseas no dejaron de predecir el fin del reino de Israel. Desde entonces, y ya para siempre, el pueblo de

Israel se encontró escindido en dos: los que se habían quedado en el país y los que partieron al exilio, a una tierra extranjera. Tanto los unos como los otros, al carecer de un Estado propio, corrían el riesgo de desaparecer de la Historia.

—¿Qué fue de las tribus del reino de Israel que optaron por el exilio?

—Nadie lo sabe. No nos han llegado testimonios, ni documentos ni vestigios. Es posible que después del exilio marcharan a algún país lejano antes que volver a Israel, cuyo reino habían perdido. Lo cierto es que la Historia perdió su rastro, y se les llama «las tribus perdidas». Pero...

La mirada de mi padre se iluminó con un fulgor misterioso.

—¿Por qué no Japón? Existen pruebas de que los judíos viajaron a lo largo de la ruta de la seda. Sí... ¿por qué no podían haber llegado a Japón?

Mi padre estaba atando los cabos de una historia fabulosa.

—El libro que cuenta esta historia es el cuarto Libro de Ezra, según el cual las diez tribus del norte de Israel se dirigieron hacia el este y marcharon durante año y medio por aquellas tierras. «El reunirá a los exiliados de Israel, y congregará a los dispersos de Judá de los cuatro extremos de la Tierra», dice la profecía.

»Se utiliza la palabra "dispersos" para el pueblo de Judá, y en cambio "exiliados" para designar el pueblo de Israel. Eso es sugerente porque, como te he dicho, nunca se ha sabido qué fue de las diez tribus perdidas de Israel... Se han encontrado restos de la presencia hebraica en Afganistán, en Cachemira, India y China. En algunos libros chinos se hace mención de la circuncisión, en el siglo II antes de Cristo. Las diez tribus de Israel pudieron viajar hacia el este y pasar por esos países. Las huellas de su presencia son escasas; sólo algunas aldeas, aquí y allá. ¿Dónde fueron las tribus de Israel? Partieron, los hombres cruzaron varios países en busca de una tierra prometida y caminaron hasta encontrar un país vacío, habitable, del que no iban a ser expulsados. Un país propio donde podrían restablecer la realeza... ¿Qué mejor que una isla? Una gran isla rodeada de agua, donde no habría ningún problema de fronteras.

—¿Estás diciendo...? —pregunté.

—Que es posible desde el punto de vista histórico que los japoneses sean hebreos.

—El nombre antiguo del emperador Jinmu, el primer emperador de Japón, era «Kamu-yamato-iware-biko-su-mera-kimoto».

Mi padre reflexionó un instante, me pidió que lo escribiera y estudió el papel. Luego dijo:

—En hebreo podría significar: «el rey de Samaria, el noble fundador de la religión de Yaveh». Lo cual no implica que Jinmu fuera el fundador de la nación judía, sino que la memoria hebraica perseveró a través del emperador Jinmu.

—Se dice también que el emperador está circuncidado... Sin embargo, hay una diferencia considerable entre la religión sintoísta japonesa y el judaismo.

—¿Cuál? —preguntó.

—Los japoneses son politeístas. Adoran unas divinidades llamadas *kamis.*

—Pero no hay que olvidar que los hebreos, en esa época, adoraban a otros ídolos. No creían únicamente enYaveh, sino en Baal, Astarté, Moloch y otros ídolos paganos.

Mi padre me miraba estupefacto, como si acabara de descubrir un nuevo manuscrito; y de hecho, éste sería el más asombroso que tuviéramos en las manos.

—Son sólo conjeturas. Haría falta una prueba... —dije.

—¿Cuál?

—El manuscrito del hombre de los hielos encontrado por los chiang min, que por su parte también tienen probablemente origen hebreo, a juzgar por sus ritos y costumbres.

—Y tal vez —terció Jane, que nos había escuchado atentamente a lo largo de toda la discusión—, la cámara secreta del santuario de Ise.

Al día siguiente por la mañana, mientras Jane se dirigía a la policía para recuperar el fragmento encontrado junto al hombre de los hielos, mi padre y yo tomamos un tren rápido para ir a la prefectura de Nagano, donde se encuentra el gran santuario sintoísta Suwa-Taisha. Tenía lugar la fiesta tradicional llamada Ontohsai, que los yamabushis celebran cada año el 15 de abril.

Al lado del santuario se encuentra el monte Moriya, *Moriya-san* en japonés. La gente de la región de Suwa llamaba a la deidad del monte Moriya, *Moriya-no-kami,* «el dios de Moriya».

Durante esta fiesta, un niño es atado con una cuerda a una columna de madera y colocado sobre un suelo de bambú. Un sacerdote sintoísta lo amenaza con un cuchillo, pero viene otro sacerdote y lo salva. La ceremonia recuerda la historia que relata el capítulo 22 del Génesis, según la cual Isaac fue llevado al monte Moria por su padre

Abraham para ser sacrificado, pero la aparición de un ángel evitó el sacrificio.

Nos explicaron que, en épocas antiguas, se sacrificaban setenta y cinco gamos, entre los cuales se elegía uno, al que le cortaban las orejas. Según la leyenda, el gamo había sido preparado por Dios, del mismo modo que fue aportado por Dios el carnero ofrecido en lugar de Isaac. Cuando preguntamos a los monjes por el origen del sacrificio, nos respondieron que no lo conocían, que era un caso único en Japón y que les parecía extraño, porque el sacrificio de animales no existía en la tradición sintoísta.

Después de la fiesta, permanecimos en el santuario a la espera de los yamabushis.

Tres de ellos, que sabían inglés, vinieron a vernos. Vestían hábitos de lino blanco. Sobre la frente llevaban la cajita negra en forma de flor llamada *tokin,* sujeta a la cabeza por una cuerda negra.

—Dicen que originalmente las filacterias colocadas sobre la frente tenían la forma de una flor —murmuró mi padre.

—Buenos días —dije a los monjes—. Hemos venido de Israel.

—Lo sé —dijo el que parecía de más edad—. Yo soy Roboam. Viene usted de parte del emperador. Le salvó la vida, y los yamabushis le estamos muy reconocidos —añadió, al tiempo que se inclinaba y juntaba las manos.

—Viven en una hermosa montaña...

—Los yamabushis consideran la montaña un lugar sagrado donde se pueden formar en la religión —respondió el monje.

—Nosotros tenemos también una montaña, en cuya cima recibimos los Diez Mandamientos.

Los monjes se dirigieron miradas de desconcierto.

—¿Qué sucede? —dije; tal vez había dicho una tontería o algo que les había ofendido.

—En Japón —dijo el de más edad— existe la leyenda del *tengu* que vivía en una montaña y era un yamabushi. Tenía una nariz pronunciada y poderes sobrenaturales. El ninja, que era el agente o espía de los tiempos antiguos, lo visitó en la montaña para adquirir también poderes sobrenaturales. El *tengu* le dio una *tora-no-maki,* un rollo de la *tora.* El «rollo de la *tora*» es el libro útil en los tiempos de crisis... Y ¡usted, Ary Cohen, se parece al *tengu,* y su padre también!

Mi padre y yo nos miramos, sin saber si debíamos tomarlo como un cumplido. En nuestra condición de Cohen, por nuestra estirpe, ¿nos parecíamos tal vez a los hebreos?

—Los yamabushis —explicó el más joven— rezamos para que todo el pueblo japonés vuelva al Dios de la Biblia. Porque él es también el padre de la nación japonesa.

—Nosotros —dijo Roboam, el de más edad— pensamos que nuestros antepasados son judíos que llegaron a nuestro reino el año 700 antes de Cristo, cuando las diez tribus judías desaparecieron.

—En la religión sintoísta —intervino el tercer monje—, la diosa del sol, Amaterasu, es venerada como deidad ancestral de la Casa Imperial de Japón, y como diosa suprema de la nación

japonesa. El santuario de Ise fue construido para ella. ¿Vosotros también tenéis una diosa?

—No, nosotros tenemos un Dios.

—También está el pozo... el pozo de Isurai.

—El primer rey de Japón se llamaba Hosé. Gobernó hacia el 730 antes de nuestra era.

—El último rey de Israel fue Oseas, en el momento del exilio asirio de las diez tribus de Israel —dijo mi padre.

—En la secta de los samurais, una leyenda cuenta que sus antepasados llegaron a Japón desde el oeste de Asia, hacia el 660 antes de nuestra era...

—El nombre «samurai» recuerda a Samaria —intervino mi padre.

—Pero ¿cómo podemos creer lo que nos decís, cuando no existen pruebas? —me asombré—. ¿Hay textos sagrados?

—No —respondió Roboam—. El libro japonés más antiguo es el *Kojiki,* escrito el 712 de nuestra era... En 645 tuvo lugar un suceso muy lamentable: una guerra entre sintoístas y budistas, durante la cual el clan Soga, probudista, prendió fuego a la biblioteca. ¡Todo se convirtió en cenizas! Por esa razón los japoneses carecen de una verdadera historia anterior al siglo VIII. Se dice que entre los libros de la biblioteca había un *tora-maki.*

—Así pues, únicamente os quedan los ritos —dije—. Son ellos los que han conservado vuestra historia.

—Tenemos los *omikoshi,* nuestras arcas de la Alianza.

—Que transportáis a hombros, como los hebreos. Las de los hebreos estaban coronadas por querubines, y vuestros *omikoshi* tienen pájaros de oro. También tenéis el hábito de sacerdote, que se parece a la veste de lino de nuestros sacerdotes.

—Mi hijo y yo somos sumos sacerdotes Cohen —dijo mi padre—. Oficiamos como vuestro gran sacerdote en el día del Yom Kippur. Por esa razón hemos venido a pediros permiso para entrar en la cámara sagrada del templo.

Los monjes se miraron como para ponerse de acuerdo en la respuesta a esa petición insensata, turbadora.

—¿Qué hay en la cámara sagrada? ¿Lo sabéis?

—Conocemos el tamaño del objeto que alberga, que es de cuarenta y nueve centímetros. No tenemos derecho a entrar, y tampoco a dejar entrar a nadie. Ni siquiera el emperador tiene derecho a verlo.

—Yo querría verlo —dije.

—Pero, Ary Cohen, no sabe usted lo que está pidiendo —protestó el de más edad, sacudiendo la cabeza—. No, no sabe lo que pide.

—Después de la derrota de Japón —explicó el segundo—, en la Segunda Guerra Mundial, un general entró en la cámara ¡y murió!

—Más tarde, en los años cincuenta —dijo el tercero—, judíos y japoneses de una asociación se reunieron bajo la presidencia del coronel Koreshige Inuzuka para hablar de sus relaciones y de la amistad entre ambos pueblos. El encuentro tuvo lugar en la casa de un judío, Michael Kogan, en Tokio, con su santidad Mikasa, miembro de la familia imperial. Se habló de las palabras hebreas y del templo de Ise, y Mikasa dijo que tenía intención de entrar en la cámara sagrada. Sin embargo, nunca llegó a hacerlo. Tenía demasiado miedo de las leyendas...

—¿Qué leyendas?

Roboam se acercó a mí y abrió los ojos de par en par para decirme:

—¡Ninguno de quienes lo han intentado regresó! A excepción de Yuutaru Yano, un oficial de élite y sintoísta apasionado. Decidió averiguar la verdad. Yano pidió a un monje yamabushi permiso para entrar en la cámara sagrada. Ante su negativa, insistió. Todos los días, iba a verle y repetía su petición. Finalmente el monje, conmovido por la pasión de Yano, le permitió mirar en secreto, y Yano salió de la cámara. Dijo que había visto letras antiguas y misteriosas. ¡Pero se

volvió loco! Terminó sus días en un hospital psiquiátrico.

—¿Y el emperador? ¿Nunca ha entrado?

—El emperador japonés hace el Deju-sai al acceder al trono, cuando se pone sus vestidos blancos y viene a Dios con los pies descalzos. Luego recibe el oráculo de Dios y se convierte en emperador y jefe de la nación. Pero no entra en la cámara sagrada.

—¿Nadie sabe lo que hay en la cámara?

—Nadie.

—¿Es vuestro Dios?

—Se dice que Dios apareció al principio, que vivió en medio del universo. Pero no tenía forma y no se conocen sus rasgos.

—Se parece a nuestro Dios, que es Señor del Universo —dijo mi padre.

—Hemos de entrar en esa cámara —dije—. Tenemos derecho a hacerlo.

Extraje de mi bolsa el peto del *efod.* Había vuelto a colocar el diamante en su engaste. Las doce piedras brillaban con mil reflejos.

El rubí de la tribu de Rubén, el topacio de la tribu de Simón, el berilo de Leví, la turquesa de Judá, el zafiro de Isacar, el jacinto de Dan, la ágata de Neftalí, el jaspe de Gad, la esmeralda de Aser, el ónice de José, el jade de Benjamín y el diamante de Zabulón, encontrado en el cuerpo del hombre de los hielos y que da la longevidad...

Hubo un silencio. Los dos hombres se miraron de nuevo. Salieron de la habitación y. regresaron al cabo de largo rato.

—Id el viernes próximo al Beth Shalom —murmuró Roboam—. Entonces os daremos la llave. Pero estáis advertidos: lo que hagáis, será por vuestra cuenta y riesgo.

Cuando volvimos a Kioto, dejé a mi padre en el Beth Shalom y acudí de inmediato al santuario para ver a Shôjû Rôjin.

Por una vez, me recibió sin hacerme esperar.

—Buenos días, maestro —dije.

—Buenos días, Ary Cohen —respondió, al tiempo que me observaba con atención—. Veo que hoy no eres un caballo irascible.

—He conocido la compasión —respondí—. He perdido mi ego.

—En ese caso, me alegro por ti, Ary Cohen. Eso quiere decir que eres feliz.

—Maestro, quiero preguntarle una cosa.

—Te escucho.

—¿Por qué me ocultó que era un yamabushi?

—¿Me lo preguntaste?

—No.

—En ese caso, no te lo oculté —respondió con una sonrisa.

—Por eso deseaba que yo le enseñara mi arte, ¿verdad?

—Claro que sí. Nosotros los yamabushis queremos saberlo todo sobre nuestros orígenes. Vuestra religión es la nuestra.

—No. Porque vuestro Dios no es el nuestro.

—¿Lo crees así, Ary Cohen? —Me miró desde el fondo de sus ojos—. ¿Lo crees de verdad? ¿Conoces siquiera a tu Dios?

—He repetido Su nombre en mi meditación, en cada aliento lo he dicho...

—¿Y cuál es el nombre de ese Dios?

—Mi Dios tiene varios nombres.

—Así pues, se trata de varios dioses —dijo.

—Mi Dios se llama Elohim.

—Elohim es una forma plural de vuestra lengua, ¿no es así, Ary?

—Sí —dije un poco confuso, temiendo lo que vendría después.

—¿Es también una forma femenina?

—En la Cábala, Elohim está asociado a la *Sehinah* o presencia divina que acompaña a Israel; esa presencia es femenina, pero se manifiesta en formas diferentes.

—Pensabas que eras monoteísta, que creías en un solo Dios, y ahora me dices que «tus» Elohim son seres divinos... ¿femeninos? Vamos, Ary Cohen, ¿crees de verdad que no rezamos a los mismos dioses?

—He intentado invocarlo pronunciando Su nombre —murmuré con los dientes apretados—. Sé que no hay más que uno.

—¿Lo has invocado pronunciando Su nombre?

—Sí —dije—, y casi lo hice venir... descender.

—Pero, Ary Cohen, ¡pronunciando su nombre nunca lo harás venir!

—¿Cómo? —exclamé airado—. ¿Qué dice? ¿Por qué ataca a mi Dios?

—Ah, veo que te has encolerizado otra vez... Necesitarás aún tiempo antes de alcanzar la sabiduría. Sólo a través de la práctica y la experiencia llegará a pertenecerte la sabiduría divina. Pero has de saber que no puede descender, Ary Cohen. No puede venir de arriba... sino de abajo. No, no puede descender, no, ¡sólo puede ascender!

Cuando volví al hotel aquella noche, me sentía enormemente confuso. Repetía sin cesar las palabras del maestro sin conseguir comprenderlas. «Es de abajo de donde ha de venir.» Nuestro Dios era plural ¿y femenino? ¿Qué podía significar eso? ¿Cuál era el mensaje que Shôjû Rôjin intentaba transmitirme, y de dónde le habían llegado a él esos conocimientos?

Encontré a Jane en su habitación del Beth Shalom. Me dijo que había ido a buscar el fragmento de manuscrito a la policía. El responsable no había puesto ninguna objeción para entregárselo, porque había recibido una llamada de Shimon al respecto. Se lo había dado a mi padre, que ya había empezado a estudiarlo.

—Ary, ¿algo va mal? —preguntó luego.

—No...

—Pareces trastornado. ¿Me estás ocultando algo?

—No. Acabo de ver al maestro Shôjû Rôjin y...

—¿Y?

La miré, sin llegar a encontrar las palabras.

—¿Y qué? —insistió.

—Pues resulta que me ha dicho que mi Dios, nuestro Dios, no es el que yo creía.

—¿Y cuál es?

—Es varios. Y es femenino. Viene de abajo y no de arriba... Eso es lo que me ha dicho.

—¿Y cómo sabe él todo eso?

—Es un yamabushi, Jane. Posee un saber hebraico ancestral, un saber que tal vez nosotros hemos olvidado o perdido. No lo sé, no sé nada... No comprendo nada en absoluto.

La miré. Ella, la tentadora, ahora me sonreía y yo la sentía cercana, muy cercana de nuevo. Volvía a mí al volver a sí misma. En el otro lado del mundo, lejos de mis trincheras, había venido a buscarme, a tomarme, a robarme el corazón, en todos mis extravíos y vagabundeos, a mí que estaba perdido en la ciudad, hostil, molesto, desconcertado.

Me encontraba en el límite de la verdad, creía haberla alcanzado o tocado, pero era cautivo de mis elementos, de mis prejuicios, estaba atascado, fascinado por la espiral del maleficio, estaba

por debajo de mi ideal y sin embargo tan cerca de tocarlo que había alcanzado la gran ilusión, me había arrastrado a pesar de mí mismo, y de súbito la amé.

—¿Me preguntas quién eres tú ahora? —dijo ella.

—Sí.

—Entonces te pasa como a mí... Necesitas un antídoto contra el maleficio. O, ¿cómo lo llama Shimon?, ¿un *deprogramming?* ¿Es eso? Pero yo sí sé quién eres.

—¿Quién soy?

Se acercó y murmuró a mi oído:

—Eres el león de la selva, el rey de los animales. Reinas sobre tus subditos, crees que huyes y que eres perseguido, pero en verdad estás instalado en tu territorio. Crees ser la víctima de tus historias, pero las contemplas desde lo alto, las diriges mientras todos se postran a tus pies. Es como si durmieras, pero no duermes. Es como si soñaras, pero escuchas. Con un simple gesto atacas, y siempre sales victorioso. Eres terrible para todos, reinas sin alardes... Eres el rey de mi corazón. También sobre mí reinas.

Poco después, estábamos tomando la cena que nos sirvieron en la habitación. En la mesa había una vela; su luz suave arrancaba reflejos dorados del cabello de Jane.

Sólo existíamos nosotros. Ella me miraba atenta, desde el fondo de sus brillantes ojos negros, y cada uno de sus gestos alcanzaba, con la precisión de una flecha dirigida a la diana, el secreto de mi corazón.

Contuve la respiración para contemplarla mejor. En ese instante me sentía en serena armonía con el universo, no hacía ya ninguna elección entre verdadero y falso, agradable y desagradable. Me había liberado del mundo de lo ilusorio. Había conseguido eliminar los obstáculos generados por mi espíritu, superar los sufrimientos, las actitudes orgullosas, para alcanzar el no-pensamiento. Me había deshecho de mi confusión ignorante a fin de derrotar la codicia, el odio y la ilusión, para no conocer más la cólera, el dolor, la angustia, para alcanzar la no-conciencia del yo.

—Tengo que decirte algo —murmuró Jane—. Me informé sobre el origen de las farolas del templo de Ise.

—Ah, ¿sí? ¿De dónde proceden?

—Antes de la guerra el general Makasa se las regaló al emperador. Makasa era masón.

—Masón... ¿Y el emperador?

—Como de costumbre, nadie lo sabe. Pero el hecho de que el emperador aceptara el regalo parece sugerir que tenía alguna relación con los masones.

—Las farolas del templo... Acuérdate, Jane, de los templarios[5]. Los masones pretendían continuar el trabajo de los templarios, que a su vez perseguían el objetivo de Hiram, el arquitecto del Templo de Salomón: reconstruir el tercer templo... El Templo de Salomón, el alma de Dios hecha piedra. El templo guardaba el sanctasanctórum, donde Dios mismo residía. ¡Como en el templo de Ise!

»Eso explica por qué llevan grabada la estrella de David: dos pirámides superpuestas. La que señala hacia arriba simboliza el poder de un rey: su base descansa en la tierra y su cima llega al cielo. La otra representa el poder del sacerdote, establecido en el cielo y que alcanza la tierra. Es la señal del doble Mesías. El Mesías sacerdote y el Mesías rey.

—Se diría que...

—Que el tercer templo ya ha sido reconstruido...

[5] Véase *El tesoro del templo.*

—¡Y es el templo de Ise! ¿Es posible?

—Si ha sido construido por los masones, es posible. Eso explicaría su extraño parecido con el Templo de Salomón. La misma estructura y, sobre todo, la presencia de la cámara sagrada, el sanctasanctórum.

—Y eso no es todo —repuso Jane—. He ido al laboratorio de análisis.

—¿Has conseguido los resultados del examen sanguíneo?

—En efecto. Ese hombre, según los análisis, podría ser tanto japonés como judío. Dicen que los grupos sanguíneos de los japoneses y los judíos son demasiado parecidos para permitir una respuesta más precisa.

Oímos pasos al otro lado de la puerta. Alguien llamó.

—Debe de ser mi padre. Ya habrá leído el manuscrito.

Fui a abrir la puerta y, en efecto, era mi padre. Pero detrás de él se perfilaba la sombra de Ono Kashiguri. Empuñaba un sable y lo blandía a espaldas de mi progenitor, muy cerca de su cabeza.

—Ahora dame el manuscrito. Rápido.

—De acuerdo —asintió mi padre.

—¿Cómo? —dije.

—Apártate, Ary. Este hombre es peligroso.

—¡Ary! —exclamó Ono Kashiguri con una sonrisa de satisfacción—. Ary Cohen... Por fin te encuentro. El Mesías de los judíos, de los templarios y los masones. El Anticristo... ¿Crees poder medirte conmigo? ¿Crees de verdad que vas a difundir tu propaganda judía y a erradicar el budismo de Japón?

—¿Por ese motivo mataste a Nakagashi?

—Ese discípulo era un traidor —murmuró mientras miraba a Jane—. Le ordené que se infiltrara en el Beth Shalom y, cuando fue hallado el hombre de los hielos, se convenció de que Fujima tenía razón, de que el pueblo japonés descendía de las tribus perdidas de Israel. Le pedí que destruyera el cuerpo, pero en lugar de eso lo entregó a Shôjû Rôjin. Claro que fui yo quien lo mató... Venga, dame el manuscrito.

Mi padre se lo tendió. Pero cuando él alargó la mano, le solté un rápido puntapié que hizo volar el sable por la habitación. Corrí a apoderarme del arma, pero él se abalanzó sobre mí. Peleamos cuerpo a cuerpo para hacernos con el sable, pero en el fragor de la lucha cayó por la ventana.

Él utilizaba la apariencia y la intención como trampas temibles, y también las treinta y seis estrategias. Creaba una apariencia engañosa para confundirme, me agotaba sin esforzarse al tiempo que preservaba sus energías, me hacía correr en todas direcciones para cansarme, aprovechaba mis debilidades, amagaba a la derecha y golpeaba a la izquierda, buscaba suscitar temor y nerviosismo valiéndose del desconcierto provocado por la sorpresa. Era muy fuerte; dominaba a la perfección el Arte del Combate y sus años de práctica le favorecían frente a mis escasos conocimientos. Jane, petrificada, parecía incapaz de moverse.

Evité utilizar el pensamiento e intenté captar por instinto lo que no veía, prestar atención a los menores detalles y, sobre todo, no hacer nada inútil. No pensaba en la victoria; intenté desprenderme de ese pensamiento. Evité también pensar en el miedo y la emoción que me embargaban. Practiqué la elusión, intentando desmontar sus maniobras y trampas. Luego decidí dirigir mi ataque al punto que él más quería defender: el pergamino. Pero para eso, para adquirir ventaja, era preciso que yo mismo me distanciara del pergamino, es decir que asumiera el riesgo de destruirlo.

Me lancé hacia un lado, le arrebaté a Jane el pergamino y logré untarlo de aceite con la aceitera que había en la mesa. A continuación cogí la vela y la acerqué al pergamino.

—¡No! —exclamó Ono, y se detuvo.

—Vete de aquí o lo quemo —amenacé jadeante.

—Vaya, vaya —dijo él sonriendo—. ¿Te crees el mejor en el arte del combate? —Me observaba como si intentara hipnotizarme. Volvió su mirada hacia Jane. Mi padre había desaparecido.

—¡Jane! —grité—. ¡Tápate los oídos!

—¿Qué?

—¡Haz lo que te digo!

Yo hice lo mismo, y no me equivoqué: Ono estaba concentrando su aliento en el *hará,* el centro vital situado en el bajo vientre. Contrajo todos los músculos, también los del rostro, y profirió un *kiai* de una vibración tan intensa que los vasos y los cristales de las ventanas se hicieron añicos. Jane cayó al suelo, inconsciente.

—Ahora dime quién es el más fuerte —se jactó Ono Kashiguri.

Lo miré; desde la no-conciencia, mi mirada no se desvió.

—Dame el manuscrito —ordenó.

—Montaña y mar: es malo repetir siempre la misma táctica —repliqué al tiempo que cogía el encendedor.

Y con un gesto brutal me apoderé de la aceitera y se la eché encima. Luego le prendí fuego con el encendedor... Todo su cuerpo se encendió y él no pudo hacer nada para impedirlo.

Entre las llamas que lo consumían, lanzó un aullido:

—*Yudaf*

Me precipité hacia Jane, que seguía sin recobrar el conocimiento.

Poco después, Ono Kashiguri, con graves quemaduras, era transportado al hospital en una ambulancia.

Jane había vuelto en sí.

Parecía tan trastornada que le costó saber dónde se encontraba. Volver a ver a Ono Kashiguri parecía haberla confundido de nuevo, y estaba como sumida en una especie de sopor o estado hipnótico. Sin duda le costaría tiempo recuperarse del todo de su experiencia de pérdida del yo.

Tuvimos que prestar declaración ante la policía, lo que nos supuso dos largas horas, antes de poder reunirnos por fin con mi padre, que nos esperaba en el Beth Shalom.

—¿Y bien? —dije—. ¿Qué has descubierto del pergamino?

Mi padre me miró con ceño, como si no supiera por dónde empezar. Su mano, que sostenía el pergamino, temblaba ligeramente. Parecía trastornado.

—¿Y bien? —repetí.

—Es arameo —dijo—. Un texto escrito por el hombre de los hielos, probablemente poco antes de su muerte.

—¿Y si nos lo traduces?

Alzó el pergamino.

—«He aquí lo que fue de las diez tribus que partieron al exilio en tiempos del rey Oseas, al exilio más allá del río. Partieron en busca de un país lejano, no habitado por los hombres, donde les fuera posible respetar su ley, y la promesa que no habían sabido guardar. Su viaje fue muy largo y penoso, duró varios años hasta el país de...» Aquí hay una palabra que no he podido descifrar: *Arzareth...* Creo que se trata de *eretz aheret,* el otro país, o bien el país lejano. —Luego prosiguió, con voz temblorosa—: «Y yo, el sumo sacerdote Cohen, he venido hasta aquí a decirles que deben dejar estas tierras y regresar a su país.

»He encontrado a la primera tribu, los chiang. Me dijeron que los otros fueron más lejos aún,

en dirección al mar. Pero no podré seguir mi camino porque he sido herido por la flecha del sacerdote malvado.

»Ese hombre no quería que yo les llevara la nueva. Temía que nuestro pueblo se multiplicara y dominara estas tierras.

»Herido, me refugié en la montaña, y escribo estas palabras para decir esto: "Un día vendrá un Mesías a la tierra de Israel; apresuraos ahora, volved todos, todas las tribus, todo el pueblo, ¡regresad a vuestro país!", escrito por Moshé, sumo sacerdote Cohen, en el año 3740...» El año 3740 —dijo mi padre— corresponde al año cero de nuestra era.

Nos miramos largamente sin decir nada. Estábamos como pasmados ante aquella voz ancestral, surgida del pasado, del fondo de los tiempos, aquella voz a la vez lejana y familiar, la voz de nuestro antepasado que había viajado hasta allí para anunciar al pueblo judío que debía regresar a su tierra. Y que había fracasado.

Mi padre rompió el silencio:

—Eso es. Así se explica por qué encontraron el cuerpo de ese hombre en el Tíbet, con un manuscrito del mar Muerto. Ese hombre era el sumo sacerdote de los esenios, y había venido a anunciarles la venida del Mesías a fin de que, en cumplimiento de la profecía, todo el pueblo regresara a su tierra...

—Pero ¿quién fue el sacerdote malvado que lo mató? —preguntó Jane—. ¿Quién fue el asesino?

Me sentí desfallecer, las palabras se negaban a salir de mi boca.

—¿Ary? —preguntó Jane—. ¿Estás bien?

—Conozco su identidad —dije.

Ella y mi padre me miraron fijamente.

—Lo sé porque el lama del monasterio Kore me explicó que tenía un mal karma y que había matado a un hombre. Ahora comprendo por qué me necesitaba: para reparar lo que su antepasado había hecho a ese hombre, a mi antepasado... El sacerdote malvado es el antepasado budista del lama. ¡Fue él quien mató a ese hombre!

—Pero ¿porqué?

—El lama me contó que había matado a un hombre importante, lo bastante importante para que, aun tantas generaciones después, su vida se viese influida por ese hecho... Ese hombre iba a anunciar la nueva del retorno y hacer regresar a los hebreos a su tierra, o bien a difundir el judaismo por Asia... Había traído consigo textos de la Biblia con instrucciones precisas, a fin de que los ritos no se perdieran y el judaismo sobreviviera al exilio. ¡Yo encontré esos textos, en la nieve, en el Tíbet!

»Y en lugar de eso, al matarlo el sacerdote malvado del monasterio Kore impidió la expansión del judaísmo-sintoísmo en Asia, en beneficio del budismo, como la historia ha demostrado.

—Eso explica también por qué, al regreso de su viaje al Tíbet, Ono Kashiguri declaró que él era el verdadero Cristo —observó Jane—. Porque sabía quién era el hombre de los hielos. Temía, como su ancestro malvado, que la noticia de que los chiang y los japoneses son hebreos se esparciera por el Japón. ¡Eso habría significado la ruina del budismo y un punto de inflexión para la nación japonesa!

—Pues sí... Él afirmaba que Jesucristo había sido crucificado pero que él, el próximo Cristo, no sería crucificado, que iría más lejos y extendería la verdad al mundo entero. De hecho, lo que pretendía con su plan era ocultar la verdad. ¡Hoy, él es el sacerdote malvado, el Anticristo!

De vuelta a mi habitación, telefoneé a Shimon para informarle de los acontecimientos. Escuchó con interés todas mis explicaciones.

Me pidió detalles sobre las armas de la secta, que me vi incapaz de proporcionarle porque la CIA en esos momentos estaba desmantelando la red Ono.

Hubo un silencio en el teléfono, y luego oí el sonido característico del mondadientes.

—¿Y qué había en ese famoso manuscrito, Ary?

—La verdad sobre el hombre de los hielos.

—¿Qué verdad? —repuso Shimon con cierto apuro—. Sabes que no entiendo demasiado de arqueología... ni de religión.

—No lo necesitas para darte cuenta de su importancia. El manuscrito fue escrito por cierto Moshé Cohen, sumo sacerdote esenio, que no es otro que el hombre encontrado en los hielos. Había viajado a Asia para anunciar la venida del Mesías a las tribus perdidas, que se habían instalado en Japón después del exilio, hacia el año quinientos antes de nuestra era... Lo cual quiere decir que los japoneses fueron originalmente hebreos... ¿Shimon? ¿Sigues ahí?

No hubo respuesta.

—¿Shimon? —insistí—. ¿Me escuchas?

Hubo un murmullo ahogado y luego oí su voz ronca.

—Me lo he tragado... —susurró.

—¿Qué?

—El mondadientes...

Aquella noche, en el silencio, amé a Jane. El amor nos sorprendió junto al fuego de la chimenea, como un sueño despierto, y las brasas mal apagadas perduraron hasta el amanecer, la llama de nuestro abrazo ardió hasta el alba. El amor difundía su evidencia como nunca, como un gran reencuentro, un asomo de eternidad.

Por un instante me pareció haber salido de una vida trepidante y abrumadora para encontrarme en el fin del mundo, en una pérdida de mí mismo a través de la cual por fin me había reencontrado...

¡Oh felicidad!

Aquella noche me soñé siendo uno conmigo mismo.

¿O tal vez no fue un sueño?

X.
El pergamino del templo

En mi gloria, ¿quién se me asemeja?
¿Quién conocerá sufrimientos como los míos?
¿Quién superará males semejantes a los míos?
No he recibido enseñanza,
pero ninguna ciencia es comparable a la mía.
¿Quién me contradecirá cuando abra la boca
y quién combatirá la expresión de mis labios?
¿Quién se apoderará de mí, quién me detendrá,
quién se enfrentará a mí delante del tribunal?
Porque me cuento entre los dioses
y en mi honor toman asiento los hijos del Rey.

Manuscritos de Qumrán,
Pergamino de la guerra

A la mañana siguiente, crucé el jardín musgoso que llevaba a la pagoda de Beth Shalom. Estaba citado allí con los yamabushis, que iban a darme la llave del templo de Ise.

Pasé delante del león situado en medio de las piedras dispuestas en círculo. Con las dos patas delanteras alzadas, estaba dispuesto al ataque. No rugía, no flaqueaba. A su lado se encontraban las dos rocas enfrentadas, separadas por un espacio estrecho. Me detuve un instante frente al estanque alrededor del cual se alzaban los árboles secos, inmóviles, impávidos.

Parecía un mar en miniatura, con algunos islotes de piedra, un paisaje imaginario de una belleza insondable; la del hombre que doma la naturaleza, la de la naturaleza que deja su lugar al hombre.

Al fondo del jardín vi la pagoda de dos pisos.

Atravesé despacio el jardín eterno. Sentía latir mi corazón y los párpados me temblaban ligeramente. Me encontraba en un estado de tensión extrema, como el que precede al anuncio de una gran novedad.

Antes de entrar, me quité los zapatos y los coloqué junto a la hilera de calzados que se encontraban ya allí.

Por fin, penetré en la sala silenciosa. Estaba medio en penumbras, tan sólo iluminada por algunas lámparas que despedían su luz de abajo arriba. La colección de candelabros de siete brazos relucía a la luz de las velas. La copia de la Declaración de Independencia de Israel tenía reflejos cobrizos.

El maestro Fujima se adelantó a recibirme como la primera vez, con palabras de bienvenida pronunciadas delante de los asistentes. Pero esta vez los rostros no me eran desconocidos.

Todos iban vestidos de la misma manera, con túnicas de lino fino, turbantes de lino sujetos por un cordón púrpura, y cinturones púrpura, violeta, escarlata y carmesí. Todos los rostros se volvían hacia mí, impenetrables en el silencio profundo del lugar. Mis pasos resonaban en el suelo.

Estaban el maestro Fujima, el maestro Shôjû Rôjin y sus tres hijos, así como los tres yamabushis, con sus cajitas negras sobre la cabeza. Estaba también Toshio, que bajó la mirada al verme como si tuviera miedo, pero lo más sorprendente era la presencia de mi padre en la mesa, y aunque estaba lejos de desentonar en aquella asamblea de sabios, yo no comprendía la razón. ¿Había sido invitado por el maestro Fujima? En ese caso, ¿por qué no me lo había dicho? ¿Cuál era el sentido de aquella misteriosa ceremonia?

A su lado se encontraba un hombre desconocido para mí, de unos treinta años. Esbozó una sonrisa en su rostro amable, provisto de unas gafas redondas.

—El príncipe Mikasa, hermano menor del emperador, ha querido estar presente —explicó Fujima—. Ya ve, habla un hebreo perfecto.

—Bienvenido, Ary Cohen —murmuró el aludido—, en nombre del emperador de Japón, que le da de nuevo las gracias por haberle salvado la vida... Desea decirle que los hebreos llegados a Japón en el año 500 antes de nuestra era pertenecían a la familia real del pueblo hebreo. La sabiduría que ellos trajeron se la transmiten los emperadores de manera secreta y ritual a través de la circuncisión, de generación en generación, desde siempre.

»Ahora bien, usted sabe lo que ocurrió a nuestro pueblo cuando la biblioteca imperial ardió. Perdimos todo nuestro pasado a causa del terrible conflicto que enfrento a sintoístas y budistas, al clan Mononobe con el clan Soga. En el curso de esa lucha perdimos nuestra memoria en el incendio en que ardieron todas nuestras tiendas y nuestro *torak maki.* ¡Pero el emperador ha dicho que usted, Ary Cohen, podía devolvernos nuestro pasado!

—Ahora, Ary *San,* te toca a ti —dijo el maestro Fujima, tendiéndome el pan y el vino. Me señalaba la mesa y el asiento vacío que había en un extremo, donde debía sentarme para presidir.

—Pero ¿por qué yo? —dije.

—¿No has venido aquí para liberar a las tribus perdidas de Israel?

—¡No! —negué, y di un paso atrás, asustado.

Los rostros me contemplaban, impasibles como la muerte.

—¡Se equivoca! No he venido aquí para salvar a las tribus perdidas de Israel... No es ésa la razón por la que estoy aquí.

—La razón es ésa, pero tú no lo sabías —dijo Fujima—. ¿No deseas que todos los japoneses vuelvan al Dios de la Biblia, que es también el Dios de nuestra nación? La profecía de Isaías dice: «Mira: éstos vienen de lejos, esos otros del norte y del oeste, y aquéllos de la tierra de Sinim.» ¡Pues nosotros somos los de Sinim!

—¡Queremos que nos hagas regresar a nuestra tierra! —dijo Roboam, el viejo yamabushi.

—¿Por qué he de ser yo? —repliqué—. No he venido aquí por vosotros...

—Has sido tú quien se ha lanzado en persecución del sacerdote malvado Ono Kashiguri —me recordó el maestro Shôjû Rôjin.

—Tú has salvado la vida del emperador —añadió el príncipe Misaka.

—Tú has sabido encontrar y descifrar el manuscrito del hombre de los hielos —apuntó Fujima.

—Y ha sido capaz de resistir las tentaciones de la casa de las geishas —murmuró Toshio.

—Tú trazaste las letras del Nombre Divino con el pincel —me recordó el maestro Fujima—. Esos rasgos no eran simples líneas... eran la encarnación misma del soplo divino.

—¿Y tú qué dices? —pregunté, volviéndome hacia mi padre—. ¿Por qué estás aquí? No es por Shimon, ¿verdad?

—Fuiste tú quien insistió en continuar la misión en países lejanos, como está escrito en todos los textos —respondió mi padre—. «Todas las naciones reconocerán su sabiduría, y él será también el guía que les instruirá.»

—¡Tú nos pediste la llave de la cámara sagrada! —exclamó el más joven de los yamabushis.

—Quién sabe lo que podrías descubrir en ella —dijo Shôjû Rôjin—. Quién puede saberlo...

—A saber lo que descubrirás... —añadió el maestro Fujima.

Fue entonces cuando me fijé en el hombre que estaba en el otro extremo de la mesa. No lo había visto debido a que su rostro y su silueta se encontraban en la sombra de la sala.

—¡El duodécimo hombre! —murmuré—. ¡El lama!

—Por primera vez —murmuró el lama poniéndose en pie—, un hombre, un «león de los hombres», es proclamado soberano de los dioses... Tú sabes, Jhampa, por qué estoy aquí. Para reparar el acto terrible que cometí contra el pueblo de Israel en una vida anterior. Estoy aquí por los chiang min, los antepasados de los tibetanos, que son los descendientes de los hebreos llegados a China... Estoy aquí por la memoria de todos los japoneses que, por culpa mía, siguieron una vía distinta de la de sus antepasados y fueron desposeídos de la herencia que les correspondía. Estoy aquí por toda la memoria que se ha perdido. Sabemos que eres tú, porque llegaste hasta mi monasterio para hacerme la pregunta que atormentaba mi vida, y por eso te llamé «Jhampa», el Buda del futuro. Y por eso también, en nombre de los chiang min, te traigo esto.

Me ofreció una túnica tejida de oro, púrpura y violeta, con hilos escarlatas: la túnica del *efod*... Había también dos charreteras y una banda de oro adornada con piedras de cornalina en las que estaban grabados los nombres de las diez tribus; cadenillas de oro puro en forma de entorchado, dos rosetas de oro puro y dos anillos de oro para los bordes del pectoral; y un manto abierto con una orla de granada, púrpura, violeta y escarlata, de carmesí y lino fino. ¡La auténtica túnica del Sumo Sacerdote, según la Biblia!

—Te la pondrás cuando vayas al templo de Ise...

Hubo un silencio y todos me miraron. Yo estaba sentado en el extremo de la mesa. El pan y el vino estaban dispuestos delante de mí, y yo no hacía ningún gesto, no sabía qué hacer.

Entonces, Roboam el yamabushi se puso en pie y me tendió la llave del santuario.

—De acuerdo —murmuré—. Iré al templo de Ise porque no tengo miedo. ¡Y así todos vosotros sabréis quién soy en realidad!

Descendí a través del bosque, abrigado por los árboles gigantes, antes de llegar a la amplia llanura, al pie de la montaña. Respiraba con fuerza y mi corazón palpitaba. Caminaba deprisa. No tenía miedo, ya no tenía miedo, tan sólo una excitación sorda que me invadía al mismo tiempo que una especie de calor, de fuego interior.

Subí los peldaños que conducían a la puerta Torri, a los dos pilares rojo anaranjado. Crucé el jardín de arena, con sus árboles, sus hierbas y sus escasas flores. Atardecía. Las sombras se movían, se oía fluir el agua en los meandros del río.

Los pinos, las rocas y las piedras formaban siluetas inquietantes, se habría dicho que desde siempre eran los centinelas de aquel lugar. Recorrí la avenida de las quinientas farolas, que iluminaban el crepúsculo como antorchas dispuestas para un ritual místico. En el cielo habían aparecido las primeras estrellas y la luna eclipsaba suavemente al sol.

La grava de la avenida crujía bajo mis pies.

No veía nada. Me sentía arrastrado por la cólera e intentaba dominarla caminando más despacio, intentando calmar el tumulto de mi corazón y expulsar todos los pensamientos que me invadían. En ese momento predominaba un pensamiento sobre todos los demás: el de Jane, que me esperaba, que también creía en mí y había comprendido que yo no la abandonaría esta vez por nada en el mundo. Era lo que le había dicho antes de dejarla para venir a Ise...

Creía tener una misión al llegar a Japón, y la había cumplido de una u otra forma. Había ido a buscar a Jane y la había rescatado; la había salvado del desastre. Mis pasos, mis dudas, mis malentendidos me habían extraviado, y mediante la meditación había adquirido la fuerza necesaria para rehacerme y hacer desaparecer el orgullo que me había perdido. En este instante ya no tenía ego, y por eso era capaz de acudir al templo de Ise y afrontar la verdad.

Entré en el templo.

No había nadie. El interior del santuario, iluminado por las velas, estaba anegado en los vapores del incienso, que ocultaban los *mikoshi*, los santuarios portátiles, y la gran mesa de madera. Sobre la mesa habían colocado un mantel de piel de carnero teñida de rojo, un mantel de cuero fino y una cortina de tul, panes de oblación, candelabros de oro puro, lámparas y un altar de oro, óleos para la unción e incienso aromático.

Para esa noche estaba dispuesta una cena en compañía de Dios... Y el invitado era yo.

Me dirigí a la segunda estancia, guardada por las dos estatuas de leones. Subí los peldaños y me lavé las manos en la fuente de agua clara.

Por fin, me dirigí a la pesada puerta de madera que había entre ambos leones.

No se oía el menor ruido, y sin embargo tuve la impresión de que una sombra me seguía. Caía la noche, oscurecía en el jardín con sus árboles y sus canales alrededor del templo, oscurecía en el santuario de Ise, y en la Tierra también se había hecho la oscuridad.

Me detuve ante la puerta sagrada. Tomé la llave y la introduje en la cerradura. Hice girar la llave y hubo un chasquido, como si la madera crujiera. La pesada puerta se abrió lentamente, chirriando.

La cámara estaba vacía.

No había más que un pequeño armario de madera con una puerta de doble hoja.

Me acerqué y abrí la puerta.

El objeto estaba allí, sobre un propiciatorio. Lo tomé con pulso firme, sin temblar. Era un panel de madera oscura y rectangular con las letras grabadas.

La *Yod.* La *Hé.* La *Vav.* La *Hé.*

El Nombre de Dios.

Di la vuelta al panel.

Entonces mi corazón sufrió una brutal sacudida. El vértigo se apoderó de todo mi ser. Y en un instante me abandonaron las fuerzas, mi corazón se detuvo, mis piernas se negaron a sostenerme, mi brazo se quedó rígido y no conseguía mover la mano. Mis rodillas se derritieron, fui incapaz de dar un paso más y no podía apartar mis ojos de lo que veía.

El otro lado del panel de madera en que estaba grabado el nombre de Dios era un espejo, un espejo centelleante de una claridad luminosa.

Y reflejaba mi rostro.

* * *

Agradecimientos

Mi gratitud a Rose Lallier, cuya lectura y visión me han sido preciosas; a Richard Ducousset, y a Françoise Chaffanel-Ferrand. Y también, por todo lo que me han enseñado: a Habib Khouri, mi maestro de kung-fu; a Paulo, mi maestro de espada del dojo Training, y a la Escuela de Jiu-jitsu Shiseitan.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

ELIETTE ABÉCASSIS

El 27 de enero de 1969, Eliette Abécassis nace en Estrasburgo, en una familia judia sefardí de origen marroquí. Su padre, Armand Abécassis, profesor de filosofia en la Facultad de Burdeos, es uno de los mayores pensadores contemporaneos sobre el tema del judaísmo. Es el autor de la obra Pensamiento judio. Crece así, Eliette siendo muy practicante en un ambiente de religión y cultura judías.

En 1993, consigue la licenciatura en filosofía en la Facultad Herni IV de París y en 1996 publica su primera novela *Qumrán*. Una novela policiaca metafísica, donde un joven judio ortodoxo investiga sobre unos misteriosos homicidios relacionados con la desaparición de manuscritos del Mar Muerto. Tendra un éxito inmediato. Se venden más de 100.000 ejemplares y el libro se traducirá en 18 idiomas. Un año después publica *El oro y la ceniza* y comienza a impartir clases de filosofía en la facultad de Caen. En 1998 se traslada durante seis meses al barrio ultra-ortodoxo de Mea Shearim en Jerusalen, para escribir el guión de *Kadosh*, una película israelí de Amos Gital que fue nominada en el Festival de cine de Cannes para el mejor guión. En esta historia se inspiró para su novela *La repudiada* (2000). En marzo de 2001 recibe el premio de los Escritores Creyentes (concurso creado en Francia en 1979) y en junio de ese año se casa en Jerusalén.

En la actualidad, compagina su labor como profesora de Filosofía en un instituto de la localidad francesa de Caen con su actividad literaria.

LA ÚLTIMA TRIBU

Los restos momificados de un hombre asesinado dos mil años atrás son descubiertos en un santuario a las afueras de Kyoto. El cuerpo, que ha sido extrañamente transportado deTíbet a Japón, sostiene en la mano un fragmento de un manuscrito hebreo.

Ary Cohen, destacado arqueólogo y conocedor de primera mano de los manuscritos hallados en Qumrán, será el encargado de investigar el caso. Se espera que su formación académica le permita descifrar el texto hallado junto al cadáver y que ello contribuya a dilucidar los motivos del asesinato. Su búsqueda le llevará de Israel a Japón, y de allí a Tíbet y la India. La investigación cobrará tintes personales ya desde su inicio al desaparecer, sin dejar rastro, Jane, compañera sentimental de Cohen y agente de la CIA.

Tal y como hiciera en *Qumrán*, Eliette Abécassis demuestra que sabe aunar con acierto y erudición, intriga e imaginación. *La última tribu* explora las raíces del judaismo y el budismo para ofrecernos una novela de suspense con connotaciones históricas y espirituales.

TRILOGÍA DE QUMRÁN

1. Qumran - Qumrán
2. Le Trésor du Temple - El tesoro del templo
3. La derniére Tribu - La última tribu

* * *

Título original: *La derniére Tribu*
© Éditions Albin Michel S. A., 2004
Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea

© Ediciones B, S. A., 2006
Primera edición: junio 2006
ISBN: 84-666-2585-2
Depósito legal: B. 21.444-2006